



BRANDON SANDERSON

LEGIÓN

LAS MÚLTIPLES VIDAS DE STEPHEN LEEDS

**NOVA**

LEGIÓN

LAS MÚLTIPLES VIDAS
DE STEPHEN LEEDS

BRANDON SANDERSON

Traducción de Rafael Marín y Manu Viciano
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@NovaCiFi



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Daniel Wells y Greg Creer

Introducción

La psicología como superpoder es un tema recurrente en mi obra. Siempre he creído que los rasgos de personalidad que nos diferencian a unos de otros —nuestra manera de procesar la información, de motivarnos, de proteger nuestra psique de lo malo mientras aprendemos a atesorar lo bueno— pueden ser o bien nuestras mayores fuerzas o bien nuestras limitaciones más drásticas. La forma en que cada cual se ve a sí mismo y la forma en que utiliza lo que tiene suele ser más importante que los talentos, las habilidades e incluso que las capacidades sobrenaturales.

Dicho esto, jamás he escrito una serie de novelas en las que esta idea se explore más explícitamente que en las historias de *Legión*. Empecé la primera de lo que terminarían siendo tres novelas cortas, las que tenéis recogidas en este volumen, allá por 2011. La premisa era sencilla: ¿qué pasaría si las alucinaciones de un hombre se demostraran beneficiosas para él en su vida, en vez de ser la típica distracción? Lo que vino después no fue del todo la exploración de ningún fenómeno psicológico real, sino más bien una mirada a cómo las distintas facetas de nuestra personalidad influyen en nuestra forma de relacionarnos con el mundo.

También resultó muy divertido escribirlas. Tienen una parte de aventura de acción, una parte de comedia y una parte de ciencia ficción en un futuro cercano. Con el paso de los años, me vi incapaz de dejar tranquilo a Stephen Leeds. En el momento de escribir esta introducción, *Legión* es mi única novela corta con historia original a la que he dado una secuela. Había algo

embriagador en la amalgama que encontraréis en estas páginas. De algún modo, estos relatos son misterios livianos y ágiles y, al mismo tiempo, exploraciones de mi propia psicología. Fue una catarsis escribirlos, además de suponer para mí unos descansos muy bien recibidos de otros proyectos, y en cierto modo son las historias más personales que he escrito nunca, sobre todo la tercera.

Aunque sean tres novelas cortas separadas, las escribí para que juntas compusieran una historia cohesionada que concluyera con el final definitivo de la última. Y, por muy satisfactorio que fuese redactarlas, es incluso más satisfactorio saber que están terminadas, que la historia queda cerrada y que por fin puedo presentaros este volumen: la historia, completa y acabada, de Stephen Leeds.

BRANDON ANDERSON

Marzo de 2018

Legión

Uno

Me llamo Stephen Leeds y estoy completamente cuerdo. Mis alucinaciones, sin embargo, están todas bastante locas.

Los disparos procedentes de la habitación de J. C. estallaban como fuegos artificiales. Renegando para mis adentros, cogí los protectores para los oídos que colgaban de su puerta (había aprendido a dejarlos allí) y entré. J. C. llevaba puestos sus propios protectores, sostenía la pistola con las dos manos y apuntaba a una foto de Osama bin Laden que había en la pared.

Sonaba Beethoven. Muy alto.

—¡Estaba intentando mantener una conversación! —le grité.

J. C. no me oyó. Vacío un cargador en la cara de Bin Laden y dejó un buen surtido de agujeros en la pared. No me atreví a acercarme. Podía dispararme accidentalmente si lo cogía por sorpresa.

No sabía qué sucedería si una de mis alucinaciones me pegaba un tiro. ¿Cómo lo interpretaría mi mente? Sin duda, había una docena de psicólogos

que querrían escribir un ensayo al respecto. Yo no tenía muchas ganas de darles la oportunidad.

—¡J. C.! —grité cuando se detuvo a recargar.

Él me miró, sonrió y se quitó los protectores. Las sonrisas de J. C. le dan un aspecto casi malcarado, pero hacía tiempo que había aprendido a no dejar que me intimidara.

—Eh, flacucho —dijo, y me entregó el arma—. ¿Te apetece vaciar un cargador o dos? Te vendría bien practicar.

Cogí la pistola.

—Hicimos instalar un campo de tiro en la mansión para algo, J. C. Utilízalo.

—Los terroristas no suelen encontrarme en los campos de tiro. Bueno, ocurrió una vez. Pura coincidencia.

Suspiré, cogí el mando a distancia de la mesa rinconera y bajé el volumen de la música. J. C. me cogió el brazo, apuntó hacia arriba el cañón de la pistola y luego apartó mi dedo del gatillo.

—La seguridad es lo primero, chaval.

—En cualquier caso, es una pistola imaginaria —dije, y se la devolví.

—Claaaro, claro.

J. C. no se cree que sea una alucinación, lo cual no es nada habitual. La mayoría lo aceptan, en una medida u otra. Pero J. C. no. Grande sin ser corpulento, de rostro cuadrado pero no llamativo, tenía los ojos de un asesino. O eso decía. Quizá los llevara guardados en el bolsillo.

Insertó un nuevo cargador en la pistola y miró la fotografía de Bin Laden.

—No lo hagas —le advertí.

—Pero...

—Ya está muerto. Se lo cargaron hace años.

—Esa es la historia que contamos a la opinión pública, flacucho. —J. C.

enfundó la pistola—. Te lo explicaría, pero no dispones de la autorización de seguridad necesaria.

—¿Stephen? —llamó una voz desde la puerta.

Me volví. Tobias es otra alucinación o «aspecto», como las llamo en ocasiones. Larguirucho y de piel de ébano, tenía pecas oscuras en las mejillas, arrugadas por la edad. Llevaba el pelo canoso muy corto, y vestía un traje de chaqueta suelto e informal, sin corbata.

—Solo me estaba preguntando cuánto tiempo vas a dejar esperando a ese pobre hombre —dijo Tobias.

—Hasta que se marche —repliqué, reuniéndome con él en el pasillo.

Los dos empezamos a alejarnos de la habitación de J. C.

—Ha sido muy educado, Stephen —dijo Tobias.

Detrás, J. C. empezó a disparar de nuevo. Dejé escapar un gemido.

—Iré a hablar con J. C. —dijo Tobias con voz tranquilizadora—. Solo pretende mantener sus habilidades. Quiere serte útil.

—Vale, como quieras.

Dejé a Tobias y doblé una esquina de la lujosa mansión. Tenía cuarenta y siete dormitorios. Casi todos estaban ocupados. Al fondo del pasillo, entré en una estancia pequeña decorada con una alfombra persa y recubierta con paneles de madera. Me tumbé en el diván de cuero negro que había en el centro.

Ivy estaba sentada en su butaca, junto al diván.

—¿Pretendes continuar, con ese alboroto? —preguntó, elevando el tono por encima del ruido de los disparos.

—Tobias está yendo a hablar con él.

—Comprendo —dijo Ivy, y anotó algo en su libreta.

Llevaba un traje oscuro, de chaqueta y pantalón. Tenía el pelo rubio

recogido en un moño. Contaba cuarenta y pocos años, y era uno de los aspectos que tenía desde hacía más tiempo.

—¿Cómo te sientes al ver que tus proyecciones están empezando a desobedecerte? —me preguntó.

—La mayoría me obedecen —respondí a la defensiva—. J. C. nunca ha hecho caso de lo que le digo. Eso no ha cambiado.

—¿Niegas que está yendo a peor?

No contesté.

Ella hizo otra anotación.

—Has rechazado otra petición, ¿verdad? —preguntó Ivy—. Siempre están viniendo a pedirte ayuda.

—Estoy ocupado.

—¿Con qué? ¿Oyendo disparos? ¿Volviéndote más loco?

—No me estoy volviendo más loco —protesté—. Me he estabilizado. Soy prácticamente normal. Incluso mi psiquiatra no alucinatorio lo reconoce.

Ivy no dijo nada. En la distancia, los disparos cesaron por fin. Suspiré aliviado y me llevé los dedos a las sienes.

—La definición formal de locura es bastante amplia —sentencié—. Dos personas pueden padecer exactamente el mismo trastorno y de la misma gravedad, pero una puede ser considerada cuerda según los baremos oficiales, y la otra, en cambio, loca. Cruzas la línea de la locura cuando tu estado mental te impide funcionar, llevar una vida normal. Según esos baremos, no estoy loco en absoluto.

—¿Llamas a esto una vida normal? —replicó ella.

—Me va bastante bien.

Miré hacia un lado. Ivy había cubierto la papelera con una carpeta, como de costumbre.

Tobias entró unos momentos después.

—Ese posible cliente sigue aquí, Stephen.

—¿Qué? —dijo Ivy, dirigiéndome una mirada de reproche—. ¿Estás haciendo esperar al pobre hombre? Han pasado cuatro horas.

—¡Vale, está bien! —Salté del diván—. Haré que se vaya.

Salí de la habitación dando zancadas y bajé la escalera hasta la planta baja, hacia el majestuoso recibidor.

Wilson, mi mayordomo (que es una persona real, no una alucinación), aguardaba ante la puerta cerrada de la sala de estar. Me miró por encima de sus bifocales.

—¿Tú también? —pregunté.

—¿Cuatro horas, señor?

—Necesitaba estar bajo control, Wilson.

—Le gusta utilizar esa excusa, señor Leeds. Me pregunto si momentos como este son cuestión de pereza más que de control.

—No te pago para que te preguntes ese tipo de cosas —dije.

Él enarcó una ceja y me sentí avergonzado. Wilson no se merecía esa brusquedad; era un empleado excelente, y una excelente persona. No resultaba fácil encontrar personal doméstico que soportara mis... particularidades.

—Lo siento —me disculpé—. Últimamente me encuentro algo cansado.

—Le traeré limonada, señor Leeds —dijo—. Para...

—Para tres —puntalicé, al tiempo que señalaba con la cabeza a Tobias y a Ivy, a quienes, naturalmente, Wilson no podía ver—. Y también para el posible cliente.

—La mía sin hielo, por favor —dijo Tobias.

—Yo tomaré un vaso de agua —añadió Ivy.

—Sin hielo para Tobias —dije mientras abría la puerta distraídamente—. Agua para Ivy.

Wilson asintió y se marchó a cumplir sus órdenes. De verdad era un buen mayordomo. Sin él, creo que me volvería loco.

Un joven vestido con polo y pantalones anchos esperaba en la sala de estar. Se puso en pie de un salto.

—¿Señor Legión?

Di un respingo al escuchar el apodo. Lo había elegido un psicólogo particularmente dotado. Dotado para el histrionismo, quiero decir. No tanto en el campo de la psicología.

—Llámeme Stephen —dije manteniendo la puerta abierta para dejar paso a Ivy y a Tobias—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—¿Podemos? —preguntó el muchacho.

—Es una forma de hablar —respondí. Entré en la sala y ocupé uno de los sillones frente al joven.

—Yo... esto... he oído decir que ayuda usted a la gente, cuando nadie más quiere hacerlo. —El chico tragó saliva—. He traído dos mil. En metálico.

Dejó en la mesa un sobre con mi nombre y dirección.

—Con esto podrá pagar asesoramiento —dije, abriéndolo y haciendo un rápido recuento.

Tobias me miró con mala cara. Odia que cobre a la gente, pero trabajando gratis no se mantiene una mansión con suficientes dormitorios para albergar a todas tus alucinaciones. Además, a juzgar por su ropa, el chico podía permitírselo.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—Mi prometida —respondió el joven, y se sacó algo del bolsillo—. Me ha estado engañando.

—Lo siento en el alma —dije—. Pero no somos investigadores privados. No vigilamos a nadie.

Ivy caminó por la sala, sin sentarse. Rodeó el asiento del joven,

inspeccionándolo.

—Lo sé —dijo el muchacho rápidamente—. Es que... bueno, ha desaparecido ¿sabe?

Tobias se animó. Le encantan los misterios.

—No nos lo está contando todo —dijo Ivy, cruzada de brazos, dándose golpecitos con un dedo.

—¿Seguro? —pregunté.

—Ya lo creo —afirmó el muchacho, asumiendo que hablaba con él—. Ha desaparecido, aunque dejó esta nota. —La desplegó y la depositó encima de la mesa—. Lo más extraño de todo es que pienso que puede haber un mensaje cifrado en ella. Mire estas palabras. No tienen sentido.

Recogí el papel y analicé las palabras que me señalaba. Estaban en el dorso de la hoja, garabateadas con prisa, como si fueran una lista de notas. El mismo papel había sido utilizado más tarde como carta de despedida de la prometida. Se lo enseñé a Tobias.

—Esto es Platón —dijo, al tiempo que señalaba las notas del dorso—. Cada nota es una cita del *Fedro*. Ah, Platón. Un hombre notable, ¿no es cierto? Poca gente sabe que fue esclavo en una época, que lo vendió en el mercado un tirano que estaba en desacuerdo con su política... por eso y porque convirtió en discípulo suyo al hermano del tirano. Por fortuna, a Platón lo compró alguien familiarizado con su obra, digamos que un admirador, y lo liberó. Merece la pena tener fans cariñosos, incluso en la antigua Grecia, porque...

Tobias siguió hablando. Tenía una voz grave y reconfortante que me gustaba escuchar. Examiné la nota y luego miré a Ivy, que se encogió de hombros.

La puerta se abrió y Wilson entró con la limonada y el agua de Ivy. En el

umbral vi a J. C. con la pistola en la mano, mientras se asomaba a la sala e inspeccionaba al joven. Sus ojos se entornaron.

—Wilson —cogí mi limonada—, ¿puedes, por favor, decirle a Audrey que venga?

—Naturalmente, señor —respondió el mayordomo.

Yo sabía, en lo más profundo, que en realidad no había llevado vasos para Ivy y Tobias, aunque hizo la pantomima de ofrecer algo a los sillones vacíos. Mi mente creó el resto, imaginando bebidas, imaginando que Ivy se aproximaba para coger la suya de la mano de Wilson mientras este hacía ademán de acercársela a donde pensaba que estaba sentada. Ivy le sonrió con afecto.

Wilson se marchó.

—¿Y bien? —preguntó el joven—. ¿Puede usted...?

Se calló cuando levanté un dedo. Wilson no podía ver mis proyecciones, pero conocía sus dormitorios. Teníamos que confiar en que Audrey estuviera en el suyo. Audrey acostumbraba a marcharse para visitar a su hermana en Springfield.

Por fortuna, entró en la sala pocos minutos después. Sin embargo, llevaba puesto un albornoz.

—Supongo que será importante —dijo mientras se secaba el pelo con una toalla.

Alcé la nota, y luego el sobre con el dinero. Audrey se agachó. Era una mujer morena, un poquito pasada de peso. Se había unido a nosotros hacía unos años, cuando yo trabajaba en un caso de falsificación.

Murmuró para sí durante un par de minutos, sacó una lupa —me divertí que llevara una en el albornoz, pero así era Audrey— y comenzó a mirar de la nota al sobre y viceversa. Se suponía que la nota la había escrito la prometida, y el sobre, el joven.

Audrey asintió.

—Sin duda, es la misma letra.

—No es una muestra muy grande —dije.

—¿No es qué? —preguntó el muchacho.

—En este caso es suficiente —adujo Audrey—. El sobre tiene tu nombre y tu dirección completos. La inclinación de las líneas, el espaciado de las palabras, la forma de las letras... Todo lleva a la misma conclusión. Tiene también una «e» muy característica. Si usamos la muestra más grande como control, la muestra del sobre puede determinarse como auténtica, según mi valoración, con más de un noventa por ciento de fiabilidad.

—Gracias —dije.

—Me vendría bien un perro nuevo —respondió ella mientras se marchaba.

—No voy a imaginar un cachorrito para ti, Audrey. ¡J. C. ya arma suficiente alboroto! No quiero a un perro corriendo y ladrando por aquí.

—Va, venga ya —dijo ella, volviéndose en la puerta—. Lo alimentaré con comida falsa, le daré agua falsa y lo llevaré a dar paseos falsos. Todo lo que un cachorro falso pueda querer.

—Lárgate —dije, aunque estaba sonriendo.

Audrey bromeaba. Es bueno tener algunos aspectos a quienes no les importara ser alucinaciones. El joven me miró con expresión perpleja.

—Puede dejar de fingir —le sugerí.

—¿Fingir?

—Fingir que le sorprende lo «raro» que soy. Su intento ha sido bastante chapucero. Es universitario, ¿no?

Sus ojos reflejaron pánico.

—La próxima vez, que un compañero de piso le escriba la nota —dije, y se la arrojé—. Maldita sea, no tengo tiempo para esto.

Me levanté.

—Podrías concederle una entrevista —dijo Tobias.

—¿Después de haberme mentido? —repliqué.

—Por favor —suplicó el muchacho, poniéndose en pie—. Mi novia...

—Antes la ha llamado su prometida —dije mientras me volvía—. Ha venido aquí a intentar que me hiciera cargo de un «caso», durante el cual pretendía guiarme a su antojo mientras tomaba notas en secreto sobre mi estado. Su verdadero propósito es escribir una tesina o algo por el estilo.

El desánimo invadió su rostro. Ivy permaneció de pie tras él, moviendo la cabeza con desdén.

—¿Cree que es el primero al que se le ocurre una cosa así? —pregunté.

Él sonrió con tristeza.

—No se puede reprochar a nadie que lo intente.

—Puedo y lo hago —repliqué—. A menudo. ¡Wilson! ¡Tendremos que llamar a seguridad!

—No es necesario —dijo el muchacho al tiempo que recogía sus cosas.

Con las prisas, una grabadora en miniatura se le cayó del bolsillo del polo y resonó contra la mesa.

Enarqué una ceja mientras él, ruborizado, recogía la grabadora y salía pitando de la sala de estar.

Tobias se puso en pie y se acercó a mí, con las manos a la espalda.

—Pobre chaval. Puede que incluso tenga que regresar a casa andando. Bajo la lluvia.

—¿Está lloviendo?

—Stan dice que lloverá pronto —respondió Tobias—. ¿Has pensado que no intentarían este tipo de cosas tan a menudo si accedieras a una entrevista de vez en cuando?

—Estoy harto de que me citen en casos de estudio —dije, agitando molesto

una mano—. Estoy harto de que me presionen y me analicen. Estoy harto de ser especial.

—¿Qué? —exclamó Ivy, divertida—. ¿Preferirías ir a trabajar a una oficina todos los días? ¿Renunciar a esta espaciosa mansión?

—No estoy diciendo que no tenga sus ventajas —afirmé cuando Wilson volvió a entrar y giró la cabeza para ver cómo huía el joven por la puerta principal—. Asegúrate de que se ha ido de verdad, ¿quieres, Wilson?

—Naturalmente, señor.

Me entregó una bandeja con el correo del día y luego se marchó.

Eché un vistazo a las cartas. Wilson ya había retirado las facturas y la publicidad. Eso dejaba una carta de mi psicólogo humano, que ignoré, y un anodino sobre blanco, tamaño grande.

Fruncí el ceño, lo cogí y lo abrí por la parte superior. Saqué el contenido.

Solo había una cosa dentro del sobre. Una fotografía, de trece por veinte, en blanco y negro. Enarqué una ceja. Era una foto de una costa rocosa donde un par de arbolitos se aferraban a una roca que se internaba en el océano.

—No hay nada escrito detrás —dije. Tobias e Ivy se asomaron por encima de mi hombro—. No hay nada más en el sobre.

—Seguro que es de alguien que intenta conseguir una entrevista —señaló Ivy—. Lo hacen mejor que el chico.

—No parece nada especial —observó J. C., abriéndose paso junto a Ivy, que le dio un puñetazo en el hombro—. Rocas. Árboles. Menudo aburrimiento.

—No sé... —murmuré—. Tiene algo. ¿Tobias?

Tobias cogió la foto. Al menos, eso es lo que vi. Lo más probable es que yo tuviera todavía la foto en la mano, pero ya no podía sentirla allí después de percibir que Tobias me la había quitado. Qué curioso, la forma en que la mente puede cambiar la percepción.

Tobias estudió la instantánea un buen rato. J. C. empezó a quitar y a poner el seguro de su pistola.

—¿No eres tú quien siempre está hablando de la seguridad en el manejo de las armas? —le reprendió Ivy.

—Estoy siendo prudente —repuso él—. El cañón no está apuntando a nadie. Además, tengo un agudo y férreo control sobre todos los músculos de mi cuerpo. Podría...

—Callaos los dos —intervino Tobias. Se acercó más la fotografía—. Dios mío...

—Por favor, no uses el nombre del Señor en vano —dijo Ivy.

J. C. resopló.

—Stephen —dijo Tobias—. El ordenador.

Me reuní con él frente al ordenador de la sala de estar y me senté, mientras Tobias se asomaba por encima de mi hombro.

—Busca el Ciprés Solitario.

Lo hice, y encontré una serie de imágenes. Un par de docenas de fotografías de la misma roca aparecieron en la pantalla, pero en todas ellas había un árbol más grande en medio. El árbol de esas fotos parecía completamente crecido; de hecho, parecía antiguo.

—Vale, magnífico —dijo J. C.—. Siguen siendo árboles. Siguen siendo rocas. Sigue siendo aburrido.

—Eso es el Ciprés Solitario, J. C. —explicó Tobias—. Es famoso, y se cree que tiene como mínimo doscientos cincuenta años.

—¿Y...? —preguntó Ivy.

Sostuve en alto la fotografía que me había llegado por correo.

—Aquí no tendrá más de... ¿cuánto? ¿Diez?

—Puede que menos —respondió Tobias.

—Entonces, para que esta foto sea real —dije—, tendrían que haberla

tomado en la segunda mitad del siglo XVIII. Décadas antes de que se inventara la fotografía.



Dos

—Mirad, obviamente es una falsificación —dijo Ivy—. No comprendo por qué os preocupa tanto a los dos.

Tobias y yo recorriamos el pasillo de la mansión. Habían pasado dos días. Yo seguía sin poder quitarme la imagen de la cabeza. Llevaba la foto en el bolsillo de la chaqueta.

—Es cierto que un timo sería la explicación más racional, Stephen —opinó Tobias.

—Armando cree que es real —repliqué.

—Armando está como un cencerro —respondió Ivy, que ese día vestía un traje de chaqueta gris.

—Es verdad —dije, y me llevé de nuevo la mano al bolsillo. Alterar la foto no habría sido demasiado complicado. ¿Qué dificultad tenía manipular una foto, hoy en día? Prácticamente cualquier chaval podía crear falsificaciones realistas usando Photoshop.

Armando la había revisado con algunos programas avanzados, comprobando niveles y haciendo un montón de cosas que eran demasiado técnicas para que yo las entendiera, pero admitió que eso no significaba nada. Un artista con talento podía engañar a aquellas pruebas.

Entonces ¿por qué me preocupaba tanto esa foto?

—Me huele a que alguien intenta demostrar algo —dije—. Hay muchos árboles más antiguos que el Ciprés Solitario, pero pocos tienen un emplazamiento tan peculiar. Lo que se pretende con esta fotografía es que se califique al instante de imposible, al menos por quienes tengan un buen conocimiento de la historia.

—Así pues, lo más probable es que sea un timo, ¿no te parece? —sugirió Ivy.

—Tal vez.

Comencé a andar en la otra dirección, mientras mis aspectos guardaban silencio. Por fin, oí que la puerta se cerraba abajo. Corrí al rellano.

—¿Señor? —dijo Wilson mientras subía la escalera.

—¡Wilson! ¿Ha llegado el correo?

Se detuvo en el rellano sosteniendo una bandeja de plata. Megan, del personal de limpieza (real, naturalmente), nos adelantó a pasos veloces y se escabulló detrás de él con la mirada gacha.

—No tardará en dejar el trabajo —advirtió Ivy—. La verdad es que tendrías que intentar ser menos raro.

—Eso es mucho pedir, Ivy —murmuré mientras examinaba el correo—. Con vosotros a mi alrededor.

¡Allí estaba! Otro sobre, idéntico al primero. Lo abrí con ansia y saqué otra fotografía.

Esa era más borrosa. Se veía a un hombre de pie ante un lavabo, con una

toalla al cuello. El entorno parecía anticuado. También se trataba de una foto en blanco y negro.

Se la pasé a Tobias, que la cogió, la alzó y la examinó con los ojos entornados.

—¿Y bien? —preguntó Ivy.

—Él me resulta familiar —dije—. Es como si lo conociera.

—George Washington —reveló Tobias—. Afeitándose una mañana, según parece. Me sorprende que no lo hiciera un criado.

—Era soldado —repuse, y recuperé la foto—. Probablemente estaba acostumbrado a hacer las cosas él solito.

Pasé los dedos por la brillante instantánea. El daguerrotipo, que fue el primer procedimiento fotográfico, se remontaba a mediados de la década de 1830. Antes de esa fecha, nadie había logrado crear imágenes permanentes de esa naturaleza. Washington había muerto en 1799.

—Muy bien, esta sí que está claro que es falsa —dijo Ivy—. ¿Una foto de George Washington? ¿Acaso debemos suponer que alguien retrocedió en el tiempo y lo único que se le ocurrió hacer fue sacar una fotografía a hurtadillas de George en el cuarto de baño? Nos la están jugando, Steve.

—Tal vez —admití.

—Se parece muchísimo a él —intervino Tobias.

—Solo que no tenemos ninguna foto suya —advirtió Ivy—. Así que no hay forma de demostrarlo. A ver, todo lo que habría que hacer es contratar a un actor que se le parezca, preparar la foto, y zas. Ni siquiera tendrían que editarla.

—Veamos qué opina Armando —dije, dándole la vuelta a la fotografía. En el dorso había un número de teléfono—. Pero que alguien vaya a buscar primero a Audrey.



Tres

—Podéis acercaros a Su Majestad —dijo Armando.

Estaba de pie ante su ventana, que era triangular, pues ocupaba una de las buhardillas de la mansión. Había exigido ese emplazamiento.

—¿Puedo dispararle? —me preguntó J. C. en voz baja—. Ya sabes, en algún punto que no sea vital. Un pie, tal vez.

—Su Majestad ha oído eso —dijo Armando con su suave acento mexicano, volviendo unos ojos muy serios hacia nosotros—. Stephen Leeds, ¿has cumplido la promesa que me hiciste? Debo recuperar mi trono.

—Estoy trabajando en ello, Armando —respondí, tendiéndole la fotografía—. Tenemos otra.

Armando suspiró y cogió la foto de entre mis dedos. Era un hombre delgado de pelo negro, que mantenía engominado hacia atrás.

—Armando benévolamente accede a considerar tu súplica.

Alzó la fotografía.

—¿Sabes, Steve? —dijo Ivy, que curioseaba por la habitación—. Si vas a crear alucinaciones, deberías procurar que fueran menos irritantes.

—Silencio, mujer —espetó Armando—. ¿Has considerado la petición de Su Majestad?

—No voy a casarme contigo, Armando.

—¡Serías reina!

—No tienes ningún trono. Y la última vez que lo comprobé, en México gobernaba un presidente, no un emperador.

—Los capos de la droga amenazan a mi pueblo —dijo Armando mientras examinaba la instantánea—. La gente pasa hambre, y se ve forzada a doblegarse ante los caprichos de las potencias extranjeras. Es una desgracia. En cuanto a esta fotografía, es auténtica.

Me la devolvió.

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿No necesitas hacer ninguna prueba con el ordenador?

—¿Acaso no soy el experto en fotografía? ¿Acaso no has acudido a mí con una lastimosa súplica? He hablado. Es real. No hay truco. El fotógrafo, sin embargo, es un bufón. No sabe nada del arte de su oficio. Estas fotografías me ofenden por su absoluta naturaleza chabacana.

Nos dio la espalda y se puso a mirar de nuevo por la ventana.

—¿Puedo dispararle ya? —insistió J. C.

—Estoy tentado de permitírtelo —dije yo, dando la vuelta a la foto.

Audrey había examinado la letra del dorso y no había podido asociarla a ninguno de los catedráticos, psicólogos y demás grupos que seguían empeñados en estudiarme.

Me encogí de hombros y luego saqué mi teléfono. El número era local. Sonó una vez antes de que descolgaran.

—¿Hola? —dije.

—¿Puedo ir a visitarlo, señor Leeds?

Una voz de mujer, con un leve acento sureño.

—¿Quién es usted?

—La persona que le ha estado enviando acertijos.

—Bueno, eso ya lo he deducido.

—¿Puedo ir a visitarlo?

—Eh... bueno, supongo que sí. ¿Dónde está usted?

—En la puerta de su mansión.

El teléfono chasqueó. Al poco, sonó el timbre de la puerta principal.

Miré a los demás. J. C. se acercó a la ventana, pistola en mano, y echó un vistazo al camino de acceso. Armando lo observó con el ceño fruncido.

Ivy y yo salimos de los aposentos de Armando y nos dirigimos a la escalera.

—¿Vas armado? —preguntó J. C., corriendo para unirse a nosotros.

—La gente normal no va por su casa con una pistola al cinto, J. C.

—Lo hacen si quieren vivir. Ve a por tu pistola.

Vacilé y luego suspiré.

—¡Hazla pasar, Wilson! —exclamé, pero regresé a mis habitaciones, las más grandes de la propiedad, y cogí el revólver de mi mesilla de noche. Me lo enfundé bajo el brazo y volví a ponerme la chaqueta. Ir armado me reconfortaba, aunque como tirador soy malísimo.

Para cuando bajé la escalera en dirección al vestíbulo de entrada, Wilson ya había atendido la puerta. Una mujer de piel oscura, de treinta y tantos años, estaba de pie en el umbral, con un gabán negro, un traje de chaqueta y rastas cortas. Se quitó las gafas de sol y me saludó con la cabeza.

—A la sala de estar, Wilson —dije cuando llegué al rellano.

Él la condujo hasta allí y yo entré después, tras esperar a que J. C. e Ivy pasaran. Tobias ya estaba sentado dentro, leyendo un libro de historia.

—¿Limonada? —preguntó Wilson.

—No, gracias —respondí, y cerré la puerta dejando a Wilson fuera.

La mujer caminó por la sala, contemplando la decoración.

—Bonita casa —dijo—. ¿Ha pagado todo esto con el dinero de la gente que le pide ayuda?

—La mayor parte vino del gobierno —contesté.

—En la calle se dice que no trabaja para ellos.

—Ya no lo hago, pero antes sí. En todo caso, gran parte se debe a las becas. Catedráticos que querían investigarme. Empecé a cobrar sumas enormes por el privilegio, pensando que así los mantendría a raya.

—Y no lo consiguió.

—No hay nada que lo consiga —dije, haciendo una mueca—. Siéntese.

—Me quedaré de pie —repuso ella mientras examinaba mi Van Gogh—. Me llamo Monica, por cierto.

—Monica. —Saqué las dos fotografías—. Debo decir que me resulta chocante que espere que me crea su ridícula historia.

—No le he contado ninguna historia todavía.

—Lo hará. —Arrojé las fotografías sobre la mesa—. Una historia de viajes en el tiempo y, al parecer, de un fotógrafo que no sabe usar bien el flash.

—Es usted un genio, señor Leeds —dijo ella sin darse la vuelta—. Según algunos informes que he tenido la oportunidad de leer, usted es el hombre más listo del planeta. Si en estas fotos hubiera habido un fallo obvio, o no tan obvio, se habría deshecho de ellas. Ciertamente, no me habría llamado.

—Se equivocan.

—¿Quiénes?

—Los que me llaman genio. —Me senté en una silla junto a Tobias—. No soy ningún genio. Soy bastante corriente.

—Me resulta difícil de creer.

—Crea lo que quiera. Pero no soy ningún genio. Mis alucinaciones lo son.

—Gracias —dijo J. C.

—Algunas de mis alucinaciones lo son —rectifiqué.

—¿Admite que las cosas que ve no son reales? —preguntó Monica, volviéndose hacia mí.

—Sí.

—Pero habla con ellas.

—No querría ofenderlas. Además, pueden ser útiles.

—Gracias —dijo J. C.

—Algunas pueden ser útiles —rectifiqué de nuevo—. De todas formas, son el motivo por el que está usted aquí. Quiere sus mentes. Ahora, cuénteme su historia, Monica, o deje de hacerme perder el tiempo.

Ella sonrió y finalmente decidió sentarse.

—No es lo que piensa. No hay ninguna máquina del tiempo.

—¿En serio?

—No parece sorprendido.

—Viajar en el tiempo al pasado es muy muy improbable —dije—. Incluso aunque hubiera sucedido, yo no lo advertiría, ya que hacerlo habría creado una rama divergente de realidad de la que no formo parte.

—A menos que esta sea esa rama de realidad divergente.

—En ese caso —repliqué—, viajar al pasado sigue resultando funcionalmente irrelevante para mí, ya que alguien que retrocediera en el tiempo crearía un camino divergente del que, una vez más, yo no formaría parte.

—Es una teoría, al menos —repuso ella—. Pero carece de importancia. Como le he dicho, no hay ninguna máquina del tiempo. No en el sentido convencional.

—Entonces ¿las fotos son falsas? —pregunté—. Empieza usted a

aburrirme muy deprisa, Monica.

Ella deslizó otras tres fotografías por encima de la mesa.

—Shakespeare —dijo Tobias mientras yo las recogía una a una—. El Coloso de Rodas. Anda, esa última sí que está bien pensada.

—¿Elvis? —pregunté.

—Al parecer, el momento antes de su muerte —aclaró Tobias, señalando la foto del decadente icono popular sentado en su cuarto de baño, con la cabeza gacha.

J. C. soltó un bufido.

—Como si no hubiera nadie por ahí que se parezca a ese tipo.

—Son de una cámara —dijo Monica, inclinándose hacia delante— que saca fotos del pasado.

Hizo una pausa para crear expectación. J. C. bostezó.

—El problema de estas fotos —dije mientras las dejaba sobre la mesa— es que no pueden verificarse. Son instantáneas de cosas que no tienen ningún otro registro visual para probar su autenticidad, y por tanto no habría posibilidad de rebatirlas a partir de pequeñas inexactitudes.

—He visto el artilugio en funcionamiento —replicó Monica—. Se hizo una demostración en un entorno rigurosamente controlado. Estábamos en una habitación estéril preparada para la ocasión, cogimos tarjetas, dibujamos en el dorso y las sostuvimos en alto. Luego las quemamos. El inventor de la cámara entró en la sala e hizo fotos. Estas nos mostraron con toda precisión allí de pie, con las tarjetas y los dibujos reproducidos.

—Maravilloso —dije—. Caray, ojalá tuviera algún motivo para confiar en su palabra.

—Puede poner a prueba el aparato usted mismo. Utilícelo para responder a cualquier pregunta de la historia que desee.

—Podríamos hacerlo si no lo hubieran robado —dijo Ivy.

—Podría hacerlo —repetí, confiando en el instinto de Ivy. Tenía madera para los interrogatorios y a veces me soplaban lo que debía decir—. Pero han robado el aparato, ¿verdad?

Monica se reclinó en su asiento, con el ceño fruncido.

—No era difícil de deducir, Steve —dijo Ivy—. Ella no estaría aquí si todo marchase a la perfección, y habría traído la cámara para alardear, si quisiera de verdad hacer una demostración. Podría creermelo que estuviera guardada en algún tipo de laboratorio en alguna parte, porque sería demasiado valiosa para trasladarla. Pero en ese caso nos habría invitado a ir a su centro de poder, en vez de venir ella al nuestro.

»Está desesperada, a pesar de su aparente tranquilidad. ¿Ves cómo tamborilea con los dedos en el brazo del sillón? Fíjate además en cómo ha intentado permanecer de pie al principio de la conversación, alzándose como si quisiera reafirmar su autoridad. Solo se ha sentado al sentirse incómoda por verte tan relajado.

Tobias asintió.

—«Nunca hagas de pie nada que puedas hacer sentado, ni nada sentado que puedas hacer acostado.» Es un proverbio chino, que suele atribuirse a Confucio. Por supuesto, no quedan textos originales de Confucio, así que casi todo lo que le atribuimos son conjeturas, en mayor o menor medida. Irónicamente, una de las cosas de las que sí estamos seguros es de que enseñó la Regla de Oro, y esa cita a menudo se le atribuye por error a Jesús de Nazaret, que expresó el mismo concepto de manera distinta...

Lo dejé hablar, y las inflexiones de su pausada voz me acunaron como olas. Lo que estaba diciendo no era importante.

—Sí —dijo Monica por fin—. Robaron el aparato. Y por eso estoy aquí.

—Entonces tenemos un problema —repliqué—. El único modo de demostrarme que esas fotos son auténticas sería disponer del aparato. Y no

puedo disponer del aparato sin hacer antes el trabajo que quiere usted que haga. Lo que significa que podría llegar fácilmente al final de todo esto y descubrir que me ha estado engañando.

Dejó caer una fotografía más sobre la mesa. Una mujer con gafas de sol y gabardina, esperando en una estación de tren. Habían tomado la foto desde un lado mientras ella observaba un monitor en lo alto.

Era Sandra.

—Oh, oh —dijo J. C.

—¿De dónde ha sacado esto? —exigí saber, poniéndome en pie.

—Ya le he dicho...

—¡Se acabaron los juegos! —Di un manotazo sobre la mesita—. ¿Dónde está ella? ¿Qué sabe usted?

Monica se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos. La gente no sabe tratar a los esquizofrénicos. Han leído historias, han visto películas. Los asustamos, aunque estadísticamente no es más probable que cometamos crímenes violentos que la gente corriente.

Por supuesto, varias personas que escribieron artículos sobre mí afirman que no soy esquizofrénico. La mitad piensa que me estoy inventando todo esto. La otra mitad piensa que tengo algo diferente, algo nuevo. Tenga lo que tenga, funcione como funcione mi cerebro, solo una persona pareció entenderme. Y era la persona de la fotografía que Monica acababa de dejar encima de la mesa.

Sandra. En cierto modo, ella había puesto en marcha todo el asunto.

—No fue difícil conseguir esa foto —dijo Monica—. Cuando usted concedía entrevistas, hablaba de ella. Obviamente, confiaba en que alguien leyera la entrevista y le diera información sobre ella. Tal vez esperaba que ella viera lo que tenía que decir y volviera junto a usted.

Me obligué a sentarme de nuevo.

—Usted sabía que fue a la estación de tren —continuó Monica—. Y a qué hora. Lo que no sabía es qué tren tomó. Empezamos a sacar fotos hasta que la encontramos.

—Debía de haber una docena de mujeres en esa estación con el pelo rubio y un físico parecido —dije.

Nadie sabía realmente quién era. Ni siquiera yo.

Monica extrajo un puñado de fotos, unas veinte. Todas de mujeres.

—Pensamos que una que llevara gafas de sol en interiores era la opción más probable, pero sacamos fotos de todas las mujeres que tenían más o menos la edad adecuada y se hallaban en la estación de tren ese día. Por si acaso.

Ivy apoyó una mano en mi hombro.

—Tranquilo, Stephen —dijo Tobias—. Un timón fuerte guía la nave incluso en plena tormenta.

Tomé aire y resoplé.

—¿Puedo pegarle un tiro a esta mujer? —preguntó J. C.

Ivy puso los ojos en blanco.

—Recuérdame por qué dejamos que nos acompañe.

—Por mi pinta de duro pero atractivo —dijo J. C.

—Escucha —continuó diciéndome Ivy—. Monica ha debilitado su propia historia. Afirma que ha venido a verte porque robaron la cámara, pero ¿cómo sacó fotos de Sandra sin la cámara?

Asentí, despejando la cabeza con dificultades, y repetí eso mismo a Monica.

Ella sonrió astutamente.

—Lo teníamos en mente para otro proyecto. Se nos ocurrió que disponer de estas fotos sería... conveniente.

—¡Maldición! —exclamó Ivy, y se plantó justo delante de la cara de

Monica para concentrarse en sus pupilas—. Creo que ahora puede que diga la verdad.

Miré la fotografía. Sandra. Ya habían pasado casi diez años. Todavía dolía pensar en cómo me había dejado. Lo había hecho después de enseñarme cómo utilizar las capacidades de mi mente. Pasé los dedos por encima de la foto.

—Tenemos que hacerlo —dijo J. C.—. Tenemos que investigar esto, flacucho.

—Si existe la menor posibilidad... —asintió Tobias.

—Puede que la cámara la robara alguien de dentro —aventuró Ivy—. En trabajos como este, suele ocurrir.

—Uno de los suyos se la llevó, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —contestó Monica—. Pero no tenemos ni idea de adónde ha ido. Hemos gastado decenas de miles de dólares estos últimos cuatro días tratando de localizarlo. Yo siempre lo propuse a usted. Otras... facciones dentro de nuestra compañía estaban en contra de recurrir a alguien a quien consideran inestable.

—Lo haré —dije.

—Excelente. ¿Quiere que lo lleve a nuestro laboratorio?

—No —respondí—. Lléveme a casa del ladrón.



Cuatro

—El señor Balubal Razon —dijo Tobias, leyendo la hoja de datos mientras subíamos la escalera. Yo la había mirado por encima de camino en el coche, pero había estado demasiado sumido en mis pensamientos para prestarle mucha atención concreta—. De etnia filipina, pero estadounidense de segunda generación. Doctor en física por la Universidad de Maine. Sin más honores. Vive solo.

Llegamos a la sexta planta del edificio de apartamentos. Monica resollaba. Caminaba demasiado cerca de J. C., cosa que a él le hacía torcer el gesto.

—Debería añadir —Tobias bajó la hoja— que Stan me informa de que la lluvia ha escampado antes de alcanzarnos. A partir de ahora solo tendremos tiempo soleado.

—Menos mal. —Me volví hacia la puerta, donde montaban guardia dos hombres con traje negro—. ¿Suyos? —pregunté a Monica, señalándolos.

—Sí —respondió ella. Se había pasado todo el trayecto al teléfono con

varios de sus superiores.

Monica sacó una llave del apartamento y la insertó en la cerradura. El lugar era un completo desastre. Cajas de comida china amontonadas en el alféizar de la ventana, como si fueran maceteros dispuestos para la siguiente cosecha de la cadena de restaurantes del General Tso. Había libros apilados por todas partes, y las paredes estaban repletas de fotografías. No eran imágenes de viajes en el tiempo, sino las típicas que sacaría un pirado de la fotografía.

Tuvimos que entrar de lado para franquear la puerta y abrírnos paso entre las montañas de libros. Dentro apenas cabíamos todos.

—Espere fuera, por favor, Monica —dije—. Aquí estamos muy justos.

—¿Justos? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—No para usted de caminar a través de J. C. —aclaré—. A él le molesta mucho. Odia que le recuerden que es una alucinación.

—No soy una alucinación —replicó J. C.—. Utilizo equipo de invisibilidad de última generación.

Monica me miró durante un instante, se acercó luego a la puerta y se detuvo entre los dos guardias, observándonos con los brazos en jarras.

—Muy bien, chicos —dije—. Adelante.

—Buenos cerrojos —observó J. C., agitando una de las cadenas de la puerta—. Madera maciza, tres pasadores. O mucho me equivoco o...

Señaló lo que parecía ser un buzón montado en la pared junto a la puerta.

Lo abrí. Había una pistola dentro, inmaculada.

—Ruger Bisley, convertida a calibre grande —dijo J. C. con un gruñido.

Abrí el tambor y saqué una bala.

—Munición Linebaugh del cincuenta —continuó—. Es un arma para un hombre que sabe lo que se hace.

—Pero la ha dejado aquí —intervino Ivy—. ¿Tenía demasiada prisa?

—No —respondió J. C.—. Era su arma para la puerta. Lo normal es que

tuviera otra distinta para uso regular.

—Arma para la puerta —repitió Ivy—. ¿De verdad hacéis estas cosas?

—Necesitas algo con buena capacidad de penetración —dijo J. C.—, que pueda atravesar la madera cuando haya alguien intentando forzar la puerta. Pero el retroceso de esta arma te deja la mano hecha polvo después de unos cuantos disparos. Seguro que lleva encima una de calibre más pequeño. —Inspeccionó el arma—. Pero no se ha disparado nunca. Hum... Puede que alguien se la diera. Quizá acudió a un amigo y le preguntó cómo podía protegerse. Un verdadero soldado conoce cada arma que posee por haberla disparado repetidas veces. Ninguna pistola dispara a la perfección. Cada una tiene su personalidad.

—Es un erudito —dijo Tobias, arrodillándose junto a las pilas de libros—. Historiador.

—Pareces sorprendido —señalé—. Tiene un doctorado. Cabe esperar que sea listo.

—Es doctor en física teórica, Stephen —dijo Tobias—. Pero aquí hay algunos libros de historia y teología muy muy sesudos. Lectura profunda. Es difícil ver a un erudito muy versado en más de un tema. No me extraña que lleve una vida solitaria.

—Rosarios —intervino Ivy. Recogió uno de encima de una montaña de libros y lo examinó—. Gastado, usado con frecuencia. Abre uno de esos libros.

Tomé uno del suelo.

—No, ese. *El espejismo de Dios*.

—¿Richard Dawkins? —pregunté mientras lo hojeaba.

—Un ateo destacado —dijo Ivy, mirando por encima de mi hombro—. Está anotado con contrarréplicas.

—Un católico devoto en un mar de científicos profanos —dijo Tobias—.

Sí... muchas de estas obras son religiosas o tienen connotaciones religiosas. Tomás de Aquino, Daniel W. Hardy, Francis Schaeffer, Pietro Alagona...

—Aquí está su tarjeta de identificación del trabajo —indicó Ivy, que señalaba con la cabeza algo que colgaba de la pared.

Ponía, en letras grandes: LABORATORIOS AZARI. La compañía de Monica.

—Avisa a Monica —dijo Ivy—. Repite lo que yo te diga.

—Eh, Monica —la llamé.

—¿Se me permite entrar ya?

—Depende —respondí, repitiendo las palabras que me susurraba Ivy—. ¿Va a decirme la verdad?

—¿Sobre qué?

—Sobre que Razon inventó la cámara por su cuenta y se la llevó de Azari solo después de tener un prototipo en funcionamiento.

Monica me miró entornando los ojos.

—La tarjeta de identificación es demasiado nueva —proseguí—. No está gastada ni rayada por el uso o por haberla tenido metida en el bolsillo. Su foto de carnet no debe de tener más de dos meses, a juzgar por la barba incipiente que se está dejando en esta y que, sin embargo, no aparece en la fotografía de la repisa donde se lo ve en Mount Vernon.

»Es más, este no es el apartamento de un ingeniero bien pagado. ¿Con un ascensor averiado? ¿En el barrio nordeste de la ciudad? No solo es mala zona, sino que está demasiado lejos de sus oficinas. Él no robó su cámara, Monica, aunque me inclino a pensar que ustedes intentan robársela a él. ¿Por eso huyó?

—No vino a nosotros con ningún prototipo —respondió Monica—. No que funcionara, al menos. Trajo una sola foto, la de Washington, y un montón de promesas. Necesitaba dinero para lograr una máquina operativa y estable. Al

parecer, la que había creado funcionó unos cuantos días y luego dejó de hacerlo.

»Le suministramos fondos durante dieciocho meses con un pase de acceso restringido a los laboratorios. Recibió una identificación oficial cuando por fin consiguió que la maldita cámara funcionara. Y entonces nos la robó. El contrato que firmó estipulaba que todo el equipo debía permanecer en nuestros laboratorios. Nos utilizó como fuente de financiación, y luego, en cuanto se hizo con el premio, se largó a la primera oportunidad que tuvo... después de borrar todos sus datos y destruir los demás prototipos.

—¿Es eso verdad? —pregunté a Ivy.

—No sabría decirte. Lo siento. Si pudiera oír su latido... Tal vez podrías acercar la cabeza a su pecho.

—Estoy seguro de que a ella le encantaría —dije.

J. C. sonrió.

—A mí me encantaría hacerlo, desde luego.

—Oh, por favor —protestó Ivy—. Solo lo harías para mirar dentro de su chaqueta y averiguar qué tipo de arma lleva.

—Beretta M9 —dijo J. C.—. Ya había mirado.

Ivy me dirigió una mirada de reproche.

—¿Qué? —dije, tratando de hacerme el inocente—. Es él quien lo ha dicho.

—Flacucho —intervino de nuevo J. C.—, la M9 es aburrida pero efectiva. Por cómo se mueve Monica, diría que sabe manejar un arma. ¿Todos esos jadeos cuando subíamos la escalera? Fingidos. Está demasiado en forma para eso. Intenta hacernos creer que es una especie de directora o burócrata de los laboratorios, pero salta a la vista que trabaja en seguridad.

—Gracias —le dije.

—Es usted un hombre muy extraño —repuso Monica.

Me concentré en ella. Monica, naturalmente, solo había oído mis partes de la conversación.

—Creí que había leído mis entrevistas.

—Así es. No le hacen justicia. Lo imaginaba como una especie de brillante cambiador de actitud, entrando y saliendo de distintas personalidades.

—Eso es un trastorno de identidad disociativo —le dije—. Es diferente.

—¡Muy bien! —terció Ivy. Me había estado instruyendo sobre trastornos psicológicos.

—Da igual —continuó Monica—. Supongo que tan solo me sorprende descubrir lo que es realmente.

—¿Y qué soy?

—Un gestor intermedio —respondió con aspecto preocupado—. De cualquier manera, la cuestión sigue estando en pie. ¿Dónde está Razon?

—Depende —dije—. ¿Necesita estar en algún lugar concreto para usar la cámara? Quiero decir, ¿tuvo que ir a Mount Vernon para sacar una fotografía de ese lugar en el pasado o puede de algún modo programar la cámara para que tome fotos allí?

—Tiene que ir al lugar —respondió Monica—. La cámara mira hacia atrás en el tiempo exactamente en el sitio donde uno está.

Había problemas con eso, pero los dejé correr por el momento. Razon. ¿Adónde querría ir? Observé a J. C., que se encogió de hombros.

—¿Lo miras primero a él? —dijo Ivy en tono neutro—. Anda que...

La miré entonces a ella, y se ruborizó.

—Yo... En realidad tampoco tengo nada.

A J. C. le entró la risa.

Tobias se levantó, lento y pesado, como una lejana formación de nubes que se alza en el cielo.

—Jerusalén —dijo en voz baja, apoyando los dedos en un libro—. Ha ido a

Jerusalén.

Todos lo miramos. Bueno, todos los que podíamos.

—¿Adónde si no iría un creyente, Stephen? —preguntó Tobias—. ¿Después de años de discusiones con sus colegas, años de que lo considerasen un necio por su fe? Todo este asunto procede de ahí, por eso desarrolló la cámara. Ha ido a encontrar la respuesta a una pregunta. Para nosotros, para sí mismo. Una pregunta que lleva formulándose desde hace dos mil años.

»Ha ido a sacar una foto de Jesús de Nazaret, llamado Cristo por sus seguidores, después de su resurrección.



Cinco

Pedí cinco asientos en primera clase. Eso no hizo la menor gracia a los jefes de Monica, muchos de los cuales me veían con malos ojos. Conocí a uno en el aeropuerto, un tal señor Davenport. Olía a humo de pipa, e Ivy criticó su mal gusto con el calzado. Descarté la idea de preguntarle si podíamos usar el *jet* de la empresa.

De modo que estábamos sentados en la cabina de primera clase del avión. Yo hojeaba perezosamente un grueso libro en la bandeja plegable de mi asiento. Detrás de mí, J. C. alardeaba ante Tobias del arma que había conseguido colar a través del control de seguridad.

Ivy dormitaba junto a la ventanilla, con un asiento vacío al lado. Monica se hallaba sentada junto a mí, contemplando el espacio desocupado.

—Entonces ¿Ivy está junto a la ventanilla?

—Sí —contesté al tiempo que pasaba una página.

—Tobias y el marine están detrás de nosotros.

—J. C. es de las Fuerzas Especiales del Ejército. Sería capaz de pegarle un tiro por cometer ese error.

—¿Y el otro asiento? —preguntó ella.

—Vacío —dije, y pasé otra página.

Ella esperó una explicación. No ofrecí ninguna.

—Bueno, ¿qué van a hacer con esa cámara? —pregunté—. Suponiendo que sea real, cosa de la que no estoy convencido todavía.

—Hay cientos de aplicaciones —dijo Monica—. Cuerpos policiales, espionaje, verificación de acontecimientos históricos, presenciar la formación original del planeta para investigaciones científicas...

—Destruir antiguas religiones...

Ella me miró enarcando una ceja.

—Entonces ¿es usted religioso, señor Leeds?

—Parte de mí lo es.

Era la pura verdad.

—Bueno —dijo ella—. Supongamos que el cristianismo es una farsa. O tal vez un movimiento iniciado por gente bienintencionada pero que ha crecido más allá de todo control. ¿No sería de utilidad para el bien mayor revelarlo?

—No es una discusión para la que esté preparado —repliqué—. Necesita a Tobias. El filósofo es él. Pero creo que ahora está dormido.

—En realidad, Stephen —intervino Tobias, inclinándose entre nuestros dos asientos—, siento bastante curiosidad respecto a esta conversación. Stan está supervisando nuestro vuelo, por cierto. Dice que tal vez tengamos un tiempo movidito más adelante.

—Está usted mirando algo —dijo Monica.

—Estoy mirando a Tobias —respondí—. Quiere seguir hablando del tema.

—¿Puedo hablar con él?

—Supongo que puede, a través de mí. Pero se lo advierto: no haga caso a

nada de lo que diga sobre Stan.

—¿Quién es Stan? —preguntó Monica.

—Un astronauta al que Tobias escucha; se supone que está orbitando alrededor del planeta en un satélite. —Pasé una página—. Stan es prácticamente inofensivo. Nos proporciona previsiones meteorológicas, ese tipo de cosas.

—Ya... ya veo —dijo ella—. ¿Stan es otro de sus amigos especiales?

Me eché a reír.

—No. Stan no es real.

—Creí que había dicho que ninguno de ellos lo era.

—Bueno, es cierto. Son alucinaciones mías. Pero Stan es un caso especial. Solo Tobias lo oye. Tobias es esquizofrénico.

Ella parpadeó sorprendida.

—Su alucinación...

—¿Sí?

—Su alucinación tiene alucinaciones.

—Sí.

Se recostó en su asiento, con aspecto preocupado.

—Todos tienen sus cosillas —dijo—. Ivy es tripofóbica, aunque casi siempre lo mantiene bajo control. Pero no se acerque a ella con un nido de avispas en la mano. Armando es megalómano. Adoline sufre trastorno obsesivo-compulsivo.

—Por favor, Stephen —dijo Tobias—, hazle saber que considero que Razon es un hombre muy valiente.

Repetí las palabras.

—¿Y eso por qué? —preguntó Monica.

—Ser a la vez científico y religioso supone crear una tregua incómoda en la propia mente —respondió Tobias—. La base de la ciencia es aceptar

solamente la verdad que puede ser demostrada. La base de la fe es definir que la verdad, en su núcleo, es indemostrable. Razon es un hombre valiente por lo que está haciendo. Descubra lo que descubra, una de las dos cosas que tiene en tanta estima acabará patas arriba.

—Podría ser un fanático —sugirió Monica—. Avanzar ciegamente hacia delante, tratando de encontrar una validación definitiva de que siempre ha tenido razón.

—Tal vez —dijo Tobias—. Pero el verdadero fanático no necesitaría validación alguna. El Señor proveería su validación. No, yo veo algo más aquí. Un hombre que busca combinar la ciencia y la fe; la primera persona, quizá en la historia de la humanidad, que ha hallado un modo de aplicar la ciencia a las verdades definitivas de la religión. Me parece muy noble.

Tobias se puso cómodo. Yo pasé las últimas páginas del libro mientras Monica permanecía sentada, sumida en sus pensamientos. Cuando terminé, metí el libro en el bolsillo del asiento que tenía delante.

Alguien descorrió las cortinas y pasó a primera clase desde la clase turista.

—¡Hola! —saludó una amistosa voz femenina mientras recorría el pasillo—. Me he fijado en que tenían aquí un asiento libre y he pensado que quizá me permitirían sentarme.

La recién llegada era joven de veintimuchos años, de aspecto agradable y cara redonda. Tenía piel india bronceada y un punto rojo oscuro en la frente. Llevaba ropa de complicado diseño, de color rojo y dorado, con una especie de chal indio echado sobre un hombro y envolviéndola. No sé cómo se llaman.

—¿Qué es esto? —preguntó J. C.—. Eh, Ahmed, no irás a volar el avión, ¿verdad?

—Me llamo Kalyani —dijo ella—. Y, desde luego, no voy a volar nada.

—Vaya —dijo J. C.—. Qué decepción.

Luego se echó hacia atrás y cerró los ojos, o lo fingió. No dejó de mirar a Kalyani a través de un ojo entreabierto.

—¿Por qué nos lo traemos a todas partes? —preguntó Ivy, estirándose tras despertar de su siesta.

—Su cabeza sigue moviéndose de un lado a otro —comentó Monica—. Siento que me estoy perdiendo conversaciones enteras.

—Así es —dijo—. Monica, le presento a Kalyani. Un nuevo aspecto, y el motivo por el que necesitábamos ese asiento vacío.

Kalyani extendió la mano hacia Monica, con una amplia sonrisa en el rostro.

—No puede verte, Kalyani —le recordé.

—¡Ay, es verdad! —Kalyani se llevó las dos manos a la cara—. Lo siento, señor Steve. Soy nueva en esto.

—No pasa nada. Monica, Kalyani será nuestra intérprete en Israel.

—Soy lingüista —añadió Kalyani, con una inclinación.

—Intérprete... —dijo Monica mientras echaba un vistazo al libro que había dejado en el bolsillo del asiento delantero. Un manual de sintaxis, gramática y vocabulario hebreo—. Acaba de aprender usted hebreo.

—No —respondí—. He hojeado las páginas lo suficiente para invocar a un aspecto que lo hable. Yo soy negado para los idiomas.

Bostecé, preguntándome si habría tiempo de vuelo suficiente para que Kalyani también aprendiera árabe.

—Demuéstrelo —dijo Monica.

Enarqué una ceja.

—Necesito verlo —insistió ella—. Por favor.

Con un suspiro, me volví hacia Kalyani.

—¿Cómo se dice: «Me gustaría practicar mis conocimientos de hebreo. Háblame en tu idioma, por favor»?

—Hum... «Me gustaría practicar mis conocimientos de hebreo» suena un poco raro en esa lengua. Tal vez: «Me gustaría mejorar mi hebreo».

—Claro.

—*Ani rotzeh leshapher et ha'ivrit sheli* —dijo Kalyani.

—Maldita sea, menudo trabalenguas —dije yo.

—¡Esa boca! —exclamó Ivy.

—No es tan difícil, señor Steve. Venga, inténtelo. *Ani rotzeh leshapher et ha'ivrit sheli*.

—Ane rote zile cheper jap... er hav... —dije yo.

—Madre mía —se lamentó Kalyani—. Es... es muy horrible. Tal vez sea mejor que le diga las palabras una a una.

—Me parece bien —repuse, y llamé a una de las azafatas, la que nos había informado en hebreo sobre las medidas de seguridad antes de despegar.

Ella nos sonrió.

—¿Sí?

—Eh... —balbuceé.

—*Ani* —dijo Kalyani en tono paciente.

—*Ani* —repetí.

—*Rotzeh*.

—*Rotzeh*...

Tardé un poco en acostumbrarme, pero logré hacerme entender. La azafata incluso me felicitó. Por fortuna, traducir sus palabras al inglés fue mucho más sencillo: Kalyani me hizo de traductora simultánea.

—Oh, su acento es horrible, señor Steve —dijo Kalyani cuando la azafata se marchaba—. Me siento muy avergonzada.

—Trabajaremos en ello —contesté—. Gracias.

Kalyani me sonrió y me dio un abrazo. Luego trató de darle otro a Monica, que no se dio cuenta. Por fin, la india se sentó junto a Ivy y las dos

empezaron a charlar amistosamente, lo cual resultó un alivio. Siempre me hace la vida más fácil que mis alucinaciones se lleven bien.

—Usted ya hablaba hebreo —me acusó Monica—. Sabía el idioma antes de que subiéramos al avión y se ha pasado las últimas horas refrescándolo.

—Créalo así si quiere.

—Pero no es posible —insistió ella—. Nadie puede aprender un idioma completamente nuevo en cuestión de horas.

No me molesté en corregirla y decirle que no lo había aprendido. Si lo hubiera hecho, mi acento no habría sido tan horrible y Kalyani no habría necesitado guiarme palabra por palabra.

—Estamos en un avión persiguiendo una cámara que saca fotos del pasado —repliqué—. ¿Por qué es más difícil creer que acabo de aprender hebreo?

—Vale, de acuerdo. Fingiremos que lo ha hecho. Pero si es capaz de aprender tan rápido, ¿por qué no conoce todos los idiomas, todos los temas, todo de todo, a estas alturas?

—No tengo suficientes habitaciones en casa para eso —dije—. La verdad, Monica, es que yo no quiero nada de esto. Con gusto me libraría de ello, para poder llevar una vida más sencilla. A veces pienso que todas estas alucinaciones me volverán loco.

—Entonces... ¿no está loco ya?

—Cielos, no —exclamé. La miré—. Usted no acaba de aceptarlo.

—Señor Leeds, ve gente que no está ahí. Es difícil ignorar ese hecho.

—Y, sin embargo, llevo una buena vida —repuse—. Dígame una cosa. ¿Por qué a mí me considera loco y, en cambio, al hombre que no puede conservar un trabajo, que engaña a su esposa, que no es capaz de controlar su temperamento... a ese lo llama cuerdo?

—Bueno, quizá no diría que está del todo...

—Hay un montón de personas «cuerdas» que no son capaces de tenerlo

todo bajo control. Su estado mental, su estrés, su ansiedad, su frustración, se interponen en su capacidad para ser felices. Comparado con ellos, creo que soy absolutamente estable. Aunque admito que estaría bien que me dejaran en paz. No quiero ser alguien especial.

—Y de ahí viene todo esto, ¿no? —preguntó Monica—. ¿Las alucinaciones?

—Vaya, ¿ahora es psicóloga? ¿Se ha leído un libro de psicología mientras volábamos? ¿Dónde está su nuevo aspecto, para que pueda estrecharle la mano?

Monica no picó el anzuelo.

—Usted crea esos delirios para poder endilgarles cosas. Su brillantez, que considera una carga. Su responsabilidad... Tienen que arrastrarle y obligarle a ayudar a la gente. Eso le permite fingir, señor Leeds. Fingir que es usted normal. Pero ese es el verdadero delirio.

Me descubrí deseando que el vuelo acelerara y terminara de una vez.

—Nunca había escuchado esa teoría —dijo Tobias en voz baja desde atrás—. Tal vez tenga algo de razón, Stephen. Deberíamos mencionárselo a Ivy...

—¡No! —exclamé, volviéndome hacia él—. Ya ha hurgado bastante en mi mente.

Me giré. Monica tenía de nuevo esa expresión en los ojos, la expresión de una persona «cuerda» cuando trata conmigo. Era la expresión de alguien obligado a manejar dinamita inestable con manoplas para el horno. Esa expresión... duele mucho más que la enfermedad en sí.

—Dígame una cosa —pedí para cambiar de tema—. ¿Cómo permitieron que Razon se saliera con la suya?

—No es que no tomáramos precauciones —respondió Monica en tono seco—. La cámara estaba guardada a buen recaudo, pero no podíamos mantenerla

completamente fuera del alcance del hombre al que estábamos pagando para que la construyera.

—Hay algo más en todo esto —dije—. Sin ánimo de ofender, Monica, pero es usted una empleada corporativa sibilina. Ivy y J. C. descubrieron hace siglos que no es usted ingeniera. O bien es una retorcida ejecutiva a quien encargan manejar elementos indeseables o bien es una retorcida jefa de seguridad con esa misma tarea.

—¿Qué parte de lo que ha dicho no debería ofenderme? —preguntó ella fríamente.

—¿Cómo tuvo Razon acceso a todos los prototipos? —continué—. Sin duda copiaron ustedes el diseño sin que él lo supiera. Sin duda proporcionaron versiones de la cámara a laboratorios satélite, para que pudieran desmontarla y aplicarles la ingeniería inversa. Me cuesta bastante creer que Razon encontró y destruyó todas esas versiones.

Ella tamborileó sobre el brazo del asiento durante unos minutos.

—Ninguna funciona —admitió por fin.

—¿Hicieron una copia exacta de los diseños?

—Sí, pero no conseguimos nada. Le preguntamos a Razon, y nos dijo que seguía habiendo errores que resolver. Siempre tenía una excusa y, a fin de cuentas, sí era verdad que tenía problemas con sus propios prototipos. Es un campo de la ciencia que nadie ha explorado antes. Somos los pioneros. Es normal que haya errores.

—Todo afirmaciones ciertas —dije—. Ninguna de las cuales se cree.

—Razon hizo algo a esas cámaras —reconoció ella—. Algo para que dejaran de funcionar cuando él no estuviera delante. Podía poner en funcionamiento cualquier prototipo, con tiempo suficiente para manipularlo. Si le dábamos el cambiazo por una de nuestras copias durante la noche, él las

hacía funcionar. Luego la volvíamos a cambiar y a nosotros ya no nos respondía.

—¿Podían usar las cámaras otras personas en su presencia?

Ella asintió.

—Incluso podían utilizarlas durante un rato cuando él no estaba presente. Las cámaras dejaban siempre de funcionar al cabo de un tiempo, y entonces teníamos que volver a traerlo para que las arreglara. Debe comprenderlo, señor Leeds. Solo dispusimos de unos meses en los que las cámaras funcionaron. La mayor parte del tiempo que trabajó en Azari, casi todos lo consideraban un charlatán.

—Pero usted no, supongo.

Guardó silencio.

—Sin él, sin esa cámara, su carrera no es nada —dije yo—. Usted le financió. Usted le defendió. Y entonces, cuando el diseño por fin empezó a funcionar...

—Me traicionó —susurró ella.

La expresión de sus ojos distaba de ser agradable. Se me ocurrió que, si encontrábamos al señor Razon, tal vez debería dejar que J. C. se encargara de él primero. J. C. probablemente querría pegarle un tiro, pero Monica quería descuartizarlo.



Seis

—Bien —dijo Ivy—, menos mal que escogimos una ciudad apartada. Si tuviéramos que encontrar a Razon en un gran centro urbano, para colmo hogar de las tres grandes religiones mundiales y uno de los destinos turísticos más populares del planeta, nos costaría horrores.

Sonreí mientras salíamos del aeropuerto. Uno de los dos matones de Monica fue a localizar los coches que la compañía nos había reservado.

Mi sonrisa era poco más que una leve hendidura en la comisura de mis labios. No había podido estudiar mucho árabe durante la segunda mitad del vuelo. Me había pasado el rato pensando en Sandra. Lo cual nunca resultaba productivo.

Ivy me observó con ojos preocupados. Podía ser maternal a veces. Kalyani se acercó a escuchar a unas personas que hablaban en hebreo cerca de nosotros.

—Ah, Israel —dijo J. C., aproximándose—. Siempre he querido venir

aquí, solo para ver si podía burlar su seguridad. Son los mejores del mundo, ya sabéis.

Llevaba a la espalda una bolsa negra de lona que no reconocí.

—¿Qué es eso?

—Una carabina M4A1 —respondió J. C.—. Con mira óptica de combate avanzada y lanzagranadas M203.

—Pero...

—Tengo contactos aquí —explicó en voz baja—. Cuando se es de las Fuerzas Especiales, se es para siempre.

Los coches llegaron, aunque los conductores parecían extrañados de que cuatro personas insistieran en usar dos vehículos. Al final resultó que apenas cupimos todos. Yo subí al segundo, con Monica, Tobias e Ivy, que se sentó entre Monica y yo en la parte de atrás.

—¿Quieres hablar del tema? —preguntó Ivy en un susurro mientras se abrochaba el cinturón.

—No creo que vayamos a encontrarla, ni siquiera con esto —respondí—. Sandra es buena evitando llamar la atención, y la pista está demasiado fría ya.

Monica me miró, con una pregunta en los labios, obviamente creyendo que le estaba hablando a ella. La pregunta murió cuando recordó a quién acompañaba.

—Puede que tuviera un buen motivo para marcharse, ¿sabes? —dijo Ivy—. No conocemos la historia completa.

—¿Un buen motivo? ¿Uno que explique por qué, en diez años, no ha contactado nunca con nosotros?

—Es posible —afirmó Ivy.

No dije nada.

—No irás a empezar a perdernos, ¿verdad? —preguntó Ivy—. A hacer desaparecer aspectos. A cambiarlos.

«A convertirnos en pesadillas.» No tuvo que añadir esa última parte.

—Eso no volverá a suceder —respondí—. Ahora tengo el control.

Ivy seguía echando de menos a Justin y a Ignacio. Sinceramente, yo también.

—Y... esta búsqueda de Sandra —dijo Ivy—. ¿Es solo por el cariño que le tienes o es por algo más?

—¿Por qué más podría ser?

—Ella fue la que te enseñó a controlar tu mente. —Ivy apartó la mirada—. No me digas que nunca te lo has preguntado. Puede que tenga más secretos. Una... cura, tal vez.

—No digas bobadas —repliqué—. Me gustan las cosas tal como están.

Ivy no respondió, aunque vi que Tobias me observaba por el espejo retrovisor del coche. Me estaba estudiando. Juzgando mi sinceridad.

La verdad es que yo también la juzgaba.

Lo que siguió fue un largo trayecto hasta la ciudad, ya que el aeropuerto está bastante apartado, más cerca de Tel Aviv. Las vistas del camino entre ambas ciudades eran muy pintorescas y, una vez que entramos en la parte moderna de Jerusalén, dejamos atrás varios parques a un lado de la carretera. Mientras nos acercábamos a nuestro destino, Tobias señaló la Torre de David, cuyas piedras soportaban el peso de una cantidad inimaginable de tiempo. Cruzamos la Puerta de Jaffa y emprendimos un agitado recorrido por las calles de la ciudad vieja. No pasó nada de particular, excepto que estuvimos a punto de atropellar a unas diecisiete personas. Cuando los coches se detuvieron, bajamos en tropel y nos internamos en un mar de turistas charlatanes y peregrinos piadosos.

La iglesia en sí no tenía aparcamiento, por lo que tuvimos que recorrer calles y callejuelas durante más de cinco minutos para llegar. Pero por fin

apareció ante nosotros. Era un edificio cuadrado, con una fachada sencilla y antigua y dos grandes ventanales en forma de arco.

—La iglesia del Santo Sepulcro —dijo Tobias—. Considerada según la tradición el lugar de la crucifixión de Jesús de Nazaret, la estructura también comprende uno de los emplazamientos tradicionales de su tumba. Esta maravillosa estructura fue originalmente dos edificios, construidos en el siglo IV por orden de Constantino el Grande. Sustituyó a un templo de Afrodita que había ocupado el mismo lugar durante aproximadamente doscientos años.

—Gracias, Wikipedia —gruñó J. C., echándose al hombro el fusil de asalto. Se había puesto el uniforme de combate.

—Que la tradición esté en lo cierto —continuó Tobias tranquilamente, con las manos a la espalda—, y que este sea el emplazamiento real de los hechos históricos, es objeto de cierta controversia. Aunque la tradición cuenta con muchas explicaciones convenientes para las anomalías, como argumentar que el templo de Afrodita se construyó aquí para reprimir los primeros cultos cristianos, se ha demostrado que esta iglesia sigue la forma del templo pagano en varias zonas importantes. Además, el hecho de que la iglesia esté dentro de las murallas de la ciudad es un excelente argumento en contra, ya que la tumba de Jesús habría estado en las afueras.

—No nos importa que sea auténtica o no —dije, adelantándome a Tobias—. Razon querría venir aquí. Es uno de los lugares más obvios, si no el que más, para empezar a buscar. Monica, hablemos un momentito, por favor.

Ella se detuvo a mi lado. Sus guardaespaldas fueron a comprobar si era necesario comprar entradas. Allí la seguridad parecía muy férrea, pero, claro, la iglesia está situada en la parte occidental, y últimamente se habían producido un par de amenazas terroristas.

—¿Qué es lo que quiere? —me dijo Monica.

—¿La cámara reproduce las fotos al instante? —pregunté—. ¿Tiene

pantalla digital?

—No. Hace fotos solo en película. Formato 120, sin respaldo digital. Razon insistió en que fuera así.

—Ahora una pregunta más difícil. Es consciente de los problemas que implica una cámara que saca fotos del lugar donde estás, solo que más atrás en el tiempo, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—Solo esto: ahora mismo no estamos en el mismo lugar que hace dos mil años. El planeta se mueve. Uno de los problemas teóricos del viaje en el tiempo es que, si retrocedes cien años hasta el punto exacto donde estamos ahora, es probable que aparezcas en el espacio exterior. Aunque tuvieras una suerte extraordinaria y el planeta estuviera en el mismo lugar exacto de su órbita, la rotación de la Tierra implicaría aparecer en otro lugar de su superficie. O bajo su superficie o a docenas de metros de altura.

—Eso es ridículo.

—Es ciencia —repliqué, mirando la fachada de la iglesia. «Lo que estamos haciendo aquí sí que es ridículo.»

Y sin embargo...

—Todo lo que sé —dijo ella— es que Razon tenía que ir al sitio para sacar fotos.

—Muy bien. Una pregunta más. ¿Cómo es él? ¿Su personalidad?

—Áspera —respondió Monica de inmediato—. Discutidora. Y es muy celoso de su equipo. Estoy segura de que el motivo por el que logró escapar con la cámara fue, en parte, que nos había convencido una y otra vez de que era obsesivo-compulsivo con sus cosas, así que le dimos demasiada rienda suelta.

Por fin, nuestro grupo logró entrar en la iglesia. El aire sofocante

transportaba los sonidos de los turistas que hablaban entre susurros y de los pies al caminar por las piedras. Seguía siendo un lugar de culto activo.

—Algo se nos escapa, Steve —dijo Ivy a mi espalda—. Estamos pasando por alto una parte importante del rompecabezas.

—¿Alguna idea? —pregunté mientras examinaba los recargados adornos del interior del templo.

—Estoy trabajando en ello.

—Un momento —intervino J. C., que nos había alcanzado—. Ivy, ¿crees que nos falta algo, pero no sabes qué es y no tienes ni idea de dónde puede haber salido?

—A grandes rasgos, sí —respondió Ivy.

—Eh, flacucho —me dijo J. C.—. Creo que me falta un millón de dólares, pero no sé por qué ni tengo ni idea de cómo podría haberlos ganado. Pero estoy seguro de que me faltan. Así que si pudieras hacer algo al respecto...

—Eres un payaso —le espetó Ivy.

—Eso, eso que acabo de decir —replicó J. C.—, era una metáfora.

—No —dijo ella—, era una prueba lógica.

—¿Cómo?

—Una prueba que pretendía demostrar que eres un idiota. ¡Y vaya! ¿Sabes qué? ¡La prueba ha sido un éxito! *Quod erat demonstrandum*. Podemos decir con exactitud, sin equivocarnos, que en efecto eres un idiota.

Los dos se alejaron, inmersos con su discusión. Negué con la cabeza y seguí internándome en la iglesia. El lugar donde supuestamente había tenido lugar la crucifixión estaba delimitado por una capilla dorada, repleta de turistas y devotos. Me crucé de brazos, disgustado. Muchos turistas sacaban fotos.

—¿Qué? —me preguntó Monica.

—Esperaba que estuviera prohibido hacer fotos con flash —respondí—.

En la mayoría de los sitios como este pasa.

De ser así, si Razon hubiera intentado emplear su cámara, habría sido más probable que alguien lo hubiera visto.

Tal vez estuviera prohibido, pero a los guardias de seguridad que andaban por allí cerca no parecía importarles lo que hiciera la gente.

—Empezaremos a buscar —dijo Monica, con un breve gesto a sus hombres.

Los tres avanzaron mezclándose con la multitud, siguiendo nuestro endeble plan... que consistía en encontrar a alguien en algún lugar sagrado que recordara haber visto a Razon.

Aguardé, y entonces advertí que un par de guardias de seguridad charlaban en hebreo. Uno saludó al otro, al parecer porque había acabado su turno, y empezó a retirarse.

—Kalyani —dije—. Conmigo.

—Por supuesto, por supuesto, señor Steve.

Se reunió conmigo en un santiamén mientras nos acercábamos al guardia que se marchaba.

Este me dirigió una mirada cansada.

—Hola —dije en hebreo con ayuda de Kalyani. Había murmurado primero entre dientes lo que quería decir, para que ella pudiera traducirme—. ¡Pido disculpas por mi espantoso hebreo!

Él se detuvo y luego sonrió.

—No es tan malo.

—Es horrible.

—¿Es usted judío? —aventuró—. ¿De Estados Unidos?

—En realidad no soy judío, pero sí estadounidense. Es que considero que hay que intentar aprender el idioma del país que uno visita.

El guardia sonrió. Parecía un tipo bastante amigable, aunque lo cierto era

que casi todas las personas de allí lo eran. Y les gustaba ver a los extranjeros tratando de hablar su propio idioma. Charlamos un poco más mientras caminábamos, y descubrí que en efecto había terminado su turno de trabajo. Alguien iba a ir a recogerlo, pero no pareció importarle seguir conversando conmigo mientras esperaba. Traté de hacer que pareciera obvio que quería practicar el hebreo hablando con un nativo.

Se llamaba Moshe, y trabajaba en ese mismo turno casi todos los días. Su trabajo consistía en permanecer atento para que la gente no hiciera estupideces y, en caso contrario, detenerlos... aunque me confesó que su deber más importante era asegurarse de que no se produjera ningún atentado terrorista en aquel templo. Su trabajo policial cotidiano era en otra zona de la ciudad, pero lo habían trasladado allí durante las vacaciones, que era cuando el gobierno temía más la violencia y quería una presencia más visible en los lugares turísticos. Aquella iglesia, al fin y al cabo, se hallaba en territorio disputado.

Unos minutos más tarde, empecé a dirigir la conversación hacia Razon.

—Estoy seguro de que ve usted muchas cosas interesantes —dije—. Antes de venir aquí, hemos estado en la Tumba del Jardín. Allí había un asiático pirado gritándole a todo el mundo.

—Ah, ¿sí? —preguntó Moshe.

—Sí. Estoy convencido de que era estadounidense, por el acento, pero sus rasgos eran asiáticos. Tenía una cámara enorme plantada en un trípode, como si fuera la persona más importante del lugar y nadie más mereciera hacer fotos. Se ha puesto a discutir con un guardia que no quería que utilizara el flash.

Moshe soltó una carcajada.

—Estuvo aquí también.

Kalyani se rio por lo bajo después de traducir eso.

—Oh, es usted bueno, señor Steve.

—¿De veras? —pregunté, como quien no quiere la cosa.

—Ya lo creo que sí —dijo Moshe—. Debe de ser el mismo tipo. Estuvo aquí... hum, hace dos días. No dejaba de maldecir a todo el mundo que lo empujaba, trató de sobornarme para que los echara a todos y le dejara el espacio libre. La cuestión es que, cuando empezó a sacar fotos, no le importó si alguien se ponía delante. ¡E hizo fotos por toda la iglesia, incluso fuera, enfocando a los sitios más raros!

—Un verdadero lunático, ¿eh?

—Sí —dijo el guardia, riendo—. Veo a turistas como él constantemente. Llevan grandes cámaras sofisticadas por las que han pagado una cantidad absurda, pero no tienen ni idea de fotografía. Ese tipo no sabía cómo desconectar el flash, ¿sabe? Lo usaba en todas las fotos... ¡incluso al sol, y en el altar de allí, con todas las luces encendidas!

Me reí.

—¡Lo sé! —dijo—. ¡Estadounidenses! —Entonces vaciló—. Oh, vaya, no pretendía ofenderle.

—No se preocupe —dije, repitiendo al instante la respuesta de Kalyani—. Soy de la India.

Él vaciló y luego me miró con la cabeza ladeada.

—¡Oh! —exclamó Kalyani—. ¡Ay, lo siento, señor Steve! Ha sido sin pensar.

—No importa.

El guardia se echó a reír.

—¡Habla bien el hebreo, pero creo que eso no significa lo que usted supone!

Me reí también, y advertí que una mujer se dirigía hacia él, saludando. Le di las gracias por la charla y, a continuación, seguí inspeccionando un poco

más la iglesia. Monica y sus matones acabaron por encontrarme; uno de ellos se guardó en el bolsillo unas fotos de Razon.

—Aquí no lo ha visto nadie, Leeds —dijo ella—. Esto es una vía muerta.

—Ah, ¿sí? —pregunté mientras me dirigía a la salida.

Tobias se unió a nosotros, con las manos a la espalda.

—Qué maravilla, Stephen —dijo, y señaló con la cabeza a un guardia armado en la puerta—. Jerusalén, una ciudad cuyo nombre significa literalmente «paz». Está lleno de islas de serenidad como esta, que ha contemplado la solemne adoración de los hombres desde antes de que se fundaran la mayoría de los países. Sin embargo, aquí la violencia no está más que a unos pocos pasos de distancia.

Violencia...

—Monica —dije, frunciendo el ceño—, me dijo usted que habían buscado a Razon por su cuenta antes de acudir a mí. ¿Comprobaron si había tomado algún avión para salir de Estados Unidos?

—Sí. Tenemos contactos en Seguridad Nacional. Nadie con el nombre de Razon abandonó el país en avión, pero no es difícil conseguir identificaciones falsas.

—¿Podría un pasaporte falso permitirle entrar en Israel, uno de los países con más seguridad del planeta?

Ella frunció el ceño.

—No había pensado en eso.

—Parece arriesgado —afirmé.

—Menudo momento para mencionarlo, Leeds. ¿Me está diciendo que, después de todo, Razon no está aquí? Hemos desperdiciado...

—No, no, estar, está aquí —dije con aire ausente—. He encontrado a un guardia que ha hablado con él. Razon sacó fotos de todo este lugar.

—Ninguna persona con la que hemos hablado lo ha visto.

—Los guardias y los sacerdotes de este templo ven a miles de visitantes al día, Monica. No se les puede enseñar una fotografía y esperar que se acuerden. Hay que centrarse en un detalle fácil de recordar.

—Pero...

—Calle un momento —dije, alzando una mano. «Entró en el país. Un ingeniero de aspecto pusilánime con un equipo extremadamente valioso, usando un pasaporte falso. Tenía un arma en su apartamento, pero no la había disparado nunca. ¿Cómo la consiguió?»

Idiota.

—¿Puede averiguar cuándo compró Razon esa pistola? —pregunté a Monica—. Las leyes estatales sobre armas deberían permitir rastrearlo, ¿verdad?

—Claro. Lo investigaré cuando lleguemos al hotel.

—Hágalo ahora.

—¿Ahora? ¿Se da cuenta de qué hora es en Es...?

—Hágalo igualmente. Despierte a su gente. Consiga las respuestas.

Ella me miró furiosa, pero se apartó e hizo varias llamadas de teléfono. El tono de algunas fue airado.

—Tendríamos que habernos percatado antes —dijo Tobias, negando con la cabeza.

—Lo sé.

Al cabo de un rato, Monica regresó, cerrando su teléfono.

—No hay ningún registro de que Razon haya comprado jamás un arma. La de su apartamento no está registrada en ninguna parte.

Tenía ayuda. Pues claro que tenía ayuda. Llevaba años planeando aquello, y tenía acceso a todas aquellas fotos para utilizarlas como prueba de que decía la verdad.

Había encontrado a alguien que le proporcionaba material. Alguien que lo

protegía, que le había proporcionado aquella pistola y una identidad falsa. Alguien que lo había ayudado a entrar en Israel.

¿A quién había acudido? ¿Quién lo estaba ayudando?

—Ivy, necesitamos... —Me callé—. ¿Dónde está Ivy?

—Ni idea —dijo Tobias.

Kalyani se encogió de hombros.

—¿Ha perdido a una de sus alucinaciones? —preguntó Monica.

—Sí.

—Bueno, vuelva a invocarla.

—No funciona así —repliqué, y me puse a buscar por la iglesia. Los sacerdotes me miraron con cara rara hasta que por fin me asomé a una capilla y me paré en seco.

J. C. e Ivy dejaron de besarse al momento. El maquillaje de ella estaba corrido e, increíblemente, J. C. había apartado a un lado su arma, ignorándola. Era la primera vez.

—Venga, os estáis quedando conmigo, ¿verdad? —dije, llevándome una mano a la cara—. ¿Vosotros dos? ¿Qué estáis haciendo?

—No sabía que tuviéramos que informarte de la naturaleza de nuestra relación —dijo Ivy con frialdad.

J. C. me hizo un gesto de aprobación con el pulgar y sonrió de oreja a oreja.

—Como queráis —repliqué—. Es hora de irnos. Ivy, creo que Razon no trabaja solo. Entró en el país con pasaporte falso, y hay otras piezas que no encajan. ¿Es posible que tuviera algún tipo de ayuda sobre el terreno? ¿Tal vez una organización local para ayudarlo a evitar sospechas e instalarse en la ciudad?

—Es posible —convino ella, apresurándose para alcanzarme—. Debo señalar que tampoco es inverosímil que esté trabajando solo, pero,

pensándolo bien, parece improbable. ¿Lo has deducido tú solo? ¡Buen trabajo!

—Gracias. Y tienes el pelo todo revuelto.

Regresamos por fin a los coches. Monica, Ivy, J. C. y yo subimos a uno. Los dos tipos trajeados y mis otros aspectos montaron en el otro, que iba delante.

—Podría estar usted en lo cierto —dijo Monica cuando los vehículos arrancaron.

—Razon es un hombre inteligente —respondí—. Habrá buscado aliados. Podría tratarse de otra compañía, quizá una empresa israelí. ¿Alguno de sus competidores sabe algo acerca de esta tecnología?

—No que nosotros sepamos.

—Steve —dijo Ivy, sentada entre nosotros. Guardó el lápiz de labios, con el pelo ya arreglado. Obviamente estaba tratando de pasar por alto la escena de ella con J. C que yo había presenciado.

«Maldición —pensé—. Y yo dando por hecho que esos dos se odiaban. Bueno, ya pensarás en ello más tarde.»

—¿Sí?

—Pregúntale a Monica una cosa de mi parte. ¿Tanteó alguna vez Razon a su compañía con un proyecto como este? ¿Sacar fotos para demostrar el cristianismo?

Transmití la pregunta.

—No —contestó Monica—. Si lo hubiera hecho, se lo habría dicho a usted. Nos habría conducido aquí más rápido. Nunca nos lo comentó.

—Es raro —dijo Ivy—. Cuanto más trabajamos en este caso, más descubrimos que Razon se tomó unas molestias increíbles para venir aquí, a Jerusalén. ¿Por qué no utilizar los recursos que ya tenía? Laboratorios Azari.

—Tal vez quería libertad —respondí—. Para usar su invento como

deseara.

—Si ese fuera el caso —prosiguió Ivy—, no habría acudido a una compañía rival, como propones. Hacerlo lo habría puesto de nuevo en la misma situación. Tantea a Monica. Parece que está pensando en algo.

—¿Qué? —le pregunté a Monica—. ¿Tiene algo que añadir?

—Bueno —contestó—, una vez que supimos que la máquina funcionaba, Razon nos propuso algunos proyectos que quería probar. Revelar la verdad del asesinato de Kennedy, refutar o verificar el vídeo del *bigfoot* de Patterson-Gimlin, ese tipo de cosas.

—Y ustedes lo desestimaron —adiviné.

—No sé si ha pasado usted mucho tiempo reflexionando sobre las aplicaciones de esta cámara, señor Leeds —dijo Monica—. Las preguntas que me hizo en el avión indican que, al menos, ha empezado a hacerlo. Pues bien, nosotros sí que lo hemos hecho. Y estamos aterrados.

»Ese artilugio cambiará el mundo. Es algo más que demostrar misterios. Pone fin a la intimidad tal como la conocemos. Si alguien puede acceder a cualquier lugar donde alguna vez hayas estado desnudo, pueden sacarte fotos sin ropa. Imagine lo que supondría para los paparazzi.

»Pondrá patas arriba todo nuestro sistema judicial. Se acabaron los jurados, los jueces, los abogados, los tribunales. Los agentes de la ley simplemente tendrán que ir al escenario del crimen y sacar fotos. Si sospechan de ti y les proporcionas una coartada, sabrán a ciencia cierta si estabas o no donde dices que estabas. —Sacudió la cabeza, con aire afligido.

»¿Y qué hay de la historia? ¿De la seguridad nacional? Los secretos serán mucho más difíciles de guardar. Los Estados tendrán que cerrar a cal y canto todos los lugares donde antes se haya expuesto información importante. No se podrá transcribir nada. ¿Que ha pasado por la calle un mensajero con documentación delicada? Al día siguiente puedes colocarte en la posición

adecuada y sacar una foto del interior del sobre. Eso hemos probado a hacerlo. Imagine tener ese poder. Y ahora imagine que todas las personas del planeta lo tuvieran.

—Caramba —susurró Ivy.

—Así que no —dijo Monica—. No, no quisimos permitir que el señor Razon fuera a hacer fotos para demostrar o refutar el cristianismo. Todavía no. No hasta que hubiéramos discutido el tema a fondo. Creo que él lo sabía. Explica por qué huyó.

—Eso no les impidió preparar formas de tirarme el anzuelo para que hiciera negocios con ustedes —dije—. Sospecho que, si lo hicieron conmigo, lo hicieron también con otra gente importante. Han estado reuniendo medios para conseguir algunos aliados estratégicos, ¿verdad? ¿Tal vez parte de la élite y los ricos del mundo? ¿Para que los ayuden a cabalgar esta ola, cuando la tecnología salga a la luz?

Ella frunció los labios hasta convertirlos en una línea, con la mirada fija al frente.

—Probablemente eso le pareció egoísta a Razon —continué—. ¿No querían ayudarle a revelar la verdad a la humanidad, pero sí reunir material para sobornos? ¿O incluso material para chantaje?

—No tengo libertad para continuar con esta conversación —dijo Monica. Ivy resopló.

—Bueno, sabemos por qué se marchó Razon. Sigo sin creer que acudiera a una compañía rival, pero tiene que haber acudido a alguien. ¿Al gobierno israelí, tal vez? O a...

Todo se volvió negro.



Siete

Desperté, aturdido. Tenía la visión borrosa.

—Explosión —informó J. C. Estaba agazapado junto a mí.

Yo estaba... estaba atado en alguna parte. En una silla. Las manos sujetas a la espalda.

—Tranquilo, flacucho —dijo J. C.—. Tranquilo. Han volado el coche que iba delante. Nosotros hemos dado un volantazo y nos hemos estampado contra un edificio. ¿Te acuerdas?

Apenas. Me resultaba algo vago.

—¿Y Monica? —grazné, mirando alrededor.

Estaba atada a una silla a mi lado. Kalyani, Ivy y Tobias se encontraban allí también, atados y amordazados. A los subordinados de Monica no se los veía.

—He conseguido salir a rastras de entre los hierros —dijo J. C.—. Pero no puedo sacarte.

—Lo sé —respondí. Era mejor no insistir a J. C. en el hecho de que era una alucinación. Estoy seguro de que, en el fondo, él sabía lo que era. Sin embargo, no le gustaba admitirlo.

—Escucha —dijo J. C.—. Es una situación difícil, pero vas a mantener la cabeza fría y saldrás de esta con vida. ¿Entendido, soldado?

—Sí.

—Dilo otra vez.

—Sí —repetí, sin alzar la voz pero dándole intensidad.

—Así me gusta —dijo J. C.—. Ahora voy a desatar a los demás.

Se puso manos a la obra y liberó a mis otros aspectos.

Monica gimió, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué...?

—Creo que hemos cometido un enorme error de cálculo —dije—. Lo siento.

Me sorprendió la tranquilidad de mi voz, teniendo en cuenta lo aterrado que me sentía. En el fondo, soy un académico... o al menos, la mayoría de mis aspectos lo son. No se me da bien la violencia.

—¿Qué veis? —pregunté. En esa ocasión sí que me tembló la voz.

—Una habitación pequeña —dijo Ivy, frotándose las muñecas—. Sin ventanas. Oigo tuberías y un sonido tenue de tráfico. Estamos todavía en la ciudad.

—A qué sitios tan encantadores nos llevas, Stephen —dijo Tobias, asintiendo con la cabeza para dar las gracias a J. C., que lo ayudaba a ponerse en pie. A Tobias se le estaban echando los años encima.

—Lo que oímos de fuera es árabe —observó Kalyani.

—Sí —dijo Tobias con los ojos cerrados—. Un tren que pasa. Frena. Se detiene. Hay algo raro en la pausa que ha hecho. No es una estación, sino algún otro tipo de parada. Coches, gente hablando. Campanas de iglesia. ¿Eso

es yidis? ¿Y un muecín llamando a la oración? —Abrió los ojos de golpe—. Estamos en algún punto de la calle Shivtei Israel, cerca de la ciudad vieja. Es una zona concurrida. Si gritamos, puede que nos oigan.

—O puede que nos maten —replicó J. C.—. Esas cuerdas están bien tensas, flacucho. Las de Monica también.

—¿Qué sucede? —preguntó Monica—. ¿Qué ha pasado?

—Las fotos —dijo Ivy.

La miré.

—Monica y sus matones han estado enseñando fotos de Razon por toda la iglesia —prosiguió Ivy—. Seguro que han preguntado a todo el mundo si lo habían visto. Si Razon estaba trabajando con alguien...

Gemí. ¡Pues claro! Los aliados de Razon estarían alerta por si alguien lo buscaba. Monica había dibujado una gran diana roja sobre nosotros.

—Muy bien —dije—. J. C., vas a tener que sacarnos de esta. ¿Qué deberíamos...?

La puerta se abrió.

Me volví al instante hacia nuestros captores. No encontré lo que esperaba. En vez de terroristas islámicos de algún tipo, lo que teníamos delante era un grupo de filipinos trajeados.

—Ah, claro —susurró Tobias.

—Señor Leeds —dijo el hombre que entró primero, hablando con mucho acento. Revisó una carpeta llena de papeles—. Según todos los informes, es usted una persona muy interesante y muy... razonable. Pedimos disculpas por cómo se le ha tratado hasta ahora, y nos gustaría verlo en condiciones mucho más cómodas.

—Creo que se avecina un trato —advirtió Ivy.

—Me llaman Salic —dijo el hombre—. Represento a cierto grupo con

intereses que pueden alinearse con los suyos. ¿Ha oído hablar del FMLN, señor Leeds?

—Frente Moro de Liberación Nacional —intervino Tobias—. Es un grupo revolucionario filipino que pretende independizarse y crear su propio estado-nación.

—He oído hablar de él —dije.

—Bien. Traigo una propuesta para usted —continuó Salic—. Tenemos el aparato que están buscando, pero nos hemos topado con algunas dificultades para manejarlo. ¿Cuánto nos costará contar con su ayuda?

—Un millón de dólares —contesté sin pestañear.

—¡Traidor! —escupió Monica.

—Ustedes ni siquiera me pagan, Monica —dije, divertido—. No puede reprocharme que acepte un trato mejor.

Salic sonrió. Estaba convencido de que había traicionado a Monica. A veces resulta muy útil tener fama de ser un capullo solitario y amoral.

Pero, en realidad, la única parte cierta es la de solitario. Bueno, y quizá deba admitir que la de capullo. Cuando uno posee esa combinación, la gente suele dar por hecho que también se es amoral.

—El FMLN es una organización paramilitar —continuó diciendo Tobias—. Sin embargo, no han ejercido demasiada violencia, así que esto es sorprendente. Su diferencia fundamental con el gobierno filipino es la religión.

—¿No lo es siempre? —preguntó J. C. con un gruñido mientras examinaba a los recién llegados en busca de armas—. Este tío va armado —dijo, señalando al líder—. Creo que todos van armados.

—Por supuesto —dijo Tobias—. Piensa en el FMLN como la versión filipina del IRA, o la Hamás de los palestinos. Esta última puede ser una comparación más ajustada, ya que el FMLN se considera a menudo una

organización islámica. La mayor parte de los filipinos son católicos, pero la región de Bangsamoro, donde opera el FMLN, es predominantemente islámica.

—Desatadlo —ordenó Salic, señalándome.

Sus hombres obedecieron de inmediato.

—Está mintiendo en algo —dijo Ivy.

—Sí —coincidió Tobias—. Creo... Sí, no es del FMLN. Tal vez está tratando de inculparlos a ellos de esto. Stephen, el FMLN está muy en contra de poner a civiles en peligro. Es un hecho de lo más curioso, cuando te pones a leer sobre ellos. Son guerrilleros, pero tienen un código estricto respecto a quién hacer daño. En los últimos tiempos, se han decantado por defender una secesión pacífica.

—Imagino que eso no los habrá hecho muy populares entre sus posibles seguidores —comenté—. ¿Hay grupos disidentes?

—¿Cómo dice? —preguntó Salic.

—Nada —contesté. Me puse en pie y me froté las muñecas—. Gracias. Me gustaría mucho ver el artilugio.

—Por aquí, por favor —dijo Salic.

—Hijo de puta —me soltó Monica.

—¡Esa boca! —exclamó Ivy, y frunció los labios.

Mis otros aspectos y ella me siguieron a la salida, y los guardias cerraron la puerta, dejando a Monica sola en la habitación.

—Sí... —dijo Tobias, el cual caminaba detrás de los hombres que me escoltaban escalera arriba—. Stephen, creo que se trata del Abu Sayyaf. Lo dirigía un hombre llamado Gadafi Janjalani. Se escindieron del FMLN porque la organización no estaba dispuesta a llegar lo bastante lejos. Janjalani murió hace poco, y el futuro del movimiento está en el aire, pero su objetivo era crear un estado completamente islámico en la región. Janjalani

consideraba que matar a todo el que se opusiera a él era una... forma elegante de conseguir sus objetivos.

—Parece que tenemos un ganador —dijo J. C.—. Muy bien, flacucho. Esto es lo que tienes que hacer. Dale una patada al tipo que te sigue cuando esté subiendo un escalón. Caerá encima del que viene detrás y te dará la oportunidad de apresar a Salic. Dale la vuelta para escudarte de los disparos que lleguen desde atrás y luego quítale la pistola de dentro de la chaqueta y empieza a disparar a través de su cuerpo a los hombres de ahí abajo.

Ivy parecía asqueada.

—¡Qué horror!

—No creerás que va a dejarnos marchar, ¿verdad? —preguntó J. C.

—El Abu Sayyaf —nos informó amablemente Tobias— ha sido la causa de numerosas muertes, atentados y secuestros en Filipinas. También son muy muy brutales con los lugareños, ya que actúan más como una familia del crimen organizado que como auténticos revolucionarios.

—Entonces, ¿eso es un no? —dijo J. C.

Llegamos a la planta baja y Salic nos condujo a una habitación lateral. Allí había dos hombres más, con uniforme de soldado, granadas en los cinturones y empuñando fusiles de asalto.

Entre ellos, sobre la mesa, había una cámara de formato 120. Parecía... corriente.

—Necesito a Razon —dije, y me senté—. Para hacerle preguntas.

Salic resopló.

—No hablará con usted, señor Leeds. Puede fiarse de mí.

—Entonces ¿Razon no trabaja con ellos? —preguntó J. C.—. Estoy confundido.

—Tráigalo de todas formas —insistí, y empecé a manipular con cuidado la cámara.

La cuestión es que no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo. ¿Por qué, por qué no había llevado a Ivans conmigo? Tendría que haber sabido que necesitaría a un mecánico en aquel viaje.

Pero si llevaba a demasiados aspectos, si mantenía demasiados a mi alrededor al mismo tiempo, sucedían cosas malas. Aunque eso ya era irrelevante. Ivans estaba a un continente de distancia.

—¿Alguna idea? —pregunté entre dientes.

—A mí no me mires —dijo Ivy—. La mitad de las veces, no consigo ni que el mando a distancia funcione.

—Corta el cable rojo —propuso J. C.—. Siempre es el cable rojo.

Lo miré impasible y luego desatornillé una parte de la cámara, intentando fingir que sabía lo que estaba haciendo. Me temblaban las manos.

Por fortuna, Salic envió a alguien a hacer lo que le había pedido. Después me observó con atención. Probablemente había leído acerca del Incidente Longway, en el que yo había desmontado, arreglado y vuelto a montar un complejo sistema informático a tiempo para impedir una explosión. Pero eso había sido cosa de Ivans, con algo de ayuda de Chin, nuestro experto informático residente.

Sin ellos, yo era un cero a la izquierda en esos menesteres. Intenté con todas mis fuerzas parecer lo contrario hasta que el soldado llevó a Razon. Lo reconocí por las fotografías que me había enseñado Monica. Bueno, casi. Tenía el labio partido, aún le sangraba, y el ojo izquierdo hinchado, y cojeaba al caminar. Cuando se sentó en un taburete cerca de mí, vi que le faltaba una mano. El muñón estaba envuelto en un trapo ensangrentado.

Tosió.

—Ah. El señor Leeds, creo —dijo con leve acento filipino—. Lamento muchísimo encontrarlo aquí.

—Cuidado —dijo Ivy mientras escrutaba a Razon. Estaba justo a su lado

—. Están mirando. No te muestres demasiado amistoso.

—Oh, esto no me gusta nada —intervino Kalyani. Se había acercado a unas cajas de madera que había al fondo de la habitación y se había acurrucado allí para protegerse—. ¿Va a ser así a menudo con usted, señor Steve? Porque no estoy hecha para esto.

—¿Lamenta encontrarme aquí? —dije a Razon, endureciendo la voz—. Lo siento, pero no me sorprende. Es usted quien ayudó a Monica y a sus colegas a recopilar material para chantajearme.

El ojo que no tenía hinchado se abrió un ápice. Él sabía que el material no era para chantajearme. O eso esperaba yo. ¿Se daría cuenta? ¿Comprendería que estaba allí para ayudarlo?

—Lo hice... bajo coacción —farfulló.

—Sigue siendo usted un hijo de puta, por lo que a mí respecta.

—¡Esa boca! —exclamó Ivy, con las manos en las caderas.

—Bah. No importa —dije a Razon—. Va usted a enseñarme a poner en marcha esta máquina.

—¡No lo haré! —gritó.

Giré un tornillo, con la mente revolucionada. ¿Cómo podía acercarme a él lo suficiente para hablarle en voz baja, pero sin atraer sospechas?

—Lo hará o...

—¡Cuidado, idiota! —exclamó Razon, levantándose de un salto del taburete.

Un soldado nos apuntó con su arma.

—Tiene el seguro puesto —dijo J. C.—. No hay nada de lo que preocuparse. Todavía.

—Es un equipo muy delicado —explicó Razon, y me quitó el destornillador—. No lo vaya a romper.

Empezó a desatornillar con su única mano. Entonces, susurrando, me dijo:

—¿Está aquí con Monica?

—Sí.

—No es de fiar —me advirtió. A continuación, hizo una pausa—. Aunque nunca me dio una paliza ni me cortó una mano. Así que quizá no soy nadie para hablar de en quién confiar.

—¿Cómo lo capturaron? —cuchicheé.

—Alardeé ante mi madre —dijo él—. Y ella alardeó ante su familia. La noticia llegó a oídos de estos monstruos. Tienen contactos en Israel.

Se tambaleó, y extendí la mano para sujetarlo. Tenía la cara pálida. Ese hombre no estaba ni por asomo en su mejor momento.

—Se pusieron en contacto conmigo —dijo, obligándose a seguir desatornillando—. Dijeron que eran fundamentalistas cristianos de mi país, ansiosos por financiar mi operación para encontrar pruebas. No descubrí la verdad hasta hace dos días. Entonces...

Se interrumpió y dejó caer el destornillador cuando Salic se acercó a nosotros. El terrorista hizo una señal, y uno de sus soldados agarró a Razon y le tiró del brazo ensangrentado. Razon gritó de dolor.

Los soldados lo derribaron al suelo y empezaron a golpearlo con las culatas de sus fusiles. Yo miré, horrorizado, y Kalyani empezó a llorar. Incluso J. C. se volvió.

—No soy ningún monstruo, señor Leeds —dijo Salic, agachándose junto a mi silla—. Soy un hombre con pocos recursos. Descubrirá que las dos cosas son bastante difíciles de diferenciar, en la mayoría de las situaciones.

—Por favor, detenga a los soldados —susurré.

—Verá, estoy intentando encontrar una solución pacífica —dijo Salic, que no detuvo la paliza—. Se condena a mi gente cuando usamos los únicos métodos que tenemos para luchar, los métodos de los desesperados. Estos son los métodos que todos los revolucionarios, incluyendo los fundadores de su

propio país, han utilizado para conseguir la libertad. Mataremos si es preciso, pero quizá no nos veamos obligados a hacerlo. Aquí en esta mesa tenemos la paz, señor Leeds. Arregle esta máquina y salvará miles y miles de vidas.

—¿Para qué la quieren? —dije, frunciendo el ceño—. ¿Qué supone para ustedes? ¿Poder para hacer chantaje?

—Poder para arreglar el mundo —respondió Salic—. Solo necesitamos unas cuantas fotos. Pruebas.

—Pruebas de que el cristianismo es falso, Stephen —explicó Tobias, colocándose a mi lado—. Eso no les resultará una tarea sencilla, ya que el islam reconoce a Jesús de Nazaret como profeta. Sin embargo, no aceptan la resurrección, ni muchos de los milagros atribuidos luego a sus seguidores. Con la foto adecuada, podrían tratar de socavar el catolicismo, la religión mayoritaria entre los filipinos, y por tanto desestabilizar la región.

Admito que, extrañamente, me sentí tentado. Por supuesto, no tentado de ayudar a un monstruo como Salic. Pero entendía su argumento. ¿Por qué no coger aquella cámara y demostrar que todas las religiones son falsas?

Eso provocaría el caos. Tal vez muchas muertes, en algunas partes del mundo.

¿O no?

—La fe no se subvierte fácilmente —descartó Ivy—. Esto no causaría los problemas que él cree.

—¿Porque la fe es ciega? —preguntó Tobias—. Tal vez tengas razón. Muchos continuarían creyendo, a pesar de los hechos.

—¿Qué hechos? —dijo Ivy—. ¿Unas fotos que pueden ser o no fiables? ¿Producto de una ciencia que nadie entiende?

—Ya estás intentando proteger algo que aún tiene que ser descartado —dijo Tobias tranquilamente—. Actúas como si supieras lo que va a pasar y necesitas estar a la defensiva sobre la prueba que puede que se encuentre o

no. Ivy, ¿no lo entiendes? ¿Qué pruebas necesitarías para mirar las cosas con ojos racionales? ¿Cómo puedes ser tan lógica en algunas áreas y, sin embargo, tan ciega en esta?

—¡Silencio! —exclamé, llevándome las manos a la cabeza—. ¡Silencio!

Salic me miró con el ceño fruncido. Solo entonces advirtió la tremenda paliza que sus soldados habían dado a Razon.

Gritó algo en tagalo, o tal vez en algún otro dialecto filipino; quizá tendría que haber estudiado eso en vez del hebreo. Los soldados retrocedieron y Salic se arrodilló para dar la vuelta a Razon en el suelo.

Razon metió la mano sana en la chaqueta de Salic, buscando la pistola. Este dio un salto hacia atrás y uno de los soldados gritó. Se produjo un único chasquido.

Todos en la habitación se quedaron inmóviles. Un soldado había sacado una pistola con silenciador con, asustado, disparó a Razon. El científico cayó hacia atrás, con los ojos sin vida abiertos y el revólver de Salic resbalando entre sus dedos.

—Oh, pobre hombre —dijo Kalyani, acercándose para arrodillarse junto a él.

En ese momento, alguien derribó a uno de los soldados junto a la puerta, empujándolo desde atrás.

Inmediatamente empezaron los gritos. Salté de mi silla, buscando la cámara. Salic la alcanzó primero, le puso una mano encima y luego trató de recoger su pistola del suelo.

Yo maldije, apartándome, y me lancé tras la pila de cajas donde Kalyani se había puesto a cubierto unos minutos antes. Los disparos estallaron por toda la estancia, y una de las cajas cercanas soltó un puñado de astillas cuando le dio un proyectil.

—¡Es Monica! —exclamó Ivy, a cubierto tras la mesa—. Se ha liberado y

los está atacando.

Me atreví a echar un vistazo alrededor, a tiempo de ver a uno de los tipos trajeados del Abu Sayyaf caer abatido en el centro de la habitación, cerca del cuerpo de Razon. Los otros dispararon a Monica, que se había puesto a cubierto en la escalera que descendía hacia el lugar donde habíamos estado cautivos.

—¡Demonios! —exclamó J. C., agazapado junto a mí—. Se las ha arreglado solita para escapar. ¡Creo que esa mujer empieza a caerme bien!

Salic gritó en tagalo. En lugar de perseguirme, se había puesto a cubierto cerca de sus guardias. Aferraba la cámara, y otros dos soldados que llegaron corriendo por la escalera que bajaba desde arriba se unieron a él.

El tiroteo llamaría pronto la atención, supuse. Pero no lo suficientemente pronto. Tenían acorralada a Monica. Yo apenas podía verla, escondida en su escalera, tratando de encontrar un modo de asomarse y disparar a los hombres con el arma robada al guardia al que había derribado, cuyos pies asomaban en la escalera cerca de ella.

—Muy bien, flacucho —dijo J. C.—. Esta es tu oportunidad. Hay que hacer algo. Acabarán con ella antes de que lleguen los refuerzos, y perderemos la cámara. Es la hora de los héroes.

—Yo...

—Podrías huir, Stephen —dijo Tobias—. Hay una habitación justo detrás de nosotros. Tendrá ventanas. No te estoy diciendo que lo hagas: te estoy dando las opciones.

Kalyani gimió, acurrucada en el rincón. Ivy estaba debajo de la mesa, con los dedos en los oídos, observando el tiroteo con ojos calculadores.

Monica trató de asomarse y disparar, pero se incrustaron balas en la pared tras ella, lo que la obligó a retirarse de nuevo. Salic seguía gritando algo.

Varios soldados empezaron a dispararme, así que tuve que retroceder y ponerme a cubierto.

Las balas resonaron contra la pared encima de mí, y lascas de piedra cayeron sobre mi cabeza. Tomé aire y lo expulsé.

—No puedo hacer esto, J. C.

—Sí que puedes —replicó él—. Mira, tienen granadas. ¿Las ves en los cinturones de los soldados? Uno de ellos caerá en la cuenta, tirará una escalera abajo y adiós Monica. Muerta.

Si dejaba que se quedaran con la cámara... Un poder semejante en manos de tipos como aquellos...

Monica gritó.

—¡Le han dado! —exclamó Ivy.

Salí de detrás de las cajas y corrí hacia el soldado tendido en medio de la habitación. Había dejado caer una pistola. Salic reparó en mí mientras yo agarraba el arma y la alzaba. Me temblaban las manos.

«Esto no va a funcionar. No puedo hacerlo. Es imposible.»

«Voy a morir.»

—No te preocupes, chico —dijo J. C., agarrándome la muñeca—. Yo me encargo.

Empujó mi brazo a un lado y disparé, sin apenas mirar, y luego movió el arma en una serie de gestos, deteniéndose brevemente para que yo apretara el gatillo cada vez. En unos instantes todo había terminado.

Todos los hombres armados habían caído. La habitación quedó en absoluto silencio. J. C. me soltó la muñeca y mi brazo cayó como plomo a un costado.

—¿Eso lo hemos hecho nosotros? —pregunté, mirando los cadáveres.

—Maldita sea —dijo Ivy, quitándose los dedos de los oídos—. Ya sabía yo que había un motivo por el que estabas con nosotros, J. C.

—Esa boca, Ivy —dijo él con una sonrisa.

Solté la pistola. Probablemente no fue lo más inteligente que he hecho en mi vida, pero, claro, no estaba exactamente en mis cabales. Corrí junto a Razon. No tenía pulso. Le cerré los ojos, pero dejé la sonrisa en sus labios.

Aquello era lo que el hombre había querido. Pretendía que lo mataran para que no pudieran obligarlo a revelar sus secretos. Suspiré. Luego, poniendo a prueba una teoría, metí una mano en su bolsillo.

Algo me hizo cosquillas en los dedos, y los saqué ensangrentados.

—¿Qué...?

No me esperaba eso.

—¿Leeds? —dijo la voz de Monica.

Alcé la cabeza. Ella se encontraba de pie en la puerta de la habitación, sujetándose el hombro, que sangraba.

—¿Ha hecho usted esto?

—Ha sido J. C. —dije.

—¿Su alucinación? ¿Ha disparado a estos hombres?

—Sí. No. Yo...

No estaba seguro. Me levanté y me acerqué a Salic, que había recibido un tiro en plena frente. Me agaché y recogí la cámara. Entonces retorcí una pieza, de espaldas a Monica.

—Esto... ¿Señor Steve? —dijo Kalyani, que señala con el dedo—. Creo que ese no está muerto. Ay, madre.

Miré. Uno de los guardias a los que había abatido se estaba dando la vuelta. Sujetaba algo con la mano ensangrentada.

Una granada.

—¡Fuera! —grité a Monica, agarrándola por el brazo mientras salía corriendo de la habitación.

La detonación me golpeó por detrás como una ola rompiente.



Ocho

Exactamente un mes más tarde, estaba sentado en mi mansión, bebiendo un vaso de limonada. Me dolía la espalda, pero las heridas de metralla estaban sanando. No había sido tan malo.

Monica no le daba demasiada importancia a la escayola de su brazo. Bebía de su propio vaso, sentada en la sala donde nos habíamos conocido.

La oferta que estaba haciéndome ese día no era inesperada.

—Me temo que acude al hombre equivocado —le dije—. Debo rechazarlo.

—Comprendo.

—Ha estado trabajando en ese ceño fruncido que tiene —apreció J. C. desde el lugar donde se encontraba, de pie y apoyado en la pared—. Está mejorando.

—Si quisiera echarle un vistazo a la cámara... —dijo Monica.

—La última vez que la vi estaba rota en dieciséis pedazos, por lo menos —respondí—. No queda nada con lo que trabajar.

Ella me miró, entornando los ojos. Seguía sospechando que yo había dejado caer la cámara a propósito cuando se produjo la explosión. Tampoco ayudaba mucho que el cuerpo de Razon hubiera quedado calcinado hasta extremos casi irreconocibles en las detonaciones que se sucedieron y en el incendio que había arrasado el edificio. Todo lo que llevaba encima, los secretos que explicaban cómo funcionaba realmente la cámara, habían quedado destruidos.

—Admito —dije, inclinándome hacia delante— que no lamento demasiado descubrir que no pueden arreglarla. No estoy seguro de que el mundo esté preparado para la información que podría proporcionar.

«O, al menos, no estoy seguro de que el mundo esté preparado para que gente como vosotros controle esa información.»

—Pero...

—Monica, no sé qué podría hacer yo que no hayan hecho sus ingenieros. Simplemente vamos a tener que aceptar el hecho de que esta tecnología murió con Razon. Eso, si lo que hizo no era solo una estafa, claro. Para serle sincero, cada vez estoy más convencido de que ese fue el caso. A Razon lo torturaron mucho más de lo que un simple científico habría soportado, pero no dio a los terroristas lo que querían. Y fue porque no podía. Todo era un engaño.

Ella suspiró y se levantó.

—Está usted renunciando a la grandeza, señor Leeds.

—Querida —dije, poniéndome en pie—, a estas alturas debería saber que ya he saboreado la grandeza. Y la cambié por la mediocridad y cierta medida de cordura.

—Debería pedir que le devolvieran el dinero —repuso—. Porque no estoy segura de haber visto en usted ninguna de esas dos cualidades.

Se sacó algo del bolsillo y lo dejó caer encima de la mesa. Un sobre

grande.

—¿Y esto es...? —dije, recogiéndolo.

—Encontramos película en la cámara. Solo conseguimos recuperar una imagen.

Vacilé, y luego extraje la fotografía. Era en blanco y negro, como las otras. Mostraba a un hombre, con barba y túnica, montado... aunque no se podía ver en qué. Su cara era sorprendente. No por su forma, sino porque miraba directamente a la cámara. Una cámara que no estaría allí hasta dos mil años más tarde.

—Pensamos que es de la Entrada Triunfal —dijo ella—. El fondo, al menos, parece ser la Puerta Hermosa. Es difícil saberlo con seguridad.

—Dios mío —susurró Ivy, colocándose a mi lado.

Aquellos ojos... Miré la foto. ¡Aquellos ojos!

—Eh, creía que no podíamos maldecir delante de ti —le recordó J. C. a Ivy.

—No era una maldición —dijo ella, posando reverente los dedos sobre la foto—. Era una identificación.

—Por desgracia, no vale nada —dijo Monica—. Es imposible demostrar quién es. Y aunque pudiéramos, no serviría ni para confirmar ni para refutar el cristianismo. Se hizo antes de que lo mataran. De todas las fotos que Razon pudo hacer... —Negó con la cabeza.

—Esto no me hace cambiar de opinión —repliqué, y volví a meter la fotografía dentro del sobre.

—Eso pensaba. Considérelo su pago.

—Al final no he conseguido gran cosa para ustedes.

—Ni nosotros para usted —dijo ella, saliendo de la sala—. Buenas tardes, señor Leeds.

Acaricié el sobre con el dedo, mientras escuchaba a Wilson acompañar a

Monica hasta la puerta y luego cerrarla. Dejé a Ivy y a J. C. discutiendo sobre la manía de este de decir tacos, me dirigí al recibidor y subí la escalera, agarrado al pasamanos, hasta el pasillo superior.

Mi estudio estaba al fondo. La estancia quedaba iluminada por una única lámpara sobre la mesa; las cortinas, corridas contra la noche. Me acerqué al escritorio y me senté. Tobias estaba delante, acomodado en una de las otras dos butacas.

Cogí un libro, el último de lo que había sido una enorme pila, y empecé a hojearlo. La foto de Sandra, la que habían sacado en la estación de tren, estaba clavada en la pared a mi lado.

—¿Lo han descubierto? —preguntó Tobias.

—No —respondí—. ¿Y tú?

—Nunca fue la cámara, ¿verdad?

Sonreí, pasando una página.

—Busqué en sus bolsillos justo después de su muerte. Algo me cortó los dedos. Cristal roto.

Tobias frunció el ceño. Luego, tras pensarlo un momento, sonrió.

—¿Bombillas rotas?

Asentí.

—No era la cámara, era el flash. Cuando Razon sacó fotos en la iglesia, usó el flash incluso en el exterior, a plena luz. Incluso cuando su objetivo estaba bien iluminado, incluso cuando intentaba capturar algo que sucedió durante el día, como la aparición de Jesús ante la tumba después de su resurrección. Es un error que un buen fotógrafo no habría cometido. Y él era un buen fotógrafo, a juzgar por las fotos que vimos en su apartamento. Tenía buen ojo para la luz.

Pasé una página. Luego me metí la mano en el bolsillo y extraje un objeto,

que deposité encima de la mesa. Un flash desmontable, el que yo había quitado de la cámara justo antes de la explosión.

—No estoy seguro de si es algo en el mecanismo del flash o en las bombillas, pero sí sé que él las quitaba para impedir que el aparato funcionara cuando no quería que lo hiciera.

—Maravilloso —dijo Tobias.

—Ya veremos —respondí—. Este flash no funciona: lo he intentado. No sé qué falla. ¿Sabes por qué funcionaban las cámaras durante un rato para la gente de Monica? Bueno, muchos flashes tienen bombillas múltiples como esta. Sospecho que solo una tenía algo que ver con los efectos temporales. Las bombillas especiales se fundían rápidamente, quizá después de diez disparos.

Pasé unas cuantas páginas.

—Estás cambiando, Stephen —dijo por fin Tobias—. Te has dado cuenta de esto sin la ayuda de Ivy. Sin la de ninguno de nosotros. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que ya no nos necesites?

—Espero que eso no suceda nunca —contesté—. No quiero ser ese hombre.

—Y, sin embargo, la buscas a ella.

—Y, sin embargo, lo hago —susurré.

Un paso más cerca. Sabía qué tren había tomado Sandra. Asomaba un billete del bolsillo de su abrigo. Se podían distinguir los números, apurando la vista.

Había ido a Nueva York. Durante diez años, había estado buscando esa respuesta, que apenas suponía una pieza minúscula de una persecución mucho mayor. La pista tenía una década de antigüedad, pero era algo.

Por primera vez en años, estaba haciendo progresos. Cerré el libro y me

eché hacia atrás, contemplando la foto de Sandra. Era hermosa. Muy hermosa.

Algo se agitó en la habitación en penumbra. Ni Tobias ni yo nos movimos cuando un hombre pequeño y calvo se sentó en la butaca vacía, delante del escritorio.

—Me llamo Arnaud —dijo—. Soy físico especializado en mecánica temporal, causalidad y teoría cuántica. Creo que tiene un trabajo para mí.

Depositó el último libro en la pila de los que había leído ese mes.

—Sí, Arnaud —dije—. Lo tengo.

Legión: Al flor de piel

PRIMERA PARTE



Uno

—¿Qué pretende? —preguntó Ivy, rodeando la mesa con los brazos cruzados. Ese día llevaba el pelo rubio recogido en un austero moño, atravesado por varios pasadores de aspecto peligroso.

Traté, sin éxito, de no hacerle caso.

—¿Es una cazafortunas, quizá? —sugirió Tobias. El majestuoso hombre de piel oscura había acercado una silla a la mesa para poder sentarse a mi lado. Llevaba puesto su habitual traje informal, sin corbata, y encajaba a la perfección en aquella sala de iluminación cristalina y música de piano—. En el pasado, muchas mujeres se han fijado solo en la riqueza de Stephen y no en su agudeza.

—Es hija de un magnate inmobiliario —dijo Ivy con un gesto despectivo—. Le chorrea riqueza de la nariz. —Ivy se inclinó junto a la mesa para inspeccionar a mi acompañante en la cena—. Una nariz en la que, por cierto, parece haberse trabajado tanto como en su pecho.

Me obligué a sonreír mientras intentaba mantener la atención centrada en la mujer que tenía enfrente. A aquellas alturas, ya estaba acostumbrado a Ivy y a Tobias. Contaba con ellos.

Pero puede ser muy difícil disfrutar de una cita en compañía de tus alucinaciones.

—Pues... —dijo Sylvia, mi cita—. Malcolm me contó que eres una especie de detective.

Me dedicó una sonrisa tímida. Resplandeciente con sus diamantes y su vestido negro ceñido, Sylvia era una conocida de un amigo común a la que yo tenía demasiado preocupada, con mucho. Me pregunté cuánto habría investigado Sylvia sobre mí antes de acceder a la cita a ciegas.

—¿Detective? —repetí—. Sí, supongo que podrías llamarlo así.

—¡Acabo de hacerlo! —replicó Sylvia con un trino de risita.

Ivy puso los ojos en blanco y rechazó la silla que le había llevado Tobias.

—Pero en realidad —dije a Sylvia— creo que la palabra «detective» te daría una idea equivocada. Lo que hago es ayudar a la gente a resolver problemas muy especializados.

—¡Como Batman! —exclamó Sylvia.

Tobias escupió su limonada rociando el aire delante de él. Manchó el mantel, pero, por supuesto, Sylvia no podía verlo.

—No es... del todo así —dije.

—Estaba de bromita —contestó Sylvia, y dio otro sorbo a su vino. Había tomado ya mucho para una cena que solo acababa de empezar—. ¿Qué clase de problemas resuelves? ¿Son en plan problemas informáticos? ¿De seguridad? ¿De lógica?

—Sí. Esos tres, y muchos más.

—Pues... no me parece muy especializado, la verdad —dijo Sylvia.

En eso tenía razón.

—Es difícil de explicar. Soy un especialista, solo que en muchas áreas.

—¿Como cuáles?

—En cualquiera. Depende del problema.

—Oculta cosas —dijo Ivy, todavía cruzada de brazos—. Insisto, Steve, algo pretende.

—Como todo el mundo —respondí.

—¿Qué? —preguntó Sylvia, frunciendo el ceño mientras un camarero con una servilleta sobre el brazo hacía desaparecer nuestros platos de ensalada.

—Nada —dije.

Sylvia se removió en su silla y dio otro sorbo.

—Estabas hablando con ellas, ¿verdad?

—Es decir, que sí que has leído sobre mí.

—Las chicas tenemos que ir con cuidado, ya sabes. En el mundo hay mucho psicópata suelto.

—Te aseguro que está todo bajo control —dije—. Veo cosas, pero soy totalmente consciente de lo que es real y lo que no.

—Ten cuidado, Stephen —dijo Tobias, de nuevo sentado junto a mí—. Estás pisando terreno peligroso en una primera cita. ¿Qué tal si habláis de arquitectura?

Caí en la cuenta de que estaba dando golpecitos con el tenedor contra el plato del pan y dejé de hacerlo.

—Este edificio está diseñado por Renton McKay —prosiguió Tobias con su voz calmada y tranquilizadora—. Fíjate en la naturaleza abierta del espacio, en sus elementos movibles y en los patrones geométricos ascendentes. Pueden reconstruir el interior más o menos cada año para tener un restaurante que es a la vez una instalación artística.

—De verdad que mi psicología no es tan interesante —dije—. No tanto como este edificio. ¿Sabías que lo construyó Renton McKay? Lo...

—Entonces ¿ves cosas? —me interrumpió Sylvia—. ¿Son como visiones? Suspiré.

—Nada tan grandioso. Veo a personas que no están ahí.

—Como aquel tío de esa peli —dijo ella.

—Sí, igual. Solo que él estaba loco, y yo, no.

—¡Perfecto, sí señor! —exclamó Ivy—. Qué gran manera de tranquilizarla. Ahora explícale en profundidad lo no-loco que estás.

—¿No se supone que eres terapeuta? —espeté a Ivy—. Un poco menos de sarcasmo sería estupendo.

Para Ivy, aquello era mucho pedir. El sarcasmo era una especie de idioma nativo para ella, aunque también se defendía muy bien en «severa decepción» y en «leve condescendencia». Pero también era una buena amiga. Bueno, una buena amiga imaginaria.

Era solo que tenía un problema en lo relativo a mí con mujeres. Desde que Sandra nos había abandonado, al menos.

Sylvia me contempló con la postura tensa, y fue entonces cuando me di cuenta de que me había dirigido en voz alta a Ivy. Cuando Sylvia reparó en que la miraba, compuso una sonrisa tan falsa como el tinte rojo número 6. Me encogí para mis adentros. Era una mujer bastante atractiva, a pesar de lo que afirmaba Ivy, y por muy multitudinaria que se hubiera vuelto mi vida, también era terriblemente solitaria.

—Entonces... —empezó a decir Sylvia, pero calló.

Llegaron los primeros platos. Ella había pedido unos rollitos de lechuga muy monos. Yo me había decantado por un plato de pollo que parecía bastante prudente.

—Entonces... ¿ahora mismo estabas hablando con una de ellas? ¿Con una persona imaginaria?

Saltaba a la vista que consideraba de buena educación preguntarlo. Quizá

el manual de etiqueta de una auténtica señorita incluía un capítulo sobre cómo dar charla insustancial sobre los defectos psicológicos de un hombre.

—Sí —dije—. Era una de ellas, Ivy.

—¿Una... dama?

—Una mujer —maticé—. Solo es una dama de vez en cuando.

Ivy soltó un bufido.

—Me impresiona tu madurez, Steve.

—¿Cuántas de tus personalidades son mujeres? —preguntó Sylvia. Aún no había tocado la comida.

—No son personalidades —repuse—. Están separadas de mí. No padezco trastorno de identidad disociativo. Si acaso, sería un esquizofrénico.

Eso es un tema de cierto debate entre psicólogos. A pesar de mis alucinaciones, no encajo en el perfil de la esquizofrenia. No encajo en ningún perfil en absoluto. Pero ¿por qué debería importar? La vida me va bastante bien. A grandes rasgos.

Sonreí a Sylvia, que todavía no había empezado a comer.

—No es nada grave. Lo más probable es que mis aspectos sean solo el resultado de una infancia solitaria, casi siempre sin compañía.

—Bien hecho —dijo Tobias—. Ahora aparta la conversación de tus excentricidades y empieza a hablar de ella.

—Eso —coincidió Ivy—. Averigua qué es lo que oculta.

—¿Tú tienes hermanos? —pregunté.

Sylvia titubeó un momento y por fin cogió los cubiertos. Jamás me había alegrado tanto de ver moverse un tenedor.

—Dos hermanas —respondió—, las dos mayores que yo. Maria es asesora en una empresa de marketing. Georgia vive en las islas Caimán. Trabaja de abogada para...

Me relajé mientras Sylvia seguía hablando. Tobias alzó su vaso de

limonada para darme la enhorabuena. Un desastre evitado.

—Vas a tener que hablarle de eso en algún momento —dijo Ivy—. No somos exactamente algo que pueda pasar por alto.

—Sí —respondí en voz baja—. Pero de momento, me conformaré con sobrevivir a la primera cita.

—¿Decías algo? —Sylvia nos miró, interrumpiendo su narrativa.

—Nada —dije.

—Estaba hablando de su padre —me apuntó Tobias—. Banquero. Jubilado.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando en banca? —pregunté, alegrándome de que uno de nosotros hubiera estado prestando atención.

—¡Cuarenta y ocho años! No parábamos de decirle que no tenía por qué seguir, pero...

Sonreí y empecé a cortar el pollo mientras ella seguía hablando.

—Perímetro despejado —dijo una voz a mi espalda.

Di un respingo y miré hacia atrás. Vi a J. C. de pie, vestido de camarero auxiliar y cargado con una bandeja de platos sucios. Delgado, fibroso y con la mandíbula cuadrada, J. C. es un asesino de sangre fría. O eso afirma él. Yo creo que se refiere a que le gusta matar anfibios.

Era una alucinación, por supuesto. J. C., los platos que transportaba, la pistola que llevaba enfundada con discreción bajo la chaqueta blanca del uniforme: todo alucinaciones. A pesar de ello, me había salvado la vida varias veces.

Pero eso no significaba que me alegrase de verlo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —siseé.

—Vigilar por si encuentro asesinos —dijo J. C.

—¡Estoy en una cita!

—Y, por tanto, te distraerás —replicó él—. Es el momento perfecto para

un asesinato.

—¡Te he dicho que te quedes en casa!

—Sí, ya lo sé. Y los asesinos también lo habrán oído. Por eso tenía que venir. —Me dio un codazo. Lo sentí. Por muy imaginario que fuera, a mí me daba la sensación de ser real del todo—. Menuda tía buena, flacucho. ¡Así me gusta!

—La mitad de ella es plástico —dijo Ivy con aspereza.

—Como mi coche —replicó J. C.—. Y sigue siendo bonito. —Sonrió burlón a Ivy y se inclinó hacia mí—. Supongo que no podrías... —Señaló con la cabeza a Ivy, se llevó las manos al pecho e hizo unos movimientos circulares.

—J. C. —dijo Ivy en tono neutro—, ¿acabas de intentar que Steve me imagine con los pechos más grandes?

J. C. se encogió de hombros.

—Eres el no-ser más odioso del planeta —dijo ella—. De verdad. Deberías estar orgulloso. Nadie ha imaginado nada más baboso en toda la historia de la humanidad.

Ivy y J. C. mantenían una relación intermitente. Al parecer, la habían interrumpido por enésima vez mientras yo no miraba. Lo cierto era que no tenía ni idea de cómo lidiar con ello: era la primera vez que dos de mis aspectos establecían un vínculo romántico.

Lo más curioso de todo era que J. C. había sido completamente incapaz de pronunciar las palabras sobre que yo imaginara a Ivy con una forma corporal distinta. No le gustaba afrontar el hecho de que era una alucinación. Lo incomodaba.

J. C. siguió estudiando la sala. A pesar de sus evidentes complejos, era buen observador y se le daba muy bien la seguridad. Se fijaba en cosas que

yo pasaba por alto, de modo que quizá no fuese tan mala idea que hubiera decidido presentarse en el restaurante.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿Hay algún problema?

—Solo que es un paranoico —dijo Ivy—. ¿Te acuerdas de cuando creía que el cartero era un terrorista?

J. C. dejó de mirar a su alrededor y centró su atención de golpe en una mujer que estaba sentada a tres mesas de distancia. Tenía la piel oscura y llevaba un elegante traje pantalón, y se volvió hacia una ventana en el instante en que me fijé en ella. Esa ventana reflejaba la luz hacia nosotros y fuera estaba oscuro, por lo que quizá la mujer siguiera observándonos.

—Voy a comprobarlo —dijo J. C., y se apartó de nuestra mesa.

—Stephen... —dijo Tobias.

Devolví la mirada a nuestra mesa y encontré a Sylvia mirándome de nuevo, con el tenedor suelto en la mano como si se hubiera olvidado de él y los ojos como platos.

Me obligué a soltar una risita.

—¡Perdona! Me he distraído con una cosa.

—¿Con qué?

—Nada. Estabas hablando de tu madre...

—¿Qué te ha distraído?

—Un aspecto —reconocí a regañadientes.

—Una alucinación, querrás decir.

—Sí. Lo había dejado en casa. Ha venido por iniciativa propia.

Sylvia fijó la mirada en su comida.

—Qué interesante. Cuéntame más.

Estaba siendo educada otra vez. Me incliné hacia delante.

—No es lo que crees, Sylvia. Mis aspectos son solo partes de mí,

receptáculos de mi conocimiento. Como... recuerdos que se levantan y caminan por ahí.

—No se lo traga —advirtió Ivy—. Respiración rápida, dedos crispados... Steve, sabe más sobre ti de lo que crees. No se la ve impactada, sino como si le hubieran organizado una cita con Jack el Destripador e intentara mantener la calma.

Asentí con la cabeza al recibir la información.

—No hay nada de qué preocuparse. —¿Eso lo había dicho ya?—. Cada aspecto me ayuda de alguna manera. Ivy es psicóloga. Tobias, historiador. Ellos...

—¿Y el que acaba de llegar? —preguntó Sylvia, alzando la mirada hacia mis ojos—. Ese que ha venido sin que lo esperaras.

—Miente —dijo Tobias.

—Miente —añadió Ivy—. Dile que es bailarín o algo por el estilo.

—J. C. es exmiembro de las Fuerzas Especiales del Ejército —dije en vez de mentir—. Me ayuda con ese tipo de cosas.

—¿Ese tipo de cosas?

—Problemas de seguridad. Operaciones encubiertas. Siempre que podría verme en peligro.

—¿Te dice que mates a gente?

—No es como lo pintas. Bueno, vale, un poquito sí es como lo pintas. Pero suele decirlo de broma.

Ivy emitió un gemido.

Sylvia se levantó.

—Disculpa, tengo que ir al servicio.

—Cómo no.

Sylvia cogió su bolso y su chal, y se marchó.

—¿No va a volver? —pregunté a Ivy.

—¿Estás de cachondeo? Acabas de decirle que un hombre invisible que te dice que mates a gente acaba de presentarse aquí sin que tú lo quisieras.

—No ha estado entre nuestras interacciones más finas —convino Tobias.

Ivy suspiró y se sentó en el asiento de Sylvia.

—Por lo menos, ha sido mejor que la última. Esa duró... ¿cuánto, media hora?

—Veinte minutos —dijo Tobias, mirando el reloj de pie del restaurante.

—Esto vamos a tener que superarlo —susurré—. No podemos seguir desmoronándonos cada vez que existe una posibilidad de romance.

—No tenías por qué decirle lo que has dicho de J. C. —me reprochó Ivy—. Podrías haberte inventado alguna cosa. Pero, en vez de eso, le has dicho la verdad. La verdad aterradora, vergonzosa y repleta de J. C.

Cogí mi bebida. Limonada en una lujosa copa de vino. La moví un poco en círculos.

—Mi vida es una falsedad, Ivy. Amigos falsos. Conversaciones falsas. Muchas veces, cuando Wilson tiene el día libre, no hablo ni con una sola persona real. Supongo que no quiero empezar una relación con mentiras.

Nos quedamos los tres sentados en silencio hasta que J. C. regresó al trote. Se apartó a un lado para dejar pasar a un camarero auténtico.

—¿Qué? —preguntó, y lanzó una mirada a Ivy—. ¿Ya has espantado a la chavala?

Alcé mi copa hacia él.

—No te lo reproches demasiado, Stephen —dijo Tobias, poniéndome una mano en el hombro—. Sandra es una mujer difícil de olvidar, pero las cicatrices terminarán sanando.

—Las cicatrices no sanan, Tobias —repliqué—. Viene a ser la definición de la palabra «cicatriz».

Hice rodar el vaso y miré el reflejo de la luz en el hielo.

—Sí, vale, lo que queráis —dijo J. C.—. Emociones y metáforas y tal. Escucha, tenemos un problema.

Lo miré.

—¿Esa mujer a la que hemos visto? —me recordó J. C., señalando—. Pues...

Dejó la frase en el aire. La silla de la mujer estaba vacía; su plato, abandonado a medio comer.

—¿Es hora de irnos? —pregunté.

—Sí —dijo J. C.—. Ya mismo.



Das

—Zen Rigby —dijo J. C. cuando salíamos del restaurante a toda prisa—. Seguridad privada, que, en este caso, es un eufemismo de «asesina a sueldo». Es sospechosa de una lista de golpes tan larga como tu perfil psicológico, flacucho. Pero no hay pruebas. Es buena.

—Espera —dijo Ivy desde mi otro lado—. ¿Estás diciendo que de verdad había una asesina en la cena?

—Eso parece —respondí yo.

J. C. solo podía saber lo que supiera yo, por lo que, si estaba diciendo esas cosas, era que salían de las profundidades de mi memoria. Cada cierto tiempo, repasaba listas de operativos, espías y asesinos profesionales para las misiones que emprendía.

—Maravilloso —dijo Ivy sin mirar a J. C.—. Ahora va a ser un suplicio vivir con él.

A la salida del restaurante, a instancias de J. C., miré la lista de reservas.

Una sola ojeada bastó para volcar en mi mente la información que contenía y proporcionar a mis aspectos acceso a ella.

—Carol Westminster. —J. C. señalaba un nombre de la lista—. Había usado antes ese pseudónimo. Era Zen, sin duda.

Nos detuvimos en el puesto del aparcacoches. Esa tarde llovía, y los coches bisbiseaban al pasar por la carretera mojada. El clima atenuaba la acritud normal de la ciudad, de modo que, en vez de oler a vagabundo sin duchar, olía a vagabundo recién duchado. Un hombre nos pidió el recibo del aparcacoches, pero no le hice caso y escribí un mensaje a Wilson para que acudiera con la limusina.

—Dices que es una asesina a sueldo, J. C. —dije mientras escribía en el móvil—. ¿Para quién trabaja?

—No estoy seguro —respondió J. C.—. Lo último que oí es que buscaba un nuevo hogar. Zen no es de esas asesinas que se contratan para una vez. Las empresas la ponen en nómina y se la quedan un tiempo para que arregle sus estropicios y les resuelva problemas de formas legalmente ambiguas.

Yo sabía todo aquello, en el fondo, pero necesitaba que J. C. me lo dijera. No es que esté loco, es que soy una persona compartimentada. Por desgracia, mis aspectos... bueno, ellos sí que tienden a estar un poco desquiciados. Tobias estaba un poco apartado, murmurando que Stan, la voz que oía a veces, no le había advertido de la lluvia. Ivy se preocupaba de no mirar los agujeritos que habían hecho los gusanos en un poste cercano. ¿Siempre había sido tan grave?

—Podría ser solo una coincidencia —me dijo Tobias, negando con la cabeza y apartando la vista del cielo que había estado inspeccionando—. Los asesinos pueden salir a cenar, igual que todo el mundo.

—Supongo que sí —respondió J. C.—, pero, si es una coincidencia, voy a mosquearme mucho.

—¿Tenías ganas de disparar a alguien esta noche? —preguntó Ivy.

—Bueno, sí, por supuesto. Pero no es por eso. Es que odio las coincidencias. La vida es mucho más sencilla cuando puedes dar por sentado que todo el mundo intenta matarte.

Wilson respondió a mi mensaje: *Ha llamado un viejo amigo. Quiere hablar usted. Está en el coche. ¿Bien?*

Le escribí de nuevo. *¿Quién?*

Yol Chay.

Fruncí el ceño. *¿Yol? ¿La asesina trabajaría para él? Bien*, escribí.

Llegamos en unos minutos, me envió Wilson.

—Eh —dijo J. C., señalando—. Atento.

No muy lejos, Sylvia estaba subiendo en un coche con un hombre trajeado. Glen, reportero del *Mag*. Cerró la puerta después de que entrara Sylvia, me miró, se encogió de hombros y levantó el ala de su sombrero de fieltro antes de subir al coche por el otro lado.

—¡Sabía que pretendía algo! —exclamó Ivy—. ¡Era un montaje! Seguro que estaba grabando la cita entera.

Gemí. El *Mag* era prensa amarilla de la peor calaña, en el sentido de que publicaba las suficientes verdades mezcladas con sus invenciones para que la gente, más o menos, confiara en sus «noticias». Yo había pasado la mayor parte de mi vida evitando la atención de los medios de masas, pero en los últimos tiempos los periódicos y las webs de noticias se me estaban pegando como lapas.

J. C. meneó la cabeza, molesto, y se alejó al trote para explorar el perímetro mientras esperábamos el coche.

—Ya te advertí que pasaba algo —dijo Ivy cruzada de brazos, de pie bajo el toldo con los aparcacoches mientras la lluvia repiqueteaba sobre nuestras cabezas.

—Lo sé.

—Sueles ser más suspicaz. Me preocupa que puedas estar desarrollando un ángulo ciego con las mujeres.

—Tomo nota.

—Y J. C. está desobedeciéndote otra vez. ¿Eso de venir por su cuenta después de que te lo dejaras en casa a propósito? Nunca llegamos a hablar de lo que sucedió en Israel.

—Resolvimos el caso. Eso fue todo lo que sucedió.

—J. C. disparó tu pistola, Steve. Él, un aspecto, disparó a personas reales.

—Movié mi brazo —objeté—. Los disparos los hice yo.

—Eso supone un emborronamiento entre nosotros que nunca se había producido. —Me miró a los ojos—. Estás intentando encontrar a Sandra otra vez. Creo que has saboteado esta cita intencionadamente para tener una excusa con la que evitar otras en el futuro.

—Sacas conclusiones precipitadas.

—Y más vale que lo haga —repuso Ivy—. Teníamos un equilibrio, Steve. Las cosas funcionaban. No quiero tener que empezar a preocuparme porque vuelvan a desaparecer aspectos.

Mi limusina por fin llegó, conducida por Wilson, mi mayordomo. Ya caía la noche y el chófer de siempre trabajaba en turnos normales de ocho horas.

—¿Quién va sentado atrás? —preguntó J. C., que llegó corriendo e intentando ver a través de los cristales tintados.

—Yol Chay —le informé.

—Vaya —dijo J. C., frotándose la barbilla.

—¿Crees que está implicado? —pregunté.

—Me jugaría tu vida a que sí.

Maravilloso. Pero, en fin, las reuniones con Yol siempre eran interesantes, por lo menos. El aparcacoches del restaurante me abrió la puerta de la

limusina. Hice ademán de entrar, pero J. C. me detuvo poniéndome una mano en el pecho, desenfundó su pistola y metió la cabeza para revisar el interior.

Me volví hacia Ivy y puse los ojos en blanco, pero ella no me miraba a mí. Observaba a J. C. con una sonrisa de cariño. ¿Qué estaba pasando entre esos dos?

J. C. se apartó y asintió con la cabeza mientras me quitaba la mano del pecho. Dentro de mi limusina estaba Yol Chay apoltronado. Llevaba un traje de color blanco inmaculado, pajarita plateada y zapatos Oxford blancos y negros bien lustrados. Unas gafas de sol con diamantes incrustados en la montura remataban su atuendo, muy extraño para un empresario coreano de cincuenta años. Tratándose de Yol, sin embargo, resultaba incluso moderado.

—¡Steve! —exclamó con cierto acento coreano, tendiéndome un puño para que se lo chocara. Pronunciaba mi nombre como «estiii-fa»—. ¿Cómo lo llevas, perraco?

—Acaban de dejarme tirado —respondí mientras dejaba que mis aspectos subieran primero a la limusina, para que el aparcacoches no los dejara fuera al cerrar la puerta—. La cita no ha durado ni una hora.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué les pasa a las mujeres en estos tiempos?

—No lo sé —dije. Me subí al coche y me senté mientras mis aspectos se acomodaban—. Supongo que buscan a tipos que no les recuerden a asesinos en serie.

—Qué aburrido —dijo Yol—. ¿Quién no querría salir contigo? ¡Si eres todo un partido! Un cuerpo, cuarenta personas. Variedad infinita.

Yol no terminaba de entender cómo funcionaban mis aspectos, pero no se lo tenía en cuenta. Ni siquiera yo estaba seguro todo el tiempo de cómo funcionaban.

Dejé que Yol me sirviera un vaso de limonada. Echarle una mano con su problema unos años atrás había sido uno de los proyectos más divertidos y

menos estresantes a los que me había enfrentado jamás. Incluso aunque hubiera tenido que aprender a tocar el saxofón.

—¿Cuántos traes hoy? —preguntó Yol, señalando con la cabeza el resto de la limusina.

—Solo tres.

—¿El espía está aquí?

—No soy de la CIA —dijo J. C.—. Soy de las Fuerzas Especiales, imbécil.

—¿Está irritado por verme? —preguntó Yol, sonriendo tras sus gafas chillonas.

—Podría decirse que sí —respondí.

Yol ensanchó la sonrisa, sacó su móvil y apretó unos botones.

—J. C., acabo de donar diez mil dólares en tu nombre a la campaña Brady Contra la Violencia Armada. He pensado que querías saberlo.

J. C. gruñó. Gruñó de verdad.

Me recliné y observé a Yol mientras la limusina circulaba. Nos seguía otro vehículo similar, lleno de empleados de Yol. Al parecer, Yol había dado instrucciones a Wilson, ya que no íbamos en dirección a mi casa.

—Me sigues el juego con mis aspectos, Yol —dije—. Casi nadie más lo hace. ¿Por qué?

—Para ti no es un juego, ¿verdad? —preguntó él, recostándose.

—Verdad.

—Pues entonces, para mí tampoco.

Su móvil emitió el sonido de algún pajarillo.

—En realidad, es el canto de un águila —dijo Tobias—. Casi todo el mundo se sorprende al oír cómo suenan de verdad, porque los medios estadounidenses usan siempre el canto del gavián colirrojo cuando sacan un águila. No les parece que el águila suene lo bastante señorial. Y así es como

nos mentimos a nosotros mismos sobre la mismísima identidad de nuestro símbolo nacional.

Y Yol lo utilizaba como tono de llamada. Interesante. Respondió al móvil y se puso a hablar en coreano.

—¿De verdad tenemos que aguantar a este payaso? —protestó J. C.

—A mí me cae bien —intervino Ivy, sentada al lado de Yol—. Además, tú mismo has dicho que es probable que tenga algo que ver con esa asesina.

—Ya, bueno —dijo J. C.—. Podríamos sacarle la verdad usando el viejo método de persuasión en cinco puntos. —Cerró un puño y se golpeó la palma de la otra mano.

—Eres terrible —lo acusó Ivy.

—¿Por? Con lo raro que es, seguro que hasta le gusta y todo.

Yol colgó el teléfono.

—¿Algún problema? —pregunté.

—Noticias de mi último disco.

—¿Buenas noticias?

Yol se encogió de hombros. Había publicado cinco discos musicales. Todos ellos habían fracasado de manera espectacular. Pero, claro, a alguien que ha acumulado una fortuna de mil doscientos millones a lo largo de una vida de buenas inversiones bursátiles, una nimiedad como que sus discos de rap no se vendan no va a impedirle que grabe más.

—El caso —dijo Yol— es que tengo un asunto con el que podría necesitar ayuda.

—¡Por fin! —J. C. alegró la cara—. Más vale que no sea intentar que la gente escuche la música espantosa esa que hace. —Calló un momento—. Aunque, en realidad, si necesitáramos una nueva forma de tortura...

—¿El trabajo tiene algo que ver con una mujer llamada Zen? —pregunté.

—¿Quién? —Yol frunció el ceño.

—Asesina profesional —respondí—. Estaba vigilándome durante la cena.

—A lo mejor quería una cita —dijo Yol en tono jovial.

Enarqué una ceja.

—Nuestro problema podría implicar algún peligro —siguió diciendo Yol—, y nuestros rivales no harían ascos a contratar a... individuos de esa índole. Pero no trabaja para mí, eso te lo prometo.

—¿El trabajo es interesante? —pregunté.

Yol sonrió.

—Necesito que recuperes un cadáver.

—Oooh —dijo J. C.

—No merece que perdamos el tiempo —dijo Tobias.

—Hay más —dijo Ivy, estudiando la expresión de Yol.

—¿Cuál es la pega? —pregunté a Yol.

—Lo importante no es el cadáver —dijo Yol, que se inclinó hacia mí—, sino lo que el cadáver sabe.



Tres

—Innovación e Información Incorporada —dijo J. C., leyendo el letrero del complejo empresarial mientras cruzábamos la verja por el puesto de vigilancia—. Hasta yo sé que es un nombre ridículo. —Vaciló un momento—. Es un nombre ridículo, ¿verdad?

—El nombre es un poco demasiado evidente —repuse.

—Fundada por ingenieros —explicó Yol—, dirigida por ingenieros y, mal que me pese, bautizada por ingenieros. Están esperándonos dentro. Debo decirte, Steve, que esto que te pido va más allá de la amistad. Si te encargas de este asunto, nuestra deuda quedará saldada con creces.

—Si de verdad hay una asesina involucrada, Yol, no va a ser suficiente —dije, reacio—. No voy a arriesgar la vida por un favor.

—¿Y por la abundancia?

—Ya soy rico —le recordé.

—No riqueza, sino abundancia. Independencia financiera total.

Eso hizo que me parara a pensar. Era cierto que tenía dinero, pero mis delirios requerían una gran cantidad de espacio e inversiones. Muchas habitaciones en mi mansión, asientos para todos en los aviones cada vez que volaba, flotas de coches y chóferes cada vez que quería pasar tiempo en algún lugar. Quizá podría haber comprado una casa más pequeña y obligar a mis aspectos a vivir en el sótano o en chozas levantadas en el jardín. El problema era que cuando se sentían desgraciados, cuando la ilusión empezaba a venirse abajo, las cosas se me ponían... feas.

Por fin estaba lidiando con el asunto. Fuera cual fuese la retorcida psicología que me hacía funcionar, estaba mucho más estable que al principio. Quería seguir así.

—¿Corres peligro personal? —pregunté a Yol.

—No lo sé. Es posible —dijo él, y me entregó un sobre.

—¿Dinero? —pregunté.

—Acciones de I3 —dijo Yol—. Adquirí la empresa hace seis meses. Están trabajando en cosas muy revolucionarias. En ese sobre hay un diez por ciento de participación. Ya he presentado los papeles necesarios. Las acciones son tuyas, aceptes el trabajo o no. Tu tarifa de asesoramiento.

Toqué el sobre con la yema del índice.

—Si no resuelvo tu problema, esto no valdrá nada, ¿eh?

Yol sonrió.

—Lo has pillado. Pero si lo resuelves, ese sobre podría valer decenas de millones. Quizá centenares.

—Maldición —dijo J. C.

—¡Esa boca! —lo regañó Ivy, dándole un puñetazo en el hombro. Al ritmo que llevaban, esos dos terminarían o bien liándose a gritos o bien liándose y punto. Yo nunca sabía qué iba a ser.

Miré a Tobias, que estaba sentado enfrente de mí en la limusina. Se inclinó

hacia delante, juntó las manos y me miró a los ojos.

—Podríamos hacer mucho con ese dinero —dijo—. Quizá por fin dispondríamos de los recursos suficientes para rastrearla a ella.

Sandra sabía cosas sobre mí, cosas sobre cómo pensaba. Comprendía los aspectos. Qué leches, me había enseñado a mí cómo funcionaban. Me había cautivado.

Y luego se había esfumado. En un abrir y cerrar de ojos.

—La cámara —dije.

—La cámara no funciona —repuso Tobias—. Arnaud dice que aún podría tardar años en resolver el problema.

Toqué el sobre de nuevo.

—Está contrarrestando activamente tus intentos de encontrarla, Stephen —dijo Tobias—. Eso no puedes negarlo. Sandra no quiere que la localicen. Para llegar hasta ella, necesitaremos recursos. La libertad de poder rechazar casos durante un tiempo, el dinero suficiente para superar obstáculos en el camino.

Lancé una mirada a Ivy, que negó con la cabeza. Tobias y ella no estaban de acuerdo en lo que debíamos hacer al respecto de Sandra, pero Ivy ya me había dado su opinión.

Volví a mirar a Yol.

—Supongo que tendré que aceptar antes de que podáis revelarme la tecnología en la que trabajáis, ¿verdad?

Yol separó las manos.

—Confío en ti, Steve. El dinero es tuyo. Entra y escúchalos, es lo único que te pido. Puedes decir que sí o que no después.

—Muy bien. —Me guardé el sobre en el bolsillo—. Vamos a ver qué tiene que decir tu gente.



Cuatro

I3 era una de esas «nuevas» empresas tecnológicas, las que tendían a estar decoradas como guarderías, con las paredes pintadas de vivos colores primarios y enormes pufs en todas las intersecciones. Yol sacó unas barritas de helado de un congelador y lanzó una a cada uno de sus guardaespaldas. Yo rechacé la que me ofrecía, con las manos cogidas a la espalda, pero entonces Yol la movió en el aire vacío que había entre nosotros.

—Venga —dijo Ivy, extendiendo las manos.

Señalé y Yol arrojó una en esa dirección. Lo cual suponía un problema. Quienes trabajan muy de cerca conmigo saben que deben limitarse a hacer el gesto y dejar que mi mente rellene los detalles. Pero, como Yol tiró la barrita de verdad, mi capacidad de imaginar se quebró un instante.

La barrita se dividió en dos. Ivy atrapó una y esquivó la otra, la real, que dio contra la pared y rebotó al suelo.

—No quería dos —dijo Ivy, poniendo los ojos en blanco.

Pasó por encima de la barrita de helado caída y quitó el envoltorio de la suya, pero parecía incómoda. Siempre que se presentaba un defecto en mi capacidad de mediar entre mi mundo imaginario y el real, entrábamos en territorio peligroso.

Seguimos adelante, pasando por delante de salas de reuniones con paredes de cristal. La mayoría estaban desiertas, como cabía esperar a esas horas, pero todas las mesas se hallaban cubiertas de pequeños ladrillos de plástico en distintos estados de construcción. Al parecer, en las reuniones de I3 siempre había juguetes Lego para acompañar la conversación.

—La recepcionista del mostrador es nueva —señaló Ivy—. Le ha costado encontrar las tarjetas de control para visitantes.

—O eso o aquí tienen muy pocas visitas —dijo Tobias.

—La seguridad es espantosa —gruñó J. C.

Lo miré, arrugando la frente.

—Todas las puertas tienen cerradura de tarjeta. Eso es buena seguridad.

J. C. soltó un bufido.

—¿Cerraduras de tarjeta? ¡Va, por favor! Mira cuántas ventanas. Los colores brillantes, las alfombras acogedoras... ¿Y eso de ahí es un columpio? Este sitio está diciendo a gritos: «Sostén la puerta abierta para que entre el de detrás». Las tarjetas son inútiles. Pero, por lo menos, casi ningún ordenador está encarado hacia las ventanas.

Podía imaginarme cómo sería aquel lugar durante el día, con su atmósfera alegre, sus bandejas de chucherías en los pasillos y los eslóganes pegadizos en las paredes. Era la clase de entorno calculado al milímetro para que la gente creativa estuviera cómoda. Como un cercado de gorilas para cerebritos. Los aromas residuales del aire revelaban la existencia de una cafetería en las instalaciones, para mantener a los ingenieros alimentados y rollizos... y para

que no se marcharan. ¿Por qué irte a casa si puedes cenar algo al anochecer? Y, ya puestos a quedarte, ¿por qué no adelantar un poco de trabajo?

Pero en esos momentos esa sensación de creatividad juguetona parecía muy diluida. Pasamos por delante de ingenieros que seguían trabajando de noche, pero estaban encorvados delante de sus ordenadores. Nos miraban y luego se encogían más y no volvían a levantar la vista. El futbolín y las maquinitas recreativas estaban sin usar en la sala de descanso. Daba la impresión de que, incluso de noche, en aquel lugar debía de oírse un agradable murmullo de charlas. Pero, en vez de eso, los únicos sonidos eran quedos susurros y el ocasional pitido de un videojuego esperando a que lo usaran.

Ivy me miró y pareció animarse al constatar que yo había percibido todo aquello. Me hizo un gesto, animándome a ahondar más. «¿Qué significa?»

—Los ingenieros lo saben —dije a Yol—. Ha habido una violación de la seguridad y son conscientes de ello. Están preocupados por si la empresa corre peligro.

—Sí —confirmó Yol—. No deberían haberse enterado.

—¿Y cómo se enteraron?

—Ya sabes cómo son estos informáticos —dijo Yol desde detrás de sus brillantes gafas de sol—. Libertad de información, implicación de los trabajadores, todas esas chorradas. Los jefazos convocaron una reunión para explicar lo que había pasado e invitaron a todos menos a la condenada señora de la limpieza.

—Esa boca —intervino Ivy.

—Ivy preferiría que no dijeras tacos —dije.

—¿He soltado algún taco? —preguntó Yol, confundido de verdad.

—Ivy es un poco puritana —expliqué—. Yol, ¿qué es esta tecnología? ¿Qué están desarrollando aquí?

Yol se detuvo junto a una sala de reuniones, una más segura, cuyo único cristal era una pequeña ventanita cuadrada en la puerta. Dentro esperaba un puñado de hombres y mujeres.

—Dejaré que te lo cuenten ellos —dijo Yol mientras un guardia de seguridad nos sostenía abierta la puerta.



Cinco

—Cada célula de su cuerpo contiene setecientos cincuenta megas de datos —dijo el ingeniero—. Para que se haga una idea, en un dedo suyo hay tanta información como en toda internet. Por supuesto, esa información es redundante, repetida, pero eso no quita que las células tengan una inmensa capacidad de almacenamiento.

Garvas, el ingeniero, era un hombre cordial vestido con una camisa de botones de cuyo bolsillo sobresalían unas gafas de aviador. No tenía mucho sobrepeso, pero sí esa cierta forma curvilínea que resulta de toda una vida trabajando sentado. Estaba construyendo un dinosaurio con piezas de Lego mientras hablaba. Yol estaba fuera, paseando y respondiendo a una llamada.

—¿Tiene la menor idea del potencial que eso representa? —prosiguió Garvas, dando un golpecito con el dedo en la cabeza del dinosaurio—. Con el paso de los años, la tecnología reduce su tamaño, y la gente se harta de ir por

ahí cargada con aparatosos portátiles, móviles, tabletas. Nuestro objetivo es hallar un método de acabar con todo eso utilizando el propio cuerpo.

Miré a mis aspectos. Ivy y Tobias estaban sentados con nosotros a la mesa. J. C. se había quedado de pie junto a la puerta, bostezando.

—El cuerpo humano es una máquina increíblemente eficiente —dijo otro ingeniero, Laramie, un hombre delgado de actitud entusiasta que construía una torre cada vez más alta—. Tiene gran capacidad de almacenamiento y células autorreplicantes, e incluye su propia fuente de alimentación. Además, el cuerpo tiene una vida útil muy larga, para los estándares de fabricación actuales.

—Entonces, estaban ustedes convirtiendo cuerpos humanos en ordenadores —dije.

—¡Ya eran ordenadores! —replicó Garvas—. Solo estábamos añadiéndoles unas pocas características nuevas.

—Imagínese —dijo la tercera ingeniera, una mujer delgada y de cara puntiaguda llamada Lorelee— que, en vez de llevar un portátil, pudiera utilizar el ordenador orgánico que su cuerpo ya trae de serie. Su dedo se convierte en almacenamiento. Sus ojos son la pantalla. En lugar de una pesada batería, basta con que se coma un bocadillo más por la mañana.

—Suenan monstruosos —dijo J. C.

—En eso casi que te doy la razón —respondí.

—¿Qué? —preguntó Garvas.

—Habla por hablar —dije—. Entonces, el dedo pasa a ser almacenamiento. ¿Sería como... qué? ¿Un... una memoria USB?

—Iba a decir «un dedo USB» —dijo Laramie—. De verdad que tenemos que dejar de usar los dedos como ejemplo.

—¡Pero si es perfecto! —objetó Lorelee.

—En todo caso —intervino de nuevo Garvas—, lo que estábamos

haciendo no modificaba la apariencia del órgano. —Alzó el pulgar.

—¿Ya han puesto en práctica el procedimiento? —pregunté—. ¿Están probándolo en ustedes mismos?

—Bichos raros —dijo J. C., removiéndose con incomodidad—. Esto va a ir de zombis. Que conste que he sido el primero en decirlo.

—Hemos hecho algunas pruebas muy preliminares —respondió Garvas—. La mayor parte de lo que le hemos explicado es solo un sueño, un objetivo. Aquí solo estábamos trabajando en la vertiente del almacenamiento, y hemos hecho buenos progresos. Podemos insertar información en las células y se queda allí, reproducida por el cuerpo en células nuevas. Mi pulgar hace también de disco duro de respaldo para mi portátil. Como puede ver, no tiene efectos secundarios adversos.

—Lo guardamos en el ADN de los músculos —dijo Laramie, emocionado—. El material genético ya contiene un montón de datos superfluos, de todos modos. Lo único que hacemos es imitar eso, añadiendo una pequeña cadena adicional de información que indica al cuerpo que debe ignorarlo. Como secciones de código comentadas.

—Perdón —dijo J. C.—, pero no sé hablar en superfriqui. ¿Qué acaba de decir?

—Cuando «comentas» algo en código informático —explicó Ivy—, lo que haces es escribir líneas pero decirle al programa que no les haga caso. Así puedes dejar mensajes para otros programadores sobre el código.

—Ajá —dijo J. C.—. Un galimatías. Pregúntale sobre los zombis.

—Steve —me dijo Ivy, haciendo caso omiso a J. C.—, esta gente va en serio y está entusiasmada. Se les iluminan los ojos al hablar, aunque tienen sus reservas. Están siendo sinceros contigo, pero tienen miedo.

—¿Y dicen que el método es seguro del todo? —pregunté a los tres.

—Claro —dijo Garvas—. Lleva años haciéndose con bacterias.

—El problema no es el almacenamiento —terció Lorelee—, sino el acceso. Por supuesto que podemos almacenar todo esto en nuestras células, pero leerlo y escribirlo es muy difícil. Tenemos que inyectar los datos para incorporarlos, y luego extraer células para recuperarlos.

—Un compañero nuestro, Panos Maheras, estaba trabajando en un prototipo de mecanismo de escritura mediante virus —dijo Garvas—. El virus se infiltra en las células y deposita su carga de datos genéticos, que se incorporan al ADN.

—Maravilloso —dijo Ivy.

Hice una mueca.

—Es completamente seguro —añadió Garvas, un poco nervioso—. El virus de Panos tenía medidas de seguridad para impedir que se reprodujera en exceso. Solo habíamos hecho pruebas muy limitadas, y yendo con mucho cuidado. Y debo añadir que la vía del virus era solo uno de los métodos que estábamos investigando.

—El mundo cambiará pronto —dijo Laramie, emocionado—. Con el tiempo, seremos capaces de escribir en el disco duro genético de cada cuerpo humano, utilizando sus propias hormonas para...

Levanté una mano.

—¿Qué puede hacer ahora mismo el virus que crearon?

—¿En el peor de los casos? —preguntó Lorelee.

—No he venido aquí a hablar de ponis y florecitas.

—En el peor de los casos —dijo Lorelee, mirando a los demás—, el virus que desarrolló Panos podría usarse para descargar porciones inmensas de datos inútiles en el ADN de la gente, o también para quitarles partes de su ADN.

—Es decir, ¿zombis? —preguntó J. C.

Ivy torció el gesto.

—Normalmente diría que J. C. es idiota, pero... sí, esto empieza a sonar a zombis.

«Otra vez no», pensé.

—Odio los zombis.

Los tres ingenieros me miraron perplejos.

—¿Zombis? —preguntó Lorelee.

—Es hacia donde estamos yendo, ¿verdad? —dije—. Convertir a personas en zombis por accidente.

—¡Hala! —exclamó Garvas—. Eso es mucho más genial que lo que hicimos de verdad.

Los otros dos lo miraron, y él se encogió de hombros.

—Señor Leeds —dijo Laramie, volviendo a mirarme—. Esto no es ciencia ficción. Quitar un trozo de ADN a alguien no resulta de inmediato en convertirlo en una especie de zombi. Lo único que hace es crear una célula anormal. Una célula que, en nuestros experimentos, tiende a proliferar de forma descontrolada.

—No son zombis —dije, con un escalofrío—. Es cáncer. Han creado un virus que da cáncer a la gente.

Garvas se encogió.

—Pues... más o menos.

—Fue un resultado involuntario, pero perfectamente manejable —dijo Laramie—, y que solo es peligroso si se emplea con mala intención. ¿Y por qué querría hacer eso nadie?

Todos los demás nos quedamos mirándolo un momento.

—Disparémosle —dijo J. C.

—¡Menos mal! —exclamó Tobias—. Llevabas más de una hora sin proponer que disparemos a nadie, J. C. Ya empezaba a preocuparme.

—No, escuchad —dijo J. C.—. Basta con disparar a Lerdo McGayumbo,

aquí presente, y así los demás aprenderán una lección vital importante, la de no ser un científico loco estúpido.

Suspiré y dejé de hacer caso a los aspectos.

—¿Dice que el virus lo desarrolló un hombre llamado Panos? Necesitaré hablar con él.

—No puede —respondió Garvas—. Está... así como muerto.

—Menuda sorpresa —dijo Tobias mientras Ivy suspiraba y se frotaba la frente.

—¿Qué pasa? —pregunté, volviéndome hacia Ivy.

—Yol nos ha hablado de un cadáver —dijo Ivy—, y su empresa se dedica a almacenar datos en células humanas, así que...

Miré a Garvas.

—La llevaba encima, ¿verdad? La forma de crear el virus. Almacenó los datos del producto dentro de sus propias células.

—Sí —dijo Garvas—. Y alguien ha robado el cadáver.



Seis

—Es una pesadilla de seguridad —afirmó J. C. de camino al despacho de Panos, el difunto modificador genético.

—Por lo que sabemos —dijo Laramie—, la muerte de Panos fue del todo natural. Nos quedamos todos destrozados al enterarnos del accidente, porque era amigo nuestro. Pero nadie pensó que fuese algo más que una caída como cualquier otra en la pista de esquí.

—Ya, claro —dijo J. C., que caminaba junto a mis otros dos aspectos justo detrás de él—. Porque que un científico que trabaja en virus del fin del mundo muera en un extraño accidente no es para nada sospechoso.

—De vez en cuando, J. C. —intervino Tobias—, ocurren accidentes de verdad. Si alguien quisiera hacerse con sus secretos, sospecho que matarlo y robar el cadáver no ocuparía un lugar muy alto en su lista de métodos.

—¿Están seguros de que ha muerto? —pregunté a Garvas, que caminaba a

mi otro lado—. Podría ser algún tipo de engaño, formar parte de alguna treta de espionaje.

—Estamos segurísimos —respondió Garvas—. Yo vi el cadáver. El cuello no... hum... no gira así en una persona viva.

—Eso tendremos que corroborarlo —dijo J. C.—. Conseguir los informes forenses, y fotos, si es posible.

Asentí, distraído.

—Si seguimos la línea de acontecimientos más simple —dijo Ivy—, tiene bastante lógica. Panos muere. Alguien descubre que sus células ocultan información. Roban el cuerpo. No digo que no pueda ser otra cosa, pero sí opino que lo que dicen es plausible.

—¿Cuándo desapareció el cadáver? —pregunté.

—Ayer —dijo Loralee—. Es decir, dos días después del accidente. El funeral iba a ser hoy.

Nos detuvimos en el pasillo junto a una pared pintada con alegres grupos de burbujas, y Garvas usó su tarjeta para abrir la siguiente puerta.

—¿Tienen alguna pista? —le pregunté.

—Ninguna —respondió—. O... bueno, o demasiadas. Nuestro campo de estudio está en auge, y hay muchas empresas de biotecnología participando en la carrera. Cualquiera de nuestros competidores menos escrupulosos podría estar detrás del robo.

Sostuvo la puerta abierta para que entrara yo.

Aparté a Garvas y cogí yo la puerta, para su confusión. Pero si no lo hacía, era probable que pasara mientras mis aspectos intentaban cruzarla. Los ingenieros entraron. Cuando estuvieron dentro, pasaron mis aspectos y, por último, yo. ¿Dónde se había metido Yol?

—Averiguar quién lo hizo debería ser fácil —me dijo J. C.—. Solo tenemos que averiguar quién contrató a esa asesina para vigilarnos. Lo que no

entiendo es por qué están todos tan preocupados. ¿Y qué si los cerebritos inventaron sin querer una máquina que da cáncer? ¡Vaya cosa! Yo ya llevo una encima.

J. C. sostuvo en alto un teléfono móvil y lo meneó.

—¿Tienes móvil? —preguntó Ivy, irritada.

—Claro —dijo J. C.—. Como todo el mundo.

—¿Y a quién vas a llamar tú, a Papá Noel?

J. C. se guardó el teléfono y apretó los labios. Ivy solía pasar de puntillas sobre el hecho de que ninguno de ellos era real, pero siempre había dado la impresión de que, en el fondo, le parecía bien, al contrario que a J. C. Mientras recorríamos un nuevo pasillo, Ivy se quedó a su altura y empezó a hablarle en tono tranquilizador, como si se arrepintiera de haber sacado a colación su naturaleza alucinatoria.

Aquella zona más nueva del edificio se parecía menos a un jardín de infancia y más a la consulta de un dentista, con salas individuales a lo largo de un pasillo pintado en tonos tostados y plantas artificiales junto a las puertas. Garvas sacó otra tarjeta de identificación mientras llegábamos al despacho de Panos.

—Garvas —dije—, ¿por qué no fueron al gobierno con su virus?

—Porque habrían querido utilizarlo como arma.

—No —repliqué, poniéndole la mano en el brazo—. Lo dudo mucho. Un arma como esa no cumpliría ningún propósito táctico en una guerra. ¿Y qué si las tropas enemigas enferman de cáncer? Costaría meses o años producir efectos tangibles e, incluso en ese caso, tendrían solo un valor marginal. Un arma como esa sería solo útil como amenaza contra población civil.

—Se supone que no es un arma en absoluto.

—Y la pólvora al principio se usaba solo para hacer fuegos artificiales —dije.

—He mencionado que estábamos buscando otros métodos para leer y escribir en nuestras células, ¿verdad? —me recordó Garvas—. Métodos que no utilizaran el virus.

Asentí.

—Pues digamos que ese proyecto arrancó porque a algunos nos preocupaba la vía del virus. La investigación en el proyecto de Panos se detuvo mientras tratábamos de encontrar la forma de hacer todo esto con aminoácidos.

—Aun así, deberían habérselo llevado al gobierno.

—¿Y qué cree usted que habrían hecho ellos? —preguntó Garvas, mirándome a los ojos—. ¿Darnos unas palmaditas en la cabeza? ¿Agradecérmolo? ¿Sabe lo que les pasa a los laboratorios que inventan cosas como esta? Que desaparecen. El gobierno o bien los fagocita o bien los desmantela. La investigación que hacemos aquí es importante. Y... bueno, también lucrativa. No queremos que nos cierren, y tampoco ser objeto de una enorme auditoría. Solo queremos que este problema enorme se esfume.

Abrió la puerta hacia fuera y reveló un despacho pequeño y ordenado. Las paredes estaban decoradas con una hilera de marcos idénticos que contenían fotografías autografiadas por escritores de ciencia ficción.

—Adelante —dije a mis aspectos, mientras cortaba el paso a Garvas.

Entraron los tres y se pusieron a tocar y empujar objetos del escritorio y las paredes.

—Tenía ascendencia griega —dijo Ivy, inspeccionando algunos libros de un estante y un grupo de fotos—. Era de segunda generación, me parece, pero todavía hablaba el idioma.

—¿Cómo? —se sorprendió J. C.—. ¿Panos no es un nombre panch...?

—Ojo —advirtió Ivy.

—¿No es un nombre mexicano?

—No —respondió Tobias. Se inclinó sobre la mesa—. Stephen, ¿me ayudas, por favor?

Me acerqué y moví los papeles del escritorio para que Tobias pudiera echar un buen vistazo a todos.

—Recibos de un taller de fabricación digital de la zona —dijo Tobias—, el folleto de una convención de Linux, una revista de hágalo-usted-mismo... Nuestro amigo era un *maker*.

—Tradúcelo para tontos, por favor —pidió J. C.

—Es una subcultura de tecnófilos y personas creativas, J. C. —dijo Tobias—. Paralelo, o tal vez derivado, del movimiento de software de código abierto. Valoran la artesanía manual y la colaboración, sobre todo en la aplicación creativa de la tecnología.

—Guardaba las acreditaciones de todas las convenciones a las que iba —dijo Ivy, señalando una pila de ellas—. Y están todas firmadas, no por famosos, sino supongo que por los ponentes a cuyas charlas acudía. Reconozco algunos nombres.

—¿Veis esa cuña de goma en el suelo? —preguntó J. C. con un gruñido—. Y hay una marca en la alfombra. Metía la cuña debajo de la puerta para mantenerla abierta y que no saltara el cierre automático. Le gustaba dejar abierto el despacho para que se pasara la gente a charlar.

Toqué con el dedo unas pegatinas que había en la superficie del escritorio. «Apoya el código abierto», «Información para todos», «Las palabras deberían ser libres».

Tobias me hizo sentarme al ordenador. No estaba protegido por contraseña. J. C. levantó una ceja.

Las últimas webs que había visitado Panos eran foros, en los que escribía, energético pero también educado, sobre asuntos de información y tecnología.

—Era una persona entusiasta —dije, mientras leía en diagonal algunos de

sus e-mails—. Y habladora. A la gente le caía bien de verdad. Acostumbraba asistir a convenciones de cerebritos y, aunque al principio se resistía a hablar sobre ellas, en cuanto le sonsacabas un poco, lo demás ya salía a chorro. Siempre estaba trasteando con cosas. Lo de las piezas de Lego fue idea suya, ¿verdad?

Garvas llegó a mi lado.

—¿Cómo...?

—Creía en el trabajo que hacen aquí —proseguí, leyendo con ojos entornados un mensaje de Panos en un foro de Linux—. Pero no le gustaba la estructura corporativa, ¿verdad?

—Al igual que muchos de nosotros, opinaba que los inversores son una parte molesta pero necesaria de trabajar en lo que nos gusta. —Garvas titubeó—. No nos vendió, Leeds, si es lo que está preguntándose. Nunca nos habría vendido.

—Estoy de acuerdo —respondí, volviéndome en la silla—. Si este hombre fuese a traicionar a su empresa, se limitaría a publicarlo todo en internet. Encuentro muy improbable que vendiera sus archivos a alguna otra corporación malvada en lugar de donarlos al mundo.

Garvas se relajó.

—Voy a necesitar esa lista de empresas rivales —dije—. Y los informes forenses, con fotos del cuerpo. Información concreta de cómo desapareció el cadáver. También querré detalles de dónde vivía Panos, de su familia y de cualquier amigo fuera del trabajo del que sepan ustedes.

—Entonces ¿acepta ayudarnos?

—Encontraré el cuerpo, Garvas —dije al tiempo que me levantaba—. Pero antes voy a ir a estrangular a su jefe.



Siete

Encontré a Yol sentado a solas en la cafetería, rodeado de mesas blancas despejadas y sillas verdes, rojas y amarillas. En cada mesa había un frasco lleno de limones.

Vacía y decorada en colores alegres, la sala daba la impresión... de estar conteniendo el aliento. Esperando algo. Indiqué con un gesto a mis aspectos que esperasen fuera y fui solo a enfrentarme a Yol. Se había quitado las chillonas gafas de sol y, sin ellas, parecía casi un empresario como cualquier otro. ¿Se pondría las gafas para fingir que era una estrella o para que la gente no le viera aquellos agudos ojos suyos, tan certeros y astutos?

—Me has tendido una trampa —dije, tomando asiento a su lado—. Sin ninguna piedad, como un profesional.

Yol no dijo nada.

—Si esta historia sale a la luz —continué—, y todo lo relacionado con I3 se va al carajo, estaré implicado como propietario de parte de la empresa.

Esperé a que Ivy me regañara por la palabrota, aunque no hubiera sido muy gorda. Pero Ivy estaba fuera.

—Podrías decir la verdad —dijo Yol—. No debería ser muy difícil demostrar que solo tienes las acciones desde hoy.

—No serviría. Soy noticiable, Yol. Un excéntrico. La prensa no me concede el beneficio de la duda. Si estoy relacionado con esto de cualquier modo, no habrá excusa que me aparte de la prensa amarilla, y lo sabes. Me has dado las acciones con el único propósito de arrastrarme al fango contigo, cabronazo.

Yol suspiró. Parecía mucho mayor cuando se le veían los ojos.

—Quizá lo que quería es que te sientas igual que yo —respondió—. No sabía nada sobre la catástrofe del cáncer antes de comprar este sitio. Me soltaron lo más grave hace dos semanas.

—Yol, tienes que hablar con las autoridades —dije—. Esto nos supera con mucho a ti y a mí.

—Lo sé. Y ya lo he hecho. Los federales nos envían a agentes de Control de Enfermedades esta misma noche. Van a poner en cuarentena a los ingenieros, y supongo que a mí también. Aún no se lo he contado a nadie más. Pero, Stephen, el gobierno se equivoca. Están planteando esto mal. Esto no es sobre una enfermedad, sino sobre la información.

—El cadáver —convine, asintiendo—. ¿Cómo es que I3 dejó que ocurriera esto? ¿No llegaron a plantearse que era, literalmente, un disco duro andante?

—El cuerpo iba a incinerarse —dijo Yol—, como estipula un acuerdo interno. En teoría, no debería haber sido un problema. Pero, de todos modos, es posible que la información sea difícil de conseguir. Se supone que todo el mundo aquí tiene que cifrar los datos antes de almacenarlos en sus células. ¿Sabes lo que es un cuaderno de uso único?

—Claro —respondí—. Un cifrado aleatorio que requiere una clave única

para extraer el texto llano. Se supone que es indescifrable.

—Matemáticamente, es la única forma de cifrado imposible de romper —dijo Yol—. El proceso no es muy práctico para uso cotidiano, pero en lo que estaban haciendo aquí no importaba el uso práctico, aún no. La política de empresa insistía en ese cifrado: antes de introducir datos en sus cuerpos, todos tienen que codificarlos usando una clave única. Para leer los datos, hace falta esa clave exacta. Por desgracia, no tenemos la que utilizó Panos.

—Eso suponiendo que obedeciera las directrices y cifrara sus datos.

Yol hizo una mueca.

—¿Te has dado cuenta?

—Nuestro difunto amigo no era la persona del mundo más interesada en la seguridad, no.

—Bueno, solo nos queda confiar en que usara una clave, porque, si lo hizo, quienes tengan su cuerpo no podrán leer lo que almacenó. Y quizá estemos a salvo.

—A menos que encuentren la clave.

Yol empujó una gruesa carpeta hacia mí.

—Exacto. Antes de que llegáramos, he hecho que impriman esto para ti.

—¿Qué es?

—Las interacciones de Panos en la red. Todo lo que ha hecho estos últimos meses, todos sus correos enviados, todos sus mensajes en foros. Nosotros no hemos encontrado nada relevante, pero he pensado que deberías tenerlo por si acaso.

—Estás dando por hecho que te ayudaré.

—A Garvas le has dicho...

—Le he dicho que encontraré el cadáver. No estoy seguro de que vaya a devolvértelo cuando lo haga.

—Me parece bien —dijo Yol, levantándose y sacando las gafas de sol del

bolsillo—. Tenemos nuestros datos, Stephen. Es solo que no queremos que caigan en malas manos. Dime que no estás de acuerdo, si puedes.

—Estoy bastante seguro de que tus manos son las malas manos. —Callé un momento—. ¿Lo mataste tú, Yol?

—¿A Panos? No. Hasta donde sé, de verdad fue un accidente.

Lo observé, y me sostuvo la mirada antes de ponerse aquellas ridículas gafas. ¿Era de fiar? En el pasado, siempre había creído que sí. Dio un golpecito en la carpeta de información.

—Me ocuparé de que Garvas y su equipo te proporcionen todo lo demás que has pedido.

—Si fuese solo tu empresa —dije—, lo más seguro es que dejara que ardiera.

—Ya lo sé. Pero hay gente en peligro.

Maldición, era cierto. Me levanté.

—Tienes mi número —dijo Yol—. Seguramente estaré encerrado aquí, pero debería poder hablar. Tú, en cambio, tienes que largarte deprisa, antes de que lleguen los federales.

—Bien. —Pasé rozándolo hacia la puerta.

—Encontrar la clave de cifrado no será suficiente —dijo Yol a mi espalda—. No sabemos cuántas copias puede haber por ahí, y eso suponiendo que Panos cumpliera el protocolo de codificación, para empezar. Encuentra ese cadáver, Stephen, y quémalo. Es lo que desearía haber hecho con este negocio hace semanas.

Abrí la puerta, salí e hice un gesto a Ivy, Tobias y J. C. Echaron a caminar a mi ritmo.

—J. C. —dije—, usa ese teléfono que tienes. Llama a los otros aspectos y envíalos a todos a la Sala Blanca. Tenemos trabajo.

SEGUNDA PARTE



Ocho

Tengo muchísimos aspectos. Cuarenta y siete, para ser exactos, desde la última incorporación de Arnaud. Lo normal es que no los necesite a todos y, de hecho, imaginar a más de cuatro o cinco a la vez me supone un esfuerzo agotador, que no puedo mantener mucho tiempo. Esa limitación es otra cosa más que hace salivar a mis psicólogos. ¿Un psicótico que encuentra más cansado crear su mundo de fantasía que vivir en el real?

De vez en cuando, me llega algún encargo que requiere un esfuerzo adicional, y entonces necesito la atención de un número mayor de aspectos. Para eso creé la Sala Blanca. Paredes, suelo y techo vacíos, pintados del mismo tono uniforme blanco mate. Superficies lisas y suaves, continuas salvo por las luces del techo. Insonorizada y tranquila, sin distracciones, sin nada en lo que fijarse excepto las docenas de personas imaginarias que entraban en tropel por la doble puerta.

No escojo de forma consciente la apariencia de mis aspectos, pero hay algo

en mí que parece apreciar la variedad. Lua era un samoano corpulento con una sonrisa enorme. Llevaba unos gruesos pantalones de camuflaje y una chaqueta que era todo bolsillos, muy adecuada para un supervivencialista. Mi Won, coreana, era nuestra cirujana y médica de campo. Ngozi, experta en investigación forense, era una mujer negra de metro noventa y tres, mientras que Flip era bajito, blanco, gordo y se cansaba enseguida.

Y así con todos. Se habían unido a mí poco a poco, caso por caso, a medida que iba necesitando aprender alguna habilidad nueva, embutir en mi cerebro ya saturado una serie cada vez más diversa de aptitudes. Se comportaban igual que lo harían las personas normales, charlando en toda una variedad de idiomas. Audrey estaba desaliñada: seguro que había estado echando un sueñecito. Clive y Owen llevaban ropa de jugar al golf, y Clive tenía un *driver* apoyado en el hombro. No me había dado cuenta de que Owen por fin lo había aficionado al deporte. Kalyani, ataviada con un sari de vivos colores rojo y dorado, puso los ojos en blanco cuando J. C. volvió a llamarla Ahmed, pero se notaba que en el fondo le estaba cogiendo cariño. Era difícil no coger cariño a Kalyani.

—¡Señor Steve! —exclamó Kalyani—. ¿Cómo ha ido la cita? Espero que se divirtiera.

—Ha sido un paso adelante —dije, mirando a mi alrededor—. ¿Has visto a Armando?

—¡Oh! Señor Steve —la menuda mujer india me cogió del brazo—, algunos de nosotros hemos intentado que baje. Se niega. Dice que está en huelga de hambre hasta que se le reinstaure en el trono.

Hice una mueca. Armando iba a peor. Ivy, que estaba cerca, me lanzó una mirada significativa.

—Señor Steve —dijo Kalyani—, debería hacer venir a mi marido, Rahul.

—Ya te lo he explicado otras veces, Kalyani. Tu marido no es un aspecto

mío.

—Pero Rahul es muy servicial —dijo Kalyani—. Es fotógrafo, y ya que últimamente Armando está tan poco cooperador...

—Me lo pensaré —respondí, y pareció contentarse.

Kalyani era nueva y aún no sabía cómo funcionaba todo. Yo no podía crear aspectos nuevos a voluntad y, aunque muchos aspectos hablaban de sus vidas, de sus familias, amigos y aficiones, en realidad yo no veía nada de todo aquello. Y menos mal. Seguir la pista a cuarenta y siete alucinaciones ya es complicado. Si además tuviera que imaginar a todas sus familias políticas, podría terminar loco de remate.

Tobias carraspeó para intentar llamar la atención de todos. El gesto se demostró inútil ante la parlanchina horda de aspectos. Juntarse todos al mismo tiempo era todavía una novedad, y estaban disfrutándola. Así que J. C. sacó su arma e hizo un disparo al aire.

La sala quedó en silencio al instante, pero enseguida se llenó de nuevo de los sonidos de los aspectos rezongando y protestando mientras se frotaban los oídos. Tobias se apartó de una pequeña voluta de polvo que caía flotando desde arriba.

Miré enfadado a J. C.

—¿Te das cuenta, genio, de que ahora tendré que imaginar un agujero en el techo cada vez que vengamos aquí?

J. C. se encogió un poco de hombros mientras enfundaba el arma. Por lo menos, tuvo la decencia de mostrarse avergonzado.

Tobias me dio una palmadita en el brazo.

—Yo taparé el agujero —me dijo antes de volverse hacia la multitud silenciada—. Alguien ha robado un cadáver. Nos han contratado para recuperarlo.

Ivy caminó entre los aspectos, repartiendo papeles.

—Ahí tenéis los detalles explicados —prosiguió Tobias. Aunque todos ellos sabían las cosas que yo hacía, a veces representar la rutina de distribuir la información era mejor para todos nosotros—. Es importante que comprendáis que hay vidas en juego. Quizá muchas vidas. Necesitamos un plan, y de prisa. Todos a trabajar.

Ivy terminó de repartir los papeles acercándose a mí. Me entregó el último fajo.

—Yo ya conozco los detalles —le dije.

—Esto es otra cosa —repuso—. Es todo lo que sabes sobre la competencia de I3.

Miré los papeles por encima y me sorprendió la enorme cantidad de información que contenían. Había dedicado el trayecto de vuelta a casa a meditar sobre lo que me había dicho Yol, y no había leído sus informes más allá de un vistazo a los nombres de las tres empresas que él consideraba más probable que hubieran robado el cadáver. Pero al parecer, en algún rincón de mi cerebro, tenía escondida información sobre todas ellas. Pasé las páginas, pensativo. No había hecho ninguna investigación sobre empresas de biotecnología desde que Ignacio... nos había dejado. Había dado por hecho que un conocimiento como aquel habría desaparecido con él.

—Gracias —dije a Ivy.

—De nada.

Mis aspectos se dispersaron por la Sala Blanca y cada uno empezó a trabajar a su manera. Kalyani se sentó en el suelo junto a una pared y sacó un rotulador rojo brillante. Dylan se puso a pasear arriba y abajo. Lua se iba arrimando a quien tuviera más cerca y trababa conversación. La mayoría apuntaban sus ideas, usando las paredes como pizarras. Algunos hacían dibujos a medida que escribían, otros tenían una progresión lineal de ideas, y otros anotaban conceptos y los tachaban sin parar.

Leí las páginas de Ivy para refrescar la memoria y luego me sumergí en el material que me había entregado Yol. Incluía el informe forense, con fotografías del muerto, que ciertamente parecía muy muerto. El informe estaba escrito por la propia Liza. Quizá tuviera que ir a visitarla, por desgracia.

Cuando terminé de leer, di un paseo por la sala para revisar el trabajo de cada aspecto, acompañado por Tobias. Algunos aspectos se habían centrado en dirimir si Yol nos estaba engañando o no. Otros, como Ivy, extrapolaban a partir de lo que sabíamos de Panos e intentaban decidir dónde era más probable que hubiera ocultado la clave para descifrar sus datos. Y otros trabajaban en el problema del virus.

Tras dar una vuelta completa a la sala, me senté apoyado en la pared y cogí el taco más grueso de papeles que me había dado Yol, el que contenía las interacciones en la red y por e-mail de Panos a lo largo de los últimos meses. Era mucho, pero en esa ocasión no me preocupé de prestar atención consciente a lo que leía. Solo quería hacerle una lectura rápida para volcarlo todo en mi cerebro y que los aspectos pudieran jugar con ello.

Aun así, me costó más de una hora. Cuando por fin me levanté y estiré los músculos, gran parte del espacio blanco de la sala estaba lleno de teorías, ideas y, en el caso de Marinda, enormes diseños florales y un boceto increíblemente detallado de un dragón. Me sujeté las manos a la espalda y di otra vuelta a la sala, animando a quienes se habían aburrido, haciéndoles preguntas sobre lo que habían escrito e interrumpiendo unas pocas discusiones.

Cuando iba más o menos por la mitad, pasé junto a Audrey, que estaba anotando sus comentarios en el aire ante ella, usando el dedo en vez de un bolígrafo.

Me detuve y la miré enarcando una ceja.

—Veo que te tomas libertades.

Audrey se encogió de hombros. Descrita por sí misma como «curvilínea», tenía el pelo moreno y largo, y un rostro bonito. Para ser una experta en grafoanálisis, tenía una letra espantosa.

—No quedaba sitio en la pared —explicó.

—Claro —dije, mirando su texto flotante.

Al segundo, apareció una lámina de cristal en el lugar donde había estado escribiendo, como si llevara todo el tiempo haciendo sus anotaciones en ella. Noté que se avecinaba un dolor de cabeza.

—Vaya, adiós a la diversión —dijo, cruzándose de brazos.

—Es como debe ser, Audrey —repliqué—. Hay unas normas.

—Normas que te inventaste tú.

—Normas según las que nos regimos todos —insistí—, por nuestro propio bien. —Fruncí el ceño al leer lo que había escrito—. ¿Ecuaciones de bioquímica? ¿Desde cuándo te interesa ese tema?

Audrey se encogió de hombros.

—Pensé que alguien debía estudiar un poco la materia y tenía tiempo libre, ya que te niegas a imaginarme una mascota.

Apoyé los dedos en la lámina de cristal, mirando sus notas apretujadas. Estaba intentando descubrir qué método había empleado Panos para crear el virus. Sin embargo, en sus diagramas había grandes huecos, interrupciones que parecían arrancadas de la escritura. Lo que quedaba a duras penas sobrepasaba la química básica.

—No va a funcionar, Audrey —dije—. Sencillamente, es algo que ya no podemos hacer.

—Pero ¿no debería estar aún por ahí dentro, en alguna parte?

—No. Desapareció.

—Pero...

—Desapareció —zanjé con firmeza.

—Eres una persona muy desquiciada.

—Soy la persona más cuerda de esta sala.

—En términos estrictos —dijo ella—, también eres la persona más demente.

Hice caso omiso del comentario y me agaché junto al cristal para inspeccionar unas anotaciones que había hecho Audrey sobre otros temas.

—¿Buscas patrones en las cosas que Panos escribía en internet?

—He pensado que podría haber mensajes ocultos en sus mensajes a foros —explicó Audrey.

Asentí. Cuando había estudiado grafoanálisis, y creado a Audrey en el proceso, también había hecho algo de investigación tangencial sobre criptografía. Las dos disciplinas tenían materias comunes, y algunos libros que había leído hablaban de descodificar mensajes a partir de las alteraciones intencionadas en la escritura, como dar distintas inclinaciones al travesaño de la letra T para transmitir información oculta.

Eso significaba que Audrey tenía una leve formación en criptografía. Más que cualquier otro de nosotros.

—Esto podría sernos útil —dije, dando unos golpecitos a la lámina de cristal.

—Nos sería más útil —apuntó ella— si yo, es decir, tú, tuvieras la más mínima comprensión de la criptografía. ¿Tienes tiempo para descargar algunos libros más, tal vez?

—Lo que quieres es venir en más misiones —dije mientras me levantaba.

—¿Estás de cachondeo? ¡En esas misiones te disparan!

—Solo de vez en cuando.

—Demasiado para mi gusto. No me siento tan cómoda con esto de ser imaginaria como para querer verte muerto en el suelo. Literalmente, eres mi

mundo entero, Steve. —Hizo una pausa—. Aunque, si te soy sincera, siempre he tenido curiosidad por ver qué pasaría si tomaras LSD.

—Veré qué puedo hacer sobre la criptografía —dije—. Tú sigue con el análisis de sus publicaciones en foros. Deja esa farsa de la química.

Audrey suspiró, pero extendió un brazo y empezó a borrar las ecuaciones con la manga. Me alejé mientras sacaba el teléfono y abría varios libros sobre criptografía. Si estudiaba más sobre el tema, ¿crearía otro aspecto o sería Audrey quien adquiriese el conocimiento, como ella afirmaba? Habría querido decir que lo primero era más probable, pero Audrey, la más consciente de sí misma de todos mis aspectos, era capaz de cosas que nunca me habría esperado.

Tobias se acercó a mí mientras iba revisando los volúmenes que estaban disponibles en formato electrónico.

—Informa —le pedí.

—El consenso general es que esta tecnología es viable —dijo Tobias—, y la amenaza es real, aunque Mi Won quiere pensar más sobre los efectos de volcar cepas descontroladas de ADN en los músculos del cuerpo. J. C. dice que nos interesa confirmar por nuestra cuenta que I3 está en cierre de emergencia y que los federales están implicados de verdad. Eso nos revelará mucho sobre lo sincero que está siendo con nosotros el señor Chay.

—Buena idea. ¿Qué contacto teníamos en Seguridad Nacional?

—Elsie —respondió Tobias—. Encontraste a su gato.

Sí, un gato. No todas mis misiones tienen que ver con terroristas o con el destino del mundo. Algunas son mucho más simples y prosaicas. Como localizar a un gato teleportador.

—Llámalas —dije, distraído—. A ver si nos confirma lo que ha dicho Yol sobre ponerse en contacto con las autoridades.

Tobias se situó a mi lado.

—¿Que la llame?

Alcé la mirada de la pantalla y me sonrojé.

—Es verdad. Perdona. He estado hablando con Audrey.

Quien tendía a desequilibrarme bastante.

—Ah, mi querida Audrey —dijo Tobias—. De verdad creo que debe de ser una especie de factor compensador en tu psicología, una manera de desmelenarte un poco, por así decirlo. A menudo la genialidad viene acompañada de rarezas mentales. Por ejemplo, Nikola Tesla tenía una aversión arbitraria y desconcertante a las perlas, nada menos. Echaba de su casa a la gente que iba a verlo con ellas puestas, y se dice que...

Siguió hablando. Me relajé con el sonido de su voz y escogí un libro sobre criptografía avanzada. Al cabo de un tiempo, Tobias fue volviendo poco a poco a su informe sobre lo que habían determinado los aspectos.

—Lo cual nos lleva a nuestro siguiente movimiento —dijo—. La sugerencia de Owen quizá sea la más relevante, además de que Ivy no podrá completar su análisis psicológico a menos que sepamos más sobre el sujeto. La propuesta es visitar a la familia de Panos. Después de eso, Ngozi necesita más información de la forense. Quizá nos interese ir allí después.

—Cámbialas de orden —respondí—. ¿Qué son, las tres de la madrugada?

—Las seis.

—¿Ya? —pregunté, sorprendido. No me notaba tan cansado. El atractivo de una misión nueva, de un rompecabezas que resolver, me mantenía en alerta—. Bueno, es lo mismo. Estaré más cómodo visitando una oficina forense tan temprano que despertando a la familia de Panos. Liza entra a trabajar a... ¿las siete?

—A las ocho.

Por tanto, me quedaba tiempo libre.

—¿Qué pistas tenemos sobre las empresas que podrían estar detrás de

esto?

—J. C. tiene algunas ideas. Quiere hablar contigo.

Lo encontré apoyado en la pared cerca de donde trabajaba Ivy. Estaba charlando sin pausa y, a grandes rasgos, distrayéndola. Lo agarré por el hombro y lo aparté.

—Tobias dice que tienes algo para mí.

—Nuestra asesina —dijo él—, Zen Rigby.

—Bien, ¿y?

J. C. no podía tener ninguna información nueva sobre ella, dado que solo sabía lo que yo, y ese pozo ya lo habíamos dejado seco.

—He estado pensando, flacucho —dijo J. C.—. ¿Por qué apareció cuando estabas en tu cita?

—Porque sus clientes sabían que era probable que Yol recurriera a mí.

—Sí, pero ¿por qué empezar a vigilarte tan pronto? A ver, tienen el cuerpo, ¿verdad?

—Eso suponemos.

—Por tanto, el motivo de observarte es poder seguirte para ver si encuentras la clave de descifrado. No había ninguna razón para vigilarte antes de que llegara Yol. Así estaban mostrando sus cartas, ¿entiendes? Deberían haber esperado a que te llevaran a I3.

Lo rumié durante un minuto. A todos nos gustaba burlarnos de J. C., pero lo cierto es que era uno de mis aspectos más prácticos. Muchos de ellos se pasaban el día soñando y pensando. J. C. me mantenía vivo.

—Sí que parece raro —convine—. Pero ¿qué significa?

—Significa que no tenemos todos los hechos —dijo J. C.—. Zen podría haber intentado ponernos un micro, por ejemplo, confiando en que iríamos a I3 y le revelaríamos información.

Lo miré fijamente.

—¿Renovación de guardarropa?

—Empecemos por ahí —dijo él—. Pero puede haber infinitos motivos por los que Zen estuviera allí tan pronto. A lo mejor trabaja para una tercera empresa que sabe que pasa algo con I3, pero no está muy segura de qué es. O quizá no tenga absolutamente nada que ver con este caso.

—No crees que sea eso.

—No —aceptó—. Pero más vale que pisemos con cuidado, ¿no? Zen es peligrosa. Me crucé con ella un par de veces en operaciones encubiertas. Dejaba atrás cadáveres, a veces de agentes... y otras de civiles inocentes.

Asentí con la cabeza.

—Y te interesa ir armado —añadió J. C.—. Ya sabes que, si al final hay un enfrentamiento, yo no podré dispararle.

—¿Por vuestro pasado en común? —sugerí, proporcionándole una salida. No me gustaba obligar a J. C. a afrontar lo que era, de modo que siempre le ofrecía razones por las que, a pesar de ser mi guardaespaldas, nunca podía relacionarse de verdad con nadie que nos encontráramos.

Exceptuando la ocasión en la que había hecho justo eso.

—Qué va —dijo J. C.—. No puedo dispararle porque en realidad no estoy aquí.

Me sorprendí. ¿Acababa de...?

—J. C. —dije—, esto es un gran paso para ti.

—Que no, que no, que lo tengo resuelto. Ese tal Arnaud es un tipo bastante listo.

—¿Arnaud?

Miré al otro lado de la sala, hacia el francés delgado y casi calvo que era nuestra adición más reciente.

—Sí —dijo J. C. poniéndome la mano en el hombro—. Tiene una teoría, ¿sabes? Dice que no somos fantasías, ni chismes, ni ningún palabro

demencial de esos que te apetece usar para llamarnos en cada momento. Dice... Bueno, dice un montón de cosas de cerebritos, pero el caso es que seguro que soy real. Es solo que no estoy aquí.

—¿En serio? —No sabía muy bien cómo tomarme aquello.

—Ajá —dijo J. C.—. Tendrías que escucharlo tú mismo. ¡Eh, calvorota!

Arnaud se señaló a sí mismo con las cejas levantadas y luego se acercó correteando mientras J. C. le metía prisa por señas. J. C. rodeó con un brazo el hombro del minúsculo francés, como si fuesen amigos de toda la vida, aunque el gesto pareció incomodar bastante a Arnaud. Era un poco como si un gato se mostrara amistoso con un ratón.

—Suéltaselo —dijo J. C.

—¿El qué? ¿De qué estás hablando? —Arnaud tenía un suave acento francés, como mantequilla fundiéndose sobre una gallineta dorada al horno.

—Ya sabes —respondió J. C.—, eso que decías sobre nosotros.

Arnaud se ajustó los anteojos.

—Bueno, hum, verá, en física cuántica hablamos de posibilidades. Según una interpretación, las dimensiones son infinitas y todo lo que puede suceder ha sucedido. En caso de ser cierto, de ello parece deducirse que todos nosotros, los aspectos, hemos existido en alguna dimensión o campo de probabilidad como personas reales. Es una idea curiosa, ¿no le parece, Étienne?

—Sí que es curiosa —contesté—. Es...

—Así que soy real —me interrumpió J. C.—. El tipo listo acaba de decirlo.

—No, no —dijo Arnaud—. Me he limitado a señalar que es probable que en algún lugar, en otra posición espacial y temporal, de verdad haya una persona que coincide con...

J. C. lo apartó de un empujón y me rodeó los hombros con un brazo para volverme de espaldas a Arnaud.

—Lo tengo resuelto, flacucho. Venimos todos de ese otro lugar, ¿vale? Cuando necesitas ayuda con algo, metes el brazo allí y nos pescas. Eres una especie de mago de la física.

—¿Mago... de la física?

—Ajá. Y yo no soy de las Fuerzas Especiales. Eso voy a tener que aceptarlo. —Calló un momento—. Pertenezco a los Guardianes del Tiempo Interdimensionales.

Lo miré, sonriendo divertido.

Pero J. C. estaba serio del todo.

—J. C., eso es igual de absurdo que la teoría de los fantasmas de Owen.

—Claro que no —replicó J. C., tozudo—. Acuérdate de aquella misión en Jerusalén. ¿Qué pasó al final?

Titubeé. Me había encontrado rodeado, con las manos temblorosas, empuñando una pistola que apenas sabía utilizar. En ese momento, J. C. me había agarrado la mano y la había dirigido para que yo disparara siguiendo la pauta exacta que necesitaba para derribar a todos los enemigos.

—Aprendo deprisa —dije—. Física, matemáticas, idiomas... No tengo más que pasar un ratito estudiando y puedo convertirme en experto, pero solo por medio de un aspecto. A lo mejor la destreza con las armas funciona igual. Estudié, disparé unas cuantas veces en el campo de tiro y me volví un experto. Pero esa habilidad es diferente, porque no puedes ayudarme hablando, así que no pude utilizarte bien hasta que te imaginé guiándome. No es tan distinto de lo que hace Kalyani cuando me va soplando las conversaciones en otros idiomas.

—Estás elucubrando —repuso él—. ¿Por qué no te funciona eso mismo con ninguna otra habilidad que hayas intentado?

La verdad era que no lo sabía.

—Porque soy un Guardián del Tiempo —dijo J. C., terco.

—Si eso fuese cierto, que no lo es, ¿no estarías enfadado conmigo por arrancarte de tu otra vida y atrapar aquí tu espíritu cuántico?

—Qué va —dijo J. C.—. El trabajo es así. Suscribí el credo de los Guardianes del Tiempo. Debemos proteger el universo, y de momento eso significa protegerte a ti tan bien como pueda.

—Venga, por el amor de...

—Oye —me interrumpió él—, ¿no vamos con un poco de prisa? Tendrías que ir moviéndote.

—No podemos hacer nada hasta que amanezca —dije, pero me dejé apartar del tema. Llamé a Tobias con un gesto—. Mantén a todo el mundo trabajando. Yo voy a darme una ducha y leer un poco. Después de eso, haremos una salida.

—Dalo por hecho —aceptó Tobias—. ¿Qué equipo te llevas?

—El habitual —respondí—. Ivy, J. C., tú y... —Paseé la mirada por la sala—. Y ya veremos quién más.

Tobias me observó con curiosidad.

—Que el equipo se reúna conmigo en el garaje, listo para salir, a las siete y media.



Nueve

Puse el libro de criptografía en lectura de texto, subí el volumen y aumenté la velocidad a cinco veces la normal. La ducha que me di después fue larga y refrescante. No pensé en el problema; me limité a aprender.

Cuando volví al dormitorio con el albornoz puesto, descubrí que Wilson me había preparado el desayuno, que había acompañado de un vaso alto de limonada. Le envié un mensaje de texto con instrucciones para que el chófer preparara el todocamino, mucho menos llamativo que la limusina, para salir a las siete y media.

Terminé el libro mientras comía y luego llamé a Elsie, mi contacto en Seguridad Nacional. La desperté, por desgracia, pero aun así aceptó indagar un poco en el asunto. Llamé a la oficina forense, me saltó el contestador, dejé un mensaje para Liza y, mientras terminaba, recibí un mensaje de Elsie. Era cierto que I3 estaba en cuarentena, investigada por Control de Enfermedades con ayuda del FBI.

Al poco tiempo estaba entrando a zancadas en el garaje, vestido y un poco revitalizado, justo a la hora de partida. Allí encontré al propio Wilson — rostro cuadrado, bifocales, entrecano— quitando una motita de algo de una gorra de chófer, que a continuación se puso en la cabeza.

—Espera —dije—, ¿Thomas no tenía turno esta mañana?

—Por desgracia, hoy no vendrá a trabajar —respondió Wilson—. Ni nunca más, al parecer, según sugiere su mensaje de esta mañana.

—Oh, no —dije—. ¿Qué ha pasado?

—¿No recuerda haberle dicho que es usted satánico, señor Leeds?

—Dos por ciento satánico —maticé—. Y Xavier es muy progresista, para ser un adorador del diablo. Nunca me ha hecho sacrificar nada más que pollos imaginarios.

—Ya, bueno...

Suspiré. Otro empleado perdido.

—Podemos contratar a un chófer para hoy. Anoche terminamos tarde. No hace falta que trabajes tan temprano.

—No me molesta —repuso Wilson—. Alguien tiene que cuidar de usted, señor Leeds. ¿Ha dormido aunque sea un rato?

—Esto...

—Comprendo. Y supongo que anoche no llegó a cenar nada antes de terminar en la prensa amarilla.

—Ya ha saltado la liebre, ¿eh?

—Publicado en el *Mag* y anunciado en Grázner esta mañana, además de un artículo de investigación escrito por la señorita Bianca en persona. Se saltó usted la cena y también se había saltado la comida de ayer porque no quería llegar a la cita sin apetito.

Era más bien que no quería ponerme a vomitar de los nervios.

—Normal que ese desayuno me haya sabido tan bien.

Cogí la manilla del todocamino. Wilson me puso una mano en el brazo.

—Señor Leeds, no ponga tanto empeño en salvar el mundo que se le olvide cuidarse usted.

Me dio unas palmaditas en el brazo y entró en el asiento del conductor.

Mi equipo esperaba dentro del vehículo, todos salvo Audrey, que irrumpió en el garaje vestida con suéter y bufanda. Al leer el libro, no se había materializado ningún otro aspecto: Audrey había obtenido el conocimiento, como ella esperaba. Me alegré, porque cada aspecto que creaba me suponía más esfuerzo, de modo que prefería que los antiguos aprendieran cosas nuevas. Sin embargo, llevar a Audrey en aquella misión podía añadirle complicaciones muy particulares.

—Audrey —dije mientras le abría la puerta—, ya casi estamos en junio. ¿Bufanda?

—Bueno —respondió ella sonriendo—, ¿de qué sirve ser imaginaria si no puedes pasar por alto el tiempo que hace?

Se echó la bufanda por encima del hombro con un gesto teatral y se metió en el coche, dando un codazo a J. C. al pasar.

—Si te disparo, mujer, dolerá —le gruñó él—. Mis balas afectan a la materia interdimensional.

—Pues las mías doblan esquinas —replicó ella— y hacen crecer las flores.

Se sentó entre Ivy y Tobias, y no se puso el cinturón de seguridad.

Iba a ser una misión interesante.

Salimos a la carretera. Ya había amanecido, el sol brillaba y estábamos casi en plena hora punta. Miré por la ventanilla, sumido en mis pensamientos, hasta que reparé en que J. C. estaba hurgando en el bolso de Ivy.

—Esto... —dije.

—No te gires —dijo J. C., apartando de una palmada la mano de Ivy, que intentaba recuperar el bolso.

Sacó el espejito de maquillaje de Ivy y lo sostuvo en alto para mirar hacia atrás por la luna trasera sin dejar su perfil a la vista.

—Pues sí —añadió—, es posible que alguien nos esté siguiendo.

—¿Posible?

—No puedo estar seguro —respondió J. C., moviendo el espejito—. El coche no lleva matrícula delantera.

—¿Crees que es ella? ¿La asesina? —pregunté.

—De nuevo, no puedo estar seguro —dijo J. C.

—A lo mejor hay una forma —intervino Audrey, dándose unos golpecitos en la cabeza, que contenía un conocimiento nuevo—. ¿Quieres probar a hacer un hackeo, Steve?

—¿Hackeo? —se sorprendió Ivy—. ¿Te refieres a un hackeo informático?

—No, a darle jaqueca —dijo Audrey poniendo los ojos en blanco—. Vale, voy a escribirte los pasos.

Miré con curiosidad mientras ella redactaba una lista de instrucciones y me la entregaba. Era papel imaginario, aunque yo no notaba la diferencia. Lo cogí, leí los pasos y miré a Audrey.

—Confía en mí —dijo ella.

—Solo te he leído un libro.

—Es suficiente.

La observé un momento y luego me encogí de hombros y saqué el móvil. Merecía la pena intentarlo. Obedeciendo sus instrucciones, llamé al F. I. G., el restaurante donde había cenado —o, mejor dicho, pedido comida— la noche anterior. Sonó y, por suerte, el personal del desayuno ya había entrado a trabajar. Me respondió una voz desconocida.

—¿Diga?

Seguí las anotaciones de Audrey.

—Sí, hola —dije—. Mi esposa cenó anoche ahí, pero le salió una

emergencia familiar y tuvo que marcharse antes de terminar. De hecho, se fue con tanta prisa que pagó con la tarjeta de su empresa en vez de con la nuestra. Me preguntaba si podría pasar el cobro de una a la otra.

—Muy bien —dijo la mujer por teléfono—. ¿Qué nombre es?

—Carol Westminster —respondí, dándole el pseudónimo que había utilizado Zen para la reserva.

Pasaron unos minutos. Con un poco de suerte, aún tendrían a mano los recibos de la noche anterior. Y en efecto, después de unos sonidos ajetreados, la mujer volvió a ponerse al teléfono.

—Muy bien, ¿a nombre de quién está la tarjeta que quiere usar?

—¿Cuál usó ella?

—Es una tarjeta KeyTrust —dijo la mujer, empezando a sonar suspicaz—. Termina en 3409.

—¡Anda! —exclamé—. Vaya, resulta que sí que usó la buena. Gracias de todos modos.

—Estupendo, gracias —dijo ella en tono irritado, y colgó.

Apunté el número en mi cuaderno de bolsillo.

—¿A eso lo llamáis hackeo? —preguntó J. C.—. ¿Qué sentido tiene?

—Espera y verás —dijo Audrey.

Yo ya estaba marcando el número de prevención de fraude del banco emisor de la tarjeta de crédito. El coche siguió adelante y cogió la salida hacia la autovía en dirección sur mientras por el teléfono sonaba una musiquilla de espera. A mi lado, J. C. mantuvo un ojo puesto en nuestro supuesto perseguidor con el espejo de Ivy. Me miró y asintió. Nos habían seguido a la autovía.

Cuando por fin navegué por los menús, las esperas y las advertencias de que mi llamada podía ser grabada, terminé hablando con un hombre que tenía un agradable acento sureño.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

—Quería denunciar el robo de una tarjeta de crédito —dije—. Anoche se llevaron de casa el bolso de mi mujer.

—De acuerdo. ¿Titular?

—Carol Westminster.

—¿Y el número de tarjeta?

—No la tengo —dije, intentando sonar exasperado—. ¿No ha oído que nos robaron la tarjeta?

—Señor, solo tiene que mirarlo en internet y...

—¡Ya lo he intentado! Lo único que me enseña son las últimas cuatro cifras.

—Tiene que...

—¡Podrían estar gastándose mi dinero ahora mismo! —lo interrumpí—. ¡No tenemos tiempo para estas idioteces!

—Señor, dispone usted de protección contra el fraude.

—Perdone, perdone. Es que estoy muy preocupado. No es culpa suya, es solo que no sé qué hacer. Podrá ayudarme, ¿verdad?

El hombre suspiró al otro lado de la línea, como si mi cambio de tono le indicara que acaba de esquivar un incidente potencialmente frustrante.

—Dígame esos cuatro últimos dígitos, pues —me pidió, con la voz más relajada.

—Según el ordenador, son 3-4-0-9.

—Vale, a ver... ¿Se sabe el PIN, señor Westminster?

—Eh...

—¿Número de la Seguridad Social asociado a la tarjeta?

—805-31-3719 —dije, con confianza.

Hubo un silencio.

—No coincide con nuestros registros, señor.

—Pues es mi número de la Seguridad Social.

—Supongo que el número que tenemos aquí es el de su esposa, señor.

—¿Y qué más da?

—No puedo permitirle hacer cambios sin antes confirmar su identidad, señor —dijo el hombre con el tono neutro y paciente de alguien acostumbrado a pasarse el día al teléfono con gente merecedora de estrangulamiento.

—¿Está seguro? —pregunté.

—Sí, señor, lo siento.

—Bueno, supongo que podría llamarla usted —propuse—. Se ha ido a trabajar y no tengo su número de la Seguridad Social apuntado.

—Puedo hacerlo —repuso el hombre—. ¿Sigue usando el número de teléfono que nos dio?

—¿Cuál tienen? —pregunté—. Su móvil estaba en el bolso.

—555-626-9013.

—Vaya, hombre —dije, apuntándolo a toda prisa—. Es el móvil que le han robado. Tendré que llamarla yo cuando llegue al trabajo y decirle que llame ella al banco.

—Perfecto. ¿Alguna otra cosa, caballero?

—No, gracias.

Colgué y luego di la vuelta al cuaderno para enseñar el número a los demás.

—El número de teléfono de la asesina.

—Genial —dijo J. C.—. Ahora puedes pedirle una cita.

Volví a girar el cuaderno y miré el número.

—¿Sabéis? Si te paras a pensarlo, es increíble lo fácil que ha sido.

—Primera regla del criptoanálisis —dijo Audrey—: si no hace falta

descifrar el código, no lo hagas. La gente suele ser mucho menos segura que las tácticas de cifrado que emplea.

—¿Y qué vamos a hacer con esto? —pregunté.

—Bueno, antes que nada tienes que descargar una aplicación en el móvil —dijo Audrey—. J. C., ¿cuál de las tres empresas competidoras crees que es más probable que contratara a esa mujer?

—Exeltec —respondió J. C. sin pensárselo—. De las tres, es la que está más desesperada. Años y años de financiación sin el menor progreso visible, inversores agobiantes y un buen historial de ambigüedad ética y espionaje. Objeto de tres investigaciones, pero no hubo resultados conclusivos.

—En la aplicación vienen los números de teléfono de sus directores ejecutivos.

Sonreí y empecé a trabajar con el teléfono. Al poco tiempo, tenía el móvil configurado para enviar información falsa al identificador de llamadas de Zen, haciéndome pasar por Nathan Haight, propietario de Exeltec.

—Que Wilson esté listo para tocar el claxon —dijo Audrey.

Pedí al mayordomo que se preparara y marqué.

Sonó una vez. Dos.

Entonces descolgaron.

—Hola —dijo una voz femenina cortante—. ¿Qué pasa? Estoy ocupada.

Hice una señal a Wilson. El claxon sonó bien fuerte.

Lo oí también a través del teléfono. Quedaba confirmado que Zen estaba siguiéndonos. Pulsé el botón de la aplicación que enviaba estática por la línea y dije algo, que sabía que se distorsionaría lo suficiente para resultar incomprensible.

Zen soltó una palabrota.

—Me trae sin cuidado lo nerviosos que estén los otros socios —dijo luego—. Molestarme sin parar no servirá para que esto se haga más rápido.

Llamaré yo para informar cuando sepa alguna cosa. Hasta entonces, déjenme en paz.

Colgó.

—Ha sido el hackeo más raro que he visto en la vida —dijo J. C.

—Eso es porque no sabes lo que es de verdad un hackeo —replicó Audrey, altiva—. Te imaginas a chavales con granos delante de un ordenador. Pero, en realidad, hoy en día casi toda la gente que hackea, al menos tal y como se refieren a ello los medios, lo que hace es pasar tiempo al teléfono intentando sonsacar información.

—Total, que sabemos que Zen nos está siguiendo —dijo Ivy— y también sabemos el nombre de la empresa rival. Lo que nos indica quién tiene el cadáver.

—No con total certeza —advertí—, pero sí que tiene buena pinta. —Di unos golpecitos en mi teléfono, pensativo, mientras Wilson salía de la autovía y empezaba a cruzar el centro—. ¿Consejos?

—Tenemos que evitar meternos en algo que nos supere —dijo Ivy—, si es que tal cosa es humanamente posible.

—Estoy de acuerdo —dijo Tobias—. Stephen, si logramos encontrar pruebas de que Exeltec robó el cadáver, Control de Enfermedades podría querer registrar sus oficinas.

—O podríamos registrarlas nosotros mismos —propuso J. C.—. Saltarnos a los intermediarios.

—Preferiría no hacer nada tipificado como ilegal —objetó Tobias.

—No te preocupes por eso —dijo J. C.—. Como miembro de los Guardianes del Tiempo Interdimensionales, tengo autorización especial con código 876 para saltarme los estatutos locales en caso de emergencia. Mira, flacucho, al final vamos a terminar colándonos en Exeltec. Lo noto. Aunque

no guarden el cuerpo en sus oficinas, habrá pistas que nos lleven a él en alguna parte.

—Si sirve de algo, estoy con J. C. —dijo Audrey—. Colarnos en las oficinas suena divertido.

Me recliné, pensando.

—Iremos a ver a la forense —dije al cabo de un tiempo, a lo que Ivy y Tobias asintieron—. Prefiero encontrar pruebas que incriminen a Exeltec y luego organizar una redada oficial. —Empezaba a formarse un plan en mi mente. Añadí—: Además, colarnos allí no es la única forma de averiguar qué sabe Exeltec.



Diez

El coche recorría una calle urbana que empezaba a despertar, y las farolas se apagaron con el sol ya del todo sobre el horizonte, como siervas que se inclinaran ante su rey. El depósito de cadáveres estaba cerca del hospital, situado en un complejo extenso que podría haber albergado sin problemas tres o cuatro emocionantes empresas informáticas de nueva creación. Pasamos junto a unos setos podados con esmero y árboles rodeados todavía por las luces navideñas del año anterior, letárgicas hasta que llegaron de nuevo las festividades.

—Muy bien —me dijo J. C.—. ¿Estás preparado para hacerlo?

—¿Hacer qué? —pregunté.

—Nos está siguiendo una asesina, flacucho —dijo él—. ¿Esa sensación que tienes entre los omóplatos? Viene de saber que estás en el punto de mira de alguien. Zen podría apretar el gatillo en cualquier momento.

—No digas bobadas —replicó Ivy—. No va a hacernos daño mientras crea

que estamos guiándola hacia alguna información importante.

—¿Estás segura? —dijo J. C.—. Porque yo no. En cualquier momento, sus superiores pueden decidir que es muy mal asunto que estemos trabajando para Yol. Podría ocurrírseles eliminar a la competencia y arriesgarse a buscar la clave por su cuenta.

La forma en que lo dijo, fría y directa, me revolvió el estómago.

—Lo que pasa es que no te gusta que te sigan —dijo Ivy.

—Ya lo creo que no, maldita sea.

—Esa boca.

—Mirad —dijo J. C.—, Zen tiene información que nos gustaría mucho obtener. Si la capturamos, podría bastar para darnos las pruebas que necesitamos. Ahora sabemos dónde está y tenemos una ventaja temporal. ¿Cómo de bien crees que se te daría una evacuación sigilosa?

—No muy bien —respondí.

—Intentémoslo de todas formas —dijo J. C., y señaló con el dedo—. ¿Ves esa curva a la derecha que tenemos delante, al entrar en el aparcamiento? El seto nos ocultará del coche que nos sigue. Cuando lleguemos, tienes que bajar del todocamino; tranquilo, que te ayudo yo. Que Jeeves aparque delante del edificio, justo al lado de los setos. Podemos saltar encima de Zen y darle la vuelta a la persecución.

—Es imprudente —dijo Ivy.

Y lo era, pero, ya más cerca de la curva, tomé una decisión.

—Hagámoslo. Wilson, voy a bajar del coche en la siguiente curva. Tú continúa conduciendo como si no pasara nada y no frenes más de lo normal. Aparca ahí, delante de la morgue, y espera.

Wilson ajustó el espejo retrovisor para mirarme a los ojos. No dijo nada, pero noté que estaba preocupado.

Cuando giró el espejo, pude ver bien el sedán negro que teníamos detrás.

Me metí la mano bajo la chaqueta y palpé la pistola que J. C. había insistido en que llevara encima. Aquella no era la forma en que me gustaba que se desarrollaran las misiones. Prefería pasarme diez horas en una sala intentando resolver un acertijo o abrir una caja fuerte sin cerradura. ¿Por qué últimamente siempre parecía haber armas implicadas?

Me acerqué a la puerta del coche y me agaché en el suelo, con la manecilla agarrada. J. C. se puso detrás de mí y me apoyó una mano en el hombro.

—Cinco, cuatro, tres... —contó.

Respiré hondo.

—Dos... ¡Uno!

Abrí la puerta en el instante en que Wilson hacía girar el coche alrededor del seto. J. C. me empujó por la espalda y, de algún modo, logró imprimirme el impulso adecuado para que cayera del coche con una voltereta. Aun así, me dolió. El giro del coche cerró la puerta y yo me quedé agachado junto al seto, donde esperé hasta que oí que el coche que nos seguía empezaba a girar.

Atravesé el seto hasta el otro lado mientras el coche lo rodeaba, en pos de Wilson. Así quedé separado de Zen por un muro bajo de follaje espeso que se prolongaba a lo largo de todo aquel sector del aparcamiento.

Correteé pegado al seto, con la cabeza gacha, al ritmo del coche de Zen. Rebasó a Wilson, que estaba aparcando, y siguió adelante con aparente disimulo hacia otra zona del aparcamiento. Entreví algunos atisbos del coche negro a través de agujeros en el seto: la sombra de alguien al volante, pero nadie más a la vista. El coche se detuvo a poca distancia de donde terminaba el seto.

Por delante de mí, las hojas se apartaron abriendo paso a J. C., que llegaba con su pistola en la mano.

—Bien hecho —susurró—. A este paso, aún podrás entrar en los Guardianes.

—Ha sido tu empujón —dije—. Me ha enviado al suelo justo en la postura que necesitaba.

—Ya te he dicho que te ayudaría.

Callé, demasiado nervioso para continuar con aquella conversación. Estaba manifestando algo nuevo, una extensión de mi anterior... infraestructura. ¿Qué más podría aprender a hacer si alguno de mis aspectos guiaba mis dedos o mis pasos?

Eché un vistazo a través del seto y desenfundé mi propia arma. J. C. me hizo unos gestos frenéticos para que la escondiera delante de mí, de forma que no pudieran verla los coches que pasaban por la calle a mi derecha. Luego señaló con la cabeza hacia una abertura del seto.

Respiré hondo antes de cruzarla agazapado y recorrer la escasa distancia que me separaba del coche de Zen. J. C. me siguió. Terminé agachado junto al coche.

—¿Listo? —preguntó J. C.

Asentí.

—Dedo en el gatillo, flacucho. Esto va en serio.

Asentí de nuevo. La ventanilla del copiloto, que tenía justo encima, estaba abierta. Con las manos sudorosas, me levanté de sopetón y apunté con el arma hacia el asiento del conductor.

Donde no estaba sentada la asesina.



Once

El conductor era un joven de cabello oscuro, quizá de unos dieciocho años, que llevaba una sudadera con capucha. Dio un grito, soltó los prismáticos con los que había estado observando mi todocamino y se puso blanco como la nieve al ver mi pistola.

Sin el menor asomo de duda, no era Zen Rigby.

—Métete en el coche, flacucho —dijo J. C., mirando a su alrededor en el aparcamiento—. Asiento de atrás, para que no pueda agarrarte. Dile que se esté calladito y que no parezca sospechoso.

—Las manos a la vista —ordené al chico, esperando que no se fijara en que mi arma temblaba—. No digas ni una palabra.

Abrí la puerta trasera y subí al coche sin dejar de apuntarle. El joven se quedó en silencio a excepción de un gimoteo que le salía del fondo de la garganta. O bien estaba aterrorizado o bien era muy buen actor.

—¿Dónde está Zen? —le pregunté, alzando la pistola junto a su cabeza.

—¿Quién? —dijo él.

—No me vengas con jueguitos. ¿Dónde está?

—Yo no... no sé nada... —El chico empezó a sollozar.

—Maldición —dijo J. C., de pie junto a la ventanilla delantera—. ¿Crees que está actuando?

—Ni idea —respondí.

—Debería ir a por Ivy.

—No —dije. No quería quedarme solo.

Inspeccioné el rostro lloroso del chico, reflejado en el retrovisor. Tono de piel mediterráneo, la misma nariz...

—No me mate —susurró el chico—. Solo quería saber qué había hecho usted con él.

—Eres el hermano de Panos —adiviné.

El chico asintió, todavía sollozando.

—Diablos —dijo J. C.—. No me extraña que haya sido tan fácil ver que nos venían detrás. Había dos personas siguiéndonos, un aficionado y una profesional. Soy idiota.

Sentí un escalofrío. Había oído el claxon de Wilson por la línea cuando estaba hablando por teléfono con Zen, lo que significaba que la teníamos cerca, pero no la habíamos visto.

Mal asunto.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al joven.

—Dion.

—Muy bien, Dion, voy a apartar el arma. Si eres quien dices, no tienes nada que temer. Necesitaré que vengas conmigo, pero, como eches a correr o grites o algo parecido... bueno, tendré que hacer que pares.

El chico asintió.

Salí del coche, con la pistola ya en la funda, y tiré del hombro del chico

para sacarlo también. Un cacheo rápido me reveló que no llevaba armas, aunque se consideraba un espía consumado. Linterna, pasamontañas, prismáticos y un teléfono móvil que cogí y apagué. Lo guie por el aparcamiento, consciente de que la escena resultaría muy sospechosa para cualquiera que estuviese mirando. Pero, aconsejado por J. C., mantuve la actitud de alguien que sabe lo que se hace, caminando con seguridad. Estábamos en un complejo gubernamental, por lo que, con un poco de suerte, cualquiera que nos viese me tomaría por agente de policía.

Y si no era así... bueno, tampoco sería la primera vez que llamaban a la poli para que se ocupara de mí. Creo que en comisaría tenían una porra en marcha sobre la frecuencia de tales acontecimientos.

Empujé a Dion al interior de mi todocamino, entré tras él y me sentí un poco más seguro tras los cristales tintados y rodeado por más aspectos. Dion se dejó caer en el asiento trasero, con lo que obligó a Audrey a subir al regazo de Tobias, un acto tan inesperado que mi aspecto de más edad casi pareció atragantarse.

—Wilson, por favor, avísame si se acerca alguien —dije—. Muy bien, Dion, empieza a hablar. ¿Por qué me estás siguiendo?

—Robaron el cuerpo de Panos —respondió Dion.

—¿Quiénes?

—I3.

—¿Y por qué iban a hacer ellos algo así?

—Por la información —respondió Dion—. La tenían almacenada en sus células, ¿sabe? Todos sus secretos. Todas las cosas horribles que iban a hacer.

Crucé una mirada con J. C. y él se tapó la cara con la mano. Panos había hablado de sus investigaciones con su familia. Maravilloso. J. C. apartó la mano y vocalizó: «Pesadilla de seguridad».

—¿Y qué clase de cosas horribles crees que iba a hacer I3? —pregunté.

—Eh... —dijo él—. Ya sabe. Cosas corporativas.

—Como cancelar los viernes informales —aventuró Audrey.

Por tanto, Panos no se lo había contado todo a su hermano. Golpeteé los dedos contra el apoyabrazos. La familia estaba suponiendo que Yol y los suyos se habían llevado el cuerpo para mantener ocultos sus datos, cosa que, siendo sinceros, tampoco se alejaba tanto de la realidad. Tenían planeado incinerarlo, a fin de cuentas. Solo que alguien había llegado antes que ellos al cadáver.

—Y me estás siguiendo —dije al chico—. ¿Por qué?

—Esta mañana salía usted por todas partes en internet —dijo Dion—. Metiéndose en el coche con ese asiático tan raro que es dueño de I3. He pensado que lo habría contratado para descifrar el código del cuerpo de Panos. Estaba clarísimo. O sea, usted es una especie de superespía hacker o algo parecido, ¿verdad?

—Es exactamente lo que somos —intervino Audrey—. Steve, dile que eso es justo lo que somos. —Al ver que yo no respondía, dio un codazo a Tobias, en cuyo regazo seguía sentada—. Díselo tú, yayo.

—Stephen —dijo Tobias, algo incómodo—, este joven parece sincero.

—Está diciendo la verdad —afirmó Ivy—, por lo que puedo ver.

—Tendrías que tranquilizarlo —sugirió Tobias—. Mira al pobre chico. Parece que sigue pensando que vas a dispararle.

En efecto, Dion tenía las manos juntas y la mirada baja, pero temblaba.

Suavicé el tono.

—No me contrataron para descifrar el código del cuerpo —le dije—. I3 tiene muchísimas copias de seguridad de toda su información. Estoy aquí para encontrar el cadáver.

Dion alzó la vista.

—No —proseguí—, no se lo llevó I3. Se habrían quedado más que satisfechos con incinerarlo.

—No da la impresión de que te crea, Steve —dijo Ivy.

—Mira —dije a Dion—, a mí me da igual lo que le pase a I3. Solo quiero asegurarme de localizar la información que contiene ese cuerpo, ¿de acuerdo? Y, para conseguirlo, necesito que esperes aquí.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué hacer contigo. —Miré a Wilson, que asintió. Vigilaría al joven—. Pasa al asiento de delante —dije a Dion—. Cuando vuelva, tendremos una larga conversación sobre todo esto. Pero, de momento, tengo que ir a hablar con una forense muy gruñona.



Doce

El centro forense estaba en una pequeña oficina con olor a esterilizada, contigua al depósito de cadáveres de la ciudad, que era solo un conjunto de salas dentro de un complejo médico más extenso. Siendo estrictos, a Liza le gustaba que la llamaran «patóloga forense», y resultaba chocante lo ocupada que estaba siempre para ser alguien que parecía dedicar todo su tiempo a jugar a videojuegos en línea.

A las ocho en punto, crucé con paso firme el vestíbulo del complejo médico, bajo la mirada furibunda de un guardia de seguridad demasiado corpulento para el diminuto cubículo que le habían asignado, y llamé con educación a la puerta de la oficina de la forense. El secretario de Liza, cuyo nombre se me había olvidado, abrió con una evidente expresión reacia en el rostro.

—Está esperándole —dijo el joven—, pero yo no diría que se la vea muy emocionada.

—Estupendo. Gracias...

—John —me apuntó Tobias.

—John.

El secretario asintió, regresó a su escritorio y se puso a mover papeles de sitio. Yo recorrí un pasillo corto que llevaba a una oficina bien ordenada, con diplomas de aspecto oficial colgados en las paredes y demás elementos del mismo estilo. Vislumbré el reflejo de una página de Facebook en uno de ellos antes de que Liza apagara su tableta y alzara la mirada hacia mí.

—Estoy ocupada, Leeds —dijo.

Liza, vestida con bata blanca de laboratorio por encima de unos vaqueros y una blusa de color rosa, tenía cincuenta y muchos años y era lo bastante alta como para estar muy harta de que le preguntaran si había jugado al baloncesto en la universidad. Era una suerte que la mayoría de sus clientes estuvieran muertos, ya que ese era el único tipo de persona que no parecía molestarla.

—Esto debería llevarnos poco tiempo —dije, al tiempo que me apoyaba en el marco de la puerta y me cruzaba de brazos, en parte para bloquear la mirada de adoración que Tobias estaba dirigiendo a Liza. Yo no alcanzaba a entender lo que veía en aquella mujer.

—No tengo por qué mover ni un dedo por ti —replicó Liza, volviéndose hacia la pantalla de su ordenador con movimientos exagerados, como si tuviera muchísimo trabajo pendiente—. No estás involucrado en ningún caso oficial. Lo último que sé es que el departamento decidió dejar de contar contigo.

Eso último lo dijo en un tono un poco demasiado triunfal. Ivy y J. C. se miraron. Las autoridades no nos tenían... demasiado cariño últimamente.

—Ha desaparecido uno de tus cadáveres —le dije—. ¿No hay nadie preocupado por eso?

—No es problema mío —repuso ella—. Mi parte ya estaba hecha. Muerte certificada, identidad confirmada, no era necesaria una autopsia. Habrá sido un fallo del depósito, así que puedes ir a hablar con ellos.

Ni de milagro. No iban a dejarme entrar, porque no tenían la autoridad para hacerlo. En cambio, Liza sí podía: aquel era su departamento, por mucho que sugiriera lo contrario.

—¿Y la policía no está preocupada por la infracción? —pregunté—. ¿El sargento Graves no ha estado husmeando, preguntándose cómo ha podido haber una pifia de seguridad tan gorda?

Liza vaciló.

—Ah —dijo Ivy—. Bien visto, Steve. Aprieta más por ahí.

—Estás al mando de esta división —dije a Liza—. ¿Ni siquiera te interesa saber cómo ocurrió? Puedo ayudar.

—Cada vez que ayudas, Leeds, después llega algún tipo de catástrofe.

—Parece que ya ha habido una catástrofe.

—Dale donde más duele —sugirió Ivy—. Menciona el engorro.

—Piensa en el papeleo, Liza —dije—. Un cadáver desaparecido. Investigaciones, preguntas, gente hurgando por aquí, reuniones a las que tendrás que asistir...

Liza no logró disimular por completo su mueca de disgusto. A mi lado, Ivy sonrió con satisfacción.

—Y todo —dijo Liza, reclinándose— por un cuerpo que no debería haber estado aquí.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—A que no teníamos ningún motivo para quedarnos el cadáver. Sus familiares ya lo habían identificado y no había sospechas de juego sucio. Deberíamos haber enviado el cadáver a la funeraria elegida por la familia, para que lo embalsamaran. Pero no. No se nos permitió. El cuerpo tenía que

quedarse aquí y nadie quería decirme por qué. El comisario en persona insistió. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Y ahora, tú. ¿Qué tenía de especial ese tipo, Leeds?

¿El comisario? Yol había recurrido a sus contactos para asegurarse de que el cuerpo permaneciera bajo custodia oficial. Tenía sentido. Si hubiera permitido que liberaran el cadáver y luego lo hubiera rodeado de un aparato de seguridad descabellado, habría sido como anunciar al mundo que tenía algo de especial. Una llamada rápida para que Panos se quedara en el depósito de cadáveres, bien protegido, era mucho menos sospechosa.

Solo que no había funcionado.

—Vamos a tener que darle algo a cambio, Steve —me dijo Ivy—. Está plantándose. Hay que sacar la artillería.

Suspiré.

—¿Estás segura? —pregunté entre dientes.

—Sí, por desgracia.

—Una entrevista —dije, mirando a Liza a los ojos—. Una hora.

Se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Estás sobornándome?

—Sí. ¿Y bien?

Dio unos golpecitos distraídos con un dedo en la mesa.

—Soy patóloga forense. No tengo ningún interés en publicar.

—No he dicho que la entrevista tenga que ser contigo —respondí—. Se la concedo a quien tú digas, a cualquiera de la comunidad médica de quien necesites algo. Estoy ofreciéndome como moneda de cambio.

Liza sonrió.

—¿A cualquiera?

—Sí. Una hora.

—No. El tiempo que necesite.

—Eso no es nada conclusivo, Liza.

—Tampoco lo es la lista de formas en las que eres molesto. O lo tomas o lo dejas, Leeds. No te debo nada.

—Esto vamos a lamentarlo, ¿verdad? —preguntó Tobias.

Asentí con la cabeza, pensando en las horas que había dedicado a que me interrogara algún psicólogo decidido a labrarse un nombre. Otro artículo en otra revista, pintándome como una extraña especie de pepino de mar que diseccionar y exhibir.

Pero el segundero no dejaba de correr, y las alternativas eran aquello o tener que explicar a Liza por qué el cuerpo era tan importante.

—Trato hecho —dije.

Ella no sonrió. Sonreír era una expresión demasiado humana, con mucho, para Liza. Pero sí parecía satisfecha mientras cogía sus llaves de la mesa y me guiaba pasillo abajo, seguidos por mis aspectos.

El aire se volvió notablemente más fresco a medida que nos aproximábamos a la morgue en sí. Liza usó una tarjeta para abrir la cerradura de la puerta, que era de metal, gruesa y pesada. Dentro de la sala, saltaba a la vista por qué Liza había elegido trabajar allí: no solo hacía un frío glacial, sino que además todas aquellas superficies cromadas debían de recordarle a la nave espacial que la había traído a nuestro planeta.

La puerta se cerró a nuestra espalda con un golpetazo sordo. Liza se quedó junto a la pared, cruzada de brazos, vigilando para impedir cualquier diablura que se me ocurriese.

—Quince minutos, Leeds. Mejor que vayas empezando.

Dejé que mis ojos recorrieran la sala, que contenía tres mesas metálicas con ruedas, una repisa con parafernalia médica diversa y toda una pared de enormes cajoneras para conservar cadáveres.

—Muy bien —dije a los cuatro aspectos—, quiero saber cómo sacaron el

cuerpo.

—También necesitamos pruebas —añadió J. C.—. Algo que involucre a Exeltec en el delito.

—Eso sería estupendo —le dije—, pero en realidad no queremos marcar demasiado la dirección. Puede que no lo tengan ellos. Concentraos en lo que sabemos. Encontrad pruebas de cómo los ladrones almacenaron o movieron el cuerpo, y eso podría llevarnos al culpable.

Los demás asintieron. Di la vuelta despacio, observando la sala al completo, absorbiendo los datos en mi subconsciente. Entonces cerré los ojos.

Mis alucinaciones empezaron a hablar.

—No hay ventanas —dijo J. C.—. Solo una salida.

—A menos que esas placas del techo puedan retirarse —matizó Ivy.

—Qué va —replicó J. C.—. He visto las especificaciones de seguridad de este edificio. ¿Recordáis el caso Coppervein? Aquí no hay espacio por encima ni conductos de ventilación. Nada que llame la atención en la arquitectura.

—Este material se ha utilizado no hace mucho —dijo Tobias—, pero sé poco sobre su propósito. Stephen, de verdad deberías plantearte reclutar a un perito médico propio en algún momento.

—Ya tenemos a Ngozi —dijo Audrey—. Investigación forense. ¿Por qué no la traemos?

«Porque estás tú, Audrey —pensé—. Mi subconsciente te ha asignado una habilidad importante y te ha añadido a mi equipo.» ¿Por qué? Echaba de menos los tiempos en los que había tenido a alguien para hablar de cosas como aquella. Cuando Sandra estaba conmigo, todo había cobrado sentido por primera vez en mi vida.

—Este lugar es seguro —dijo Ivy, y sonó contrariada—. ¿Quizá lo hizo

alguien de dentro? ¿Algún trabajador de la morgue?

—¿Es posible que sobornaran a algún técnico de aquí? —pregunté, abriendo los ojos y mirando a Liza.

—Ya se me había ocurrido —dijo ella, todavía cruzada de brazos—. Pero yo fui la última en salir de la oficina esa noche. Vine aquí, comprobé que todo estuviera en orden y apagué las luces. Los de seguridad dicen que no entró nadie después.

—En ese caso, querré hablar con Seguridad —respondí—. ¿Quién más estuvo aquí ese día?

Liza se encogió de hombros.

—La familia. Un sacerdote. Siempre acompañados. Esta sala solo podemos abrirla dos de nuestros técnicos y yo. Ni siquiera el guardia de seguridad puede entrar sin llamarnos a alguno. Pero todo eso es irrelevante, porque el cuerpo seguía aquí cuando yo me marché esa noche.

—¿Estás segura?

—Sí. Tuve que apuntar unos números para el papeleo. Lo comprobé en persona.

—Vamos a querer buscar huellas dactilares —dijo J. C.—. Nos guste o no, puede que tengamos que pasar por comisaría.

Asentí.

—Doy por hecho que la policía ya envió a un equipo de la científica.

—¿Por qué das por hecho algo así? —preguntó Liza.

Nos quedamos todos mirándola.

—Eh... ya sabes. ¿Porque hubo un delito?

—Robaron un cadáver —dijo ella con voz seca—. Nadie salió herido, no tenemos nada que apunte a un allanamiento y no hay dinero de por medio. Según las declaraciones oficiales, están «trabajando en el caso», pero créeme si te digo que encontrar este cadáver no es ni por asomo su máxima prioridad.

Están más preocupados por la intrusión en sí. Por eso sí que buscarán algún cabeza de turco.

Volvió a cruzar los brazos, cambió de postura y los cruzó de nuevo. Intentaba que no se notara, pero era evidente que estaba preocupada. Ivy asintió mirándome, sin duda complacida de verme interpretar a Liza tan bien. En fin, tampoco es que fuese difícil. De vez en cuando, aprendía alguna cosilla de mis aspectos.

—¿Cámaras de seguridad? —preguntó J. C. mientras inspeccionaba las esquinas de la sala.

Repetí la pregunta para que la oyera Liza.

—Solo fuera, en los pasillos —respondió.

—¿Eso no es poca cosa? —pregunté.

—El edificio entero está repleto de alarmas. Si alguien intenta entrar, el panel del guardia de seguridad se iluminará como un árbol de Navidad. —Hizo una mueca—. Antes las activábamos solo de noche, pero ahora llevan encendidas dos días seguidos. Tengo que pedir permiso hasta para abrir una dichosa ventana.

Miré hacia el equipo.

—Stephen —dijo Tobias—, vamos a necesitar a Ngozi.

Suspiré. Bueno, tampoco era tanta, tanta distancia para ir en coche a recogerla.

—Espera —dijo J. C., sacando su teléfono—. Ya la llamo yo.

—No creo que... —empecé a decir, pero J. C. ya estaba marcando.

—Hola, Ahmed. Necesitamos tu ayuda —dijo él—. ¿Qué? Pues claro que tengo tu número. No, no he estado dedicándome a espiarte. Escucha, ¿puedes buscar a Ngozi? ¿Cómo quieres que sepa dónde está? Supongo que lavándose las manos cien veces o algo así. No, tampoco he estado dedicándome a espiarla a ella. —Bajó el teléfono y nos dedicó a los demás una mirada de

sufrimiento. Volvió a levantarlo y siguió hablando al cabo de poco tiempo—. Genial. Hagamos videoconferencia.

Tobias y yo miramos por encima de los hombros de J. C. mientras la cara de Kalyani aparecía en la pantalla, alegre y emocionada. Señaló y luego giró el teléfono hacia Ngozi, que estaba sentada en su cama, leyendo.

¿Qué decir acerca de Ngozi? Era nigeriana, con la piel de un tono marrón muy oscuro, y había estudiado en Oxford. También tenía un pánico mortal a los gérmenes, tanto que, cuando Kalyani le acercó el teléfono, Ngozi se apartó y se encogió a ojos vistas. Negó con la cabeza y Kalyani se vio obligada a quedarse allí de pie, sosteniendo el móvil.

—¿Qué pasa? —preguntó Ngozi con acento entrecortado.

—Investigación de escenario del crimen —respondí.

—¿Vais a venir a recogerme?

—Bueno, en realidad habíamos pensado... —Titubeé y miré a J. C.—. No sé si esto va a funcionar, J. C. No habíamos hecho nada parecido nunca antes.

—Pero merece la pena intentarlo, ¿no?

Me volví hacia Ivy, que parecía escéptica, pero Tobias levantó los hombros.

—¿Qué daño puede hacer, Stephen? A veces es difícil sacar a Ngozi de la casa.

—Lo he oído —dijo Ngozi—. Y no es difícil. Solo requiero los preparativos necesarios.

—Ya, claro —dijo J. C.—, como un traje NBQ.

—¡Por favor! —exclamó Ngozi, poniendo los ojos en blanco—. Total, porque me gusta que las cosas estén limpias.

—¿Limpias? —le pregunté.

—Muy limpias. ¿Sabéis qué clase de venenos liberan en el aire todos los días los coches y las fábricas? ¿Dónde creéis que termina todo eso? ¿Nunca

os preguntáis qué es esa negrura costrosa que se os queda en la piel después de pasar la mano por la barandilla al bajar hacia el metro? Y eso por no hablar de la gente. Tosiéndose en las manos, limpiándose los mocos de las narices, tocándolo todo y a todo el mundo, y además...

—Está entendido, Ngozi —dije.

Miré a Tobias, que asintió, alentador. J. C. tenía razón en que usar teléfonos para que mis aspectos se comunicaran podía ser un recurso muy valioso. Cogí el móvil de manos de J. C. Cerca de nosotros, Liza me observaba con lo que parecía la primera emoción auténtica que había mostrado en toda la mañana: fascinación. Quizá no fuese psicóloga, pero los médicos de todos los tipos tendían a encontrar cautivadoras mis... extravagancias.

Me alegré por ella, siempre que ese interés le evitara pensar en cuánto me quedaba de su condición inicial de los quince minutos.

—Vamos a probar a hacer esto por teléfono —dije a Ngozi—. Estamos en la heladera. Todo indica que el cadáver estaba aquí por la noche, pero había desaparecido la mañana siguiente. No hay nada sospechoso en las cámaras de seguridad del pasillo. —Lisa lo confirmó asintiendo cuando le dirigí una mirada interrogativa—. En esta sala no hay cámaras, pero el edificio tiene un sistema de seguridad estricto. Teniendo todo eso en cuenta, ¿cómo sacaron el cadáver?

Ngozi se inclinó hacia delante, sin coger la cámara a Kalyani pero estudiándome con curiosidad.

—Enséñame la sala.

Me di una vuelta para recorrer todo el lugar con el móvil, totalmente consciente de que, desde la perspectiva de Liza, no tenía nada en la mano. Ngozi tarareaba para sí mientras yo andaba. La melodía de algún programa de la tele, no estaba muy seguro de cuál.

Al cabo de unos minutos enseñándole la sala, Ngozi dijo:

—¿Y estáis seguros de que el cuerpo ha desaparecido?

—Pues claro que ha desaparecido —respondí, apuntando la cámara hacia el cajón del cadáver, todavía abierto.

—Bueno —dijo Ngozi—, va a ser difícil hacer un trabajo forense tradicional en estas circunstancias. Pero la primera pregunta que debemos hacernos sería: «¿Es necesario?». Te sorprendería la cantidad de veces que se denuncia un robo y luego el objeto aparece extraviado, o guardado, en algún lugar muy próximo al supuesto hurto. Si sacar el cadáver de la sala es tan complicado, a lo mejor es que no ha llegado a salir.

Miré hacia los otros cajones. Luego, con un suspiro, dejé el móvil y empecé a abrirlos de uno en uno. A los pocos minutos, Liza se acercó para ayudarme. Mencionó que ya lo habían hecho, pero eso no me impidió volver a comprobarlo. Solo tres de los demás cajones contenían cadáveres, y los revisamos todos con meticulosidad. Ninguno era Panos.

Después de eso, miré en los gabinetes y armarios de la sala, e incluso en los cajones que eran demasiado pequeños para contener un cadáver. Fue un proceso largo, y me alegré de que resultara infructuoso. Descubrir varias bolsas llenas de codos o lo que fuese no era una perspectiva que me atrajese demasiado.

Me quité el polvo de las manos y me volví hacia el teléfono y la imagen de Ngozi. Kalyani se había sentado con ella en la cama, y se habían puesto las dos a charlar de que me convenía mucho dejar de trabajar tanto y sentar cabeza con alguna persona agradable. Y, a ser posible, cuerda.

—¿Qué hago ahora? —pregunté por teléfono.

—El Principio de Locard —dijo Ngozi.

—¿Qué es?

—En términos generales —explicó ella—, el principio afirma que siempre

que se produce un contacto, o un intercambio, se dejan pruebas. Tenemos muy pocos hilos de los que tirar, dado que la víctima ya estaba muerta cuando la secuestraron, y cabe suponer que embolsada y con la cremallera bien cerrada. Pero el culpable habrá dejado rastros de su presencia. Supongo que no podremos hacer un barrido de la sala entera buscando ADN, ¿verdad?

Miré esperanzado a Liza y se lo pregunté, lo que me valió un bufido de diversión por su parte. El caso no era ni de lejos tan importante como para eso.

—Podemos probar a buscar huellas por nuestra cuenta —dije a Ngozi—, pero la policía no va a ayudarnos.

—Miremos primero en los puntos obvios de contacto —sugirió Ngozi—. Acércame al tirador del cajón, por favor.

Llevé el teléfono hasta allí y lo aproximé mucho al asa del cajón para cadáveres.

—Estupendo —dijo Ngozi al cabo de un minuto—. Ahora, la puerta de entrada a la sala.

Obedecí y pasé por delante de Liza, que miraba su reloj de pulsera.

—Puede que nos estemos quedando sin tiempo, Ngozi —dije en voz baja.

—Mi arte no es algo a lo que se pueda meter prisa —replicó ella—. Y menos a larga distancia.

Le enseñé el pomo de la puerta, no muy seguro de qué estaba buscando. Ngozi me pidió que abriera la puerta para mirarla por el otro lado. Era una puerta pesada de verdad, diseñada para cerrarse sola después de que saliera alguien. Cuando estuve fuera, ya no pude abrirla otra vez. Liza tuvo que dejarme entrar con su tarjeta.

—Muy bien, Leeds —dijo Liza mientras yo giraba la cámara para captar la placa de contacto en el interior del marco de la puerta—. Se aca...

—¡Bingo! —exclamó Ngozi.

Me quedé quieto de repente y observé de nuevo el marco. Sin hacer caso al resto de la frase de Liza, me arrodillé, intentando advertir lo que había visto Ngozi.

—¿Ves esas marcas de polvo? —preguntó Ngozi.

—Esto... no.

—Fíjate bien. Alguien puso cinta adhesiva ahí y luego la arrancó, pero dejó pegamento suficiente para atraer el polvo.

Liza se encorvó a mi lado.

—¿Me has oído?

—Cinta —pedí—. ¿Tienes cinta adhesiva?

—¿Para qué...?

—¡Eh! —llamó J. C. desde el fondo de la sala, sosteniendo en alto un rollo de cinta industrial traslúcida que había en la repisa.

Dejé a Liza junto a la puerta y fui a coger la cinta. J. C. tuvo que dejar en la repisa su copia imaginaria antes de que yo pudiera ver la auténtica. Luego volví a toda prisa, pegué una tira en la placa de contacto, salí de la sala y dejé que la puerta se cerrara.

Lo hizo con un nuevo golpe sordo, que encubrió la ausencia de chasquido. Cuando empujé la puerta, se abrió sin requerir ayuda desde el interior.

—Ya sabemos cómo entraron en la sala —dije.

—¿Y qué? —preguntó Liza—. Ya sabíamos que se habían colado de algún modo. ¿De qué nos sirve saber cómo?

—Nos revela que muy posiblemente el culpable sea alguien que estuvo de visita el día anterior a la desaparición del cadáver —expliqué—. Quizá el último visitante, que estaría en posición de colocar la cinta en la puerta con la menor probabilidad de que la descubrieran durante el día.

—Estoy bastante convencida de que me habría dado cuenta si hubiera cinta adhesiva en la puerta —dijo Liza.

—¿Seguro que te habrías dado cuenta? Al desbloquearla con tarjeta, nunca tienes que girar ni agarrar nada. Para ti, lo natural es empujar la puerta y que se abra.

Liza pensó un momento.

—Es plausible —reconoció—. Pero ¿quién lo hizo?

—¿Quién fue la última persona que entró en la sala ese día?

—El sacerdote. Tuve que abrirle yo. Los demás se habían ido a casa ya, pero yo me quedé hasta tarde.

—¿Alguna partida pendiente al solitario que tenías que acabar? —pregunté.

—Cierra el pico.

Sonreí.

—¿Reconociste al sacerdote?

Ella negó con la cabeza.

—Pero estaba en la lista y traía una identificación válida.

—Falsificar un carnet no supondría demasiado trabajo —me indicó Ivy—, y menos teniendo en cuenta lo que había en juego.

—Lo más probable es que sea nuestro hombre —dije a Liza—. Vámonos. Quiero hablar con tu agente de seguridad.

Mientras Liza despegaba la cinta de la puerta, agradecí su ayuda a Ngozi, apagué la cámara y lancé el teléfono para devolvérselo a J. C.

—Buen trabajo —le dijo Ivy, sonriendo.

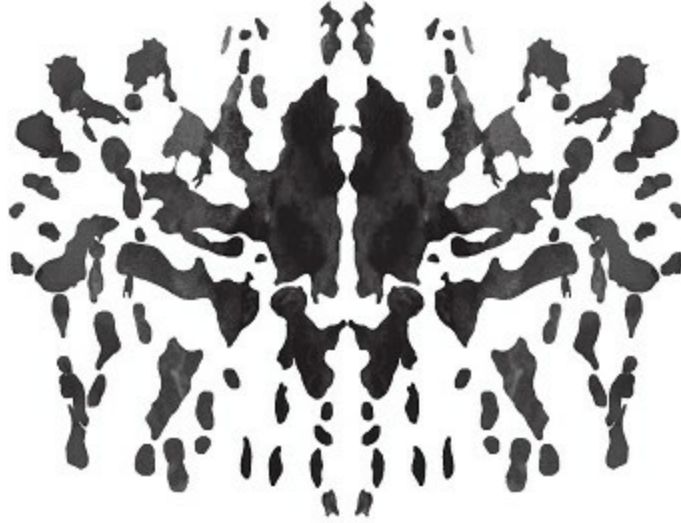
—Gracias —contestó él, al tiempo que se guardaba el móvil en un bolsillo de los pantalones de camuflaje—. Por supuesto, en realidad no es un teléfono. Es un dispositivo hiperdimensional temp...

—J. C. —lo interrumpió Ivy.

—¿Qué?

—No echas a perder el momento.

—Ah. Sí, vale.



Trece

Entré por la puerta del pasillo que daba a los servicios antes de dirigirme al puesto de seguridad. A mí no me hacía mucha falta, pero a Tobias sí.

Los servicios estaban limpios, cosa que agradecí. Los dispensadores de jabón estaban llenos, el espejo imaculado e incluso había un papel en la puerta donde figuraba la última limpieza de las instalaciones, firmada por el personal para demostrar que había hecho su trabajo. Me lavé las manos y me miré en el espejo mientras Tobias terminaba su parada en boxes.

Mi propio rostro prosaico me devolvió la mirada. Nunca soy lo que la gente espera de mí. Algunos me imaginan como una especie de científico excéntrico, y otros como una estrella de películas de acción. Lo que se encuentran luego es a un hombre más bien soso de treinta y tantos años, normal y corriente.

En cierto modo, a menudo me siento como mi Sala Blanca. Como una

pizarra vacía. Los aspectos tienen toda la personalidad. Yo me esfuerzo mucho en no destacar. Porque no estoy loco.

Me sequé las manos y esperé a que Tobias se lavara antes de volver fuera con los demás y dirigirme al puesto de seguridad. Consistía en un mostrador circular con el centro hueco, parecido a los que pueden encontrarse en los centros comerciales bajo un letrero de INFORMACIÓN. Me acerqué y el guardia de seguridad me miró de arriba abajo, como si fuese una porción de pizza y él estuviese intentando recordar cuánto tiempo llevaba guardada en la nevera. No me preguntó qué quería. Liza había llamado de antemano para pedirle que me preparara el metraje de las cámaras.

El puesto de verdad era demasiado pequeño para un hombre de ese tamaño. Cuando se inclinó hacia delante, el borde interior del mostrador se le clavó en la barriga y me dio la impresión de que era como una uva apretada desde abajo.

—Usted es el loco, ¿verdad? —me preguntó el guardia con un profundo timbre de barítono.

—Bueno, eso no encaja con la realidad —dije—. Verá, la definición habitual de demencia es...

Se inclinó más hacia delante y me compadecí del pobre mostrador.

—Va usted armado.

—Esto...

—Yo también —dijo el guardia en voz baja—. No intente nada.

—Vaaale —dijo Ivy, que estaba a mi lado—. El responsable del puesto de seguridad da miedo.

—A mí me cae bien —comentó J. C.

—Cómo no.

El guardia levantó despacio una memoria USB.

—El metraje está aquí dentro.

La cogí.

—¿Está seguro de que esa noche estaba activado el sistema de seguridad?

El hombre asintió. Su mano se cerró en un puño, como si el mero hecho de preguntarle tamaña estupidez fuese una ofensa merecedora de una buena paliza.

—Hum —dije, mirando el puño—. Según Liza, ahora lo dejan encendido también durante el día, ¿verdad?

—Voy a atrapar a ese tipo —aseguró el guardia—. Nadie se cuela en mi edificio.

—Dos veces —dije.

El guardia me miró.

—Nadie se cuela en su edificio dos veces —añadí—. Porque una vez ya lo han hecho. En realidad, podrían haber sido dos ya, porque la primera pusieron la cinta en la puerta, pero eso podría llamarse infiltrarse más que colarse.

—No se haga el listillo conmigo —dijo el hombre, señalándome con el dedo—. Y no arme jaleo o le pegaré tan fuerte que enviaré a algunas de esas personalidades tuyas al otro lado de la frontera estatal.

—Au —dijo Audrey, hojeando una revista que había encontrado en el mostrador—. Pregúntale por qué, con las tremendas dotes de observación que tiene, no se ha dado cuenta de que lleva la bragueta bajada.

Sonreí y me marché deprisa. Liza me vio salir desde el umbral de su despacho.

Ya fuera, sostuve en alto la memoria USB y empecé a recorrer el lateral del edificio. Hice una seña a Wilson, que seguía en el coche. El hermano de Panos estaba sentado con expresión hosca en el asiento del copiloto, bebiendo un vaso de limonada.

Di la vuelta al edificio, seguido por mis aspectos, para echar un buen

vistazo al exterior. Las ventanas eran pequeñas, aunque quizá no tanto como para impedir que pasara alguien por ellas. No había salidas de incendios. Me acerqué a una puerta trasera, que estaba cerrada con llave. Le di una buena sacudida de todos modos.

—Alguien se hizo pasar por sacerdote —dije a los aspectos— y se coló aquí para inspeccionar el cadáver y colocar la cinta adhesiva. Luego volvió de noche para llevarse el cuerpo. Pero ¿por qué no tomó una muestra de células y punto, cuando estuvo la primera vez en la sala con Panos?

Miré a los demás, que parecían desconcertados.

—Supongo que no sabían en qué parte del cuerpo estaban las células modificadas —dijo Tobias al cabo de un rato—. En el cuerpo hay muchas, muchísimas células. ¿Cómo iban a saber dónde encontrar la información que buscaban?

—Puede ser. —Me crucé de brazos, insatisfecho.

«Se nos escapa algo —pensé—. Una pieza muy importante de este rompecabezas. Es...»

La puerta trasera se abrió de sopetón. En el hueco estaba el guardia de seguridad, resollando, con la mano en su pistola. Me miró furioso.

—Solo quería comprobarla —dije, estudiando el interior del marco. Allí no podría funcionar el truco de la cinta, porque la puerta tenía cerrojo de seguridad—. Muy buen tiempo de reacción, por cierto.

Me clavó un dedo en el pecho.

—No me busque las cosquillas.

Cerró la puerta de golpe. Yo seguí adelante, doblé la esquina y me interné en un estrecho callejón que separaba el edificio del siguiente, buscando otras entradas. Cuando había recorrido más o menos la mitad, oí un tenue chasquido a mi espalda.

Di media vuelta, imitado por mis aspectos. Allí estaba Zen Rigby, de pie

con postura inocente junto a un enorme cubo de basura, sosteniendo una bolsa de papel con la mano metida dentro.

—SIG Sauer P239 —susurró J. C. con la vista puesta en la bolsa, que sin duda ocultaba una pistola.

—¿Puedes saber qué arma es por el sonido que hace al amartillarla? —preguntó Ivy.

—Pues claro —dijo J. C.—. Qué cosas preguntas.

Pero parecía avergonzado y me lanzó una mirada. Pensaba que debería haberse dado cuenta de que Zen estaba siguiéndonos. Pero J. C. solo podía ver y oír lo mismo que yo.

—Señor Leeds —saludó la mujer.

Al igual que la noche anterior, iba vestida con traje pantalón y blusa blanca. Tenía la piel oscura y era bajita, con el cabello moreno y liso. No llevaba joyas.

Incliné la cabeza hacia ella.

—Necesitaré que se desprenda de su arma —dijo Zen—. Prestando atención y con mucho cuidado, por favor, no vayamos a tener un desafortunado incidente.

Miré a J. C.

—Hazlo —recomendó él, aunque en tono reacio—. Probablemente no intentará matarnos aquí.

—¿Probablemente? —preguntó Audrey, palideciendo.

Con gran lentitud, saqué la pistola, me agaché y la dejé en el suelo antes de apartarla de un puntapié. Zen sonrió; aún sostenía la bolsa de forma que le resultara fácil levantarla y dispararme.

—Antes me ha llamado usted —dijo—. Una treta que no puedo sino admirar. Supongo que el propósito era determinar si estaba siguiéndolo o no, ¿verdad?

Asentí, con las manos a los lados, respirando muy rápido. Me veía demasiado a menudo en situaciones como aquella. Yo no era soldado ni policía; no mantenía la calma bajo ataque. Y no me gustaba nada que me encañonaran.

—Controla la situación, flacucho —dijo J. C. a mi lado—. La gente que acaba muerta es la que pierde el control. No dejes que los nervios decidan cómo termina esto.

—Muy bien —dijo Zen—, ahora tendrá que darme ese lápiz de memoria. Parpadeé. La memoria USB...

Zen pensaba que contenía el código para descifrar los datos de Panos. ¿Cómo debía de ver ella la situación? Yol me había contratado y yo había pasado la noche trabajando. Llegada la mañana, había ido al depósito de cadáveres a primerísima hora y había salido de allí con una memoria USB.

La asesina estaba dando por sentado que habíamos encontrado algo importante. Ivy se echó a reír, pero J. C. parecía preocupado. Lo miré.

—Como crea que tiene lo que necesita, correremos un peligro muy serio —dijo en voz baja—. Si le das el lápiz, no vayas a ningún sitio con ella.

Retrocedí para alejarme de Zen, todavía con las manos a los costados, hasta que topé contra la pared del edificio. Ella me observó. Lo más probable era que su arma llevara silenciador, aun así haría ruido. Estábamos relativamente a la vista, por lo que sin duda le preocuparía disparar.

Mi corazón latía frenético. Controla la situación. ¿Conseguiría que hablara?

—¿A quién enviaste para que se hiciese pasar por sacerdote?

Zen frunció el ceño. Luego alzó la bolsa con la pistola dentro.

—Le he pedido una cosa con mucha educación, señor Leeds.

—Y yo no pienso dártela —repliqué—, por lo menos hasta que sepa cómo

lograste dar el golpe. Es una rareza que tengo. Seguro que eres consciente de que soy propenso a ellas.

Zen titubeó. Miró a ambos lados.

«Busca a mis aspectos», pensé. La gente lo hacía de forma inconsciente cuando yo andaba cerca.

—Bien —dijo Ivy—. Jugar la carta de la locura suele descolocar a la gente.

«Piensa, piensa, piensa.» Eché la cabeza hacia atrás.

Golpeé la ventana que tenía detrás. Paré un momento y luego empecé a dar repetidos cabezazos hacia atrás, haciendo temblar el cristal.

Al instante, Zen estaba a mi lado, agarrándome con brusquedad por el hombro y apartándome del edificio. Miró por la ventana, al parecer no vio a nadie dentro, y me tiró al suelo.

—No soy una mujer muy paciente, señor Leeds —dijo sin levantar la voz.

Estuve tentado de entregarle la memoria USB en ese mismo instante. Pero me contuve, reprimiendo la inquietud y el miedo.

«Entretenla. Solo un poquito más.»

—Comprendes que todo esto no tiene sentido, ¿verdad? —mentí—. Panos ya hizo pública toda la información. En internet. Gratis, para todo el mundo.

Zen dio un bufido.

—Sabemos que I3 refrenó sus intentos de hacerlo.

¿Hubo intentos? Y... ¿los refrenaron?

Me apretó la pistola contra la tripa. Detrás de ella, la ventana se abrió de golpe.

—¡Leeds! —gritó el guardia seguridad—. ¡Está como una regadera! ¿Es que quiere morir? Porque pienso estrangularlo hasta... ¡Eh! ¿Qué pasa ahí?

Zen me miró a los ojos, se apartó de mí y corrió hasta desaparecer doblando la esquina. Bajé la espalda al suelo mientras el guardia de seguridad maldecía, asomándose hasta donde podía por la ventana.

—¿Eso que llevaba era una pistola? ¡Maldita sea, Leeds! ¿Qué está haciendo?

—Sobrevivir —dije, cansado, mirando a mis aspectos—. ¿Nos vamos?

—Ya mismo —dijo J. C.

Dejamos atrás al guardia gritando y corrimos hacia mi coche. Recogí mi pistola al pasar junto a ella y, cuando salimos a terreno abierto, no vi ni rastro de Zen. Me metí en la parte trasera del vehículo y pedí a Wilson que arrancara.

No me sentí mucho más a salvo cuando salimos a la carretera.

—No puede creer que haya intentado algo así —dijo Ivy—. Casi a la vista de cualquiera, sin muchas pruebas de que tuviésemos siquiera lo que iba buscando.

—Seguro que le han dicho que nos capture —explicó J. C.—. Es una profesional. No habría hecho una jugada tan temeraria sin alguna presión externa. Habrá informado a sus superiores de que quizá tengamos algo y le habrán dicho que nos lo quite.

Asentí, respirando hondo una y otra vez, con desespero.

—Tobias —dijo Ivy, tomando el control en mi lugar—, ¿qué sabemos sobre Exeltec?

—El informe de Yol contenía algunos datos básicos —respondió Tobias—. Es una empresa de biotecnología, más o menos como I3, pero mucho más... enérgica, podríamos decir. Se fundó hace cinco años y no tardaron en poner a la venta su producto estrella, un medicamento que ayudaba a regular los síntomas de la enfermedad de Parkinson.

»Por desgracia para ellos, al año siguiente una empresa rival produjo una alternativa mucho mejor. El medicamento de Exeltec se fue a pique. La empresa es propiedad de diez inversores, y su mayor accionista, por el que Stephen se ha hecho pasar al teléfono, es quien actúa como director ejecutivo

y presidente de la junta. Todos ellos pueden perder mucho dinero en esta empresa. Ninguno de sus últimos tres productos ha despegado, y están siendo investigados por reducir costes de fabricación en el extranjero. De modo que, en pocas palabras, están desesperados.

Asentí, tranquilizado por la voz de Tobias. Conecté la memoria a mi portátil, reproduje el metraje a diez veces la velocidad normal y dejé el ordenador en el suelo para poder mirarlo de reojo. Tobias, que acostumbraba ser el más observador de mis aspectos, se agachó para fijarse bien.

En los asientos delanteros, Wilson y Dion se pusieron a charlar sobre la vida del joven. Sentí que por fin se iban desvaneciendo los temblores tras estar retenido a punta de pistola y evalué la situación. Wilson salió a la autovía. No tenía ningún destino concreto, pero me conocía lo suficiente para darse cuenta de que necesitaba un tiempo de recuperación antes de indicarle ninguna dirección específica.

Dion me miró por el retrovisor. Me pilló devolviéndole la mirada y se sonrojó antes de hundirse en su asiento y seguir respondiendo las preguntas de Wilson sobre sus estudios. Dion acababa de terminar el instituto y estaba preparándose para empezar la universidad en otoño. Contestaba sin reparos a las preguntas de Wilson; costaba resistirse a la afabilidad del mayordomo. Wilson era capaz de tratar conmigo, a fin de cuentas. En comparación, la gente normal era fácil.

—Pues sí que debió de ser emocionante —dijo Wilson al joven después de que este le hablara de una carrera en la que había competido hacía poco—. Y ahora, si me disculpa la interrupción, debería preguntar al señor Leeds dónde quiere que vayamos.

—¿No lo sabía ya? —preguntó Dion, con el rostro confundido—. ¿Hacia dónde estábamos yendo?

—Hacia ningún sitio —expliqué—. Necesitaba tiempo para pensar. Dion,

tu hermano vivía contigo y con tu madre, ¿verdad?

—Sí. Ya sabe cómo son las familias griegas.

Fruncí el ceño.

—La verdad es que no.

—Estamos muy unidos —dijo Dion, encogiéndose de hombros—. Mudarte por tu cuenta... bueno, esas cosas no se hacen y ya está. Qué demonios, supongo que Panos se habría quedado cerca incluso después de casarse. No hay forma de resistirse al tirón de una familia griega.

La clave para descifrar el cadáver de Panos bien podría hallarse en el domicilio familiar. Como mínimo, presentarnos allí indicaría a Zen que seguíamos buscando algo, lo cual podría hacer que pospusiera un nuevo enfrentamiento.

—Vayamos a su casa, Wilson —dije—. Quiero hablar con la familia.

—¡Yo soy familia! —protestó Dion.

—Con el resto de la familia —maticé mientras sacaba el teléfono y marcaba—. Espera un momento.

El teléfono sonó unas cuantas veces antes de que descolgaran.

—Qué pasa, perraco —dijo Yol.

—No creo que esa expresión siga siendo guay, Yol.

—Pienso volver a ponerla de moda, perraco.

—No creo que... Bueno, da lo mismo. Estoy bastante seguro de que los malos son Exeltec.

—Hum. Qué mala suerte. Tenía esperanzas de que fuera una de las otras dos. Déjame que salga para poder hablar.

—No estaba seguro ni de que fuesen a dejarte contestar, con eso del cierre de seguridad.

—Es un incordio —dijo él, y oí que se cerraba una puerta—. Pero he conseguido un poquito de libertad, dado que sobre el papel no estoy detenido,

sino solo en cuarentena. Los federales me han dejado montar una oficina móvil aquí, pero no puede entrar ni salir nadie hasta que los convenzamos de que esto no es contagioso.

—Por lo menos, puedes hablar.

—Hasta cierto punto. Esto es un asco, perraco. ¿Cómo voy a dar ruedas de prensa para el disco nuevo?

—El encierro ayudará a darte fama de misterioso —dije—. ¿Puedes contarme algo más sobre Exeltec?

—Está todo en los documentos que te envié —respondió—. Son... bueno, son mal asunto. Ya tenía la corazonada de que serían ellos, ya. Los pillamos varias veces intentando colarnos espías como ingenieros que buscaban empleo.

—Yol, tienen a una asesina trabajando para ellos.

—¿La que mencionaste?

—Sí. Me ha asaltado en un callejón. Me tenía encañonado.

—Maldición.

—No pienso quedarme sentado y dejar que vuelva a ocurrir algo así —le aseguré—. Voy a enviarte por e-mail una lista de instrucciones.

—¿Instrucciones? —preguntó Yol—. ¿Para qué?

—Para evitar que me maten —dije, cogiendo mi portátil del regazo de Tobias—. Yol, tengo que preguntártelo. ¿Qué es lo que no me estás contando sobre este caso?

Silencio al otro lado de la línea.

—Yol...

—No lo matamos nosotros —dijo Yol—. Eso te lo prometo.

—Pero sí que lo teníais vigilado —repliqué—. Monitorizabais su ordenador. Si no, es imposible que tuvieras un registro de todo lo que había estado haciendo estos últimos meses, listo para imprimir cuando llegué yo.

—Pues sí —reconoció Yol.

—Y Panos intentaba difundir vuestra información —continuó—. Publicar en línea hasta el último detalle del proyecto.

En el asiento del copiloto, Dion se había girado y me estaba observando.

—Había ingenieros a los que no les gustó que entrara yo en la empresa —dijo Yol—. Lo veían como venderse. Panos... Bueno, ese tío no pensaba en las consecuencias. Habría publicado nuestras investigaciones a la vista de todo el mundo, para que cualquier terrorista pudiera aprovecharlas. De verdad que no entiendo a esa gente, con su Wikileaks y su código abierto.

—Estás haciendo muy difícil que crea que no lo eliminaste tú —dije.

Dion palideció.

—Yo no hago esa clase de cosas —espetó Yol—. ¿Sabes lo mucho que puede costar a una empresa que la investiguen por asesinato?

De verdad deseaba poder confiar en él. Y, en cierta medida, hasta necesitaba hacerlo. En caso contrario, era muy posible que yo también terminara la misión como cadáver.

—Tú sigue las instrucciones de mi e-mail —dije, y colgué.

Sin hacer caso a Dion, empecé a redactar un e-mail mientras el vídeo de la cámara de seguridad continuaba reproduciéndose al otro lado de la pantalla del portátil. Audrey se puso en pie detrás de mi asiento y miró por encima de mi hombro cómo tecleaba.

—No deberías quitarte el cinturón —le advirtió Ivy.

—Si nos estrellamos, estoy segura de que Steve me imaginará unas cicatrices deliciosamente horrendas —respondió Audrey, y señaló lo que estaba tecleando—. ¿Rumores que difundir? ¿Sobre Exeltec? Eso los volverá incluso más desesperados.

—Cuento con ello —dije.

—¡Y eso pintará una diana aún más grande en nuestras frentes! —exclamó

Audrey—. ¿Se puede saber qué estás planeando?

En vez de contestar, terminé las instrucciones y envié el e-mail a Yol.

—Dion —dije, todavía con medio ojo puesto en el vídeo del portátil—, ¿tu familia es religiosa?

—Mi madre sí —respondió él desde el asiento delantero—. Yo soy ateo. —Lo dijo con tozudez, como si fuese una actitud que hubiera tenido que defender en el pasado.

—¿Y Panos?

—Ateo —dijo Dion—. Mi madre se negaba a aceptarlo, claro.

—¿Quién es el sacerdote de la familia?

—El padre Frangos —contestó—. ¿Por?

—Porque creo que alguien se hizo pasar por él anoche para visitar los restos de tu hermano. O eso o el padre Frangos está implicado en el robo del cadáver.

Dion resopló.

—Tiene como unos noventa años. Es tan beato que, cuando mi madre le dijo que estaba volviéndome igual que mi hermano, hizo ayuno treinta y seis horas para rezar por mí. ¡Treinta y seis horas! Creo que la idea de incumplir a propósito algún mandamiento lo mataría en el acto.

El chico parecía haber superado el miedo que me tenía. Bien.

—Pregúntale qué opinaba de su hermano —sugirió Ivy desde el asiento trasero.

—Parece que le caía bien —dijo J. C. con un gruñido.

—¿De verdad? —le dijo Ivy—. ¿Y eso lo has deducido tú solito? Steve, querría oír una opinión sobre Panos que no proceda de ningún canal de Yol. Haz hablar al chico, por favor.

—Tu hermano —dije a Dion—. No parece que te guste nada la empresa para la que trabajaba.

—Al principio estaba bien —respondió Dion—. Antes de que se pusiera en plan corporativo. Ahí fue cuando empezaron las mentiras, la extorsión. El dinero se volvió lo más importante.

—Al contrario que en otros trabajos —comentó Audrey—, donde el dinero es siempre lo de menos.

—Tu hermano siguió trabajando allí —dije a Dion, sin hacer caso a Audrey—, así que tampoco debieron de molestarle demasiado los cambios en I3. Supongo que querría su tajada de todo ese dinero.

Dion se retorció en su asiento y me clavó una mirada que podría haber freído un huevo.

—A Panos le daba igual el dinero. Solo se quedó allí por sus recursos.

—Es decir, que necesitaba el equipo de I3 —repuse—. Y, por extensión, su dinero.

—Sí, bueno, pero no era por la pasta. Mi hermano iba a hacer cosas grandes. Curar enfermedades. Hacía cosas de las que los demás, esos traidores, no sabían nada. Él...

Dion se interrumpió de repente, se volvió de nuevo hacia delante en el asiento y se negó a responder a más indagaciones.

Miré a Ivy.

—Es un caso grave de adoración del héroe —dijo ella—. Sospecho que, si insistieras, averiguarías que Dion pensaba estudiar biología y seguir los pasos de su hermano. La filosofía, las costumbres... Podemos descubrir mucho sobre Panos observando al hermano.

—Total —dijo J. C.—, que resulta que Panos era un insufrible y un mierdec...

—En todo caso —interrumpió Ivy—, si es cierto que Panos trabajaba en proyectos de los que no estaban enterados ni Garvas y los demás, ese podría ser el verdadero secreto que Yol intenta recuperar.

Asentí.

—Stephen —dijo Tobias, señalando la pantalla del portátil—, esto te interesa verlo.

Me agaché y rebobiné el vídeo. Tobias, Audrey y J. C. se amontonaron a mi alrededor, haciendo caso omiso a las protestas de Ivy sobre quitarnos los cinturones de seguridad. En la pequeña pantalla, que había pasado a reproducir a velocidad normal, vi que alguien salía de los servicios en el complejo médico.

Era la señora de la limpieza. Tirando de un enorme contenedor de basura sobre ruedas, se acercó a la puerta de la oficina forense, abrió la puerta y entró.

—¿Es que a nadie de este mundo le importa ya la seguridad? —preguntó J. C., con un gesto hacia la pantalla—. ¡Mira al vigilante! ¡Es que ni la mira!

Congelé la imagen. La posición de la cámara nos impedía ver bien a la mujer, ni siquiera después de rebobinar y volver a pausar el vídeo.

—Es un poco bajita —comentó Tobias—. Mujer, morena. No distingo nada más. ¿Y vosotros?

J. C. y Audrey negaron con la cabeza. Paré la imagen cuando enfocó al guardia de seguridad. No era el mismo hombre al que habíamos conocido, sino otro más pequeño, sentado en su puesto leyendo una novela de bolsillo. Rebobiné para intentar descubrir por dónde había entrado la mujer en el edificio, pero debía de haber sido por atrás. Sí que vi que el guardia de seguridad pulsaba un botón, tal vez para abrir la puerta trasera a alguien que había llamado al timbre.

Pasé el vídeo hacia delante y observamos cómo la mujer de la limpieza salía de la oficina forense y entraba en todas las salas del pasillo. Fuera quien fuese, sabía que debía mantener la rutina habitual. Limpió los otros

despachos con rapidez y luego desapareció pasillo abajo, tirando de su enorme cubo de basura.

—Ahí dentro podría caber un cuerpo sin problemas —dijo J. C.—. ¿El guardia no nos ha dicho que en esas salas no entra nadie?

—El personal de limpieza suele considerarse «nadie» —observó Tobias—. Y la puerta del depósito en sí estaría cerrada con llave. Liza decía que ni siquiera el guardia de seguridad podría entrar, así que cabe suponer que el personal de limpieza no entra en esa sala, por lo menos sin supervisión.

—¿En esa memoria hay metraje de otras noches? —preguntó Audrey.

—Buena idea —dije.

Busqué y encontré vídeos de las dos noches anteriores. Los miramos y averiguamos que, más o menos a la misma hora cada noche, alguien del equipo de limpieza entraba y emprendía actividades similares. Pero los cubos de basura que llevaba eran más pequeños, y saltaba a la vista que era una persona distinta. Mujer, sí, y de complexión parecida, pero con el pelo más claro.

—Entonces —dijo Audrey—, primero reemplazaron al sacerdote y luego a la mujer de la limpieza.

—Eso debería haber sido imposible —dijo J. C.—. Los protocolos deberían haberlo impedido.

—¿De qué protocolos hablas? —preguntó Audrey—. Esto no es una instalación de máxima seguridad, J. C. Si pasan años y años sin que haya ningún incidente, lo más normal del mundo es que se relajen. Además, quienes hicieron esto eran personas capaces. Falsificaron identificaciones y sabían a qué horas entraba y salía el personal de limpieza. El uniforme es idéntico, y la mujer hasta limpió todas las oficinas para que nadie sospechara nada.

Volví a reproducir el metraje de la ladrona, preguntándome si sería la

propia Zen. El físico coincidía. ¿Qué era lo que me había dicho Audrey? La gente suele ser mucho menos segura que las tácticas de cifrado —o en este caso, los mecanismos de seguridad— que emplea. No habría pasado nada de aquello con solo que el guardia de seguridad se hubiera dignado mirar a la mujer de la limpieza. Pero no fue así, ¿y por qué iba a hacerlo? En realidad, ¿qué había en aquellas oficinas que mereciera la pena robar?

Solo un cadáver que transportaba un arma de destrucción masiva.

Contuve un bostezo mientras el coche entraba en una zona residencial. Maldición. Había esperado tener ocasión de echar una siestecita durante el camino. Hasta treinta minutos me habrían hecho algún bien. Pero ya era imposible. Me resigné a contestar al e-mail con el que me había respondido Yol, diciéndole que sí, quería poner más frenéticos a los de Exeltec, y sí, sabía lo que estaba haciendo. El siguiente conjunto de instrucciones que le envié pareció aplacarlo.

Aparcamos delante de una pintoresca casa blanca de urbanización, de estilo campestre, con un jardín bien podado y enredaderas creciendo por las paredes. Un meticuloso aire de cuidado ayudaba a soslayar el hecho de que aquella casa, con su enlucido, sus ventanas pequeñas y su ausencia de garaje cerrado, había visto sus mejores momentos varias décadas atrás.

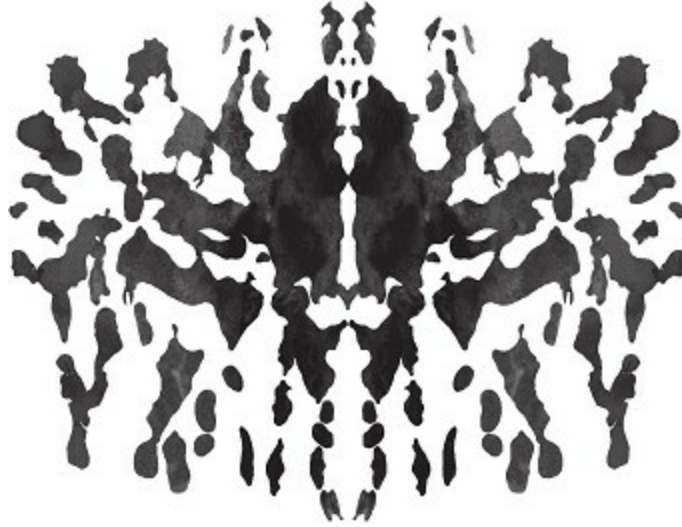
—No va a hacer daño a mi familia, ¿verdad? —me preguntó Dion desde el asiento delantero.

—No —contesté—, pero puede que a ti te avergüence un poco.

Dion soltó un gruñido.

—Ven a presentarme —dije, abriendo la puerta—. Estamos en el mismo bando. Te prometo que, cuando recupere el cuerpo de tu hermano, no permitiré que I3 haga nada perverso con él. De hecho, si quieres, dejaré que veas la incineración sin que I3 haya tenido ocasión de ponerle la mano encima al cuerpo.

Dion suspiró, pero salió también del coche y me acompañó hacia la casa.



Catorce

—Mantén la guardia alta —dije a J. C. mientras nos acercábamos a la casa —. No he olvidado que Zen anda por ahí fuera.

—A lo mejor nos interesaría pedir refuerzos —propuso él.

—¿Más Guardianes Rescatadores? —preguntó Ivy.

—Guardianes del Tiempo —la corrigió J. C. en tono brusco—. Y no, aquí no tenemos sustancia temporal. Estaba hablando de guardaespaldas reales. Si el flacucho contratara a unos cuantos, me sentiría mucho más seguro.

Negué con la cabeza.

—Es una lástima, pero no hay tiempo.

—Quizá deberías haberle contado la verdad a Zen —intervino Tobias, que llegaba correteando—. ¿Ha sido inteligente dejarle creer que tenemos la información que quiere?

Detrás de nosotros, Wilson se llevó el todocamino. Le había dado instrucciones de seguir conduciendo hasta que lo llamara para recogernos. No

quería que Zen decidiera someter a mi mayordomo a un pequeño interrogatorio. Por desgracia, si la asesina se lo proponía en serio, marcharse al volante no bastaría para protegerlo. Quizá sí que debería haber revelado a Zen que no teníamos la información. Sin embargo, mi instinto me decía que, cuanto menos supiera ella de lo que había descubierto, mejor para mí. Solo tenía que urdir un plan para ocuparme de ella.

Dion nos llevó hasta la casa, me miró girando la cabeza hacia atrás, suspiró y abrió la puerta. Yo la cogí, la sostuve para mis aspectos y entré en último lugar.

La casa olía a viejo. A muebles abrillantados una y otra vez, a flores secas rancias y a madera quemada en un antiguo hogar. El cuidadoso desorden ofrecía una nueva rareza en cada pared y cada superficie: una hilera de fotos en marcos de tienda de regalos a lo largo de un pasillo, una colección de gatos de cerámica en una vitrina cerca de la puerta, una sucesión de coloridas velas de aspecto religioso en la repisa de la chimenea. La casa no parecía vivida, sino más bien decorada. Era un museo a la vida de una familia, y esa familia había vivido mucho.

Dion colgó el abrigo al lado de la puerta. Era el único del perchero; los demás estaban guardados con sumo orden en un armario abierto. Cruzó el recibidor llamando a su madre.

Me quedé atrás y pasé a la sala de estar, que tenía una alfombrilla encima de la moqueta y un sillón con los brazos desgastados. Mis aspectos se desplegaron. Me acerqué a la chimenea y contemplé una hermosa cruz de cristal colgada en la pared.

—¿Católica? —pregunté, fijándome en la reverencia con que la miraba Ivy.

—Casi —dijo ella—. Ortodoxa. Tiene una representación del emperador Constantino.

—Es muy religiosa —comenté, fijándome en las velas, los cuadros, la cruz.

—O le gusta mucho la decoración —dijo ella—. ¿Qué estamos buscando?

—El código de descifrado —respondí, volviéndome—. ¿Audrey? ¿Sabes qué aspecto podría tener?

—Es digital —dijo ella—. Si es un cuaderno de uso único, la clave será tan larga como los datos almacenados. Por eso Zen iba tras la memoria USB.

Miré por toda la sala. Con tantos objetos presentes, un dedo de memoria podría estar escondido prácticamente en cualquier parte. Tobias, Audrey y J. C. empezaron a buscar. Ivy se quedó a mi lado.

—¿Una aguja en un pajar? —le pregunté en voz baja.

—Es muy probable —dijo ella, que se cruzó de brazos y empezó a darse golpecitos con un dedo en el otro antebrazo—. Vamos a mirar los retratos familiares. A lo mejor podemos deducir algo a partir de ellos.

Asentí y me dirigí al pasillo que llevaba a la cocina, donde había visto las fotografías familiares. Había cuatro, una al lado de la otra, y eran retratos formales de cada miembro de la familia. La foto del padre era antigua, de los años setenta. Había muerto cuando sus hijos aún eran niños. Debajo de los retratos de la madre y de Dion colgaba lo que parecían ser imágenes de santos.

Pero debajo de Panos no había santo.

—¿Es para simbolizar que había renunciado a su fe? —pregunté, señalando el hueco vacío.

—No es nada tan dramático —dijo Ivy—. Cuando muere un miembro de la Iglesia ortodoxa, se le entierra con una imagen de Cristo o de su santo patrono. Habrán retirado la imagen para los preparativos del funeral.

Avancé un poco más, buscando fotografías en las que la familia interactuara. Me detuve junto a una en la que salía un sonriente Panos,

bastante reciente. Sostenía en alto un pez mientras su madre, con gafas de sol, lo abrazaba por un lado.

—Todo indica que era una persona abierta y amistosa —dijo Ivy—. Un idealista que se juntó con amigos de la universidad para fundar su propia empresa. Hace unos meses escribió en un foro: «Si esto funciona, cualquier persona de cualquier país podría tener acceso a un ordenador potente. Su propio cuerpo proporcionará la energía, el almacenamiento e incluso la capacidad de procesamiento». Otros miembros del foro le advirtieron sobre los peligros del *wetware*, pero Panos discutía con ellos. Veía todo esto como una especie de revolución de la información, un paso adelante para la humanidad.

—¿Hay algo en esos mensajes que no encaje?

—Eso pregúntaselo a Audrey —dijo Ivy—. Yo estoy centrada en Panos, la persona. ¿Quién era? ¿Cómo se comportaría?

—Estaba trabajando en algo —afirmé—. En curar enfermedades, ¿no era lo que decía Dion? Seguro que se enfadó mucho cuando los demás lo apartaron de su investigación sobre virus por el susto del cáncer.

—Yol sabe que Panos avanzó más en su investigación de lo que había revelado. Lo veo clarísimo. Yol espiaba a Panos y está muy muy preocupado por todo esto. Eso implica que lo aterroriza un peligro incluso más catastrófico que ese pequeño susto del cáncer. Por eso Yol te contrató, y por eso está tan interesado en que destruyas el cuerpo.

Asentí despacio.

—¿Y qué hay de Panos? ¿Qué puedes averiguar sobre él y la clave?

—Si es que la utilizaba siquiera —dijo Ivy—. Sospecho que es más fácil que se la diera a alguien de su familia.

—Estoy de acuerdo —dije mientras Dion por fin salía por la puerta trasera y llamaba a su madre en el patio.

Tuve un momento de preocupación. ¿Zen habría estado allí antes que nosotros? Pero no. Al entrar en la cocina, entreví a la madre fuera, podando un árbol. Dion anduvo hacia ella.

Decidí retrasarme un poco más y fui en dirección a Audrey y a J. C.

—Entonces —estaba diciendo Audrey— ¿en el futuro tenemos coches voladores?

—No procedo de tu futuro —respondió J. C.—. Soy de una dimensión paralela, y tú eres de otra.

—¿Y en la tuya hay coches voladores?

—Es información reservada —dijo J. C.—. Lo único que puedo decirte es que mi dimensión es muy parecida a esta, solo que en ella existo yo.

—En otras palabras, esa es mucho, muchísimo peor.

—Debería dispararte, mujer.

—Prueba.

Me situé entre ellos, pero J. C. soltó un gruñido.

—No me tientes —dijo a Audrey con voz gutural.

—No, en serio —insistió Audrey—. Dispárame. Adelante. Y entonces, cuando no pase nada porque los dos somos imaginarios, tendrás que reconocer la verdad: que estás loco, incluso para ser una fantasía de la psique de un hombre trastornado. Que ese hombre te imaginó como depósito de información. Que en realidad, tú mismo eres un lápiz de memoria, J. C.

Él la miró con ira y luego se marchó con la cabeza gacha.

—Y además, eres... —gritó Audrey a su espalda.

La cogí del brazo.

—Ya basta.

—Alguien tiene que pararle los pies de vez en cuando, Steve —dijo ella—. No podemos permitir que a según qué partes de tu cerebro se les suban demasiado los humos, ¿verdad?

—¿Y qué hay de ti?

—Yo soy diferente —dijo ella.

—Ah, ¿sí? ¿Y te parecería bien si dejara de imaginarte?

—No sabes cómo hacerlo —repuso ella, incómoda.

—Estoy bastante convencido de que, si J. C. te disparase, mi mente reaccionaría en consecuencia. Morirías, Audrey. Así que ten cuidado con lo que pides.

Ella apartó la vista y luego cambió el peso de un pie al otro.

—Bueno, y... esto... ¿Qué querías?

—Eres lo más parecido que tengo ahora mismo a una analista de datos —dije—. La información que nos proporcionó Yol. Piensa en los e-mails, los mensajes en foros y la información personal del ordenador de Panos. Necesito saber lo que no está diciendo.

—¿Lo que no está diciendo?

—Lo que está escondido, Audrey. Inconsistencias. Pistas. Tengo que saber en qué trabajaba realmente, sus proyectos secretos. Es bastante probable que lo insinuara en alguna parte de internet.

—Muy bien, pensaré en ello.

Audrey había pasado de ser experta en un campo muy especializado, el grafoanálisis, a algo más general. Con un poco de suerte, sería el principio de una tendencia. Se me estaba acabando el espacio para mis aspectos. Cada vez me resultaba más difícil contenerlos, gestionarlos, imaginarlos a todos a la vez. Sospechaba que por eso había insistido Audrey en apuntarse a la misión, porque en el fondo una parte de mí sabía que necesitaba que mis aspectos empezaran a ampliar sus destrezas.

Audrey me miró, enfocando los ojos.

—En realidad, ahora que lo pienso, es posible que ya tenga algo para ti. Virus.

—¿Qué pasa con ellos?

—Panos pasaba muchísimo tiempo en foros de inmunología, hablando sobre enfermedades y metiéndose en conversaciones muy técnicas con personas que estudian las bacterias y los virus. Nada de lo que dijo es muy revelador, pero si se mira en conjunto...

—Se dedicaba a la modificación genética microbiana —argumenté—. Tiene sentido que interviniera en esos foros.

—Pero Garvas nos dijo que habían abandonado los virus como método de escritura de datos —dijo Audrey—. En todo caso, las aportaciones de Panos en esos foros se incrementaron, no disminuyeron, después de que I3 cancelara esa parte del proyecto. —Me sonrió de oreja a oreja—. ¡Lo he deducido!

—Perfecto.

—Bueno, en realidad, supongo que lo has deducido tú. —Se cruzó de brazos—. Ser una persona imaginaria complica mucho tener una sensación real de éxito.

—Pues imagina tu sensación de éxito —sugerí—. Eres imaginaria, así que el éxito imaginario debería funcionarte bien.

—Pero si soy imaginaria e imagino algo, es doblemente irreal. Es como usar una fotocopidora para copiar algo que acaba de copiarse.

—En realidad —terció Tobias, que llegó con paso tranquilo—, la sensación imaginaria de éxito tendría que imaginarla el imaginador primario, por lo que no sería la iteración que sugieres.

—No funciona así —dijo Audrey—. Créeme. Soy la experta en ser imaginaria.

—Pero... si todos somos aspectos...

—Sí, pero yo soy más imaginaria que vosotros —dijo ella—. O... bueno, o

menos, dado que lo sé todo al respecto. —Sonrió triunfante a Tobias mientras él se rascaba la barbilla intentando comprenderla.

—Estás loca —musité mirando a Audrey.

—¿Eh?

Acababa de caer en la cuenta. Audrey no estaba en sus cabales.

Ninguno de mis aspectos lo estaba. Apenas me fijaba ya en la esquizofrenia de Tobias, y no digamos en la tripofobia de Ivy. Pero la locura estaba allí, acechando. Todos mis aspectos tenían alguna afección de ese tipo, ya fuese el miedo a los gérmenes, la tecnofobia o la megalomanía. No me había dado cuenta de cuál sufría Audrey hasta ese mismo instante.

—Crees que eres imaginaria —le dije.

—Pues claro.

—Pero no es porque seas imaginaria de verdad. Es porque sufres una psicosis que te hace pensar que eres imaginaria. Lo pensarías incluso si fueses real.

Era difícil de percibir. Muchos aspectos aceptaban su condición, pero pocos la afrontaban. Incluso Ivy lo hacía con dificultades. Audrey, sin embargo, alardeaba de ello, se deleitaba con ello. Y era porque, en su mente, era una persona real que estaba loca y, en consecuencia, creía que no era real. Yo había dado por sentado que Audrey era consciente de sí misma, pero no era eso en absoluto. Estaba tan loca como los demás. Lo único que ocurría era que su demencia se alineaba con la realidad.

Me miró, se encogió de hombros e intentó desviar la conversación preguntando a Tobias por el tiempo. Él, cómo no, hizo referencia a su propia alucinación, que vivía en un satélite muy por encima de nosotros. Meneé la cabeza de un lado a otro y me volví.

Y encontré a Dion de pie en el umbral, con una evidente expresión de incomodidad en el rostro. ¿Cuánto había visto? Me miró como se mira a un

perro desconocido que acaba de tener un frenético ataque de ladridos pero ya parece calmado. A lo largo de toda la conversación, yo había sido un demente, andando sin parar y hablando solo.

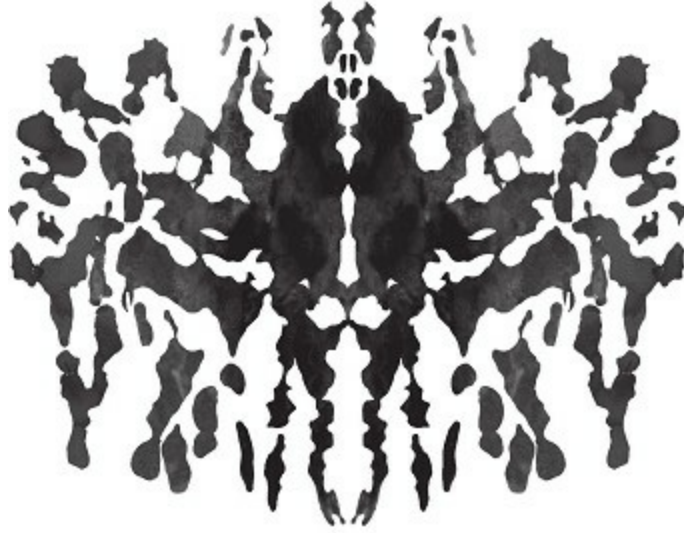
«No. No soy un demente. Lo tengo bajo control.»

Quizá esa fuese mi única locura real: creer que podía manejar todo aquello.

—¿Has encontrado a tu madre? —le pregunté.

—En el patio de atrás —dijo Dion, señalando con el pulgar por encima del hombro.

—Pues vamos a hablar con ella —dije mientras pasaba a su lado.



Quince

Encontré a Ivy y a J. C. fuera, sentados en los peldaños. Ella le estaba haciendo un masaje en la espalda y él tenía las manos colgando por delante, con la pistola en una de ellas, y miraba a un escarabajo que pasaba por el suelo. Ivy me lanzó una mirada y negó con la cabeza. No era buen momento para hablar con J. C.

Crucé el césped bien cuidado, seguido de Audrey y Tobias. La señora Maheras había terminado de podar y estaba cuidando sus tomateras, quitándoles bichos y desbrozando.

No alzó la vista al oír que me aproximaba.

—Stephen Leeds —saludó, con un marcado acento griego—. Dicen que es usted famoso.

—Solo entre quienes disfrutan con los cotilleos —respondí, al tiempo que me agachaba—. Esos tomates tienen buena pinta. Están creciendo bien.

—Los sembré dentro y luego los trasplanté —dijo ella, levantando un fruto

verde y gordo—. Las tomateras salen mejor después de que pasen las últimas heladas, pero no puedo evitar que me guste empezar pronto con ellas.

Esperé a que Ivy me apuntara algo que decir, pero no se había movido de los peldaños. «Idiota», me reproché.

—Entonces... ¿Le gusta mucho la jardinería?

La señora Maheras por fin me miró a los ojos.

—Me gusta la gente que toma sus decisiones y actúa en consecuencia, señor Leeds, no la que intenta darme charla insustancial sobre temas en los que es evidente que no tiene ningún interés.

—Varias partes de mí están muy interesadas en la jardinería —dije—. Lo que pasa es que no las he traído.

Ella me observó, esperando.

Suspiré.

—Señora Maheras, ¿qué sabe de las investigaciones de su hijo?

—Casi nada —dijo ella—. Era un asunto horrible.

Fruncí el ceño.

—Cree que fue eso lo que lo apartó de la iglesia —intervino Dion desde detrás de mí, dando una patada a un terrón—. Tanta ciencia y tantas preguntas. Dios no quiera que alguien se dedique a pensar un poco.

—Dion —repuso ella—, no digas bobadas.

Él se cruzó de brazos y sostuvo la mirada a su madre, desafiante.

—Trabaja usted para los mismos que tenían empleado a mi hijo —me dijo la señora Maheras.

—Solo quiero encontrar su cuerpo —repuse—, antes de que ocurra nada peligroso. ¿Qué puede decirme de su sacerdote?

—¿El padre Frangos? —preguntó ella—. ¿Por qué podría interesarle?

—Fue la última persona que vio el cuerpo —respondí—. Visitó el depósito la noche antes de que desapareciera el cadáver de su hijo.

—No diga tonterías —contestó la señora Maheras—. No pudo hacer nada parecido porque estaba aquí. Le pedí que bendijera nuestra casa y vino a verme.

A un lado, Tobias y Audrey se miraron. Teníamos una testigo que afirmaba que el padre Frangos no había ido a ver el cadáver. La prueba de que había un impostor involucrado. Pero ¿de qué nos servía ese conocimiento?

—¿Panos le dio alguna cosa antes de fallecer? —pregunté a la señora Maheras.

—No.

—Pudo ser algo insignificante —dije—. ¿Está segura? ¿No se le ocurre nada?

Ella se volvió hacia sus plantas.

—No.

—¿Pasó tiempo con alguien en concreto durante los últimos meses?

—Solo con la gente de ese laboratorio tan horrendo.

Me arrodillé a su lado.

—Señora Maheras —dije con suavidad—, hay vidas en juego por la investigación de su hijo. Muchas vidas. Si está ocultando algo, podría provocar un desastre nacional. No es necesario que me lo dé a mí. La policía o, mejor, el FBI pueden solucionarlo. Pero, por favor, no juegue con esto.

Me miró con un mohín en los labios. Entonces su expresión se endureció.

—No tengo nada para usted.

Suspiré y me levanté.

—Gracias.

Volví en dirección a los escalones, donde J. C. se había animado un poco gracias a los cuidados de Ivy.

—¿Qué? —me preguntó.

—Evasivas —dije—. Si Panos le dio la clave, no quiere que yo lo sepa.

—Venir aquí ha sido un error —dijo J. C.—. Nos ha distraído de lo que tenemos que hacer.

Miré a la madre, que seguía observándome con una espátula en la mano.

—Reconócelo, flacucho —prosiguió J. C.—. Si no hacemos algo pronto, el mundo va a pillar cáncer. —Vaciló—. Gader, suena ridículo, dicho así.

—¿«Gader»? —pregunté.

—Es una palabrota del futuro.

—¿Y por qué suena tan parecida a...?

—Los tacos del futuro siempre suenan igual que los nuestros. —J. C. puso los ojos en blanco—. Pero no son lo mismo, así que pueden decirse cuando hay puritanas cerca.

Señaló con el pulgar a Ivy, que seguía sentada detrás de él.

—Un momento —dijo Ivy—. Creía que eras de otra dimensión, no del futuro.

—Bobadas. Siempre he sido del futuro.

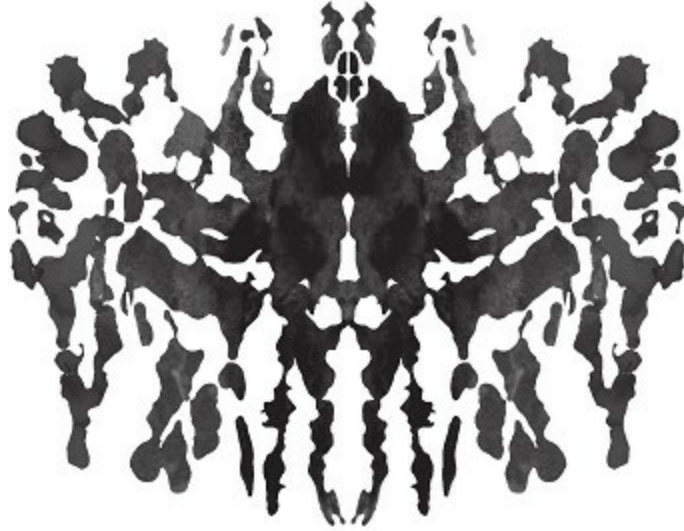
—¿Desde cuándo?

—Desde pasado mañana —respondió J. C.—. Mira, flacucho, ¿hace falta que me repita? Ya sabes cuál es nuestra siguiente jugada.

Suspiré y luego asentí.

—Sí. Es hora de colarnos en Exeltec.

TERCERA PARTE



Dieciséis

—¿Estás seguro de esto? —me preguntó Ivy, caminando deprisa a mi lado mientras me alejaba a zancadas de la puerta delantera de la casa.

—Es la mejor pista que tenemos, Ivy —dijo J. C.—. No nos queda tiempo para tirar de hilos nuevos. Exeltec tiene el cuerpo. Tenemos que averiguar dónde está y recuperarlo.

Asentí.

—La clave de Panos podría estar casi en cualquier sitio, pero, si destruimos el cadáver, la clave dejará de tener la menor importancia.

Saqué el móvil y vi que tenía una llamada perdida de Yol. Hice un gesto con la cabeza a J. C. para que vigilara el perímetro mientras escribía a Wilson pidiéndole que nos recogiera y luego devolví la llamada a Yol, que descolgó enseguida.

—Hola —dije—. Es...

—No tengo mucho tiempo —me interrumpió Yol, con la voz amortiguada

—. Esto es malo, Legión. Malo de verdad.

Sentí un escalofrío.

—¿Qué ha pasado?

—Panos —dijo Yol, hablando rápido, cada vez con más acento por las prisas—. Hizo público algo. Maldita sea, es... —Se cortó.

—¿Yol? —dije en tensión. Ivy y Tobias se acercaron para intentar escuchar la conversación—. ¡Yol!

Oí voces al otro lado de la línea, seguidas de un chirrido.

—Van a detenerme —dijo Yol un momento después—. No entrará ni saldrá más información. Van a quitarme el móvil.

—¿Qué hizo público Panos, Yol? —pregunté.

—No lo sabemos. Los federales han hecho saltar un archivo oculto en su ordenador. Ha borrado todo el dichoso trasto y nos ha salido una pantalla que se burlaba de nosotros, diciendo que ya había liberado su infección. Están subiéndose por las paredes. No sé nada más.

—¿Y las cosas que te he pedido que hagas?

—Algunas están hechas. Otras, empezadas. No sé si podré terminar.

—Yol, mi vida podría depender de si...

—¡Todas nuestras vidas corren peligro! —me espetó Yol—. ¿Es que no me has oído? Esto es un desastre. ¡Diablos! Están aquí. Encuentra ese cuerpo. ¡Averigua qué hizo ese hombre!

El teléfono chirrió otra vez, y la línea se cortó. Me dio la clara impresión de que no había colgado el propio Yol, sino que alguien le había quitado el móvil. Era muy probable que los federales ya supiesen que yo estaba involucrado.

Bajé el teléfono y miré a mis aspectos mientras Wilson aparcaba. Detrás de nosotros, Dion salió de la casa con las manos en los bolsillos. Parecía atribulado.

—Tenemos que movernos —dijo J. C., que volvía corriendo de vigilar el perímetro—. Zen podría presentarse aquí en cualquier momento.

—Si lo hace —repliqué—, la señora Maheras correrá peligro. Me sorprende que Zen no haya pasado antes por aquí, o ella o algún otro lacayo de Exeltec. —Fruncí el ceño—. Tengo la sensación de que vamos un paso por detrás, y no me gusta nada.

Sin hacer caso al coche que nos esperaba ni darme apenas cuenta de que Dion se aproximaba, cerré los ojos.

—Tobias —susurré.

—¿Te has fijado en lo bonitas que son las vistas aquí? —dijo Tobias—. Eso son begonias tuberosas, unas flores difíciles de cultivar, sobre todo en esta región. Requieren mucha luz, pero no puede ser directa, y son muy sensibles a las heladas. Ah, recuerdo una historia sobre ellas que...

Siguió hablando. Los demás aspectos se quedaron callados mientras pensábamos en colectivo. No iba a seguir adelante mientras tuviera la sensación de que se me escapaba algo. Algo que alguno de nosotros debería haber percibido. ¿Qué sería?

—Zen —interrumpió J. C. de repente—. Su emboscada.

—La gente es mucho menos segura que sus medidas de seguridad —susurré, abriendo los ojos.

Me llevé una mano al hombro, donde Zen me había agarrado en el callejón para apartarme del edificio, y la subí para tocarme bajo el cuello de la camisa.

Rocé metal con las yemas de los dedos.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó J. C.

Zen me había puesto un micrófono. Para eso había sido su ataque del callejón, ni por asomo tan imprudente como había querido hacerme creer. Mientras J. C. explicaba a los demás aspectos lo que había ocurrido, mi

mente se puso a trabajar a toda velocidad. ¿Qué había dicho en voz alta? ¿Qué sabía Zen?

Había oído que pretendía colarme en Exeltec. Pero ¿y las instrucciones que había enviado a Yol? ¿Zen sabía algo de ellas?

Sudando, me esforcé en hacer memoria. No. Esa información solo la había escrito en el e-mail. Pero Zen sí sabía todo lo que había dicho a la señora Maheras. Sabía que estaba en un callejón sin salida.

—Soy idiota —dijo J. C.—. Se nos ocurrió limpiarte a fondo después del restaurante, pero ¿no después de haber tenido un contacto físico real con la asesina?

—Ha ocultado bien sus intenciones —repuso Audrey—. Las ha hecho pasar por un intento desesperado de hacerse con el dedo de memoria.

—Por lo menos, ahora probablemente no tendremos que preocuparnos de que venga a por la señora Maheras.

Probablemente. Miré mi teléfono. ¿Cómo se nos podía haber escapado aquello?

—Tranquilízate, Stephen —dijo Tobias, que me puso una mano en el hombro—. Todo el mundo comete errores, incluso tú. Este aún podemos aprovecharlo. La asesina está escuchándonos, pero no sabe que lo has descubierto. Podemos manipularla.

Asentí y respiré hondo. Zen sabía de mi plan de entrar en Exeltec, por lo que ya no podía llevarlo a cabo. Necesitaba algo nuevo, algo mejor.

Eso implicaba confiar en las cosas que había puesto en marcha con la ayuda de Yol. Poner frenéticos a los propietarios de Exeltec y aprovecharme de ello. ¿Por qué en los últimos tiempos las misiones siempre iban así? Miré a mis aspectos, tomé la decisión y marqué un número en el móvil.

Descolgaron.

—Ay, cielo —dijo una voz sensual al otro lado de la línea—. Qué ganas

tenía de que me llamaras hoy.

—Bianca —contesté.

Tobias gimió.

—Ella no, por favor.

No le hice caso.

—Necesito información —dije por teléfono a la mujer.

—Eso está hecho, cariño —respondió ella. ¿Cómo podía ronronear de esa manera? Estaba casi convencido de que utilizaba algún tipo de máquina de efectos de sonido—. ¿Sobre qué? ¿Sobre tu... cita de anoche? Puedo darte los nombres de las personas que te tendieron la trampa.

—No es por ese tema —repliqué—. Está pasando algo con una empresa llamada I3 y su competidora, Exeltec. Creo que podrían haber liberado un virus mortal. ¿Sabes algo sobre eso?

—Hum... puedo investigarlo —dijo Bianca—. Quizá me lleve un tiempo.

—Te agradecería mucho cualquier cosa que pudieras conseguirme sobre Exeltec —le aseguré.

—Claro —dijo ella—. Y, cielo, la próxima vez que quieras tener una cita, ¿por qué no me llamas? ¡No sabes lo que me ofende que ni te lo plantearas!

—Como si fueses a presentarte —repliqué. En tres años, nunca había visto a Bianca en persona.

—Por lo menos me lo pensaría —dijo ella—. Y ahora vas a tener que darme algo para los periódicos. ¿Algo sobre tu cita?

—Proporcióname información sobre Exeltec y llegaremos a un acuerdo —dije, y colgué.

Miré hacia atrás mientras Dion llegaba por la acera, con cara de confusión.

—¿Qué espera descubrir? —preguntó el chico.

—Nada —respondí, muy consciente de que Zen estaba escuchando la conversación—. Bianca es una confidente espantosa. Nunca le he sacado ni la

menor información útil y, siempre que la llamo, casi todo lo que digo aparece en internet al cabo de pocos minutos.

—Pero...

Llamé a otro informador e inicié unas indagaciones parecidas, aunque más cautas. Luego llamé a una tercera. En solo unos minutos, me había asegurado que muy muy pronto, cualquiera a quien le interesase Exeltec estaría leyendo que estaban implicados en un fallo importante de seguridad pública. Dado que I3 estaba sometida a investigación y yo me hallaba involucrado, ese núcleo de verdad en los rumores que había empezado a propagar desataría un frenesí mediático.

—Estás poniéndolos contra las cuerdas, Steve —dijo Ivy mientras Wilson por fin aparcaba—. Si los clientes de Zen ya estaban desesperados, cuando salga todo esto van a ponerse furiosos.

—¿Esperas que te dejen en paz y se centren en controlar los daños con los medios? —preguntó J. C.—. No es inteligente. Azuzar a un tigre no sirve para distraerlo, solo para enfadarlo más.

No podía explicar mis actos, no mientras Zen estuviera escuchando. Así que lo que hice fue sacar el cuaderno y apuntar unas instrucciones para Wilson, dando por hecho que los aspectos las leerían y comprenderían.

Me sorprendió que Audrey pareciera ser la primera en pillarlo. Sonrió de oreja a oreja.

—Uuuh.

—Peligroso —dijo Ivy, cruzándose de brazos—. Muy peligroso.

Wilson bajó la ventanilla del copiloto.

—¿Señor Leeds?

Terminé de escribir y me incliné por la ventanilla para entregarle el mensaje.

—Instrucciones —dije—. Necesito que te quedes aquí, Wilson, y vigiles a

la señora Maheras. Me preocupa que la asesina intente venir a por ella. De hecho, creo que deberías llevarla a la comisaría más próxima.

—Pero ¿quién le llevará a usted?

—Sé conducir —respondí.

Wilson pareció dudar.

—Es curioso —comentó Audrey— que alguien pueda confiar en que salves el mundo pero no en que comas bien ni en que te desplaces por tu cuenta.

Dediqué una sonrisa tranquilizadora a Wilson mientras él leía las instrucciones que le había dado; luego me las devolvió con expresión preocupada.

—Por favor —le dije.

Wilson suspiró, asintió y salió del coche.

—¿Vienes? —pregunté a Dion mientras abría la puerta lateral del todocamino para que mis aspectos pudieran amontonarse dentro.

—Ha dicho que podría haber gente en peligro —dijo Dion.

—Y la hay —contesté, cerrando la puerta después de que entrara Audrey—. Lo que liberó tu hermano podría costar la vida a millones de personas.

—Me dijo que no era peligroso —afirmó Dion, terco.

Maldición. El chico se estaba reservando cosas. ¿Tendría él la llave? Por desgracia, no quería que hablara y Zen pudiera oírlo. Pero, en todo caso, lo necesitaba conmigo. Podría venirme bien un par de manos no imaginarias adicionales, después de apartar a Wilson.

Subí al asiento del conductor, y Dion se sentó en el del copiloto.

—Panos no hizo nada malo.

—¿Y qué fue lo que sí hizo? —pregunté, resignado. Si no seguía indagando, Zen iba a sospechar.

—Algo —dijo Zen.

—Vaya, qué descriptivo e interesante.

—No quiso decírmelo. No creo ni que llegara a terminarlo. Pero no era peligroso.

—Pues...

Dejé la frase en el aire cuando sonó el móvil de J. C. Su tono de llamada era *America the Beautiful*. Negué con la cabeza, arranqué el motor y salí de allí, dejando a Wilson con aspecto abrumado en la acera, mientras J. C. respondía la llamada.

—Hola, Ahmed —dijo—. Sí, lo tengo aquí. ¿Vídeo? Claro que puedo. Oye, ¿vas a prepararnos otra vez comida china de aquella?

—Era comida india —replicó Kalyani, ya por el altavoz—. ¿Por qué pensaste que era china?

—Llevaba arroz, ¿no? —dijo J. C., arrodillándose junto al reposabrazos que había entre el asiento del conductor y el del copiloto y sosteniendo el teléfono para que yo lo viera.

—Arroz con coco y curry y... No importa. ¿Señor Steve?

—¿Sí? —dije, con una mirada al teléfono.

Kalyani me saludó con alegría, vestida con una simple camiseta y vaqueros. Ese día su *bindi* era de color negro y tenía forma de flecha entre sus cejas, en lugar de ser el tradicional punto rojo. Tendría que preguntarle si tenía algún significado.

—Hemos estado hablando —afirmó Kalyani—, y Arnaud quiere decirle una cosa.

Volvió el teléfono hacia el puntilloso y menudo francés, que se inclinó hacia delante y parpadeó mirando hacia la cámara. Dividí mi atención entre él y la carretera.

—*Monsieur* —dijo Arnaud—, he hablado con Clive y Mi Won. Como

sabe, la formación de los tres incluía algunos cursos avanzados de química y biología. No podemos ahondar mucho porque... bueno, ya sabe.

—Ya sé.

Ignacio. Su muerte me había arrancado casi todos los conocimientos de química.

—En todo caso —dijo Arnaud—, hemos estado revisando la información que nos proporcionó. Mi Won insiste en sus conclusiones, y al final hemos pasado a estar de acuerdo con ella. Nuestra opinión, aun reconociendo que somos solo unos aficionados, es que I3 y ese hombre llamado Yol están mintiéndole.

—¿Sobre qué, en concreto?

—Sobre renunciar al método vírico para introducir información en el cuerpo —dijo Arnaud—. *Monsieur*, Panos disponía de demasiados recursos y estaba progresando demasiado bien para que cancelaran su proyecto supuestamente secreto. Seguían con esa línea de investigación, le dijeran a usted lo que le dijeran. Además, no estamos nada convencidos de que la amenaza del cáncer fuese tan creíble como parecía al principio. Sí, en teoría las investigaciones de Panos podrían llevar a eso, pero, por lo que hemos deducido de las notas, I3 todavía no había llegado a ese punto.

—Por tanto, no han querido contarme cuál fue la verdadera crisis —dije—. La bacteria o el virus salvaje que creó Panos, fuera cual fuese.

—Eso deberá considerarlo usted —repuso Arnaud—. Nosotros somos científicos. Lo único que decimos es que hay más capas por debajo de lo que se nos explicó.

—Gracias —dije—. Ya lo sospechaba, pero es bueno confirmarlo. ¿Eso era todo?

—Una cosa más —dijo Kalyani, que recuperó el móvil y lo volvió hacia su rostro sonriente—. Quería presentarle a mi marido, Rahul.

En la pantalla apareció junto a Kalyani un hombre indio con la cara redonda y bigote, que me saludó con la mano.

Sentí que se me helaba la sangre.

—Ya le dije que es muy buen fotógrafo —añadió Kalyani—, pero no tiene por qué utilizarlo para eso. Es un hombre muy muy listo. ¡Puede hacer toda clase de cosas! Se defiende bien con los ordenadores.

—Puedo verlo —dije—. ¿Por qué puedo verlo?

—¡Se ha unido a nosotros! —exclamó Kalyani, emocionada—. ¿A que es maravilloso?

—Encantado de conocerle, señor Stephen —dijo Rahul con un melodioso acento indio—. Le resultaré muy útil, se lo prometo.

—Eh... —Tragué saliva—. ¿Cómo...? ¿Cómo has...?

—Esto es malo —dijo Ivy desde el asiento trasero—. ¿Alguna vez habías manifestado un aspecto sin pretenderlo?

—No desde los primeros tiempos —susurré—. Y nunca sin antes investigar una materia nueva.

—¿En serio? —dijo Audrey—. ¿Kalyani consigue un marido y yo no puedo tener ni un jerbo? Me parece de lo más injusto.

Salí al arcén de inmediato, sin preocuparme por el bocinazo que dio el coche de detrás cuando giré el volante. Mientras nos deteníamos, le quité el móvil de la mano a J. C. y contemplé al nuevo aspecto. Era la primera vez que se me aparecía un pariente de alguna alucinación mía. Parecía un precedente muy peligroso. Otra señal de que estaba perdiendo el control.

Colgué para que desaparecieran sus rostros sonrientes y tiré el teléfono a J. C. por encima del hombro. Sudando, volví a la carretera, con lo que me ganó el claxon de otro coche. Cogí la primera salida que encontré y me desvié hacia la ciudad.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Dion.

—¡Estoy bien! —le espeté.

Necesitaba un lugar al que ir, un lugar donde pensar. Un lugar que pareciera natural, pero en el que pudiera ganar tiempo y esperar a que mi plan diese sus frutos sin que Zen sospechara. Entré en el aparcamiento de un restaurante Denny's.

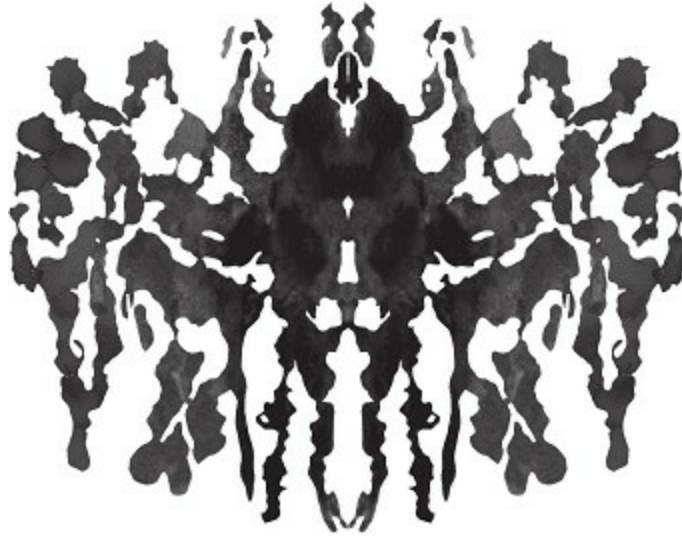
—Solo tengo que comer algo —mentí.

Funcionaría, ¿verdad? Incluso un hombre que intenta salvar el mundo tiene que comer.

Dion me miró.

—¿Seguro que se encuentra...?

—Sí. Es solo que necesito una tortilla.



Dieciséiete

Sostuve abierta la puerta del restaurante para que entraran mis aspectos y después los seguí al interior. El local olía a café y estaba lleno de los clientes que desayunaban a media mañana, lo cual era perfecto. Era menos probable que Zen intentara algo con tantos testigos. Me costó un poco que la camarera nos asignara una mesa para seis: tuve que mentir diciéndole que esperábamos a más gente. Pero al final nos sentamos, Dion delante de mí y con dos aspectos a cada lado.

Levanté un menú y se me pegaron los dedos a una mancha de sirope que tenía a un lado, pero no lo leí. En vez de eso, intenté acompasar la respiración. Sandra no me había preparado para aquello. ¿La repentina aparición de un pariente de un aspecto, sin haber aprendido nada nuevo?

—Está usted loco —susurró una voz desde enfrente—. Pero loco de verdad.

Bajé el menú y en ese instante me di cuenta de que lo había estado

sosteniendo bocabajo. El joven no había ni tocado el suyo.

—No lo estoy —dije—. Reconozco que tal vez se me vaya un poco la chaveta, pero no estoy loco.

—Son la misma cosa.

—Tal vez desde tu perspectiva —repliqué—. Yo lo veo de otra forma. Pero, incluso suponiendo que se me aplicara esa palabra, entonces también se te aplica a ti. Cuanto más vivo, más me doy cuenta de que todo el mundo es neurótico a su propia manera individual. Yo tengo el control sobre mis propias psicosis. ¿Qué me dices de ti?

A mi lado, Ivy había soltado un bufido al oír la palabra «control».

Dion se quedó pensativo, reclinado en la silla.

—¿Qué dicen que hizo mi hermano?

—Afirmaba haber liberado algo. Algún tipo de virus o de bacteria.

—Él no haría algo así —repuso Dion al instante—. Quería ayudar a la gente. Los peligrosos eran los otros. Querían crear armas.

—¿Eso te lo dijo él?

—Bueno, no —reconoció Dion—. Pero, a ver, ¿por qué si no intentarían obligarlo a abandonar sus proyectos? ¿Por qué lo vigilaban tan de cerca? Debería estar usted investigándolos a ellos, no a mi hermano. Los secretos peligrosos son los suyos.

—Típica cháchara pseudointelectualoide de adolescente liberal —dijo J. C. desde mi lado derecho, leyendo su menú—. Yo tomaré filete y huevos. Poco hecho y casi líquidos.

Asentí distraído mientras los demás iban diciendo lo que querían. Por lo menos, la camarera no tendría motivos para quejarse de que hubiéramos ocupado tantos asientos, ya que iba a pedirle cinco platos. Una parte de mí deseaba poder convencer a los restaurantes de que dieran la comida a otras

personas después de que yo terminara de imaginar a mis aspectos dejando limpios sus platos.

Desvié mi atención al menú y descubrí que no tenía hambre. Pedí una tortilla de todos modos y, mientras hablaba con la camarera, el chico empezó a hurgarse en los bolsillos, sin duda decidido a no dejarse invitar por mí. Sacó unos cuantos billetes arrugados y pidió un burrito.

Yo tenía medio oído puesto en el móvil, esperando a que un pitido me indicara que Wilson había cumplido mis instrucciones. No sonó, y descubrí que mi ansiedad iba creciendo sin freno. Me quité el sudor de las sienes con la servilleta. Mis aspectos intentaron relajarme, Tobias charlando sobre los orígenes de la tortilla como alimento e Ivy dándole la réplica y fingiéndose muy interesada.

—¿Qué es eso? —pregunté, al tiempo que señalaba con la barbilla a Dion, que miraba un papelito que había encontrado entre los billetes arrugados.

Se ruborizó de inmediato e hizo ademán de guardárselo.

Le así la mano, moviéndome con unos reflejos que no sabía que tenía. A mi lado, J. C. asintió con admiración.

—No es nada —dijo Dion, alzando la voz y abriendo la mano—. Muy bien. Cójalo. Imbécil.

De pronto, me sentí estúpido. La clave de los datos de Panos no iba a estar en un papelito. Tendría que ocupar una memoria USB o algún otro medio de almacenamiento electrónico. Me acerqué el papelito y lo leí. Decía: «1 Esd 4:41».

—Mi madre me los mete en los bolsillos cuando dobla la ropa —explicó Dion—. Son recordatorios para que renuncie al paganismo.

Se lo enseñé a los otros, frunciendo el ceño.

—No reconozco el pasaje.

—Primer libro de Esdras —dijo Ivy—. Es de la biblia ortodoxa, un libro

apócrifo que no usa casi ninguna otra secta. Ese versículo en concreto no me lo sé de memoria.

Lo busqué con el móvil.

—«Grandiosa es la verdad y lo más fuerte que existe» —leí.

Dion se encogió de hombros.

—Supongo que en eso puedo estar de acuerdo. Aunque mi madre se niegue a aceptar cuál es la verdad.

Tamborileé con el dedo en la mesa. Sentía que estaba cerca de algo. ¿De una respuesta, o quizá de las preguntas que formular?

—Tu hermano tenía una clave para sus datos —dije—, una clave que descifraría la información almacenada en su cuerpo. ¿Crees que se la habría dado a tu madre?

Ivy observó a Dion muy atenta para ver si reaccionaba al mencionar la clave. No mostró ningún cambio que yo pudiera ver, y ella negó con la cabeza. Si Dion se había sorprendido de que conociéramos la existencia de la clave, lo estaba ocultando muy bien.

—¿Una clave para los datos? —preguntó Dion—. ¿Cómo sería?

—Un lápiz USB o algo parecido.

—Dudo mucho que diera algo así a mi madre —dijo Dion mientras llegaba la comida—. Ella odia la tecnología y todo lo relacionado con ella, sobre todo si cree que ha salido de I3. Si mi hermano le hubiera dado algo parecido, ella lo habría destruido y punto.

—La verdad es que no me ha recibido con mucha calidez.

—Bueno, ¿y qué esperaba? Trabaja usted para la empresa que alejó a su hijo de Dios. —Dion negó con la cabeza—. Mi madre es buena persona, firme, generosa, muy del viejo mundo. Pero no confía en la tecnología. Para ella, trabajar es algo que se hace con las manos, no quedarte embobado con

los ojos puestos en la pantalla de un ordenador. —Apartó la vista—. Creo que Panos hizo lo que hizo para demostrarle algo a ella, ¿sabe?

—¿Convertir a la gente en dispositivos de almacenamiento masivo? —pregunté.

Dion se sonrojó.

—Eso era solo la infraestructura, el trabajo que debía hacer para luego conseguir lo que se proponía.

—¿Que era...?

—Eh...

—Sí —dijo Ivy—. Sabe algo al respecto. A este chaval no se le da nada bien mentir. Adopta una postura dominante, Steve. Apriétalo.

—Ya puestos, podrías decírmelo —propuse—. Alguien debería saberlo, Dion. No sabes si puedes confiar en mí, pero a alguien vas a tener que contárselo. ¿Qué intentaba hacer tu hermano?

—Enfermedad —dijo Dion, mirando su burrito—. Quería curarla.

—¿Cuál?

—Todas.

—Un objetivo ambicioso.

—Sí, eso Panos lo reconocía. La cura en sí no era su trabajo. Él consideraba que su parte era el método de entrega.

—¿Método de entrega? —pregunté—. De la enfermedad.

—No. De la cura.

—Ah —dijo Tobias, que asintió con la cabeza y dio un sorbo al café.

—Piénselo. —Dion hizo gestos hacia los lados, animado—. Las enfermedades infecciosas son bastante geniales. Imagine que pudiéramos diseñar un virus de expansión rápida que, a su vez, inmunizara a la gente contra otras enfermedades. Alguien pillaría un resfriado común y de repente sería inmune a la viruela, el sida, la polio... ¿Por qué gastar miles de millones

en vacunación, intentando llegar a la gente? La propia naturaleza podría hacernos el trabajo pesado, si encontráramos el método.

—Eso suena... increíble —dije.

—Increíblemente aterrador —objetó J. C., señalando al chico con su cuchillo—. Sería como usar un *smarkwat* para combatir a un *viqxiixs*.

—¿Un qué? —preguntó Ivy, y suspiró.

—Información reservada —dijo J. C.—. Gader, qué bueno está este filete. J. C. volvió a su comida.

—Ya, bueno —dijo Dion—. Yo iba a ayudarle, ¿sabe? Iba a estudiar en la universidad y terminar fundando una nueva empresa de biotecnología con mi hermano. Supongo que ese sueño también ha muerto. —Clavó el tenedor en su burrito—. Pero mire, todos los días él volvía a casa y mi madre le preguntaba: «¿Hoy has hecho el bien?». Y mi hermano sonreía. Sabía que estaba haciendo algo importante, aunque mi madre no quisiera comprenderlo.

—Sospecho que vuestra madre estaba más orgullosa de él de lo que revelaba —comenté.

—Sí, supongo. No es tan mala como parece a veces. Cuando éramos pequeños, echaba muchas horas en trabajos no cualificados, para mantenernos a nosotros después de que muriera mi padre. No debería quejarme. Es solo que... en fin, se cree que lo sabe todo.

—Al contrario que el adolescente típico. —Audrey sonrió en dirección a Dion.

Asentí mientras jugueteaba con mi tortilla y estudiaba a Dion.

—¿Te dio a ti la clave, Dion? —le pregunté directamente.

El chico negó con la cabeza.

—No la tiene él —confirmó Ivy—. Es demasiado malo mintiendo para ocultarnos esto, según mi estimación profesional.

—Lo que debería hacer —Dion cogió de nuevo el burrito— es buscar

algún aparato loco o algo por el estilo.

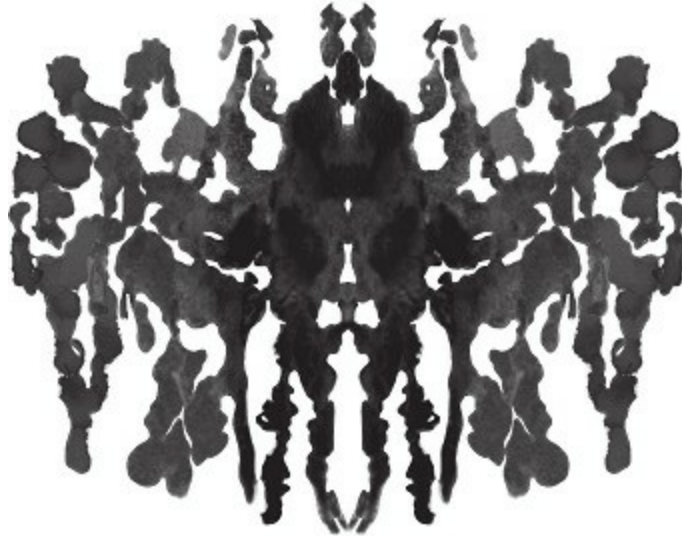
—¿Aparato?

—Exacto —dijo Dion—. Lo normal habría sido que construyera algo para ocultar esa clave, ¿sabe? Por el rollo ese del movimiento *maker*. Siempre estaba pegando bombillas LED a cosas, y creando sus propias placas de identificación, y cosas parecidas. Seguro que fue así como la escondió. Levantas una patata, eso hace caer un penique, salen volando cien gansos por los aires y te cae la clave en la cabeza. Algo en ese plan.

Miré a mis aspectos. Parecían incrédulos, pero quizá hubiera algo en lo que estaba diciendo el chico. No un dispositivo como el que había descrito, pero sí un proceso. Era posible que Panos hubiera establecido algún tipo de mecanismo para revelar la verdad en caso de que muriera, pero que ese mecanismo no se hubiera disparado por algún motivo.

Me obligué a comer un poco de tortilla, sobre todo para poder decir a Wilson que lo había hecho cuando llegara su ineludible pregunta. Por desgracia, mi teléfono seguía sin haber sonado cuando terminamos. Perdí todo el tiempo que pude, pero llegó un momento en el que tuve la impresión de que Zen sospecharía si nos quedábamos más allí.

Abrí el paso de vuelta al todocamino, y sostuve la puerta para que subieran mis aspectos antes de dar la vuelta hacia el asiento del conductor. Acababa de sentarme y estaba planeando mi siguiente jugada cuando sentí el frío metal de un cañón de pistola que se apretaba contra mi nuca.



Dieciocho

Dion se sentó en el asiento del copiloto, ajeno a lo que estaba ocurriendo. Me miró y entonces se quedó petrificado y palideció del todo. Yo miré por el retrovisor y entreví a Zen agachada detrás de mi asiento, con la pistola contra mi cabeza.

«Maldición.» La asesina no había optado por esperar, como yo había creído que haría. Mi móvil colgaba en el bolsillo como un peso muerto. ¿Por qué estaba tardando tanto Wilson?

—Venga conmigo al asiento de atrás, por favor, señor Leeds —dijo Zen con voz suave—. Joven Maheras, quédese donde está. Supongo que no es necesario advertirle de lo dispuesta que estoy a recurrir a la violencia.

Sudando, vi a J. C. en el espejo retrovisor, con el rostro enrojecido. Se había sentado en el asiento frente al que estaba Zen acucillada, pero no la había visto hasta ese momento. Ya nos había sorprendido dos veces, y J. C.

se había mostrado incapaz de hacer nada. La habilidad de Zen para aquellas cosas superaba en mucho a la mía.

J. C. sacó su pistola, como si fuese a servir de algo, y asintió con la cabeza para indicarme que obedeciera a Zen. Sentarme atrás me dejaría en mejor posición para enfrentarme a ella.

Mientras me movía, Zen pasó a la tercera hilera de asientos, con lo que obligó a Ivy y a Audrey a apartarse a los lados y sin dejar de apuntarme con su pistola.

—Su arma —dijo.

La desenfundé, como había hecho en el callejón, y la dejé delante de mí en el suelo. ¿Para qué narices llevaba encima ese trasto?

—Ahora, el teléfono.

Se lo entregué.

—Buen trabajo encontrando el micro —me comentó—. Hablaremos más de ese tema, señor Leeds, durante el paseo que vamos a darnos usted y yo. Joven Maheras, usted no está involucrado en esto. Póngase al volante. Cuando hayamos salido, deberá marcharse. Me da igual lo que haga, hasta puede ir a la policía si quiere, pero no se acerque a nosotros. No me gusta matar a nadie por quien no me hayan pagado. No es bueno para el negocio eso de... dar demasiadas cosas gratis.

Dion se apresuró a moverse y se arrastró hasta el asiento del conductor, donde yo había dejado las llaves del coche.

—Esto nos conviene —dijo J. C.—. Va a dejar que el chaval se vaya y a sacarnos a terreno abierto. —Crispó la expresión—. No me entra en la cabeza por qué querría hacer ninguna de las dos cosas, pero creo que indica que sus superiores le han impuesto que no mate a nadie.

Asentí, notando que me goteaba el sudor por la nuca. Zen hizo un gesto con la pistola, y yo abrí la puerta del todocamino para dejar que salieran mis

aspectos, primero J. C. y luego Ivy y Tobias. Audrey me apoyó una mano en el brazo para que saliera antes que ella y yo asentí y empecé a moverme.

Zen saltó como un resorte, me asió por el hombro y tiró de mí hacia atrás. Cogió la puerta y la cerró de golpe.

—Maheras —dijo, apuntando a Dion con la pistola—. Conduzca. Ya.

—Pero...

—¡Arranque o es hombre muerto!

El chico pisó a fondo y cruzó las líneas del aparcamiento. Yo me quedé aturdido contra la puerta del coche, parpadeando, intentando comprender lo que había pasado. Zen...

¡Mis aspectos!

Di un grito, me volví y apreté la cara contra la ventanilla. Ivy y Tobias estaban de pie en el aparcamiento, con expresión de desconcierto. Zen ordenó a Dion que saliera a la calle y luego siguiera adelante a velocidad normal, y nada de intentar que nos pare la policía, por favor.

Yo apenas escuchaba. Zen me había convencido de hacer salir a mis aspectos, había logrado aislarme de ellos. Solo me quedaba Audrey, y de pura chiripa. Un momento más tarde y tampoco la tendría a ella. Me volví, pasmado, hacia Zen, que se había acomodado en el asiento contiguo a la puerta que acababa de cerrar y seguía encañonándose con el arma.

—Suelo hacer mis averiguaciones —dijo—. Por cierto, la cantidad de artículos sobre usted que hay publicados en revistas de psicología me han servido de mucho, señor Leeds.

Audrey se hundió en el suelo entre nosotros, se envolvió las rodillas con los brazos, gimoteaba. Era lo único que me quedaba y... No, un momento.

J. C. No había visto a J. C. por la ventanilla. Giré el cuello para buscarlo y... ¡allí estaba! Corriendo a toda velocidad por la acera, pistola en mano, una

expresión decidida en los rasgos. Nos estaba manteniendo el ritmo, aunque a duras penas.

«Menos mal», pensé. J. C. había reaccionado mientras los otros dos se dejaban sorprender con el pie cambiado. Esquivó a unos peatones que iban por la acera y saltó un banco con un movimiento casi sobrehumano.

Audrey se animó al mirar por la ventanilla.

—Caramba —susurró—. ¿Cómo es capaz de hacer eso?

El coche circulaba a unos sesenta y cinco kilómetros por hora. De pronto, me vi incapaz de seguir fingiendo. J. C. se quedó sin aliento y trastabilló hasta detenerse en la acera, con la cara enrojecida. Cayó al suelo, exhausto por una carrera que no debería haber podido llevar a cabo.

La ilusión. Era imprescindible que mantuviera la ilusión. Audrey me miró y entonces pareció encogerse al darse cuenta de lo que había hecho. Pero no era culpa suya. En algún momento, me habría dado cuenta de la velocidad que llevábamos.

—Es usted un hombre muy peligroso —me dijo Zen.

—No soy yo quien empuña el arma —repliqué, volviéndome para mirarla a la cara.

¿Cómo iba a hacer aquello sin Ivy y Tobias para ayudarme a interactuar, sin J. C. para sacarme de una situación letal?

—Sí, pero yo solo puedo matar a algún individuo de vez en cuando —dijo Zen—. Usted hunde empresas, destruye centenares de vidas. Mis clientes están... preocupados por lo que ha hecho.

—¿Y creen que hacer que me secuestren va a servir de algo? —pregunté—. No podrás obligarme a que encuentre la clave de Panos a punta de pistola, Zen.

—El cuerpo ya les da igual —dijo, y sonó un poco inquieta—. Usted ha echado a perder sus fortunas y ha enviado al gobierno tras ellos. Ya no

desean estar asociados con esta búsqueda. Solo quieren... tirar de los cabos sueltos y eliminarlos.

Estupendo. Mi plan estaba funcionando.

Demasiado bien.

Traté de pensar algo más que decir, pero Zen dejó de prestarme atención para indicar a Dion por dónde tenía que conducir. Aunque traté de hacerla hablar de nuevo, se negó, y no me vi en condiciones de intentar ninguna treta física. No sin J. C. para aconsejarme.

Quizá... Quizá los otros aspectos lograran encontrar el camino hacia dondequiera que estuviésemos yendo. Con el tiempo suficiente, era probable que lo hicieran.

Pero no estaba seguro de cuánto tardarían.

Audrey se pasó todo el trayecto sentada en el suelo entre nuestros dos asientos, con los brazos rodeándole las piernas. Quería hablar con ella, pero no me atrevía a decirle nada delante de Zen. La asesina creía haberme aislado de todos mis aspectos. Si le revelaba que seguía teniendo a alguien allí, perdería una ventaja considerable.

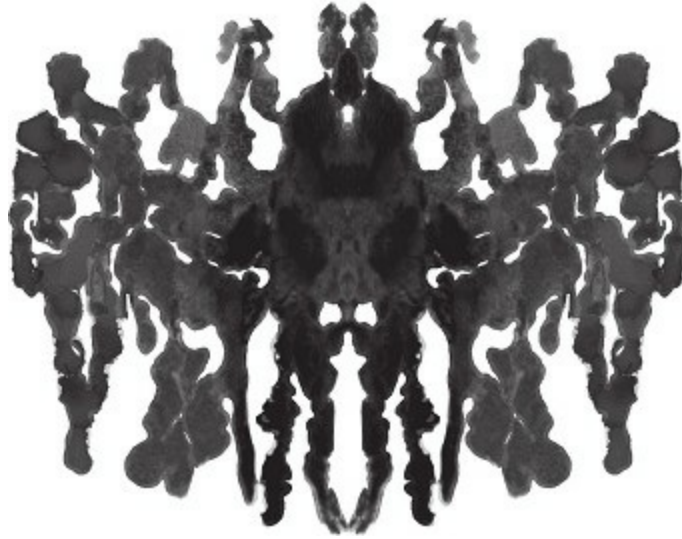
Por desgracia, terminamos en una zona de las afueras de la ciudad. Allí fuera había varias promociones urbanísticas nuevas, que formaban parte del insidioso avance de la ciudad que iba consumiendo el campo, pero también terrenos despejados y con árboles a la espera de convertirse en bloques de apartamentos y gasolineras. Zen obligó a Dion a entrar en una de esas extensiones arboladas y a recorrer un camino de tierra que subía hasta una casa solitaria, del tipo «mis antepasados cultivaron esta tierra durante generaciones».

Estaba lo bastante alejada de los vecinos para que no se oyeran los posibles gritos, y cualquier disparo se atribuiría al exterminio de alimañas. Mal asunto. Zen nos llevó a Dion y a mí junto a la trampilla de un sótano y nos

ordenó que bajáramos la escalera. Dentro había sacos tirados contra la pared, de los que habían caído unas patatas tan viejas que seguro que habían vivido la guerra de Secesión. Una bombilla desnuda refulgía, colgada del centro del techo.

—Voy a informar —nos dijo Zen, quitándole el móvil a Dion—. Pónganse cómodos. Calculo que van a vivir aquí unas semanas mientras mis clientes capean el temporal.

Subió la escalera y cerró con llave la trampilla del sótano.



Diecinueve

Dion dejó escapar un gran suspiro, apoyó la espalda contra la pared de bloques de hormigón y luego se dejó caer hasta quedar sentado.

—¿Semanas? —dijo—. ¿Atrapado aquí con usted?

Tardé un momento en hablar.

—Sí. Va a ser horrible, ¿eh?

Dion alzó la mirada hacia mí y me maldije para mis adentros por haber vacilado antes de responderle. El chico parecía fatigado, y supuse que nunca lo habrían obligado a conducir a punta de pistola. La primera vez siempre es la peor.

—No cree que vayamos a pasarnos semanas aquí abajo, ¿verdad? —aventuró Dion.

—Eh... no.

—Pero la mujer ha dicho...

—Los entrenan para hablar así —dije mientras me quitaba el micrófono de

Zen del cuello de la camisa y lo aplastaba, por si acaso. Empecé a recorrer la estancia en busca de salidas—. Siempre hay que decir a los prisioneros que tienen más tiempo del que tienen. Así se relajan y empiezan a planear, en lugar de intentar escapar desde el principio. Lo que menos te interesa es que se desesperen, porque la gente desesperada es impredecible.

El chico emitió un leve gemido. Quizá no debería haberle explicado eso último. Empezaba a acusar bastante la ausencia de Ivy. Incluso cuando no me guiaba directamente, tenerla cerca me facilitaba relacionarme con la gente.

—No te preocupes. —Me arrodillé para inspeccionar un desagüe del suelo—. Lo más seguro es que no corramos ningún peligro real, a menos que Zen decida llevarnos de uno en uno al bosque «para un interrogatorio». Eso significaría que le han ordenado ejecutarnos.

Tiré de la reja. Era demasiado pequeña para escapar por allí, por desgracia, y de todas formas parecía llevar solo a un pequeño agujero lleno de piedras. Seguí adelante, esperando contra todo pronóstico que mis aspectos empezaran a comentar la situación, a decirme qué investigar, a teorizar sobre formas de salir de allí.

En vez de eso, lo único que oí fueron unas arcadas.

Me volví hacia Dion y me sorprendió encontrarlo vaciando el estómago en el suelo del sótano. Con lo mucho que se había empeñado en pagar su burrito. Esperé hasta que terminó, me acerqué, cogí una vieja toalla de una mesa polvorienta y la extendí encima del vómito para sofocar el olor. Me arrodillé y apoyé una mano en el hombro del joven.

Tenía un aspecto horrible. Ojos rojos, piel blanquecina, sudor en la frente.

¿Cómo interactuar con él? ¿Qué se decía en esos casos?

—Lo siento.

Sonó muy pobre, pero fue lo único que se me ocurrió.

—Va a matarnos —susurró el chico.

—Puede que lo intente —dije—, pero también puede que no. Matarnos es una medida muy drástica, que seguramente sus clientes no estén dispuestos a tomar.

Pero, claro, yo los había puesto en una situación muy desesperada. Y la gente desesperada era... bueno, impredecible.

Me levanté, dejando al chico con sus miserias, y fui con Audrey.

—Necesito que nos saques de esta —le susurré.

—¿Yo? —dijo ella.

—Eres lo único que tengo.

—¡Antes de esta, solo había estado en una misión! —exclamó ella—. No sé nada sobre pistolas ni sobre combate ni sobre escapar.

—Eres experta en criptografía.

—¿Experta? Te has leído un solo libro sobre la materia. Además, ¿en qué va a ayudarnos la criptografía? Espera, voy a interpretar esos arañazos de las paredes. ¡Dicen que estamos condenados sin remedio!

Frustrado, la dejé temblando de preocupación y me obligué a seguir inspeccionando el sótano. No había ventanas. Había partes de tierra desnuda en los lugares donde había cedido la pared de bloques de hormigón. En uno de ellos se podía excavar, pero al hacerlo oí chirriar el techo del sótano. No era buena idea.

A continuación, probé con la salida. Subí la escalera y cargué con el hombro contra la trampa doble para ver lo fuerte que era. Estaba bien cerrada, por desgracia, y no había cerradura que forzar, solo un candado en el exterior al que no podía llegar. Quizá pudiera encontrar alguna cosa que utilizar como ariete para abrir la trampa, pero sin duda el ruido alertaría a Zen. La oía a través del techo, hablando. Parecía una conversación tensa por teléfono móvil, pero no alcanzaba a entender nada concreto.

Recorrí de nuevo la estancia. ¿Se me había escapado algo? Estaba seguro

de que sí, pero ¿qué era? Sin mis aspectos, no sabía lo que sabía. Estar solo me suponía un suplicio. Al pasar junto a Dion, las expresiones de su rostro me resultaron ajenas, no más inteligibles como emociones que los terrones de barro. ¿Ese gesto era de felicidad? ¿De pena?

«Para —me dije, sudando—. No eres tan malo.» No tenía cerca a Ivy, pero eso no me volvía de repente incapaz de relacionarme con otros miembros de mi propia especie, ¿verdad?

Dion estaba amargado, eso era evidente. Miraba unos trocitos de papel que tenía en las manos. Más referencias bíblicas dejadas por su madre en sus bolsillos.

—Solo me apunta los números de versículo —dijo, mirándome—, así que ni siquiera sé lo que dicen. En fin, como si fuesen a ayudarme en algo. ¡Bah!

Cerró el puño y luego tiró al suelo los papeles arrugados. Se dispersaron y cayeron flotando como confetis.

Me quedé allí de pie, sintiéndome casi tan descompuesto como parecía Dion. Necesitaba decir algo, conectar con él de algún modo. No sabía por qué me sentía así, pero de pronto lo anhelaba con desesperación.

—¿Tanto miedo te da la muerte, Dion? —pregunté. Casi seguro que erré en las palabras, pero hablar era mejor que quedarme callado.

—¿Por qué no debería? —dijo él—. La muerte es el final. No hay nada. Se acabó todo. —Me miró como desafiándome. Al ver que no respondía de inmediato, prosiguió—: No irá a decirme que todo saldrá bien, ¿verdad? Mi madre siempre dice que las buenas personas reciben su recompensa, pero Panos era un hombre tan bueno como se puede ser. ¡Dedicó su vida a intentar acabar con las enfermedades! Y mírelo ahora. Muerto por un estúpido accidente.

—¿Por qué das por hecho que la muerte es el final? —pregunté.

—Porque lo es. Mire, no quiero que me venga con nada religioso ni...

—No voy a ponerme a predicar —interrumpí—. Yo también soy ateo.

El chico me miró.

—¿Lo es?

—Claro —dije—. Casi en un quince por ciento, aunque admito que algunas partes de mí argumentarían que son agnósticas, no ateas.

—¿Un quince por ciento? Eso no cuenta.

—Ah, ¿no? Entonces ¿eres tú quien decide cómo funciona mi fe, o su ausencia? ¿Qué cuenta y qué no cuenta?

—No, pero aunque la cosa funcionara así, aunque alguien pudiera ser ateo en un quince por ciento, la mayor parte de usted sigue creyendo.

—Igual que probablemente una minoría de ti aún cree en Dios —repliqué.

Me miró de nuevo y se sonrojó. Me senté a su lado, de espaldas al lugar donde había tenido su pequeño incidente.

—Entiendo por qué la gente quiere creer —me dijo Dion—. No soy solo un crío irritable, como usted piensa. He pensado mucho y he hecho preguntas. Dios no tiene sentido para mí. Pero, a veces, cuando miro el infinito y pienso en que... llegará un momento en que ya no esté, comprendo por qué las personas deciden creer.

Ivy querría que convirtiera al chico, pero no estaba aquí. De modo que le hice una pregunta.

—¿Crees que el tiempo es infinito, Dion?

Se encogió de hombros.

—Venga —insistí—. Respóndeme. ¿Buscas consuelo? Es posible que tenga una solución para ti, o por lo menos mi aspecto Arnaud podría tenerla. Pero antes: ¿el tiempo es infinito?

—No creo que lo sepamos seguro —respondió Dion—. Pero sí, supongo que lo es. Incluso después de que nuestro universo termine, sucederá algo

más. Si no aquí, en otras dimensiones. Otros lugares. Otros *big bangs*. La materia, el espacio... seguirán existiendo, sin final.

—Por tanto, eres inmortal.

—Mis átomos, tal vez —dijo él—. Pero eso no soy yo. No me venga con metafísica de mier...

—Nada de metafísica —le aseguré—. Es solo una teoría. Si el tiempo es infinito, entonces todo lo que puede ocurrir ocurrirá, y ya ha ocurrido. Eso significa que tú ya has existido antes, Dion. Como todos los demás. Incluso aunque no exista Dios, incluso suponiendo que no haya respuestas, que no haya una divinidad ahí fuera, somos inmortales.

Frunció el ceño.

—Piénsalo —dije—. El universo lanzó sus dados cósmicos y acabaste existiendo tú, una acumulación semialeatoria de átomos, sinapsis y compuestos químicos. Esas cosas, juntas, componen tu personalidad, tus recuerdos, tu misma existencia. Pero si el tiempo continúa para siempre, en algún momento esa acumulación aleatoria volverá a tener lugar. Quizá tarde centenares de billones de años, pero sucederá de nuevo. Tú. Con tus recuerdos, con tu personalidad. En el contexto de un tiempo infinito, chico, seguiremos viviendo, una y otra vez.

—Yo... no sé si eso me consuela mucho, la verdad. Aunque fuese cierto.

—¿De verdad? —pregunté—. Porque a mí me parece que es algo lo bastante asombroso como para planteárnoslo. Cualquier cosa que sea posible pasa a ser realidad, dado el infinito. Por tanto, no solo volverás tú, sino que tendrá lugar toda iteración de las posibilidades. A veces serás rico. A veces serás pobre. De hecho, es plausible que, por un defecto cerebral, en algún momento del futuro tengas los recuerdos que tienes ahora mismo, incluso aunque en ese futuro concreto no hayas vivido esos recuerdos. Es decir, serás tú otra vez, por completo, y no gracias a ninguna sandez mística, sino por

pura matemática. Hasta la posibilidad más remota, multiplicada por infinito, da como resultado infinito.

Me puse de pie y luego me acuclillé, lo miré a los ojos y le apoyé una mano en el hombro.

—Todas las variaciones probabilísticas, Dion. En algún momento, tú, el mismo tú de ahora, con tus mismos procesos mentales, nacerás en una familia rica. Matarán a tus padres y decidirás combatir la injusticia. Ya ha ocurrido. Volverá a ocurrir. ¿Querías consuelo, Dion? Muy bien, pues cuando el miedo a la muerte te atenace, cuando lleguen los pensamientos oscuros, puedes sostenerle la mirada a la oscuridad y decirle: «No pienso hacerte caso porque soy infinitos Batmans».

El chico parpadeó, mirándome.

—Eso... es lo más raro que me ha dicho nadie en la vida.

Le guiñé un ojo y lo dejé sumido en sus pensamientos para volver con Audrey. No estaba seguro de cuánto de todo aquello creía yo en realidad, pero era lo que me había salido. La verdad, no sé si el universo podría soportar que todo el mundo fuese infinitos Batmans.

Quizá el objetivo de Dios fuera impedir bobadas como esa.

Cogí a Audrey por el brazo y hablé con suavidad.

—Audrey, concéntrate en mí.

Ella me miró y parpadeó. Había estado llorando.

—Vamos a pensar, ahora mismo —le dije—. Vamos a repasar todo lo que sabemos y se nos va a ocurrir una forma de salir de esta.

—No puedo...

—Sí puedes. Formas parte de mí. Formas parte de todo esto. Puedes acceder a mi subconsciente. Puedes resolverlo.

Me miró a los ojos y una parte de mi confianza pareció transferirse a ella.

Asintió con gesto enérgico y adoptó un aire de concentración absoluta. Le sonreí para darle ánimos.

La puerta de la casa de arriba se abrió y se cerró.

«Vamos, Audrey.»

Los pasos de Zen rodearon el edificio y entonces se puso a manipular el candado de la trampilla del sótano.

«Vamos...»

Audrey levantó la cabeza de sopetón y me miró.

—Sé dónde está el cadáver.

—¿El cadáver? —pregunté—. Audrey, se supone que tenemos que...

—No lo tiene la empresa de Zen —dijo Audrey—, ni tampoco I3. El chaval no sabe nada. Yo sé dónde está.

Se abrió la trampilla. La luz inundó el sótano y reveló la silueta de Zen por encima de nosotros.

—Señor Leeds —dijo—, necesito que me acompañe para poder interrogarlo a solas. Será solo un momentito.

Me quedé muy helado.



Veinte

—¡Demonios! —exclamó Audrey apartándose de mí—. ¡Tienes que hacer algo! No dejes que te mate.

Me volví hacia Zen, una mujer vestida con ropa sofisticada, como si fuese la directora financiera de una editorial de Manhattan en vez de una asesina a sueldo. Bajó los peldaños fingiendo indiferencia. Esa actitud, añadida a la tensión de la llamada telefónica que había oído, me dijo todo lo que necesitaba saber.

Iba a eliminarme.

—¿De verdad están dispuestos a hacerlo? —le pregunté—. Quedarán preguntas. Problemas.

—No sé de qué me está hablando.

Desenfundó.

—¿Hace falta que juguemos a esto, Zen? —repliqué; buscaba frenéticamente formas de retrasarla—. Los dos sabemos qué pretendes hacer.

¿De verdad vas a cumplir unas órdenes que son tan incompetentes? Te dejaré expuesta. Habrá quienes se pregunten dónde me he metido.

—Un número equivalente de personas se alegrarán de haberse librado de usted, supongo —dijo Zen.

Sacó un silenciador y lo fijó a la pistola, ya sin molestarse en fingir.

Audrey gimoteó. Dion, en un gesto que lo honraba, se levantó, rechazando enfrentarse a la muerte sentado.

—Los ha empujado usted demasiado, don Demente —dijo Zen—. Se les ha metido en la cabeza que lo único que se propone es destruirlos y han reaccionado del modo en que lo hacen todos los matones cuando los empujan: golpeando tan fuerte como pueden y confiando en que eso resolverá la situación. —Alzó el arma—. En cuanto a mí, sé cuidarme sola. Pero gracias por preocuparse.

Miré por el cañón de la pistola, sudando, montando en pánico. Sin esperanza, sin plan, sin aspectos...

Pero eso ella no lo sabía.

—Están a tu alrededor —susurré.

Zen vaciló.

—Hay quienes tienen la teoría —seguí diciendo— de que lo que veo son fantasmas. Si has leído sobre mí, ya lo sabes. Hago cosas de las que no debería ser capaz. Sé cosas que no debería saber. Porque tengo ayuda.

—Lo único que pasa es que es un genio —dijo ella, pero sus ojos se desviaron a un lado.

Sí, había leído sobre mí. En profundidad, dado que había sabido cómo apartarme de mis aspectos.

Y nadie podía entrar en mi mundo sin salir un pelín... tocado.

—Ya nos han alcanzado —le dije—. Están en los escalones, detrás de ti. ¿Puedes sentirlos ahí, Zen? ¿Observándote? ¿Con las manos en tu cuello?

¿Qué harás con ellos si me eliminas? ¿Vivirás con mis espíritus acechándote el resto de tu vida?

Tensó la mandíbula y me dio la impresión de que intentaba con todas sus fuerzas no mirar hacia atrás. ¿Era posible que aquello estuviera funcionando?

Zen respiró hondo.

—No serán los únicos espíritus que me acechen, Leeds —susurró—. Si existe el infierno, me gané mi sitio en él hace mucho tiempo.

—Eso dices tú —repliqué—. Pero, por supuesto, lo que deberías estar preguntándote es lo siguiente: soy un genio. Sé cosas que no debería. Por tanto, ¿por qué nos he situado en este lugar y en este instante? ¿Por qué me interesa tenerte justo aquí?

—Eh...

Siguió apuntándome con la pistola. Un vientecillo fresco llegó desde arriba y la rodeó para agitar los bordes de los viejos sacos de patatas.

Mi teléfono móvil trinó en su bolsillo.

Zen casi dio un salto hasta el techo. Maldijo, sudando, y se apoyó la mano en el bolsillo. Movié de nuevo su arma hacia mí y disparó. A lo loco. De la viga maestra que tenía al lado, saltaron trocitos de madera. Dion se echó cuerpo a tierra.

Zen, con los ojos tan abiertos que le vi las escleróticas alrededor de los iris, sostuvo el arma con una mano temblorosa, mirándome.

—Mira el teléfono, Zen —le dije.

Ella no se movió.

¡No! ¡No podía terminar así! ¡Estaba tan cerca! Zen tenía que...

Sonó otro teléfono. Supuse que en esa ocasión sería el suyo, ya que le vibraba en el otro bolsillo. Zen titubeó. La miré a los ojos. En ese momento, uno de los dos estaba perturbado, lunático, al límite.

Y no era el tipo loco.

Su móvil dejó de sonar. A continuación, le llegó un mensaje de texto. Esperamos, encarados en el frío sótano hasta que, por fin, Zen bajó la otra mano y sacó su móvil. Lo observó unos instantes. Luego soltó una carcajada. Dio un paso atrás, hizo una llamada y mantuvo una conversación susurrada.

Dejando escapar el que debió de ser el mayor suspiro de mi vida, fui hacia Dion y lo ayudé a levantarse. Él miró a Zen, que volvió a reírse, más fuerte esa vez.

—¿Qué está pasando? —preguntó Dion.

—Que estamos a salvo —dije—. ¿No es cierto, Zen?

A ella se le escapó una risita incontrolable. Entonces colgó y me miró a los ojos.

—Lo que usted diga, señor.

—¿Señor? —preguntó Dion.

—Exeltec estaba tambaleándose —expliqué—. He hecho correr rumores de que estaba sometida a investigación federal y he pedido a Yol que pulse las teclas económicas adecuadas.

—¿Para hacer que se desesperen? —aventuró Dion.

—Para hacer que la compañía se hunda —dije mientras caminaba de vuelta hacia Zen y pasaba junto a una desconcertada Audrey—, y así poder permitirme adquirirla. Se supone que esa parte tenía que llevarla a cabo Yol, pero no pudo terminarla. He tenido que pedirle a Wilson que haga el resto, que llame a los distintos inversores de Exeltec y les compre sus acciones.

Tendí la mano hacia Zen. Ella me devolvió mi teléfono.

—Entonces... —dijo Dion.

—Entonces ahora soy dueño del sesenta por ciento de la empresa —concluí al leer el mensaje que me había enviado Wilson—. Y me he votado a mí mismo como presidente. Lo cual me convierte en el jefe de Zen.

—Señor —dijo ella.

Estaba recuperando bien la compostura, pero distinguí lo alterada que estaba por la forma en que le seguían temblando las manos, por lo envarada que tenía la expresión.

—Un momento —dijo Dion—. ¿Acaba de derrotar a una asesina con una OPA hostil?

—Utilizo las cartas que se me reparten. No creo que haya sido demasiado hostil, de cualquier modo. Sospecho que todos los accionistas se morían de ganas de abandonar el barco.

—Comprenderá, por supuesto —se apresuró a decir Zen—, que en realidad no iba a dispararle. Se suponía que solo debía ponerlo nervioso para que me revelara información.

—Por supuesto.

Esa sería la versión oficial de los hechos, diseñada para protegerlos a ella y a Exeltec de acusaciones por intento de asesinato. Mi acuerdo de adquisición incluiría cláusulas para impedirme emprender acciones legales contra ellos.

Me guardé el móvil en el bolsillo, recuperé mi pistola de manos de Zen y asentí en dirección a Audrey.

—Vamos a recuperar ese cadáver.



Veintiuno

Encontramos a la señora Maheras todavía en el jardín. Estaba allí arrodillada, plantando, nutriendo, cuidando.

Me acerqué y, por la forma en que me miró, sospeché que sabía que se había descubierto el pastel. Aun así, me arrodillé junto a ella y le pasé una caja de plántones de flores cuando me la señaló.

Se oyeron sirenas en la lejanía.

—¿Eso era necesario? —me preguntó, sin levantar la mirada.

—Lo siento, pero sí —dije.

Había enviado un mensaje de texto a Yol, sabiendo que los federales lo leerían antes. Detrás de mí, Audrey, Tobias, Ivy y un alicaído J. C. se aproximaron a nosotros. A mis ojos, proyectaron sombras en la luz menguante y me impidieron ver a Dion, que estaba justo detrás de ellos. Habíamos encontrado a mis otros aspectos caminando por el arcén de la

carretera, a kilómetros de distancia del lugar donde nos había retenido Zen, intentando llegar hasta mí.

Estaba cansado. Qué agotado estaba... A veces, en plena acción se te olvida. Pero, cuando cesa la tensión, viene todo de golpe.

—Debería haberme dado cuenta —dijo Ivy otra vez, cruzada de brazos—. Tendría que haberlo visto. La mayoría de las ramas de la religión ortodoxa están muy en contra de la incineración. La consideran equivalente a profanar el cuerpo, que debería esperar la resurrección.

Nos habíamos centrado tanto en la información que contenían las células de Panos que ni nos habíamos parado a pensar que podía haber otros motivos, distintos del todo, por los que alguien quisiera robar el cadáver. Motivos tan poderosos que llevarían a una mujer, por lo demás respetuosa con la ley, y a su sacerdote a idear un robo.

En cierto modo, estaba muy impresionado.

—Usted trabajó de limpiadora cuando era más joven —dije—. Debería haber preguntado a Dion más cosas sobre su vida y su trabajo. Me ha mencionado que tuvo empleos no cualificados, que se pasó media vida manteniéndolos a él y a su hermano. No llegué a preguntarle a qué se había dedicado.

Ella siguió plantando flores sobre la tumba de su hijo, oculta en el jardín.

—Se hizo pasar por la señora de la limpieza que trabaja en la morgue —proseguí—. La sobornó, supongo, y fue usted en su lugar después de hacer que el sacerdote colocara la cinta en la puerta. Era él de verdad, no un impostor. Entre los dos, tomaron medidas extremas para proteger el cuerpo de su hijo de la incineración.

—¿Qué me ha delatado? —preguntó la señora Maheras mientras las sirenas seguían acercándose.

—Imitó la rutina que seguía la verdadera mujer de la limpieza con toda

exactitud —dije—. Con demasiada exactitud. Limpió los servicios y firmó en el folio clavado en la puerta para demostrar que se había hecho.

—¡Practiqué la firma de Lilia hasta que me salió perfecta! —protestó la señora Maheras, mirándome por primera vez.

—Sí —dije, y levanté uno de los papelitos con versículos bíblicos que la mujer metía en los bolsillos de su hijo—. Pero también apuntó la hora de la limpieza en el folio, y no había practicado para imitar los números de Lilia.

—Tiene un cero muy característico —añadió Audrey, con una expresión de engreimiento absoluto. Al final, la criptografía no había resuelto el caso. Había bastado con un poco de grafoanálisis de toda la vida.

La señora Maheras suspiró, clavó la espátula en la tierra e inclinó la cabeza para rezar en silencio. Yo también agaché la cabeza, igual que hicieron Ivy y J. C., aunque Tobias se abstuvo.

—Así que volverá a llevárselo —susurró la señora Maheras cuando hubo terminado su plegaria. Miró el suelo que tenía delante, con las flores y las tomateras plantadas.

—Sí —respondí, levantándome y sacudiéndome el polvo de las rodillas—. Pero, al menos, no creo que tenga demasiados problemas por lo que hizo. El gobierno no considera que los cadáveres sean una propiedad, así que lo que hizo usted no cuenta como robo.

—Me consuela poco —murmuró ella—. Aun así, se lo llevarán y querrán quemarlo.

—Cierto —dije, como si no tuviera importancia—. Pero claro, ¿quién sabe qué secretos había escondido su hijo en su cuerpo? Había estado introduciendo información secreta en su ADN, y podría haber ocultado ahí toda clase de cosas. La indirecta adecuada en el momento adecuado podría llevar al gobierno a emprender una búsqueda muy muy prolongada.

Ella alzó la vista hacia mí.

—Los científicos no se ponen de acuerdo sobre cuántas células hay en el cuerpo humano —le expliqué—. Del orden de billones, como mínimo. Quizá sean muchas más. Podría costarles décadas y más décadas buscar en todas, cosa que dudo que el gobierno quiera hacer. Sin embargo, si creen que podrían contener algo importante, sí que es probable que congelen el cadáver por si acaso necesitaran hacer una búsqueda exhaustiva en algún momento.

»No sería un entierro como el que usted desea, pero tampoco sería incineración. Si no me equivoco, la Iglesia tiene en cuenta que la gente pueda querer donar sus órganos para ayudar al prójimo. Quizá lo mejor sea considerarlo de ese modo.

La señora Maheras puso una expresión pensativa. Me levanté y Dion se acercó para consolarla. Mis sugerencias parecían haber servido de algo, cosa que me desconcertó. Yo habría preferido incinerar a un pariente que dejar que lo congelaran para siempre. Pero cuando llegué a la casa y miré atrás, descubrí que la señora Maheras parecía haberse animado visiblemente.

—Tenías razón —dije a Ivy.

—¿Alguna vez no he tenido razón?

—Eso no lo sé —intervino J. C.—, pero a veces sí que tomas unas decisiones pésimas sobre relaciones.

Nos lo quedamos mirando todos y se ruborizó de inmediato.

—Me refería a cuando me dejó —protestó él—, ¡no a cuando empezó a salir conmigo!

Sonreí y encabecé la procesión hacia la cocina. Cómo me alegraba de haber recuperado a mis aspectos. Recorrí el corto pasillo con retratos en las paredes, en dirección a la puerta delantera. Quería recibir a los federales cuando llegaran.

Me detuve en seco.

—En esta pared hay un hueco vacío. Resulta muy raro. Todas las

superficies, las mesas y las paredes de esta casa están repletas de adornos cursis. Excepto esto.

Señalé las cuatro fotografías de la familia y luego los dos cuadros de santos. Y las dos partes de pared en las que solo había unos pequeños clavos. Ivy había dicho que lo más seguro era que la señora Maheras hubiera descolgado el cuadro del santo patrono de Panos para preparar su funeral.

—Ivy —dije—, ¿crees que podemos suponer que Panos sabía que, si moría, quitarían este cuadro para ponerlo con su cuerpo?

Nos miramos entre nosotros. Entonces levanté el brazo y tiré del clavo que había debajo de la fotografía de Panos. Me opuso una resistencia extraña. Tiré con más fuerza y el clavo salió, pero tenía una protuberancia en la punta y un cordelito atado al final.

Tras la pared, algo dio un chasquido.

Miré a los aspectos, de repente inquieto, hasta que el interruptor de la luz que había cerca en la pared rotó y salió hacia delante, con placa y todo, como un posavasos oculto en el salpicadero de un coche. En los lados de la parte que había estado dentro de la pared se encendieron unas bombillitas LED intermitentes.

—Maldita sea —dijo J. C.—. El chaval tenía razón.

—Esa boca —musitó Ivy mientras examinaba de cerca el dispositivo.

—¿Qué ha pasado con las palabrotas del futuro? —preguntó Audrey—. La verdad es que me gustaban.

—Me he dado cuenta de una cosa —dijo J. C.—. No puedo ser un Guardián del Tiempo Interdimensional. Porque si lo fuese, significaría que todos los demás lo sois también. Y eso es un poco demasiado absurdo para que pueda aceptarlo.

Extendí el brazo hacia el soporte que había salido de la pared y saqué de él un dedo de memoria. Tenía escritas unas palabras con rotulador indeleble.

—«1 Reyes 19:11-12», leí.

Ivy se puso a citar en voz baja.

—«Él le dijo: “Sal y ponte de pie en el monte, delante del Señor”. Y he aquí que el Señor pasaba. Un grande y poderoso viento destrozaba las montañas y rompía las peñas delante del Señor, pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento hubo un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto hubo un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego hubo un sonido apacible y delicado.»

Miré a mis aspectos mientras alguien aporreaba la puerta. Entonces me guardé la memoria USB en el bolsillo e introduje de nuevo el soporte en la pared antes de salir a recibir a los federales.



Epílogo

Cuatro días más tarde, estaba de pie a solas en la Sala Blanca. Tobias había tapado el agujero del techo, como me había prometido. El lugar era un agradable espacio vacío.

¿Era así como me quedaría yo, sin mis aspectos? ¿Vacío, en blanco? Desde luego, era como me había sentido cuando me secuestró Zen. Apenas había sido capaz de hacer nada para salvarme. Ni planes ni huida. Solo había podido retrasar un poco a la asesina. Ivy se preguntaba a veces si me estaba volviendo lo bastante bueno por mi cuenta como para que un día dejara de necesitarlos a ella y a los demás.

Por lo que me había ocurrido después de perderlos, supuse que ese día, si es que llegaba en algún momento, quedaba todavía muy muy lejos.

La puerta se abrió y entró Audrey, vestida con un bañador azul de una pieza. Llegó hasta mí al trote y me entregó un papel.

—Tengo una fiesta de piscina. Pero he terminado de resolver esto. No me

ha costado mucho, después de tener la clave.

En el lápiz de memoria habíamos encontrado dos cosas. La primera era lo que esperábamos, la clave para descifrar los datos del cuerpo de Panos. El cadáver lo había confiscado el gobierno, y yo los había convencido de congelarlo para el futuro previsible. A fin de cuentas, podría contener datos importantísimos, y quizá la clave apareciera algún día.

Yol me había ofrecido una suma desorbitada a cambio de localizar la clave. Me había negado, aunque lo había obligado a comprarme Exeltec por otra suma desorbitada, de modo que había terminado en una posición económica bastante decente.

Control de Enfermedades no había encontrado pruebas de que Panos hubiera liberado algún tipo de patógeno y terminó dictaminando que la nota del ordenador de Panos había sido una amenaza sin fundamento, preparada con la intención de hacer montar en pánico a I3. Esa misma mañana, Dion me había enviado una nota de agradecimiento suya y de su madre por impedir que el gobierno incinerara el cuerpo. Aún no les había contado que había robado la memoria USB.

Contenía la clave y... un segundo archivo. Un pequeño documento de texto, también cifrado. Nos lo habíamos quedado mirando un tiempo antes de caer en la cuenta de que la clave estaba apuntada en el exterior del mismo lápiz de memoria. El decimonoveno capítulo del *Libro Primero de los Reyes*. Cualquier cadena de letras, números o una combinación de ambos puede ser la contraseña de un criptograma de clave privada, aunque emplear un texto conocido, como versículos de la Biblia, no era una opción particularmente segura.

Audrey salió de la Sala Blanca, pero se dejó la puerta entreabierta. Vi a Tobias fuera, apoyado en la pared, con los brazos cruzados, vestido con su habitual traje suelto, sin corbata.

Levanté el papel y leí la sencilla nota que había dejado Panos.

Supongo que estoy muerto.

No debería sorprenderme, pero no creía que de verdad se atrevieran a hacerlo. Mis propios amigos, ¿sabes?

En eso se había equivocado. Por lo que habíamos podido determinar, cualquier otra persona y yo, su caída de verdad había sido un accidente.

¿Sabías que toda persona es una selva andante de bacterias? Cada uno de nosotros es un pequeño bioma en sí mismo. He hecho una modificación. Se llama *Staphylococcus epidermidis*. Es una cepa bacteriana que transportamos todos. Inofensiva, a grandes rasgos.

No le he hecho grandes cambios. Solo he añadido algo. Varios megas de datos, insertados en el ADN. I3 estaba vigilándome, pero aprendí la manera de seguir con mi trabajo, incluso bajo supervisión. Leían todo lo que publicaba en internet, así que decidí usar sus herramientas contra ellos. Introduje la información en las bacterias de mi propia piel y luego les estreché la mano a todos. Seguro que, a estas alturas, puedes encontrar cepas de mis bacterias modificadas a lo largo y ancho del mundo.

No hacen nada nocivo. Pero, si has encontrado esto, tienes la clave para descifrar lo que oculté. La decisión es tuya, Dion. La dejo en tus manos. Si haces pública la clave que contiene este lápiz de memoria, todo el mundo sabrá lo que he estudiado. Tendrán las respuestas sobre lo que está haciendo I3 y todos jugarán en igualdad de condiciones.

Estudié el papel un tiempo y luego, sin hablar, lo doblé y me lo guardé en el bolsillo trasero. Fui a la puerta.

—¿Vas a hacerlo? —me preguntó Tobias cuando pasé delante de él—. ¿Liberar la clave?

Saqué la memoria USB y la sostuve en alto.

—¿Dion no hablaba de fundar una empresa con su hermano? ¿De curar enfermedades? ¿De hacer el bien todos los días?

—Algo parecido —confirmó Tobias.

Lancé la memoria al aire y la atrapé.

—Vamos a dejar esto guardado para enviárselo el día de su graduación. A lo mejor ese sueño suyo no está tan muerto como él cree. Y, como mínimo, deberíamos cumplir los deseos de su hermano. —Vacilé un momento—. Pero antes, querremos ver si podemos descifrar nosotros esos datos para estimar lo peligrosos que podrían ser.

Como mis aspectos habían supuesto, mis contactos en los federales me dijeron que el susto del cáncer había sido una invención de Yol, un intento de hacer más urgente la tarea que me había asignado. Pero no teníamos ni idea de en qué había estado trabajando Panos realmente. De algún modo, había logrado ocultárselo incluso a sus compañeros de I3.

—En teoría —dijo Tobias—, esa información es propiedad de Yol.

—En teoría —repuse, guardándome otra vez el lápiz en el bolsillo—, también es propiedad mía, ya que poseo parte de la empresa. Digamos que esta es mi parte.

Lo dejé atrás y seguí hacia la escalera.

—Lo más curioso de todo —dije, con la mano en la barandilla— es que dedicamos todo el tiempo a buscar un cadáver, pero la información no estaba solo ahí, sino también en todas las personas a las que encontramos.

—No había forma de que lo supiéramos —dijo Tobias.

—Pues claro que la había —repliqué—. Panos nos lo advirtió. El día que fuimos a investigar I3, estaba escrito allí mismo, en un eslogan de los que había imprimido y colgado en la pared.

Tobias me miró perplejo.

—Información —añadí, moviendo los dedos y las bacterias que contenían los datos de Panos— para todos.

Sonreí y dejé a Tobias riendo mientras bajaba a buscar algo de comer.

Las mentiras del
contemplador

UNA HISTORIA
DE STEPHEN LEEDS



Uno

—Entonces —dijo J. C., contemplando el edificio con los brazos en jarras —, ¿a nadie más le preocupa que la oficina de la doctora esa esté en un barrio de mala muerte?

—No es un barrio de mala muerte —replicó Ivy, que me tendió la mano para ayudarme a salir de la limusina.

—Claro que no —dijo J. C.—, y esos de la esquina no son camellos de crack.

—J. C., esos niños tienen como seis años.

Él entornó los ojos.

—Pues sí que empiezan pronto, ¿no? ¡Pequeños emprendedores perversos!

Ivy puso los ojos en blancos, pero Tobias, un hombre afroamericano que empezaba a acusar el paso de los años en las piernas, soltó una afable carcajada a pleno pulmón. Salió de la limusina con mi ayuda y dio una

palmada a J. C. en la espalda. Habían pasado todo el trayecto hasta allí bromeando.

J. C. sonrió de oreja a oreja, con lo que demostraba que al menos era un poco consciente de sus payasadas. Observé el edificio. Aunque se trataba del típico bloque de oficinas genérico de las afueras, estaba en la acera de enfrente de una casa de empeños y al lado de un taller de automóviles. No era un barrio de mala muerte, pero tampoco podía considerarse un vecindario de primera clase. Por tanto, quizá J. C. tuviera algo de razón.

Di unos golpecitos con los nudillos en la ventanilla del copiloto de la limusina, que descendió y dejó a la vista a una joven de corto cabello rubio. La sobrina nieta de Wilson volvía a acompañarlo. Se me había olvidado. Deseé que no estuviera con nosotros ese día, porque tiendo a estar un poco más... errático cuando hablo con periodistas.

Miré a su otro lado, hacia el hombre alto y distinguido que iba al volante.

—Espérame aquí, Wilson, ¿quieres? —dije—. En vez de ir a la estación de servicio. Por si nos hemos equivocado de dirección o algo.

—Muy bien, señor Leeds —respondió Wilson.

Su sobrina nieta asintió con entusiasmo. Wilson estaba cómodo vestido de mayordomo tradicional, pero ella parecía avergonzada de su chaqueta y su gorro de chófer, como si fuese disfrazada. ¿Habría escuchado la conversación que había mantenido con mis alucinaciones en el asiento trasero? Estaba acostumbrado a Wilson, pero se me hacía raro exponerme así ante alguien de fuera. De acuerdo, no era raro que la gente viese mis... excentricidades estando en público. Pero aquello me daba una sensación muy distinta, como de invasión de la intimidad.

Me volví y entré con mis aspectos en el edificio de oficinas, que tenía una naturaleza estéril muy reconocible. No recordaba del todo a un hospital, pero lo limpiaban tan a menudo que tenía ese mismo olor como blanquecino. La

primera puerta a la derecha era la número dieciséis, donde habíamos quedado con la entrevistadora.

J. C. miró por la ventana lateral.

—No tiene zona de recepción —dijo—. Es solo una sala grande. Parece la clase de sitio donde alguien te agarra en el momento en que entras. Te dejan inconsciente, y entonces... ¡pam! Tres riñones.

—¿Tres? —se sorprendió Ivy.

—Claro —respondió J. C.—. Necesitan mulas involuntarias para el tráfico ilegal de órganos.

—¿Y cómo de involuntario seguirás siendo cuando te despiertes con una incisión en el abdomen? ¿No irías corriendo al médico?

Los ojos de J. C. se entrecerraron.

—Pero es que, por supuesto, el médico está en el ajo, Ivy.

Miré a Tobias, que seguía sonriendo. Señaló con el mentón un cuadro que había en la pared del pasillo.

—Es de Albert Bierstadt —dijo—. *Entre las montañas de Sierra Nevada*. El original está expuesto en el Smithsonian, y es una de las obras más famosas de la Escuela del Río Hudson. —Su tono tranquilo marcaba un contraste relajante con la jovial, pero aun así muy arraigada, paranoia de J. C.—. Siempre me ha encantado cómo se abren las nubes para iluminar la naturaleza oscura. Representa la Creación vista a través de la lente de la expansión estadounidense. Nuestros ojos se ven atraídos sin remedio hacia esa luz central, como si nos estuvieran permitiendo la entrada en el paraíso.

—O bien —objetó Ivy— tal vez las nubes se estén cerrando y el paisaje cae en la penumbra a medida que Dios se retira y deja al ser humano en la oscuridad.

Sobresaltado, miré fijamente a Ivy. Por lo general, era la religiosa del

grupo y defendía todo lo cristiano y lo sagrado. Se encogió de hombros y apartó la vista.

Llamé con los nudillos y la puerta se abrió, revelando a una mujer madura asiática con la cara cuadrada y marcadas arrugas de sonreír en torno a la boca.

—¡Ah, señor Leeds! Excelente.

Nos invitó a entrar con un gesto y, cómo no, J. C. fue el primero en moverse. Se agachó para pasar bajo el brazo de la mujer, evitando con destreza tocar a una persona real, con la mano sobre su arma. Al cabo de un momento, asintió para indicar que los demás podíamos entrar.

La entrevistadora había preparado sillas para nosotros, y se quedó junto a la puerta abierta un rato evidentemente largo para que pudiéramos pasar todos. Se había documentado. Aunque esperó demasiado tiempo, porque no podía ver a los aspectos, su gesto ayudaba a mantener la ilusión, cosa que agradecí.

Ivy y Tobias se sentaron mientras J. C. seguía inspeccionando la sala. A nuestra derecha había un ventanal que daba a la calle, por el que vi a Wilson de pie junto a la limusina. La pared izquierda estaba dominada por un enorme acuario de peces de agua salada. El resto de la decoración era de estilo estudio de escritura, con librerías de madera y alfombras de color verde oscuro.

Me acerqué al ventanal y saludé con la cabeza a Wilson, que levantó una mano.

—¿Hoy son tres, entonces? —preguntó la periodista.

Me di la vuelta, frunciendo el ceño.

—He seguido su mirada —explicó ella, señalando primero las sillas donde se habían sentado Ivy y Tobias y luego el lugar donde había estado J. C.,

aunque este ya se había movido para buscar pasadizos secretos en las estanterías.

—Solo tres —dije.

—¿Ivy, Tobias y J. C.?

—Vaya, sí que se ha documentado.

—Me gusta estar preparada —repuso la mujer, tomando asiento en su propia silla—. Ah, me llamo Jenny, por si Liza no se lo ha dicho.

La mujer era Jenny Zhang, periodista y escritora superventas. Se especializaba en salaces biografías pop que estaban a caballo entre la información, el entretenimiento y el voyeurismo. Había ganado varios premios, pero, en realidad, era solo una escritorzuela del montón que se había esforzado por huir de las trincheras del sensacionalismo en internet y se había labrado cierta respetabilidad.

Deseé no haber prometido a Liza el favor de conceder una entrevista a algún amigo suyo, pero ya no tenía remedio. Con un poco de suerte, Jenny no me entretendría demasiado tiempo y el libro que terminara publicando no sería demasiado hiriente.

Señaló los asientos con la barbilla, pero me quedé junto a la ventana.

—Como quiera —dijo al tiempo que sacaba un cuaderno. Señaló a mis aspectos—. J. C., Tobias, Ivy. *Id, ego, superego*.

—Vaya, maravilloso —dijo Ivy—. Es otra de esos. Dile que ya lo hemos estudiado y no encaja.

—No nos hace demasiada gracia ese perfil psicológico —respondí a Jenny.

—¿La que se ha quejado es Ivy? —preguntó la periodista—. Es un depósito de su comprensión de la naturaleza humana. Usted externaliza en ella su don de gentes y sus conocimientos sobre relaciones. Al parecer, es muy cínica. Me pregunto qué nos revela eso sobre usted.

Cambié el peso de un pie al otro, incómodo.

—Oye —dijo J. C.—, no está nada mal.

—Pero también ha creado usted una personificación de la paz y la relajación. —Jenny señaló con el lápiz hacia un asiento. Se había equivocado de silla, pero estaba claro que se refería a Tobias—. Dice que es historiador, pero ¿con qué frecuencia se demuestran relevantes sus conocimientos de historia?

—Con mucha.

—No es eso lo que tengo entendido —dijo Jenny—. Afirma tener un número limitado de «puestos» para su equipo de aspectos. Imaginar a demasiados a la vez es complicado, así que solo lleva consigo a unos pocos en cada momento. Sin embargo, siempre tiene a estos tres. J. C., su sentido de la paranoia y su instinto de supervivencia, es una inclusión lógica. Al igual que Ivy, que puede ayudarle a lidiar con las normas sociales del mundo exterior. Pero ¿por qué Tobias?

—Sabe demasiado —dijo Ivy—. Está pasando algo con esta entrevista.

—¿Es necesario que montemos en pánico? —preguntó Tobias—. De acuerdo, se ha leído los perfiles escritos hasta ahora sobre Stephen. Pero eso era de esperar. ¿Acaso no nos pondríamos más suspicaces si no se hubiera presentado con alguna teoría sobre nuestra naturaleza?

Me quedé en la ventana, aunque al cabo de un momento J. C. asintió y se sentó. No había detectado ningún peligro. Me aparté del ventanal, pero no me senté. En vez de eso, anduve hacia el acuario. Era una instalación extravagante, con corales multicolores y una iluminación hermosa. Cuánto trabajo para crear algo que se reducía a una cárcel.

Jenny estaba tomando notas en su cuaderno. ¿Qué era lo que encontraba tan fascinante? Yo apenas había abierto la boca.

Contemplé a los peces picoteando el coral, comiéndose sus propios confines.

—¿No tiene más preguntas que hacerme? —dije por fin—. Todos los demás quieren saber cómo distingo la realidad de la alucinación. O cómo me siento al asimilar conocimientos y luego manifestarlos en forma de aspecto.

—¿Qué le ha ocurrido a Ignacio? —preguntó Jenny.

Me volví con brusquedad hacia ella. Tobias se llevó una mano a los labios y dio un leve respingo.

—Mencionó a Ignacio en entrevistas anteriores —explicó Jenny, observándome con el lápiz preparado—. Uno de sus aspectos preferidos. Era químico, ¿verdad? Y, sin embargo, en el reciente caso de las bacterias devoradoras de aceite de motor, no lo involucró en absoluto. Me resulta curioso.

Ignacio. Él, como Justin, ya no estaba... ya no estaba entre mis aspectos.

Tobias carraspeó.

—¿Has visto que tiene un libro de Algernon Blackwood en la estantería? En su edición original de Arkham House, que es mi favorita. ¡Qué tacto tiene el papel! Y su aroma... es el aroma de la sabiduría encarnada.

—Se ha quedado petrificado —observó Jenny—. ¿Puede usted perder aspectos, señor Leeds?

—Las ediciones originales de Arkham House son... son difíciles de encontrar... aunque depende del autor. Una vez tuve un ejemplar del *Carnaval oscuro* de Bradbury publicado por ellos, aunque la cubierta...

—¿Qué pasó? —preguntó Jenny—. ¿Se marchó sin más?

—La cubierta... no... no envejeció... bien y...

—Ivy —susurré.

—Vale, vale —dijo ella, levantándose—. Muy bien, se está comportando como si fuese una pregunta inocente, pero no me lo creo. Sabía que con esto iba a tocar hueso. Mira con qué fuerza agarra el lápiz, con qué atención espera tus palabras.

—Lo siento. —Tobias se secó la frente con un pañuelo—. No estoy ayudando mucho ahora mismo, ¿verdad?

—Nos está pinchando —dijo J. C., que se levantó también. Puso una mano en el hombro de Ivy—. ¿Qué hacemos?

—Quiere desequilibrarnos —dictaminó Ivy—. Steve, tienes que recuperar el control de la conversación.

—Pero ¿cuánto sabe? —preguntó Tobias—. ¿De verdad ha adivinado lo que pasó con Ignacio? No sueles hablar de estas cosas. —Ladeó la cabeza—. Stan dice... dice que seguro que trabaja para ellos.

—¡No ayudas, Tobias! —exclamó Ivy mirándolo con expresión de enfado.

—Callaos —les dije—. Callaos todos.

Se quedaron en silencio. Trabé la mirada con Jenny, que parecía mucho más tranquila, haciendo rodar el lápiz entre dos dedos. Fingiendo despreocupación.

No podía seguir derrumbándome cada vez que salían Ignacio o Justin en conversación. Tenía que controlarlo.

No estaba loco.

—No me encuentro cómodo hablando de este tema —dije, mientras por fin iba hacia las sillas y me sentaba en la que Jenny había preparado para mí.

—¿Por qué no?

—Siguiente pregunta, por favor.

—¿Ha perdido a algún otro aspecto aparte de Ignacio?

—Puedo quedarme aquí sentado todo el día, Jenny —dije—, repitiendo las mismas palabras una y otra vez. ¿Es así como quiere desperdiciar su entrevista?

El lápiz dejó de rodar.

—Muy bien. Siguiente pregunta, pues. —Reordenó sus papeles—. En todas sus entrevistas sostiene que no está loco. Que, según su definición, la

locura es la línea a partir de la cual la psicología de un individuo afecta a su capacidad de llevar una vida normal. Una línea que usted no ha cruzado nunca.

—Exacto —respondí—. Los medios intentan convencernos de que la locura es una especie de estado mágico que solo puede estar activado o desactivado. Como una enfermedad que se puede contraer. Están pasando por alto los matices. La estructura y la química del cerebro humano son increíblemente complejas, y ciertas características que, llevadas al extremo, la sociedad considera de locos pueden hallarse presentes en muchas personas consideradas normales y contribuir en gran medida a su éxito.

—Entonces ¿niega que la enfermedad mental sea, en efecto, una enfermedad?

—Yo no he dicho eso.

Miré a mis aspectos. Ivy se había sentado con las piernas cruzadas, en postura recatada. Tobias, que se había levantado y había ido a la ventana, miraba hacia arriba, al lugar donde creía poder ver a Stan, el astronauta, en su satélite. J. C. se había desplazado hasta la puerta y tenía la mano sobre su pistola.

—Lo único que digo —proseguí— es que la definición de la palabra «locura» es un blanco en movimiento, que depende mucho de la persona de quien se hable. Si la forma de pensar que tiene alguien es muy distinta de la de usted pero esas pautas de pensamiento no trastocan su vida, ¿por qué intentar «arreglarlas»? Yo no necesito que me arreglen. Si lo necesitara, mi vida estaría fuera de control.

—Eso es una dicotomía falsa —dijo Jenny—. Podría usted necesitar ayuda y al mismo tiempo ostentar el control.

—Estoy bien.

—¿Y sus aspectos no trastocan su vida?

—Depende de lo molesto que esté siendo J. C. en cada momento.

—¡Oye! —exclamó J. C.—. Eso no me lo merecía.

Los tres nos lo quedamos mirando.

—Hoy —añadió—. Hoy he sido bueno.

Ivy enarcó una ceja.

—De camino hacia aquí has dicho, y cito: «La policía no debería ser tan racista con los moros esos. ¿Qué culpa tendrán ellos de haber nacido en China o donde sea?». —

—¿Lo ves? He sido bueno. —J. C. calló un momento—. ¿Debería haberlos llamado moroamericanos o algo así?

—¿Su *id* está protestando? —Jenny alternó la mirada entre J. C. y yo. Se le daba bien seguir el rastro de mi atención.

—Él no es mi *id* —repliqué—. Ni se le ocurra sugerir que, de algún modo, sirve para articular mis deseos secretos.

—No estoy segura de que pueda articular nada en absoluto —añadió Ivy—, dado que hacerlo, por definición, requeriría algo más que gruñidos.

J. C. puso los ojos en blanco.

Me levanté y regresé junto al acuario. Siempre me había preguntado si los peces sabrían que estaban enjaulados. ¿Podrían comprender lo que les había sucedido, que su mundo entero era artificial?

—Bueno —dijo Jenny—, quizá podríamos trazar su estado, señor Leeds. Hace tres años, en su última entrevista, dijo que se encontraba mejor que nunca en la vida. ¿Sigue siendo el caso? Con los años, ¿ha mejorado o ha empeorado?

—No funciona así —respondí, observando a un pecesito negro y rojo esconderse raudo detrás de un coral amarillo falso—. No mejoro ni empeoro, porque no estoy enfermo. Soy quien soy, sin más.

—¿Y nunca ha considerado que su... estado sea una dolencia? —preguntó

Jenny—. Porque los primeros informes de todos pintan un cuadro muy distinto. Describen a un hombre asustado que afirmaba estar rodeado de demonios que le susurraban instrucciones.

—Hum...

Eso había sido mucho tiempo atrás. «Busca un propósito —me había enseñado Sandra—. Haz algo con las voces. Oblígalas a servirte.»

—Eh —interrumpió J. C.—. Salgo a comprar cecina o lo que sea en esa gasolinera. ¿Alguien quiere algo?

—¡Espera! —casi grité, dando la espalda al acuario—. Puede que te necesite.

—¿Cómo? —dijo J. C. con la mano en el pomo de la puerta—. ¿Puedes necesitarme para soltar más paridas sobre mí? Seguro que te las apañarás.

Salió y cerró la puerta. Yo me quedé allí plantado, sin habla. Se había marchado de verdad. Por lo general, cuando J. C. desobedecía, era porque yo intentaba dejarlo atrás, o porque no quería que practicara con sus pistolas. Desobedecía para protegerme. No... no se marchaba y punto.

Ivy corrió hasta la puerta y miró.

—¿Quieres que vaya a por él?

—No —susurré.

—Muy bien —dijo Jenny—. Hablábamos de si estaba empeorando, creo.

Eh... Esto...

—Es un cirujano encendido, también llamado acantúrido de Aquiles —dijo Tobias, que había venido hacia mí y señalaba con el mentón el pez rojo y negro—. Parece negro, pero en realidad es marrón oscuro o a veces incluso violeta oscuro. Es un pez muy hermoso, pero difícil de mantener. Esa mancha de la cola es el origen de su segundo nombre, porque se parece un poco a una herida sangrante en el talón.

Respiré hondo. J. C. estaba comportándose como J. C., nada más.

Llevábamos demasiado tiempo hablando sobre los aspectos, y él odiaba que le recordaran que no era real. Por eso se había marchado.

—Es posible que en tiempos recientes haya tenido algunas épocas duras —dije a Jenny—. Necesito algo en lo que enfocar mis aspectos y mi mente.

—¿Un caso? —preguntó Jenny, sacando unos papeles de debajo del cuaderno—. En eso quizá podría ayudarle.

Dejó los papeles en la mesita, delante de ella.

—Ajá —dijo Ivy, viniendo también hacia mí—. Eso era lo que pretendía, Steve. Todo esto ha sido un preámbulo. Quiere contratarte.

—Estaba desequilibrándote —convino Tobias—, quizá para situarse en una mejor posición negociadora.

Aquello era un terreno más conocido. Me relajé y luego fui hacia la mesita y me senté en el asiento que había enfrente de Jenny.

—¿Todo esto era para ofrecerme un caso? Cómo es la gente. Sabe que podía pedírmelo y ya está, ¿verdad?

—Tiende usted a devolver las cartas sin abrir, Leeds —dijo la periodista, pero tuvo la decencia de ruborizarse.

—¿Qué es esto? —dije, leyendo los papeles en diagonal—. Una máquina que emplea datos a gran escala para predecir las apetencias exactas de una persona, actualizadas cada minuto, a partir de su química cerebral y su historial de decisiones, eliminando así la necesidad de casi todas las elecciones y...

—Parece interesante —comentó Ivy, tras leer por encima de mi hombro—. Supongo que dependerá de lo que esté dispuesta a pagar y de qué quiere que hagamos exactamente.

—¿Qué necesita de mí? —pregunté a Jenny.

—Necesito que robe un...

Un zumbido en mi bolsillo. Miré distraído el teléfono, esperando un

mensaje de J. C. Seguro que me había enviado una foto de sí mismo intentando beber de la máquina de refrescos en la gasolinera, o alguna bobada por el estilo.

Pero el mensaje no era de J. C. Era de Sandra. La mujer que me había enseñado a utilizar mis aspectos, la mujer que me había traído la cordura. La mujer que había desaparecido sin dejar rastro poco después.

El mensaje consistía en una única palabra: *Socorro*.



Das

Salí de la sala como una exhalación, seguido de Ivy y Tobias. Ya en la calle, Wilson y su sobrina se dieron cuenta de que pasaba algo y Wilson se apresuró a abrirme la puerta del coche. Hice entrar a Ivy y a Tobias. ¿Y J. C.? ¿Dónde estaba J. C.?

No había tiempo. Subí al asiento trasero de la limusina.

—¡Espere! —gritó Jenny desde la puerta del edificio—. ¿Qué pasa con mi entrevista? ¡Se me prometió una sesión completa!

—¡Empezaremos desde el principio en otro momento!

—¡Pero el caso...! —Levantó sus papeles—. Tengo que ver cómo responden sus aspectos a esta situación. ¿No le intriga que...?

Di un portazo. En un día normal, quizá me habría intrigado. Ese día, no. Sostuve en alto el teléfono para Ivy y Tobias.

—¿Estás seguro de que el mensaje es suyo? —preguntó Ivy.

—Es del número que dejó en la mesa aquella mañana —dije—. Lo he

guardado en la lista de contactos de todos los teléfonos que he tenido desde entonces.

Habíamos intentado rastrear el número, pero en los registros siempre figuraba como no asignado.

Wilson se sentó en el asiento del copiloto y su sobrina nieta se caló el gorro de chófer y se puso al volante. El coche arrancó con un rugido.

—¿Adónde, señor? —preguntó ella.

Miré a Tobias y a Ivy.

—Podría ser alguien que imitara ese número —dijo Ivy—. Ten cuidado.

¿*De verdad eres tú?*, escribí.

El Lugar del Destino, respondió. Era como ella llamaba al Cramrid, el hotel donde nos habíamos conocido. Al momento me llegó otro mensaje, una secuencia de números y caracteres sin sentido.

¿*Qué?*, le escribí.

No hubo respuesta.

—¿Señor? —preguntó Wilson desde delante—. ¿Nos marchamos?

—Vamos a casa —le dije.

Su sobrina salió a la calle y giró en redondo para regresar por donde habíamos venido.

—¿Qué son esos números? —preguntó Ivy mirando a Tobias—. ¿Los reconoces?

Él meneó la cabeza.

—Sandra teme que pueda no ser yo quien tiene el móvil —dije—. Está en código. Antes solía hacer estas cosas.

Se miraron. Los dos habían estado presentes ya cuando conocí a Sandra, o por lo menos formaban parte de las muchas sombras y apariciones que veía en aquellos tiempos. Pero no habían terminado de ser ellos mismos hasta que Sandra me enseñó a crear aspectos, a enfocar mi atención, a meditar, a

compartimentar mi mente. Se habían transformado con naturalidad a partir de las sombras y voces susurradas que eran en individuos diferenciados.

—No deberíamos hacerle caso —dijo Ivy—. Está jugando contigo otra vez, Steve. Si es que es ella de verdad.

—Si no le hace caso, Ivy —replicó Tobias en voz baja—, se obsesionará con esto lo que le queda de vida. Sabes que tiene que investigarlo.

Ivy se recostó en el asiento y se cruzó de brazos. Con el pelo rubio recogido en un moño prieto y su sensato traje pantalón, cualquiera la habría tomado por una persona fría. Pero cuando giró la cabeza para mirar por la ventanilla, había lágrimas en las comisuras de sus ojos.

Tobias le puso una mano en el hombro.

Por extraño que parezca, me sentí fuera de lugar. Debería haber intentado consolarla, asegurarle que no estaba buscando una cura ni una forma de librarme de ella. Siempre había prometido a Ivy que no buscaba a Sandra por eso.

No hice nada. Me quedé mirando la pantalla del teléfono. *Socorro*. Doce años antes, Sandra me había salvado de la pesadilla en que se había transformado mi vida. ¿Me atrevería a confiar en que podría volver a estar con ella? ¿Me atrevería a confiar en que ella podría hacer algo para remediar mi derrumbe, el empeoramiento de mis aspectos, el...?

La imagen de la pantalla se emborronó cuando apareció un nuevo mensaje de texto.

Tío. ¡Tío! Dime que no acabo de ver cómo os largáis.

Vamos hacia casa, escribí a J. C. Coge un Uber o algo.

Te he comprado un donut y todo. Con chispitas de golosina.

¿Y todavía no te lo has comido?

Pues claro que sí, respondió él. *Pero ya suponía que terminaría haciéndolo, así que he comprado dos. No te prometo que el segundo*

sobreviva al trayecto hacia casa. Corren tiempos peligrosos, flacucho, y este es un barrio muy chungo para que un donut tan sabroso se pasee por ahí solo.

J.C., Sandra acaba de enviarme un mensaje. Necesita ayuda.

Estuve sin respuesta más de un minuto y medio.

Quédate en casa hasta que llegue, escribió.

Lo intentaré.

Flacucho, te lo digo en serio. Espera.

Me guardé el teléfono en el bolsillo. Llegaron otros tres mensajes de J. C., pero les hice caso omiso. Quería que J. C. se diera prisa, y la manera más eficaz de lograrlo era hacerle creer que corría hacia el peligro sin él.

Tampoco era que fuese a poder hacer nada. J. C. era una alucinación, no un guardaespaldas real. Aunque... sí que había ocurrido algo una vez, cuando había movido mi mano, como si la controlara él. Y la ocasión en la que me había empujado de aquel coche...

Había escrito a Kalyani de camino, así que los aspectos estaban esperando junto a las ventanas cuando regresamos a la mansión. Abrí la puerta del coche tan pronto como estuvimos cerca de la casa. La sobrina de Wilson profirió un gáñido y detuvo el coche.

Crucé el jardín a zancadas.

—¿Quieres que prepare la Sala Blanca? —preguntó Ivy, apresurándose.

—No tenemos tiempo —dije—. Tráeme a Audrey, a Ngozi, a Armando y a Chin.

—Hecho.

Llegamos a la puerta principal y respiré hondo, haciendo acopio de valor. Allí dentro estarían todos mis aspectos, y eso podría ser... no, sería agotador.

—¿Señor Leeds? —dijo Wilson cuando llegaba a mi lado—. ¿Le importa que hablemos de una cosa?

—¿Puede esperar? —pregunté, y abrí las puertas.

De repente me cayó un peso encima, como si alguien me hubiera metido lingotes de plomo en los bolsillos. Dentro había unas cincuenta personas, todas hablando a la vez. Algunos eran presa del pánico. Otros estaban emocionados. Otros, atribulados. De todos los labios salía el mismo nombre: Sandra.

Tobias llegó junto a mí, y parecía faltarle el aliento. ¿Por el corto recorrido a pie desde el coche? Sí que se estaba haciendo mayor. ¿Qué... qué pasaría cuando algún aspecto muriera de viejo?

—¿Puedes hacer que callen? —le pedí.

—Por supuesto —dijo Tobias.

Se internó en la marabunta y empezó a explicar la situación a diestro y siniestro. Su voz relajante funcionó con la mayoría de ellos, aunque, mientras subía la escalera del inmenso recibidor, una mujer se separó del grupo y me siguió.

—Eh —dijo Audrey. Era una mujer regordeta de pelo oscuro, y tendía a ser algo rara incluso para tratarse de un aspecto—. Conque Sandra ha vuelto, ¿eh? ¿Va a desenloquecerte? Me gustaría que me avisaras si voy a desaparecer para siempre, que tengo planes esta noche.

—¿Una cita? —pregunté.

—Una maratón de episodios de *Las chicas Gilmore*, acompañada de unos diecisiete cuencos de palomitas. En teoría, no puedo ganar peso porque no peso nada, ¿verdad?

Le dediqué una débil sonrisa mientras llegábamos a los últimos peldaños.

—Bueno —dijo ella—, ¿estás bien?

—No —respondí—. Toma esto y a ver si averiguas qué significa esta serie de números.

Le lancé el móvil.

Que, por supuesto, no atinó a atrapar. Hice una mueca. Audrey me miró avergonzada, pero no era culpa suya. Mi mente la había obligado a fallar el agarre, porque no era una persona real. Había arrojado el teléfono al aire vacío. Ya hacía bastante tiempo que no cometía un error como ese.

Recogí el teléfono, que tenía la pantalla agrietada pero no mucho, y le enseñé lo que me había enviado Sandra. Audrey era lo más parecido que teníamos a una criptógrafa. Lo cierto era que estaba mejorando muchísimo, después de que yo leyera unos cuantos libros más sobre la materia.

—¿Ideas? —pregunté.

—Déjame unos minutos —dijo ella—. Esos caracteres de la cadena deben de ser comodines, pero no sé qué representan. —Se copió la serie de números y caracteres con un bolígrafo en la mano—. ¿Vas a ocuparte de ese caos? —Señalaba a los aspectos apelotonados abajo.

—No —dije.

—Por lo menos, ¿vas a contarlos para ver quién no ha aparecido?

Vacilé un momento antes de apoyarme en la barandilla y hacer un recuento rápido; notaba que ya se avecinaba una jaqueca. Faltaba Armando, pero eso no era raro. Rara vez salía de su habitación, o su «reino en el exilio», como él la llamaba. Ngozi había ido, lo cual era bueno. Llevaba mascarilla y guantes, pero Kalyani había estado trabajando con ella y hasta habían salido juntos recientemente. Fuera del terreno y todo.

«Veamos. Falta Arnaud, pero supongo que estará en su cuarto, distraído como siempre. No está Leroy. ¿No se había ido a esquiar? Ni Lua. Quizá esté en el patio, trabajando en su fogón.» Lua estaba construyéndose una «casa de la Edad de Piedra» en el patio trasero, empleando solo tecnología que pudiera crear por sí mismo.

Crucé deprisa los pasillos de la primera planta hasta la habitación de Arnaud. La luz de encima de su puerta estaba encendida, lo cual indicaba que

no quería que lo molestaran, de modo que llamé. Al cabo de un tiempo entreabrió la puerta un hombre menudo, con poco pelo y un leve acento francés.

—¡Oh! —exclamó—. *Monsieur!*

—¿Cómo va el aparato, Arnaud? —pregunté.

—¡Venga a verlo!

Abrió la puerta del todo para dejarme entrar en su laboratorio. Tenía cortinas opacas en las ventanas, ya que en los últimos tiempos acostumbraba revelar película. En su banco de trabajo había piezas de maquinaria dispuestas con orden. Un puro en un cenicero me indicó que Ivans había estado echándole una mano. Era el único aspecto que todavía fumaba.

Había una serie de fotos pegadas con cinta adhesiva en las paredes. Planos invernales de la mansión.

—Solo he conseguido retroceder unos seis meses como máximo —dijo Arnaud, dirigiéndose hacia un aparato que había en la mesa, una enorme cámara antigua, como las que utilizan los fotógrafos de las películas viejas—. Tal y como conjeturé usted, el flash es la parte más importante. Pero aún no he descubierto exactamente cómo penetra en el tiempo.

Cogí la cámara y noté su peso en las manos. Era una cámara que podía sacar fotos del pasado. El dispositivo había formado parte de uno de mis casos más peligrosos.

—La he equipado con película instantánea —dijo Arnaud—. Debería funcionar. ¿Ve ese dial de ahí? Es lo que regula el enfoque temporal. Tiene mucha más precisión a corto alcance, de unos días. Cuanto más se retrocede, más borrosas salen las fotos. No sé cómo resolvió el problema su inventor original, pero yo estoy en blanco. Tal vez esté relacionado con que los momentos se difuminan juntos cuanto más atrás intentamos hacer que penetre la luz.

—Servirá, Arnaud. Es fantástico. —Miré a un lado y reparé en unas cuantas impresiones que había en el suelo, rasgadas por la mitad—. ¿Qué son?

—Ah. —Arnaud se removió, con aspecto avergonzado—. Pensé que sería buena idea que Armando les echara un vistazo, ya que es el experto en fotografía. Yo sé física, pero no enfocar buenos planos. Armando aceptó y destruyó varias fotos que había hecho yo, diciendo que no eran «lo bastante significativas».

Suspiré y guardé la cámara en una funda que me señaló Arnaud. Una parte de mí ya sabía que el dispositivo estaría preparado. Había pasado varias tardes en esa habitación, trabajando con las manos mientras Arnaud me daba instrucciones para reparar la cámara. Pero aquellas fotos rotas eran nuevas.

Empezaba a hartarme de los numeritos de Armando. Todos mis aspectos suponían un reto a su propia manera, pero ninguno era tan tan desobediente.

Me colgué la cámara del hombro.

—Lo has hecho muy bien, Arnaud. Gracias.

—¡Gracias a usted! Me alegra oírlo. —Titubeó junto a la puerta mientras yo la abría—. ¿Podría... volver a Francia ya, con mi familia?

Me quedé petrificado.

—¿Volver?

—Sí, Étienne. Comprendo lo importante que ha sido el trabajo que hemos hecho, y de verdad que ha sido fascinante. Pero mi labor ha concluido, ¿verdad? ¿Podría regresar ya?

—Quieres... marcharte. ¿No deseas seguir siendo un aspecto?

—Si no es mucho problema.

—Yo... —Nunca me había pasado que algún aspecto quisiera abandonarme, salvo para tomarse unas breves vacaciones—. Te daré una respuesta pronto. O sea, no voy a retenerte en contra de tu voluntad, pero la

cámara no está terminada por completo aún. ¿Quizá... quizá podríamos organizarlo... para que tu familia venga aquí o para que vivas en Niza a temporadas?

—Gracias —respondió.

Cerré la puerta, preocupado. Wilson llegó por el pasillo con una bandeja para traerme una muy necesaria limonada.

—Señor Leeds —dijo—. Tengo que hablar con usted de un asunto. Es una nadería, en realidad, pero preferiría que no se distrajera demasiado como para...

Di un largo sorbo a la limonada y me quité la funda de la cámara del hombro.

—¿Puedes llevar esta cámara al coche, Wilson? Tengo que hablar con Armando. Luego encontraré tiempo para hablar contigo, ¿de acuerdo?

Lo que pasaba era... Sandra. Tenía que mantenerme centrado en Sandra.

Sandra me había escrito.

Comprobé el móvil de nuevo mientras subía hacia la buhardilla de Armando. No tenía nada más de ella, pero sí unos mensajes de J. C. quejándose de que su conductor de Uber tenía una pegatina en la ventanilla que decía: «Zona libre de armas».

Como si eso significara algo, decía el mensaje de J. C. *No puedes saltarte la Constitución con una pegatina, colega.*

Su siguiente mensaje rezaba: *Y sí, me acabo de comer tu donut.*

Negué con la cabeza y llamé a la puerta de la buhardilla. No hubo respuesta de Armando. ¿Estaría imponiéndome sus «restricciones para audiencias reales» otra vez? Abrí la puerta, preparándome para recibir una retahíla de gritos. Armando afirmaba ser el legítimo emperador de México y...

Su habitación estaba destruida.

Y había sangre en las paredes.



Tres

Hendiduras en el yeso, como los zarpazos de un animal salvaje. La ropa de cama estaba hecha trizas. La preciada colección de exquisitas fotos nocturnas de ciudades a lo largo y ancho del mundo estaba troceada en confeti por el suelo.

¡Y la sangre! Había chorros salpicados prácticamente hasta en la última superficie. De pronto, sentí que se evaporaban pensamientos de mi memoria. Conocimientos y pericias que se dispersaban como el humo de una vela recién apagada.

Había creado a Armando unos ocho años antes, trabajando en el caso de una persona desaparecida. Una mujer se había esfumado de la faz de la tierra pero seguía subiendo a la red fotos de sí misma con distintos monumentos famosos, aunque los diversos vídeos de seguridad revelaban que jamás había estado en ninguno de ellos. Había empleado la técnica de Sandra y había leído sin parar sobre manipulación fotográfica mientras imaginaba la

información como un embalse en mi interior. No había creado a Armando de forma consciente, al igual que no había dado sus personalidades a ninguno de mis aspectos a propósito, pero el resultado había sido él. En los primeros tiempos bromeábamos sobre sus aspiraciones al trono de México, del mismo modo en que más adelante había pasado a bromear con J. C.

Sentí que ese embalse se vaciaba como la sangre de mis venas. Sentí frío y trastabillé hacia atrás, horrorizado por la escena de matanza en que se había convertido su habitación. No podía... Tenía que...

El conocimiento había desaparecido.

Él había desaparecido. Caí de rodillas y dejé escapar un grave gemido que se convirtió en un chillido de agonía. El viento que entraba por la ventana abierta de la buhardilla hizo volar los trozos de fotografías rotas por el pasillo, a mi alrededor.

Mi Won fue la primera en llegar. Dio un respingo, pero, siempre tan profesional, pasó dentro para ayudar a todo el que pudiera necesitar sus habilidades médicas. Los demás aspectos empezaron a llegar sin descanso, congregándose a mi alrededor, aunque en ese momento... en ese momento, parecieron confundirse con el entorno. Eran un grupo de sombras. Meras siluetas.

—¡Señor Leeds! —exclamó Wilson, que llegaba corriendo. Atravesó a varios aspectos y se arrodilló a mi lado—. ¿Stephen? Por favor. ¿Qué ocurre?

Poco a poco, dejé que mis manos se relajaran. Solté un largo suspiro y noté que me embargaba una extraña calma. Tenía que mantener el control. Eso era... era lo que me había enseñado Sandra.

—Wilson —dije, sorprendido de lo firme que sonaba mi voz—, ¿de qué querías hablar conmigo?

—¡Ah, no se preocupe por eso! ¿Señor? ¿Qué ocurre? ¿Por qué ha gritado? —Eché un vistazo al interior de la habitación.

—¿Qué ves? —susurré.

—¿Señor? Está como siempre. Una habitación de invitados vacía. La cama está hecha y tiene un edredón amarillo, bien metido por debajo.

—¿Hay fotos en el suelo? —pregunté.

—No, señor. ¿Quiere que... finja que las hay?

Negué con la cabeza.

—Señor, si me permite decirlo, últimamente ha estado usted pero que muy raro. Más, quiero decir. Más de lo habitual.

El anciano mayordomo se estrujó las manos. Detrás de él, su sobrina había llegado al rellano de la escalera de la buhardilla y nos miraba con incertidumbre.

—¿Esto lo estoy provocando yo? —preguntó Wilson.

—¿Provocando? —repetí, con un parpadeo.

—Por lo de... hoy, señor.

—¿Hoy?

—Mi jubilación, señor Leeds. Ya habíamos hablado de esto, ¿recuerda? Iba a ser el mes pasado, pero me pidió que me quedara un tiempo más. Y hoy, señor, hoy cumpla los setenta años.

—Bobadas. No puedes tener...

¿Jubilación? ¿Y ya lo habíamos hablado?

Apenas lograba recordar nada de...

Mi Won salió de la habitación de Armando y meneó la cabeza a los lados. Los demás aspectos ganaron brillo y color de nuevo, y de pronto sus conversaciones preocupadas me llenaron los oídos. Ivy se abrió paso entre los demás y anduvo hacia la habitación. Mi Won la agarró por el brazo.

—Lo siento —dijo Mi Won—. Ya no está.

—¿A qué te refieres con que no está? —exigió saber Ivy, y se volvió hacia

mí—. Justin e Ignacio no se marcharon sin más. Se convirtieron en otra cosa, en algo terrible. Está sucediendo otra vez, ¿verdad, Steve?

Me puse de pie apoyándome en la pared.

—No puedo... no puedo seguir imaginándoos a todos ahora mismo. Volved a vuestros cuartos, todos los que no estéis asignados a la misión. Ngozi, Ivy, Tobias.

—¿Me buscabas? —preguntó Chowyun Chin, que llevaba puestas sus gafas de sol, como siempre, sin importar la hora del día.

—A Sandra siempre le han gustado mucho los acertijos —le dije—, de modo que es posible que tenga que descifrar algunos códigos informáticos. Quiero que Audrey y tú estéis preparados cerca de su teléfono. Pero creo... creo que hoy solo llevaré conmigo a unos pocos de vosotros. Por favor.

—Claro —dijo Chin—. ¿Te has instalado esos programas nuevos?

Moví mi teléfono en el aire. Le habíamos hecho algunas mejoras.

—¿Has roto la pantalla?

—Lo siento.

Chin suspiró, pero luego se marchó con los demás. Cincuenta figuras, todas distintas entre sí, cada una de ellas un trozo de mi mente. Personas con vidas, pasados, familias, pasiones. A veces, simplemente no podía llevar la cuenta de tantas cosas. Kalyani me dio un abrazo antes de irse con Rahul. Ivans chocó el puño contra el mío. Oliver me dejó abrazar su corgi galés de peluche, cosa que hice durante un período de tiempo embarazosamente largo, y luego por fin se marcharon todos.

Traté de imaginar cómo sería para ellos todo lo que estaba pasando, descubrir que, por primera vez en años, estaba perdiendo el control. Que había regresado Sandra, una figura que era mera leyenda para la mayoría de ellos.

Wilson siguió mirándome, impotente, mientras que a su sobrina, Barb, se

la veía más perturbada. Ivy la observó, negando con la cabeza.

«Lleva ya meses adiestrándola —pensé, recordando—. Porque se jubila. Me abandona.»

—Wilson —dije—. Yo... me doy cuenta de que...

Me interrumpí al ver una cosa. La retirada de casi todos mis aspectos hizo evidente la presencia de una persona en el pasillo, que sostenía un cuaderno. Era una mujer alta, asiática y vestida con un traje pantalón cómodo y holgado. Jenny Zhang. La periodista.

Me lancé hacia ella, apartando a Wilson, y la así por los hombros.

—¿Cómo ha entrado aquí? —grité, sintiéndome traicionado, avergonzado. ¿Cómo se atrevía a verme en mi estado más vulnerable?

—Incumplió usted su promesa —replicó ella con acritud—. Tengo que apuntar esto. Para el libro.

—¿Steve? —dijo Ivy.

—¿Qué libro? —pregunté a Jenny—. ¡No le he dado permiso para escribir ningún libro! ¡Y esto es allanamiento de morada!

—Steve, creo que puede vernos.

Me quedé muy quieto, con los ojos fijos en los de Jenny. Entonces ella giró la cabeza y miró directamente a Ivy.

—Wilson —dije, con un escalofrío—, ¿puedes ver a la persona que tengo cogida?

—¿Señor Leeds? ¿Es algún aspecto suyo?

—¿Puedes verla?

—No. A menos que desee... ¿que finja?

Diablos.

—¿Qué hemos hecho hoy? —pregunté a Wilson—. ¿Adónde hemos ido?

—¿Señor? Barb y yo lo hemos llevado a un barrio pobre de la ciudad y hemos parado en un edificio abandonado. Debo reconocer que estaba

inquieto, aunque me ha gustado que me pidiera que me quedara cerca. Se ha pasado un rato de pie en una habitación vacía y luego ha vuelto a salir corriendo.

Solté a Jenny, que se alisó la chaqueta con expresión inmutable.

Me llevé la mano a la cabeza. No era posible. Se suponía que yo no estaba loco. Los aspectos... me protegían de eso. Ellos eran los dementes, y yo los mantenía organizados. Yo... podía distinguir lo que era real...

—¿Sandra era una persona de verdad? —pregunté a Wilson.

—Sí, señor —dijo él—. Eso nunca se lo había cuestionado. ¿Señor Leeds? Todo esto sí que es porque me marchó, ¿verdad? Lo siento, pero, señor, es que no puedo seguir haciendo esto. No después del caso con aquella asesina, y luego el incendio del año pasado. En cambio, Barb está ansiosa por ayudarlo. Se le dará de maravilla, señor.

Me quedé allí de pie hasta que el sonido de unas pisadas anunció la llegada de Tobias. Ivy fue corriendo hacia él para susurrarle al oído, y el anciano historiador asintió mientras se pasaba una mano por el pelo blanco. Entonces sonrió.

—No pasa nada —dijo—. Es normal que esté un poco alterado. ¡Vaya, pero si por fin hemos encontrado a Sandra!

Ivy volvió a susurrarle, y Tobias miró hacia la habitación de Armando, haciendo un sombrío mohín. Luego sonrió de nuevo, se acercó y me cogió, con suavidad pero firme, por un hombro.

—Fuerza, Stephen. Superemos esto. Puedes hacerlo. Siempre has sido capaz de hacerlo.

—Armando... —susurré.

—Ha ocurrido. Ahora tenemos que asegurarnos de que no vuelva a ocurrir. Concéntrate. Sandra ha regresado.

Miré a Ivy, cuyos ojos miraban a todas partes menos al cuarto de

Armando.

—Creo... que es posible que estuviera equivocada. Tienes razón, Steve. Tenemos que encontrar a Sandra. Quizá haya vuelto por algún motivo. Quizá alguien ahí arriba esté cuidando de nosotros.

Cerca de nosotros, Jenny estaba apuntando todo lo que se decía. ¿Cómo narices la había creado? ¿Y por qué?

—¿Wilson? —llamé, y le enseñé mi móvil—. Sí, ya sé que tiene la pantalla agrietada. No es eso. El mensaje de texto.

—«Socorro» —leyó, tras bajarse las gafas y entornar los ojos—. Seguido de una secuencia de números y letras. ¿Es de... Sandra?

Suspiré de puro alivio. El mensaje, por tanto, era real. A menos... a menos que Wilson también fuese una alucinación.

Pero no podía meterme en esa conejera particular. Tenía que creer que por lo menos me quedaba un atisbo de cordura.

—¿Dónde está Ngozi? —pregunté a Ivy.

—¿No la has visto cuando se ha ido? Al ver la sangre. Creo que está tomando el aire.

Mi científica forense era una misófoba que no soportaba la visión de la sangre. A veces, mi cerebro era un lugar muy extraño.

—Mira a ver si la encuentras —pedí a Ivy—. Quiero que venga con nosotros. Ella, tú, yo, Tobias y J. C. cuando nos alcance.

Ivy asintió y se marchó corriendo.

—Y yo —añadió Jenny.

—No, tú no —repliqué, caminando hacia la escalera.

Tobias me acompañó sin quitarme la mano del hombro, como si el frágil ancianito fuese yo y no él. Pasamos junto a Barb y la miré de arriba abajo. Pelo rubio corto, sonrisa animada. Qué joven era.

—¿No te he asustado? —le pregunté.

—La verdad es que esto es muy interesante —dijo—. Qué loco está usted.

—Baja, pon el coche en marcha y espérame.

Se fue y yo me volví de nuevo hacia Wilson.

—Por lo menos ¿sabe hacer limonada?

—Con mi propia receta, señor. Y debo añadir que la pone en práctica con gran habilidad. —Titubeó—. Quizá pueda quedarme otro día o dos.

—No. Esto tenía que ocurrir en algún momento, Wilson. Ya te has esforzado más que suficiente. Más de lo que debería haber hecho cualquiera, supongo.

Ya me había asegurado de que hubiera una buena suma ingresada en el banco para él. Lo había hecho años antes y, por algún motivo, de todos modos Wilson había seguido conmigo. Quizá el loco fuese él.

Empecé a bajar la escalera con Tobias. Desde arriba, Wilson nos vio marcharnos.

—Señor —me dijo—, si por algún motivo esta noche no está combatiendo a terroristas o buscando gatos teleportadores, me encantaría que viniera a la fiesta. Será en casa de mi hermano.

—¿Una fiesta? —repuse, mirando hacia atrás—. ¿Con personas reales?

—Las mejores que hay, señor.

—Ya. Creo que paso, pero gracias de todos modos.



Cuatro

No siempre se me habían dado tan mal las personas reales. ¿Cuánto hacía, año y medio, desde que me había dedicado a tener citas? Todas habían sido desastrosas sin paliativos, pero al menos lo había intentado.

Ivy afirmaba que había saboteado esas interacciones a propósito. Tenía toda clase de teorías sobre por qué, ninguna de ellas demasiado halagadora para mí.

Encontré a Audrey, a Chin y a unos cuantos más en la sala de juegos. Era un lugar en el que podían estar acompañados y apoyarse entre ellos para afrontar lo que se avecinaba. Stormy estaba preparando copas. Al entrar en la sala, hice acopio de fuerzas para tratar de mantener la concentración. Sandra. Sandra sabría cómo ayudarme.

Para ser sincero, ya llevaba meses derrumbándome. Tal vez años. Pero podía dar la vuelta a la situación.

Cerca de la barra, Audrey tenía los pies subidos en un puf y masticaba

unos caramelos Sugar Babies mientras miraba vídeos de gatitos en su móvil. Desde que J. C. tenía teléfono, los demás también habían querido uno, todos menos Harrison, el tecnófobo.

—Mira esto —dijo Audrey, quien me enseñó a un gato que maullaba mientras su ama abría una lata de comida y paraba de sopetón cada vez que la mujer se detenía—. Es que no me canso de verlos.

Yo me quedé allí de pie, mirándola.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Estamos en plena hecatombe —susurré—. Hay aspectos corrompiéndose, Audrey.

—Ya. No acabo de decidir si seré yo la próxima en caer, porque sé demasiado, o si sería más irónico que fuese la última.

—Se supone que debías estar...

—Tranquilo —me interrumpió, enseñándome un papelito—. Lo he descifrado. Necesitaba una clave, que ha resultado ser el número de habitación del hotel donde os conocisteis vosotros dos. Una vez tenía eso, me ha costado poco tiempo. Son coordenadas GPS.

Cogí el papel con un suspiro de alivio.

—¿Dónde es?

—En el recinto ferial. Esta noche hay una actuación al aire libre. Empezará dentro de media hora. —Audrey miró su teléfono—. Justo al anochecer.

Sonaba muy propio de Sandra. Me guardé el papel en el bolsillo y me volví para irme.

—Oye —dijo Audrey—. ¿Crees que... podrías imaginarme una escopeta o algo así? —Se mordió el labio—. Por si... bueno, ya sabes, por si la cosa se tuerce. Y... vienen las pesadillas a...

—Eso no va a pasar.

—¿Y si pasa?

—Fuerza la cerradura de la habitación de J. C.

—¿Y disparar las inevitables trampas? Sabes que las tiene colocadas. Aunque no las hayamos visto, las tiene.

Estaba en lo cierto. Lo más probable era que J. C. tuviera un campo de minas instalado bajo el suelo o algo parecido.

Audrey soltó una risita cuando Stormy le llevó una mimosa, y me marché con un sabor agrio en la boca. Si Audrey estaba preocupada, significaba que la situación era muy grave.

En los pasillos de la mansión había un extraño silencio, que contrastaba con el follón de antes. No me crucé con nadie, humano o imaginario, en mi trayecto hacia la puerta. El lugar daba una sensación tan vacía que me preocupó que todos se hubieran... desvanecido y punto. Entonces oí a Ivans dando voces en el invernadero, donde se había reunido otro grupo de aspectos.

Intenté tranquilizarme respirando hondo y miré hacia el exterior. Vi a Ivy y Ngozi cerca del seto del fondo. Ivy estaba conteniéndose para no rodear los hombros de Ngozi con un brazo, pero su postura era de ánimo. Al cabo de un tiempo, las dos se aproximaron.

Ngozi seguía llevando la máscara y los guantes, pero se quitó la máscara al llegar junto a mí. Siempre me olvidaba de lo alta que era: me sacaba unos buenos doce centímetros. Hablaba con acento altivo, nigeriano con un matiz de su educación británica.

—Lo siento. Me ha... entrado el pánico.

—¿Podrás soportar esto? —le pregunté.

—Sí. Si estás seguro de que me necesitas.

No estaba seguro. No podía saber con certeza lo que iba a requerir aquel caso, pero tenía una corazonada. Las cosas nunca eran sencillas cuando estaba involucrada Sandra. Y si no encontrábamos nada en las coordenadas

que me había enviado Sandra, Ngozi era nuestra mejor baza para investigar un posible escenario del crimen.

—Estoy seguro de que te necesito —dije—. Pero en el recinto ferial podría haber mucha gente. ¿Vas a perder los estribos como la última vez?

—Depende. ¿Esta vez alguien intentará contagiarme la lepra?

—Te estornudó encima una persona, Ngozi.

—Pero ¿oíste ese estornudo? ¿Sabes cuántos gérmenes pueden liberarse en un estornudo ininterrumpido? Proyectados al aire, flotando como minas diminutas, pegándosete en la cara, en la piel, infiltrándose en tu sistema... — Se estremeció y levantó una mano enguantada para impedirme protestar de nuevo—. Puedo hacerlo, Stephen Leeds. Voy a hacerlo. Este es... un caso especial.

Ivy y Ngozi fueron a la limusina, que seguía aparcada junto al bordillo. Barb estaba sacando brillo al adorno del capó, pero había dejado abierta la puerta trasera por si tenía que entrar algún aspecto. Tobias ya estaba sentado dentro, leyendo un grueso libro para distraer su mente de los problemas. Con él, eran tres. Podía manejar a tres.

«No, serán cuatro», pensé mientras miraba el móvil. No tenía respuesta de J. C., así que le escribí un mensaje. *¿Has parado a ver una película o algo?*

Su respuesta llegó al poco tiempo. *El dichoso Uber ha parado a recoger a otra persona y luego ha salido en la dirección equivocada. Al final he podido bajarme en la Diecisiete con State.*

Suspiré. *J. C., ¿te habías metido en un Uber al azar?*

Es posible.

Pero ¿en qué estabas pensando?

Llevo puesto mi traje de camuflaje. No pueden verme. He pensado que podía avanzar en la dirección correcta y luego bajar y coger otro.

Era lo más cerca que había estado nunca de reconocer que no era una

persona real. A cualquier otro aspecto le habría parecido bien hacer un poco de trampa y coger un Uber imaginario, pero J. C. ... Bueno, J. C. no seguía las mismas normas. Él intentaba ser real.

O mi cerebro intentaba hacerlo real. O... no lo sé. Me palpitaba la cabeza y, mientras escribía una respuesta, cayó una gran sombra sobre mí. Miré hacia atrás y reparé en que Lua, un nativo de las islas del Pacífico que pesaba ciento cuarenta kilos, estaba intentando leer por encima de mi hombro. En lugar de su habitual atuendo de supervivencialista, llevaba una camisa de los Lobatos. «Es verdad.» Esa tarde había tenido reunión de su grupo Scout. Se había perdido todo el jaleo que había tenido lugar en la mansión.

—Hola, jefe —dijo. Señaló mi móvil con el mentón—. ¿Me necesitas? Puedo imitar a J. C. Empuñar un cuchillo enorme y mirar mal a todo el mundo.

—No —respondí—, pero gracias de todos modos.

—¿Seguro? Si tenemos que seguir a alguien, soy bueno rastreando.

—No vamos a salir de la ciudad. Es muy improbable que me quede perdido en la selva o algo parecido.

—No hay problema, jefe —dijo él, y me dio una palmada en el hombro—. Oye, sobrevivir no es solo hacerte zapatos con enredaderas o un horno con barro y piedras, ¿sabes? Mantén la mirada alta, jefe, y los hombros atrás.

—Eh... Se me está haciendo difícil, Lua. Más difícil cada día. Mi propio cerebro lucha contra mí.

—No. Tu cerebro somos nosotros, jefe. Luchamos junto a ti.

Antes de marcharse, me retuvo y me dio un abrazo.

Y la verdad es que me sentí un poco mejor mientras subía al coche. *Reúnete con nosotros en el recinto ferial de la calle Treinta*, dije a J. C. *Así será más fácil.*

Supongo que sí, respondió por mensaje. *Pero ¿no puedes esperar?*

Tú ve allí. No te metas en el Uber de otra persona. Espera, voy a enviarte un taxi. Tenía unos cuantos taxistas por toda la ciudad dispuestos a aceptar grandes sumas de dinero a cambio de conducir hasta algún lugar, abrir la puerta, cerrarla y luego llevar el coche vacío hasta otro sitio. Tendría que haber hecho eso con J. C. desde el principio. Y así habría sido, de estar pensando como debía.

Vale, me envió J. C. Pero ten cuidado. Hay algo que me da mala espina en todo esto.

Murmuré a Barb el lugar al que quería ir y ella arrancó la limusina. Pero yo seguí mirando mi móvil.

—Tienes que contarle a J. C. lo que ha pasado, Stephen —dijo Tobias desde el asiento contiguo al mío.

Pero no lo hice. Aún no. Por lo menos, uno de nosotros podía seguir fingiendo, aunque fuese solo un ratito, que no habíamos perdido a Armando. Bloqueé el móvil y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta.



Cinco

Había caído el ocaso cuando llegamos al recinto ferial, que, en esa época del año, era poco más que un solar pisoteado en la parte oriental de la ciudad. Había congregada una gran multitud, como para uno de los habituales conciertos que se celebraban en el lugar, pero en ese momento estaban todos paseando entre los puestos de vendedores. Aún faltaban unos minutos para que empezara la actuación.

Barb nos dejó en la acera del punto de acceso. Sin pensarlo, compré entradas para todos, pagando por mis aspectos, y abrí el paso entre la muchedumbre. Costaba orientarse con tanta gente, pero se oían anuncios desde un escenario que habían levantado sobre la tierra, más adelante.

Odiaba las aglomeraciones. Siempre las había odiado. Era difícil que mis aspectos pudieran mantener la ilusión habiendo personas por todas partes, apretujadas, respirando el mismo aire rancio y conversando en un zumbido cacofónico...

Pensé que quizá Ngozi tuviera motivos para su misofobia. Era la que más cerca de mí avanzaba, con la mirada fija al frente y una mano apoyada en mi hombro. Me sentí orgulloso de ella, dadas las circunstancias.

Por delante de nosotros, el presentador terminó de hablar, y unos brillantes destellos llegaron desde el escenario.

—¿Eso son fuegos artificiales? —preguntó Ivy detrás de nosotros.

—No —dijo Tobias. Se apartó a un lado y evitó por los pelos chocar contra una niña pequeña que pasó corriendo con un cucurucho de helado en la mano—. He leído sobre esto.

Señaló un espacio despejado que había delante y nos refugiamos de la muchedumbre bajo el alero de un pequeño cobertizo reservado al personal del recinto ferial. Desde allí, pude echar mi primer buen vistazo a la actuación. Había hombres con equipo de protección lanzando metal fundido, nada menos, contra un fondo negro ignífugo.

El efecto era deslumbrante y, por un momento, la multitud pareció desvanecerse. Incluso mi acuciante preocupación por Sandra remitió un poco. Los artistas hundían cucharones en cubos de metal fundido y lo arrojaban en ardientes remolinos. Cuando el metal impactaba contra el fondo, salpicaba hacia fuera, explotando en millares y millares de chispas centelleantes que caían en oleadas, como lluvia fundida.

Era parecido a los fuegos artificiales, pero, de algún modo, más primario. No había pólvora ni humo. Solo cubos, manos firmes y quizá una nociva indiferencia por la propia seguridad.

—Se llama Da Shuhua —dijo Tobias—. Siempre he querido ver una actuación en directo. Cuenta la historia que, hace siglos, unos herreros de Nanchuan estaban sin dinero para fuegos artificiales. Así que se les ocurrió hacer algo distinto, utilizando las cosas que tenían a mano.

Los artistas lanzaban metal fundido con energía frenética, cucharón tras

cucharón, como si intentaran adelantarse a la gravedad y llenar el aire de todo el fuego posible al mismo tiempo. Las explosiones de chispas creaban vetas en el aire, como minúsculos duendecillos que cobraban una existencia fulgurante y efímera, un brillante momento de vida y gloria antes de sucumbir al frío.

—Eso no puede ser seguro —dijo Ngozi.

—La maravilla y la irresponsabilidad acostumbran ser compañeras de cama, Ngozi —respondió Tobias. Lo miré y vi cómo se reflejaban las chispas en sus ojos—. El nombre Da Shuhua se traduciría como algo parecido a «flores de árbol», e implica que, al sacudir el árbol, aparecen las flores. Se coge algo ordinario y se convierte en extraordinario. Y lo único que hace falta son mil seiscientos grados.

Miramos hasta que hubo un intermedio en la actuación. La muchedumbre que teníamos más cerca empezó a dispersarse en busca de puestos de comida o atracciones de feria. Miré el móvil y se lo enseñé a los demás. Las coordenadas de Sandra apuntaban a un lugar por delante, cerca del límite del recinto.

—Deberíamos ir con cuidado —advirtió Ngozi—. ¿Qué diría J. C.?

—Supongo que alguna cosa vagamente racista y/o amenazadora —dijo Tobias.

—No, no, diría algo como... —Ivy puso voz ronca—. «Tíos, parad. Mirad con mucha atención. ¿Lo veis? ¿Veis eso? Son... ¿buñuelos?»

Ngozi soltó una risita. Pero tenía razón, deberíamos tener cuidado. Por suerte, había llegado preparado. Rodeamos el polvoriento recinto ferial hasta situarnos a una distancia corta pero segura de las coordenadas. A juzgar por el mapa de mi móvil, nuestro objetivo era un caminito que pasaba por una zona de hierba pisoteada. «Es ese banco», pensé. Envié un mensaje a Barb y

me agaché cerca de unos arbustos, desde donde podía vigilar el banco sin estar demasiado cerca.

—Ngozi —dije, sacando unos prismáticos para ella—, mira hacia ahí y dime lo que ves. Haz como si fuera el escenario de un crimen.

—¿Y de qué va a servir? —intervino Ivy—. No puede fingir que está viendo sangre.

—La ciencia forense no se utiliza solo para estudiar homicidios —dijo Ngozi, distraída, al tiempo que metía en mi mochila una mano cubierta por un pañuelo para sacar otros prismáticos—. Las distintas disciplinas forenses son solo teorías sobre la forma en que la ciencia interactúa con la ley o las aplicaciones de la ciencia a la ley. —Miró por toda la zona—. Yo suelo empezar con una pregunta. ¿Qué hay en el escenario que sea extraño, que esté fuera de lugar?

Saqué la cámara, intenté fijarla al trípode y fracasé. ¡Maldición!

—¿Eso es porque ha perdido a Armando? —preguntó Jenny—. ¿Ni siquiera es capaz de operar un trípode, ahora que ya no tiene a su experto en fotografía?

Alcé la vista de golpe. Sí, allí estaba, el aspecto del cuaderno.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunté con brusquedad.

—Uber.

Claro, cómo no. Ella sí que había podido viajar sin perderse. Suspiré y renuncié a montar el trípode. Probablemente tampoco me hiciera falta, de todos modos.

—¿Cómo va a utilizar eso? —preguntó Jenny, tomando notas con los ojos entornados—. ¿Lo importante no es el flash, lo que le permite sacar fotos del pasado? Estamos demasiado lejos para que funcione.

Jenny tenía razón, pero también era cierto que seguro que se me caía el condenado trasto si intentaba sacar una fotografía. Perder a un aspecto me

dejaba grotescamente incompetente, sobre todo justo después de que desapareciera. Con el tiempo, los demás podían compensarlo un poco.

Aun así, nunca volvería a ser el mismo. Pero, de nuevo, ya lo había tenido en cuenta. Mientras Ngozi seguía investigando, me levanté y miré por detrás de Jenny, intentando no hacerle caso, para ver que Barb ya se aproximaba.

—¡Hala! —exclamó, con su gorro de chófer metido bajo el brazo—. ¿Ha visto eso de las chispas? Ha sido una pasada.

—Necesito que hagas algo que podría ser peligroso —le dije.

—¡Pues claro!

Traté de no dejarme desalentar por su ingenuo entusiasmo. Debería alegrarme de que Barb quisiera ayudar, no enfadarme. Lo que pasaba era que me daba la misma sensación que los demás. Que la gente normal. Que quienes consideraban lo que hacía como una especie de truco de feria.

—Hay un banco ahí, cerca del puesto de perritos calientes. ¿Lo ves? —Le tendí la cámara—. Deja aquí el gorro y la chaqueta, que llaman demasiado la atención. Acércate y finge que sacas fotos del escenario y el público, pero procura que el banco salga en todas.

—Mola —dijo ella.

—Pero, ojo, lo importante es esto. —Alcé la cámara y le mostré el dial del flash que cambiaba el momento del pasado en el que tomaría las imágenes—. Haz rodar esto una marca antes de cada foto, ¿de acuerdo? Es muy muy importante.

Ella puso los ojos en blanco, cosa que no me inspiró mucha confianza, y después me entregó su gorro y su chaqueta de chófer. Se alejó inspeccionando la cámara, que era más fácil de usar de lo que parecía. A Arnaud le gustaba la estética retro, nada más. En teoría, la... esto... la cosa que tenía esas... hum... otras cosas... no era necesario... girarla... ni...

Bueno, el caso es que estaba razonablemente seguro de que la cámara

sacaría bien las fotos incluso si la usaba alguien que no dominaba la técnica.

—Muy hábil —comentó Jenny—, esto de usar a una persona real para hacer lo que usted no puede.

—Yo soy una persona real.

—Ya sabe a qué me refiero —dijo ella, tomando notas en su cuaderno—. ¿Por qué se empeña siempre en hacerlo todo usted solo? Si dispusiera de un equipo de ayudantes reales, y no solo de la chófer de turno obligada a echarle una mano, ¿cuánto más podría conseguir?

Tobias se sentó en un pedrusco a esperar, mientras Ivy me exigía que le enseñase el móvil para ver dónde estaba J. C., porque la aplicación mostraba dónde se hallaba el coche que había enviado a recogerlo. Se encontraba parado en un semáforo cercano, aunque parecía que estaba retenido en el tráfico que rodeaba el festival.

Empezó otra ronda de flores de árbol mientras Barb sacaba fotografías. Perfecto: así podría disimular mejor. Ngozi estaba muy atenta para ver si alguien reaccionaba a la presencia de Barb, de modo que me puse a mirar yo con los prismáticos reales. Por supuesto, Ngozi solo podía fijarse en las cosas si yo las veía.

Contemplé las chispas. Esa vez me parecieron más... violentas. Más furiosas. Los fogonazos de la cámara de Barb y su flash único en el mundo me resultaron crudos, flagrantes.

No había ni rastro de Sandra.

Barb regresó con paso tranquilo y me entregó las fotos, que ya empezaban a revelarse.

—Estupendo —dije, mirándolas distraído—. Ve a esperar en el coche. Guarda bien la cámara.

—¿Y ya está? —preguntó ella—. ¿No puedo hacer nada más?

—¿Aparte de esperar en el coche? Nada.

Recuperó el gorro y la chaqueta y se marchó mascullando entre dientes. Alcé la vista y encontré a Jenny contemplándome antes de anotar alguna otra cosa.

—Muy bien —dijo Ngozi mientras yo me sentaba en la roca con Tobias—. Veamos...

Aunque estaba oscureciendo, todas las fotografías salvo la primera mostraban la luz del día. Las marcas de tiempo en la parte de abajo indicaban que cada toma sucesiva se remontaba media hora más en el pasado. Con un total de ocho imágenes, teníamos cuatro horas de datos.

Con un poco de suerte, Ngozi deduciría algo a partir de ellas, considerando la zona como el escenario de un crimen. Fui pasando las fotos para que Ngozi las viera, y luego dedicaríamos un tiempo a analizar cada una en busca de...

Esa era Sandra.

Me quedé petrificado, sosteniendo la penúltima fotografía. Un rostro estrecho, de rasgos casi fantasmagóricos. Llevaba el pelo más largo y liso, pero era ella. Estaba sentada en el banco, con el brazo extendido hacia la papelería que tenía al lado.

Ivy dio un respingo. Jenny tomó notas. Ngozi se bajó la máscara y se quitó un guante de quirófano antes de posar las yemas de los dedos en la foto. Tobias me puso la mano en el hombro y apretó.

Sandra había estado allí. Había estado en ese mismo lugar hacía menos de cuatro horas. Pero ¿dónde había ido después?

—Justo después de escribirte el mensaje —dijo Ngozi—, ha tirado algo a la papelería.

—¡Pues vamos a cogerlo! —exclamé, con repentina temeridad.

—Espera un momento —dijo Ngozi, obligándome a mirar la última foto—. He dicho que esperes. Tobias, retenlo.

Ngozi se estremeció y volvió a ponerse el guante mientras Tobias me

impedía moverme. No tenía mucha fuerza, pero en su presa había una sensación de exigencia.

—Mira aquí —prosiguió Ngozi—. ¿Ves al hombre que está comprando un perrito? Vuelve a salir en esta otra foto, y luego otra vez en esta.

Me senté de nuevo y me fijé bien en las fotografías. Haciendo caso a Ivy, usé la luz de mi móvil para que pudiéramos verlas mejor.

A nuestra espalda, la muchedumbre lanzaba exclamaciones, admirada por otra ronda de chispas en el aire.

—Pues muy bien —dije—. Le gustan los perritos calientes.

Ngozi enarcó una ceja.

—O bien —añadí— tanto él como el vendedor están en el ajo.

—Mira aquí —dijo Ngozi, señalando otra foto—. Están susurrándose algo. Sin duda, están en el ajo.

Se me cayó el alma a los pies y miré hacia atrás. En el puesto de perritos calientes, estaba el mismo vendedor de las fotos, un hombre negro joven.

—Vigilan el punto de entrega —aventuré—. ¿Esperan para atraparme, tal vez?

—Bueno —dijo Ngozi—, tampoco es que seas muy difícil de localizar. Si quisieran secuestrarte, no lo harían aquí, con tanta gente. Irían a tu casa o te tenderían una emboscada en la calle.

Ivy gruñó.

—Puede que solo quieran ver qué haces, ¿no?

—O quizá vayan tras Sandra —sugirió Ngozi—. O quizá no sepan quién va a responder a sus mensajes. O quizá, lo más probable, estén relacionados con este asunto de algún modo que no podemos adivinar porque no tenemos la información necesaria.

Volví a la fotografía en la que salía Sandra. Luego me levanté y eché a caminar hacia el banco.

Mis aspectos corrieron para alcanzarme.

—¿Steve? —dijo Ivy—. ¿Qué estás haciendo? ¿No deberíamos pensar en esto?

No quería pensar en eso. Estaba harto de pensar y de preocuparme. Era posible que estuviera complicándolo todo más de lo necesario. O quizá estuviera haciendo una tontería de mucho cuidado y quería terminarla antes de que regresara J. C. para impedírmelo.

De cualquier modo, hice caso omiso a mis balbuceantes aspectos y llegando dando zancadas a la papelería. Metí la mano dentro, por entre las puntas de panecillos de perrito a medio comer, y oí las arcadas que le habían entrado a Ngozi a mi lado.

Saqué la mano con una bolsita negra, que resultó contener un teléfono móvil. Me pidió una contraseña para abrirse y probé con el número de habitación del Lugar del Destino, la misma clave con la que Audrey había descifrado el mensaje de Sandra. Funcionó y el móvil me mostró la galería de fotos, llena de autorretratos de Sandra sentada en el banco. Había añadido un pie de foto a la última.

«De verdad soy yo. Aquí tienes la prueba. Llegarán más.»

—El vendedor del puesto de perritos está ahí mismo —dijo Ivy, a mi lado—. Pero no encuentro al otro hombre de las fotos. Necesitamos a J. C. ¿Dónde está?

Me volví hacia el puesto de perritos calientes y el vendedor.

—Allá vamos —dijo Ivy con un suspiro.

—Ngozi —dije en voz baja—, a ver si descubres de dónde procede ese hombre o para quién trabaja.

—¡Esto no funciona así! —protestó ella—. No soy Sherlock Holmes.

No hice caso de sus quejas y, mientras los destellos que salían de detrás iluminaban el recinto ferial de un resplandeciente rojo anaranjado, fui

derecho hacia el hombre de los perritos calientes, dejé el móvil de Sandra en el mostrador y lo miré a los ojos.

—Estoy cansado —le dije—, y me siento viejo.

El hombre irguió la espalda, con los ojos como platos. Llevaba el pelo rapado y estaba fibrado y musculoso. J. C. podría haberme dicho si iba armado, pero hasta yo me daba cuenta de lo poco apropiado que era para interpretar el papel de un vendedor de perritos calientes.

—Señor —dijo—, no estoy seguro de que un perrito caliente vaya a servirle de algo.

«Demasiado formal. ¿Entrenamiento militar, tal vez?»

Suspiré y me limpié las manos en una servilleta de papel que cogí del mostrador. Entonces me llevé la mano al bolsillo. Él reaccionó al instante echando mano a su arma, apartando el delantal y revelando una pistolera.

Volví a levantar la mano, separando los dedos para mostrarle que no había sacado nada del bolsillo. Señalé su pistola con un gesto de la cabeza.

—Podemos dejarnos de juegucitos. Ya te lo he dicho. Soy demasiado viejo para esto.

—¿Viejo? —dijo el hombre por fin, bajando la mano—. No me parece tan viejo, señor.

—Y, sin embargo, hay partes de mí que están desgastándose. Como un coche con frenos que fallan y un motor de segunda mano. Tiene buen aspecto y funciona bien hasta que lo sometes a cierta tensión, y entonces... bueno, entonces se desata el infierno.

Hice rodar el teléfono por el mostrador, me volví y espanté a alguien que se había puesto a la cola para comprar un perrito.

—Creo que este debe de ser el subordinado de los dos —aventuró Ivy, estudiando al vendedor de perritos—. ¿Ves lo nervioso que está? Lo han

puesto aquí a vigilar y avisar si apareces. Diría que no se esperaba que tuviera que tratar contigo.

—¿Quién te envía? —le pregunté—. ¿Y por qué no has cogido este teléfono y has echado a correr?

El hombre se quedó muy callado, prácticamente en posición de firmes, y se negó a responder a mis insistentes preguntas. Sí, estaba claro que era militar.

—Bueno, pues supongo que entonces me marchó —dije, y cogí el móvil.

El hombre le puso la mano encima, no para quitármelo, sino para evitar que me lo llevara.

—Ah, conque sí que quieres hablar, ¿eh? —dije—. Pues...

—Ya puede dejar de intimidarlo, señor Legión —intervino otra voz. Miré a un lado mientras se acercaba el otro hombre de las fotos, mayor, caucásico, con la barba entrecana—. Él no puede responder a sus preguntas.

—¿Y quién puede? —pregunté.

El hombre señaló el teléfono. Que empezó a sonar.

Fruncí el ceño, pulsé el botón de responder y me acerqué el móvil a la oreja.

—¿Diga?

—Hola —dijo Sandra por la línea—. Qué alegría volver a oír tu voz.



Seis

Sandra.

Sandra.

Su voz era intensa y grave, como el sonido de un violonchelo solitario. Me evocaba la paz, las pesadillas al cesar. Las charlas tranquilas de noche, con una vela titilando entre nosotros, porque las luces modernas no estaban lo bastante vivas para Sandra.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué dejar aquí el teléfono y hacerme pasar por todo esto? ¿Por qué no llamarme sin más?

—Necesitábamos una línea segura, Rhone.

Es mi segundo nombre. Cerré los ojos e imaginé los días perezosos que pasamos hacia el final, después de que pudiera silenciar y otorgar cuerpos a las voces. Los días en los que por fin pude quedarme tumbado, con Sandra junto a mí, hablando en voz baja. Sandra siempre decía que yo no era un «Stephen». Que era un nombre demasiado común.

—Mi línea es segura —le dije.

—Segura frente a ataques tuyos, me temo.

—Entonces ¿trabajas con estos hombres? —pregunté, mirando a los dos que estaban junto al puesto de perritos calientes.

—En cierto modo.

—Necesito que nos veamos, Sandra —dije—. Estoy... menos fuerte que cuando te marchaste. Las cosas han empezado a irse al traste.

—Lo sé.

—¿Has estado vigilándome?

—No. A mí también me pasó.

—Tus aspectos, Jimmy, Orca, Mason. ¿Cómo están?

—Ya no los tengo.

Sentí como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Tienes que acompañar a esos hombres, Rhone —dijo ella—. Necesito que confíes en mí. Trabajan en algo que puede ayudarte. A mí me ha ayudado.

Cuanto más hablaba, peor me sonaba. Como si estuviera drogada o algo por el estilo. Separé el teléfono de mi cara e hice una seña a los aspectos para que se acercaran más y escucharan.

—¿Sandra? —dije—. ¿Qué les pasó a tus aspectos? ¿Qué está ocurriendo?

—Renuncié a ellos —respondió en voz baja—. A cambio de la cordura. Ven a verme, Rhone. Es... mejor así.

Alcé la mirada hacia Ivy, que asintió con brusquedad. Silencié el micrófono del móvil, mirando hacia los dos hombres. El más joven era soldado, pero el otro, fijándome bien, no daba la sensación de trabajar en seguridad. Estaba un poco demasiado rechoncho, un poco demasiado relajado con su chaqueta deportiva, aunque entreví una pistola que asomaba de una funda sobaquera. J. C. estaría orgulloso de mí.

—¿Qué le habéis hecho? —pregunté, imperioso.

—Debería usted preguntar —dijo el mayor— qué ha elegido ella hacerse a sí misma.

—¿Y es...?

—Ha encontrado la paz —respondió el hombre—. Y podemos ofrecérsela a usted también. Sería una sencilla transacción comercial. Su cerebro, que permanecería a salvo dentro de su cráneo, no me mire así, y nuestra tecnología. Podemos convertir el mundo en un lugar mejor, y su mundo, en uno más cuerdo, todo mediante el poder de nuestro producto patentado.

—Suenas como un ejecutivo —dijo Tobias— dando un discurso a una junta directiva.

—Lo tienes intrigado —añadió Ivy, entornando los ojos—. Quizá incluso hasta se divierte.

Alcé el móvil hacia mi oreja y activé de nuevo el micrófono.

—¿Sandra? Quiero hablar contigo en privado. Solos tú y yo. Sin teléfonos. Sin nadie más escuchando.

—¿Y si te pido ayuda?

Sentí una súbita necesidad de devolverle el favor. Hacía muchos años, Sandra me había salvado la vida, y yo estaba desesperado por saldar esa deuda con ella. Por colocarnos en situación de igualdad. Porque, en el fondo, sospechaba que ella se había marchado porque me veía demasiado dependiente y consideraba que nuestra relación estaba desequilibrada.

«Está jugando conmigo. Sabe cómo me siento y lo está aprovechando. “Socorro” es una palabra demasiado difícil de ignorar.»

Di la espalda a los dos hombres y hablé en voz más baja por teléfono.

—¿Te tienen retenida? ¿Te han drogado?

—Si respondo que sí, ¿vendrás?

—Eh...

—Estuve a punto de volver, ¿sabes? —dijo ella—. Hace dos años, cuando las cosas empezaron a ponerse feas para mí. Fui a visitarte. Pero me marché antes de hablar contigo. Rhone, lo tuyo va a empeorar. Eres como yo, solo que vas unos pocos años por detrás. El cerebro no soporta tanta presión, sencillamente. Vas a empezar a perderlos otra vez. A menos que te entregues.

—¿A qué?

—A un mundo perfecto.

—Caramba —intervino Ivy, a mi lado—, eso no da nada, pero nada de aprensión.

—Sandra —dije—, esto no debería estar yendo así. He imaginado... o sea, había visualizado...

—Ay, Rhone, Rhone. A estas alturas, ya deberías saberlo. A los dos se nos da demasiado bien imaginar. Pero ¿cuándo han salido nuestras ensoñaciones como nosotros queríamos? Ven con Kyle.

—Pero...

—Nos veremos entonces. Ven.

Colgó.

Y caí en la cuenta de que estaba sollozando. Se me quedó el brazo laxo y estuve a punto de soltar el teléfono mientras me volvía hacia los dos hombres.

—Señor Legión —dijo el mayor, que seguramente sería Kyle—, el paradigma en el que vive puede expandirse. Por favor, permítame mostrarle la naturaleza de nuestro trabajo, y permita que este redefina su visión de lo que es posible.

—La tenéis retenida.

—Descubrirá que no hemos hecho nada que sobrepase los límites morales y éticos de las buenas prácticas empresariales.

Hice una mueca de desdén.

—Leeds —dijo Ngozi, cogiéndome por el brazo. La luz resplandeció a nuestra espalda y el público vitoreó.

—No sé lo que le habéis hecho —dije a Kyle—, pero no pienso acompañaros. Voy a encontrar a Sandra. Voy a liberarla.

—¿Y si ella no desea la libertad que usted le ofrece?

Solté un gruñido.

—No podéis...

—Stephen —dijo Tobias—, quizá deberías tranquilizarte. Respira hondo, ¿recuerdas? Deja que te hable un poco más de este espectáculo de fuego. Escucha mi voz. Las luces son tan hermosas porque...

Inhalé y exhalé una y otra vez, calmándome al ritmo de las palabras de Tobias. Kyle y el otro hombre retrocedieron, y yo me volví para mirar entre el gentío hacia los fogonazos de chispas impactando contra la pared del fondo. Eran hermosos, tal y como había dicho Tobias. Seguí escuchando su voz hasta que...

¿Qué era esa gelidez?

Miré entre la multitud. Casi todo el mundo estaba de cara al espectáculo, pero una silueta cercana avanzaba en mi dirección. Fruncí el ceño al ver que esa persona caminaba a través de una pareja, como si no estuvieran ahí de verdad. La figura tenía... las cuencas oculares hundidas y unos ojos pálidos y lechosos, sin pupilas.

Su piel se había vuelto cenicienta, incluso un poco traslúcida, y dejaba ver las sombras del cráneo que había debajo. Pero de todos modos reconocí el rostro. Era Armando.

Armando, o lo que quedaba de él, aulló y se abalanzó sobre mí, blandiendo un cuchillo enorme. Retrocedí de un salto, pero no fui consciente hasta ese momento de que no estaba yendo a por mí.

Apuñaló a Tobias a mitad de frase.



Siete

Tobias cayó al suelo sin hacer ruido, y la sangre goteó del cuchillo de Armando. Como un espectro, Armando se lanzó hacia mí, descargando un tajo con su hoja que reflejó la luz roja anaranjada de las chispas de la actuación.

Alcé los brazos, presa del pánico, y mientras retrocedía a trompicones recibí un corte en el brazo. Me dolió. Incluso pareció que sangraba.

Caí contra el puesto de perritos calientes, y apenas me di cuenta de que el hombre más joven desenfundaba su arma. No me importó; no podía importarme. Armando se había convertido en una pesadilla. Y Tobias...

«No, por favor. Tobias no.»

Ivy gritó, se arrodilló y trató de ayudar a Tobias. Ngozi retrocedió, horrorizada.

Me tambaleé.

«¡Tobias no!»

Armando me atacó de nuevo y yo hui. Me aparté del puesto de perritos y corrí con el brazo sangrante acunado contra el pecho. El tibio líquido me empapó la camisa y me mojó la piel. Me abrí paso a empujones entre la multitud, derribando a gente en mi alocado intento de mantenerme por delante de Armando.

Él fluyó persiguiéndome, más fantasma que hombre o aspecto. Los obstáculos no lo detenían. Pasó a través de un grupo de personas sin ralentizarse. No se molestaba en fingir como los demás. No tenía la menor necesidad de intentar preservar mi cordura.

Empujé a una familia, corriendo en desbandada, y de algún modo acabé llegando hasta la primera fila, cerca del escenario. En mi confusa huida, había terminado corriendo en la dirección contraria.

Unas chispas rojas salpicaron la pared y luego parpadearon hasta apagarse. Miré hacia atrás. Un brillo radiante, inconsistente, moribundo, iluminaba a Armando. Sus ojos estaban muertos, eran los de un cadáver ahogado. Me siguió, inexorable, blandiendo el cuchillo ensangrentado.

—Te los arrancaré —susurró, y de algún modo su voz resultó audible entre los sonidos de la gente que vitoreaba el espectáculo o me gritaba—. Te los arrancaré todos.

Choqué con alguien de la muchedumbre, que me empujó hacia el otro lado. Noté un dolor en el brazo al dar contra otro grupo, me quedé atrapado entre ellos, y el impacto me dejó sin aire. Armando fluyó a través de ellos y su cara emergió de la espalda de alguien como una mancha filtrándose a través de una pared.

Chillé de nuevo, mientras apartaba a la gente de mí y el brazo me ardía de dolor. Me estrujé entre la sofocante, sudorosa, ruidosa y horrible masa. Me escurrí y grité y me revolví hasta que por fin... salí de las últimas filas del público al aire abierto.

Armando se estrelló contra mí desde detrás, embistiéndome con el hombro, y me tiró al suelo. Caí contra la acera de hormigón y el dolor me dejó sin aire.

—¡Los arrancaré todos!

Rodé para quedar bocarriba y miré a Armando, iluminado desde atrás por una explosión de chispas en medio de la noche. Sonrió con malicia.

Y entonces una bala lo alcanzó en la frente.

Tropezó sacudiendo la cabeza. Llegaron más disparos, como fuegos artificiales. Le dieron todos en la cara, casi en el mismo punto. Por fin se derrumbó en el suelo polvoriento y soltó el cuchillo.

Me arrastré para alejarme del cadáver, subí a la acera y me retorcí. Jamás me había alegrado tanto de ver a J. C. Sin dejar de sostener su arma por delante, llegó hasta mí y se agachó.

—Ajá —dijo—. Una parte de mí sabía que algún día tendría que disparar a ese tío.

Volví a mirar a Armando, que estaba tendido en un charco creciente de su propia sangre. J. C. me indicó por señas que extendiera el brazo para poder examinarme la herida y obedecí, sintiéndome entumecido.

—Bueno —dijo J. C., sacándose un vendaje del bolsillo—, ¿vas a explicarme por qué tenías tantas ganas de alejarme?

—Eh... ¿Qué?

—Me has dejado en un barrio de mala muerte y has salido corriendo de la mansión antes de que llegara yo. Hasta el coche que me ha traído aquí se ha metido en un atasco.

—Eso era real.

—Sigue dándome la impresión de que estás siendo temerario. A propósito.

No. No lo estaba siendo. Era solo... que quería llegar hasta Sandra. Intenté explicárselo, pero entonces noté una sensación de desgarró. Fue tan familiar que me dio náuseas, ya que la había sufrido antes ese mismo día, con

Armando. Una sensación de pérdida. De información que me abandonaba para siempre.

Esa vez fue mucho peor. Un trueno comparado con una ramita al partirse.

Gemí y me acurruqué mientras me dejaban sin remedio todos los fragmentos aleatorios de conocimiento que no encajaban en los dominios de ningún otro aspecto. Los datos de cultura general que impregnaban todo lo que hacía, todo lo que había aprendido, envueltos para componer a un solo hombre maravilloso.

Tobias...

Tobias había muerto.

—¿Qué pasa? —preguntó J. C.—. ¿A qué viene esa cara, flacucho? ¿Qué ha ocurrido?

—Ha apuñalado a Tobias —grazné.

—¿Dónde? —exigió saber J. C.

Señalé hacia el lugar de donde venía, más allá de la muchedumbre.

J. C. echó a correr, y yo me puse en pie a duras penas para ir tras él, dejando el cadáver de Armando. No creía que pudiera levantarse y venir a por nosotros de nuevo... pero tampoco tenía la menor garantía. Las pesadillas no obedecían las normas.

Llegados a ese punto, las personas reales habían despejado un espacio a mi alrededor y retrocedieron al ver que me movía. En una ciudad grande, uno acaba acostumbrándose a esas cosas, incluso sin tener el aspecto del típico borracho vagabundo. Unos pocos buenos samaritanos me preguntaron si necesitaba ayuda, pero logré quitármelos de encima y regresar al puesto de perritos calientes.

Los dos hombres de antes se habían marchado. Ngozi estaba arrodillada junto al cuerpo de Tobias, con los brazos cubiertos de sangre. La pobre había intentado vendarlo.

Pero no había sido suficiente. J. C. tenía una rodilla hincada al lado de Tobias y el brazo del arma colgando laxo. Ivy estaba de pie cerca, rodeando su propio torso con un brazo mientras fumaba un cigarrillo con la otra mano. Maldición. Hacía años que lo había dejado. J. C. se levantó y fue con ella, y ella lo abrazó y empezó a sollozar flojito contra su hombro.

Y yo...

Yo me quedé mirando el cuerpo.

Tobias había sido el primero de todos. Una voz tranquilizadora y optimista, extraída de las sombras y las pesadillas. Recordé estar sentado de noche en una silla, con las luces apagadas, rodeado de susurros... y entonces oírlo por primera vez.

Había sido mi salvavidas hacia la cordura.

—¿Qué...? —empezó a decir Ngozi—. ¿Qué hacemos ahora?

No lo sabía.

—Tenemos que movernos —dijo J. C., que todavía abrazaba a Ivy. Necesitaba el consuelo tanto como ella—. Hemos llamado la atención. Mirad.

Aunque el espectáculo de chispas había concluido y había alguien empezando a rociar con agua el escenario, el personal de seguridad estaba abriéndose paso entre el gentío que se dispersaba. Unas cuantas personas se volvieron hacia mí, haciendo gestos vigorosos.

—No podemos... dejarlo aquí y ya está —dije.

—Hay una solución —susurré—, una forma de arreglarlo. Sandra. Ella sabe cómo.

Fui a trompicones hasta el puesto de los perritos. En el mostrador había una nota y la bolsita con el teléfono móvil dentro. La nota rezaba, simplemente: «Estaremos en contacto».

Cogí la bolsa y la nota y, por mucho que me doliera hacerlo, abandoné los

restos de Tobias. No me pareció bien hacerlo. Me sentí fatal. Pero volvería a por él. Le daría un funeral como debía ser.

«Se quedará ahí tirado —pensé—, mientras la gente camina a través de él. Sin saber lo que están pisando. Sin conocer al gran hombre al que jamás podrán ver, jamás podrán conocer.»

Teníamos que movernos.

Me alejé cojeando, acunando todavía el brazo herido, mientras los guardias de seguridad me llamaban a voces. Apretaron el paso para alcanzarme, pero entonces llegué cerca de mi limusina, que seguía aparcada en la acera.

Barb abrió la puerta, y los dos guardias retrocedieron. De pronto había pasado de ser un «borracho sin techo cualquiera» a ser un «no me pagan lo suficiente para esto».

Subí al vehículo y lancé un pie para mantener abierta la puerta trasera mientras Barb intentaba cerrarla después de que entrara. Ivy, J. C. y luego Ngozi subieron al coche y se dejaron caer en los asientos.

Barb asomó la cabeza al interior.

—Esto... ¿todos dentro?

—No —susurré—, pero podemos irnos de todas formas.

—¡Marchando! —exclamó ella, enérgica—. ¿Quiere que le sirva algo? ¿Un vaso de agua, o...?

—Podrías callarte.

Barb cerró la puerta, quizá con algo más de firmeza de la necesaria. Eché de menos a Wilson, y...

Demonios, Tobias estaba muerto.

Me hundí en el asiento mientras J. C. se arrodillaba a mi lado para vendarme mejor la herida.

—Muy bien —dijo Ivy después de respirar hondo—. Vale. Necesitamos un

plan. No puedo creer lo mucho que duele esto, pero... necesitamos un plan.
Steve, esto no puede volver a ocurrir.

El coche arrancó. Barb activó el intercomunicador.

—¿Vamos a algún sitio concreto?

—No —respondí—. Solo conduce. Por favor.

«A cualquier sitio menos aquí.»



Ucha

No sabía de qué clase de móvil se trataba.

Le di vueltas y más vueltas en las manos mientras el coche salía a la autovía. A mi lado, Ivy ayudaba a Ngozi a limpiarse la sangre de las manos usando la pileta de la limusina y agua embotellada.

¿Por qué importaba qué clase de teléfono fuese? Porque Tobias lo había sabido todo sobre teléfonos. No conocía únicamente los aparatos en sí, sino también todo sobre las empresas que los fabricaban. La historia de la tecnología era solo una de sus muchas aficiones excéntricas. Me había acostumbrado a tener ese conocimiento asentado cómodamente al fondo del cerebro, sin darle demasiada importancia, pero aun así... a tenerlo.

Probé a enviar mensajes de texto a Sandra unas cuantas veces, aunque no me respondió. Al final, acepté un consejo de J. C., redacté un mensaje diciendo que volvería a encender el móvil al cabo de una hora, y luego le

quité la batería para que no pudieran rastrearne siguiendo el teléfono, por si acaso.

—J. C. —dijo Ivy—, llama a la mansión.

J. C. marcó el número de Kalyani y la puso en manos libres.

—¿Alguna novedad? —preguntó ella de inmediato.

—Hemos... —Ivy respiró hondo—. Hemos perdido a Tobias.

Silencio.

—¿Lo habéis perdido? —dijo por fin Kalyani—. ¿Os referís a que... ha huido?

—A que está muerto —dijo J. C.—. Del todo.

Kalyani ahogó un grito.

—Tenemos que impedir que algo como esto vuelva a ocurrir —dijo Ivy—. Quiero que reúnas a todos los aspectos y los lles a la Sala Blanca. Dínoslo si falta alguno.

—Sí. Sí, vale —respondió Kalyani—. Pero... ¿Tobias? ¿Estáis seguros?

—Sí, por desgracia.

—¿Cómo está el señor Steve?

Ivy me miró.

—Nada bien. Llámanos cuando estéis todos juntos.

Colgó el teléfono.

Yo me quedé mirando hacia delante, insensible, notando solo el movimiento del coche en la carretera.

«Llega hasta Sandra.»

Pero ¿ella sería capaz de hacer alguna cosa? Su voz al teléfono, la forma en que había hablado, no sonaba como alguien que tuviera las respuestas. No las respuestas correctas, por lo menos.

Era algo en lo que pensar para apartar mi mente de Tobias. Alcé la mirada y me sorprendió encontrar a mis aspectos congelados. Como estatuas, sin

moverse, sin respirar. Cuando me di cuenta, recobraron el movimiento de sopetón: Ngozi siguió secándose las manos y hablando a J. C. de los dos hombres del puesto de perritos calientes.

Miré la pantalla de mi móvil y constaté que había transcurrido media hora desde que me había quedado allí sentado, en la inopia, pensando en Sandra y en Tobias.

El teléfono vibró. Era una llamada de Kalyani.

—Hola —dije, y activé el altavoz.

—Todos presentes, señor Steve —dijo Kalyani—. No ha desaparecido nadie. Estamos todos aquí. Incluso Leroy, que acaba de volver.

Eso significaba que no habría más pesadillas. De momento.

—¿Qué quiere que hagamos? —me preguntó Kalyani.

Miré el móvil de Sandra. ¿Íbamos a esperar a que ella, o el tal Kyle, se pusieran «en contacto» o iba a hacer alguna otra cosa?

—¿Opciones? —dije mirando a mi equipo.

—El hombre mayor, Kyle —respondió Ivy—, sonaba a ejecutivo, no a miembro de un equipo de seguridad, así que...

—Así que quizá haya registros sobre él y sobre dónde trabaja —terminé por ella, asintiendo—. Pero necesitaremos algo a partir de lo que investigarlo. Ngozi, ¿qué tal es la imagen mental que tienes de él?

—Excelente —respondió.

—Muy bien. Kalyani, ¿sigues ahí?

—Ajá.

—Pásame con Turquesa.

Turquesa era uno de mis aspectos más antiguos. Se puso al teléfono, hablando con una mezcla de acento texano y languidez de fumeta.

—Eh, tronco, esto está siendo de locos, ¿eh?

—No uses esa palabra a la ligera conmigo, Turquesa —repliqué—. Ngozi

va a describirte a un hombre. ¿Podrás dibujarlo?

—Claro. Como un colega de esos que salen en los programas esos.

—Exacto.

—Mola.

Asentí mirando a Ngozi, que empezó a describir a Kyle. Cara redonda, cabello ralo, antebrazos gruesos, como si hiciera ejercicio, pero no acababa de tener una complexión atlética. Nariz grande.

Kalyani pasó su móvil a modo vídeo y me enseñó lo que estaba dibujando Turquesa. Ngozi le fue sugiriendo cambios, ayudada por Ivy, y Turquesa hizo un trabajo más que notable. Mi cerebro podía memorizar detalles complejos muy deprisa. Solo necesitábamos una manera de extraer esa información.

—Mola —volvió a decir Turquesa cuando hubimos terminado—. Se parece un poco a una patata que finge ser un hombre pero está preocupada por que alguien descubra el farol.

—Eres un tipo muy raro, Turquesa —le dije.

—Ya. Gracias.

—Eh, Chin —llamé—. ¿Estás escuchando?

—Aquí estoy —respondió mi experto informático, inclinándose y saludando a cámara.

—¿Puedes pasar ese boceto por algún tipo de programa de reconocimiento facial? —pregunté.

—No, pero puedo decirte quién es de todos modos.

—¿Qué? ¿En serio?

—Claro —dijo Chin—. Leí un artículo sobre él hace poco. Es Kyle Walters, un empresario local. Ha causado cierta sensación en los círculos tecnológicos de la zona.

Fruncí el ceño mientras buscaba el nombre en Google.

—Kyle Walters, presidente de la Compañía de Detención Walters y

Ostman.

—¿Compañía de Detención? —preguntó Ngozi—. ¿Se refiere a cárceles?

—Cárceles privadas con ánimo de lucro —dijo Chin, leyendo—. Obtuvo cierta notoriedad al adquirir una empresa de videojuegos. Fue un asunto moderadamente importante en ciertos círculos.

Asentí despacio. Todo lo que sabía Chin procedía de mí. Debía de haber leído algo sobre Kyle en alguna de mis numerosas sesiones de consumo masivo de información, en las que procuraba absorber tantas noticias y artículos como pudiera para futuras referencias.

—¿Videojuegos y cárceles? —se sorprendió Ivy—. No casan demasiado.

—Ya. —Volví al principio de la página web que estaba leyendo—. Es el presidente de la empresa. ¿Por qué se ha molestado en venir a conocerme en persona?

—Conocerte es toda una experiencia —dijo Chin—. Se dice que a Walters le gusta hacer las cosas en persona. Supongo que deseaba verte con sus propios ojos.

Fruncí el ceño, repasando el artículo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ivy.

—Nada —dije—. Es solo que... creo que antes sabía algo sobre esa estructura que tiene detrás. —Miré el pie de foto—. ¿La «Torre Eiffel»? Parece algún tipo de instalación artística.

—Sí, y bien grande. —Ivy negó con la cabeza—. Qué rara es.

—¿A eso lo llamáis arte? —dijo J. C.—. Parece que alguien se olvidó de terminar de construir esa cosa.

Me quedé esperando a que Tobias nos lo explicara, y de nuevo sentí como si me dieran un puñetazo. Había muerto. Respiré hondo e investigué un poco más a nuestro amigo Kyle Walters. Encontré algunos vídeos de él hablando

en conferencias de tecnología, dando discursos llenos de expresiones de moda en la jerga informática.

Pero Kyle era dueño de cárceles. ¿Qué hacía en esas conferencias? Ni siquiera habían tenido lugar en congresos sobre seguridad. «Convención de Realidad Virtual Aplicada», leí. Pues vaya.

—¿Tiene su sede en la ciudad? —pregunté—. ¿Dónde?

—Mira —dijo Ivy, y me enseñó la pantalla de su móvil, en la que aparecía una dirección—. Posee un edificio entero en un complejo de oficinas de las afueras.

Si la dirección aparecía en su teléfono, significaba que yo la tenía guardada en algún lugar del fondo de mi cerebro, procedente de cuando había memorizado listas de empresas de la zona. Por tanto, no lo había perdido todo con Tobias.

—Parece estar usted sobrellevándolo bastante bien —dijo Jenny—, ahora que se ha pasado la conmoción inicial. ¿Puede explicarme cómo le ayudan sus aspectos a recuperarse?

Sorprendido, alcé la mirada. Allí estaba ella, sentada delante de mí en la limusina. J. C., haciendo gala de una excelente claridad mental, sacó su pistola y la apuntó directa a la cabeza de Jenny.

—¿Esto es necesario? —preguntó ella.

—Un aspecto acaba de volverse loco y matar a uno de mis mejores amigos —dijo J. C.—. Estoy más que dispuesto a esparcir tus sesos por ese asiento si creo que así salvaré a algún otro.

—No estás cumpliendo las reglas —dije a Jenny—. ¿Apareces y desapareces? Eso es peligroso. Las pesadillas no cumplen las reglas.

Ella arrugó los labios y, por primera vez, pareció captar la idea y asintió. J. C. me miró.

—Puedes guardarla —le dije—. Salta a la vista que no es una pesadilla.

Todavía no.

J. C. obedeció y enfundó su arma con movimientos lentos mientras se reclinaba en el asiento, sin dejar de mirarla. Solíamos reírnos de J. C., pero reconozco que podía intimidar casi sin el menor esfuerzo, cuando de verdad se lo proponía. Ivy se acomodó junto a él, con las piernas cruzadas, mirando a Jenny con cara de pocos amigos. Ngozi se había perdido la conversación entera, porque de repente su atención había quedado atrapada por lo sucio que estaba el interior del portavasos.

—Pues a mí me parece —dijo Jenny— que todos ustedes son muy rápidos apuntando con un arma, pero muy lentos haciendo las preguntas difíciles.

—¿Por ejemplo? —repliqué.

—Por ejemplo, ¿por qué está ocurriendo esto? —dijo Jenny—. ¿Por qué está perdiendo aspectos? ¿Qué provoca que sus alucinaciones se comporten de esta manera?

—Mi cerebro está saturado. Demasiados aspectos, a los que les pasan demasiadas cosas. O bien es eso o bien soy emocionalmente incapaz de lidiar con los cambios en mi vida.

—Dicotomía falsa —repuso Jenny—. Podría haber una tercera opción.

—¿Como cuál?

—Dígamelo usted. Yo solo he venido a escuchar.

—Tienes que ser consciente —le dije— de que ya tengo una aspecto psicóloga. —Señalé a Ivy con el mentón—. Me rechista sin parar, pero es buena en su trabajo, así que no necesito a otra.

—Yo no soy psicóloga —afirmó Jenny—, sino biógrafa.

Apuntó algo en su cuaderno, como para demostrar lo que acababa de decir.

Miré por la ventanilla y vi pasar las farolas a un lado de la carretera. Habíamos salido de la autovía y recorriamos una calle de barrio mal iluminada. Las zonas entre una luz y la siguiente estaban muy oscuras, casi

como si no existiera nada salvo en los lugares donde aquellas farolas creaban el mundo.

Pulsé el botón del intercomunicador.

—Barb, busca en el GPS un edificio de oficinas llamado Compañía de Detención Walters y Ostman. Debería estar en la calle 206. Llévanos allí.

—A la orden, jefe —respondió ella.

—Dígame, señor Leeds —me pidió Jenny—, ¿desea que lo curen?

No respondí.

—Supongamos que nos pierde a todos nosotros —prosiguió ella—, que se acabaron los aspectos. Se acabó el conocimiento. Se acabó ser especial. Pero, si pudiera ser normal, ¿aceptaría el trato?

Al ver que no respondía de inmediato, Ivy me lanzó una mirada traicionada. Pero ¿qué podía decir yo? ¿Cómo sería estar bien?

¿Ser normal?

Hacía todo lo posible para mantenerme cuerdo, para ir endosándoles mis distintas psicosis a los aspectos. Yo era el más aburrido de todos nosotros, y estaba hecho a propósito. De ese modo, podía fingir. Pero ¿significaba eso... que me parecería bien perder a mis aspectos?

¿De verdad podría vivir sin ellos?

—Ya echo de menos a Tobias —dijo J. C. en voz baja—. Él habría roto este silencio. Habría dicho algo para hacerme sonreír.

—Háblenme de él —pidió Jenny—. Apenas pude conocerle.

Me dio la impresión de que Jenny intentaba colarse a hurtadillas, extraer información de mi cerebro.

—Era estupendo —dijo Ivy—. Siempre tranquilo con todos. Interesado por todos.

—Le encantaban los misterios —añadió Ngozi—. Le encantaban las preguntas. Era la parte de nosotros que siempre quería seguir aprendiendo.

—Juraría —aporté yo— que la mitad de los aspectos existen porque él estaba lo bastante interesado como para hacerme indagar en algún tema extraño.

—No le gustaba nada que cobráramos a la gente por nuestro trabajo —dijo J. C.—. Siempre quería que nos ofreciéramos a hacerlo gratis. Era espantoso como empresario. Pero un buen hombre.

—Estaba loco a su propia manera maravillosa —dijo Ivy—. ¿Os acordáis de cómo se ponía la gente al descubrir que una de tus alucinaciones tenía su propia alucinación?

Sonreí. Tal vez... incluso alcanzaba a imaginar a Stan, el amigo astronauta de Tobias. Por lo general, no tenía tanto control.

Los demás continuaron rememorando, contando historias sobre Tobias. Jenny se reclinó y fue apuntándolo todo. Y lo cierto es que nos sentó bien hablar de ello. Recordar. Quizá, por una vez, Jenny había ayudado de verdad.

Al cabo de un tiempo, nos detuvimos cerca de un pequeño edificio de oficinas, que tendría cuatro alturas. No sabía si Sandra estaría dentro, pero, con un poco de suerte, como mínimo tendrían la información de dónde estaba retenida.

Solo tenía que infiltrarme y robarla.



NUEVE

—Es el mismo coche —dijo Ngozi, mirando por los prismáticos a través de la ventanilla de nuestra limusina—. Ese todocamino grande y plateado estaba aparcado en la calle cerca del puesto de perritos calientes. Con la poca luz que dan las farolas, casi ni le distingo la matrícula. —Vaciló—. ¿Alguien ha oído hablar de una marca de coches llamada Lexus?

Los aspectos negaron con la cabeza. ¿A cuántos más podía perder antes de... perderme yo, de convertirme en un vegetal baboso?

J. C. pidió los prismáticos con un gesto, y Ngozi los limpió con un paño desinfectante antes de pasárselos. J. C. recorrió con ellos el edificio entero.

—No hay forma de saber qué nivel de seguridad tienen. Esto es lo que haremos: volveremos a casa y yo reuniré a un equipo de aspectos especializados. Chin, Lua, Marci.

»Pediremos que nos devuelvan algunos favores, nos haremos con los planos arquitectónicos y, con un poco de suerte, descubriremos quién instaló

el sistema de seguridad. Quizá podríamos averiguar de quién era el edificio antes de que lo comprara el tal Kyle y, si se dejan sobornar, tendremos una idea incluso mejor de con quiénes estamos tratando. Volveremos dentro de dos días, a las tres de la madrugada, cuando...

Abrí la puerta y salí a la noche.

—O no —dijo J. C., y exhaló un pesado suspiro.

Golpeé con los nudillos la ventanilla del conductor, y Barb la bajó.

—Aparca el coche fuera de la vista —dije, y eché a andar hacia el edificio de oficinas.

J. C., Ivy, Ngozi y Jenny me siguieron. Cruzamos el oscuro césped corriendo agachados. Casi todo el edificio estaba iluminado por focos, pero el de la fachada oriental fallaba y la dejaba en penumbra casi todo el tiempo. Por tanto, me acerqué por ese lado.

Jenny empezó a quedarse atrás e intentó esconderse detrás de un árbol con bastante torpeza. Pero al menos estaba siguiendo las normas. Ivy ya había hecho antes cosas como aquella y avanzaba al mismo ritmo que J. C. y yo llevando en la mano los zapatos, que no eran los más prácticos para una incursión. La que más me preocupaba era Ngozi, pero la vi sonreír cuando se agachó a mi lado detrás de unos arbustos.

—Ya hacía tiempo —susurró mientras nos acucillábamos en la sombra oscurecida de los matorrales—. Me siento... bien. Capaz de hacer esto. Jenny. ¡Oye, oye! ¡No roces esas hojas! ¿Tú sabes la de productos químicos que les echan para que estén así de verdes?

J. C. estudió la fachada lateral del edificio.

—¿Seguro que quieres hacer esto ahora mismo?

—Si Sandra está ahí dentro, quiero saberlo. No podemos esperar dos días, porque podrían trasladarla.

Cruzó la mirada con Ivy, que se encogió de hombros y asintió.

J. C. soltó un bufido.

—Estáis todos locos.

—¡Eh! —exclamó Ivy—. Aquí la psicóloga soy yo. Me corresponde a mí definir quién está loco, y solo lo estamos cuatro de nosotros.

J. C. nos contó a los cinco. Luego, dubitativo, se señaló a sí mismo.

—J. C. —dijo ella en tono plano—, no se puede estar más loco que tú. ¿A cuántas revistas sobre armas estás suscrito?

—A todas —reconoció él.

—¿En cuántos idiomas?

—En todos.

—¿Y cuántos de esos idiomas sabes leer, aparte del tuyo?

—Ninguno. —J. C. miró a través de los arbustos con sus prismáticos—. Pero sí que sé leer las fotos. Esas no están en canadiense o lo que sea, ¿eh?

—Entonces ¿quién es la persona cuerda? —pregunté a Ivy—. ¿Yo?

—¡No, por Dios! Es Ngozi. ¿Vosotros sabéis la de productos químicos que les echan a estas plantas? Deberíais hacerle caso.

Ngozi asintió, muy conforme, pero J. C. soltó una risita. Y yo... yo sonreí un poco. Costaba disfrutar de las frivolidades después de lo que había sucedido, pero me di cuenta de que seguía necesitándolo. «Gracias, Ivy.»

—Entonces ¿cómo entramos? —preguntó.

—¿Por los conductos del aire? —sugirió Ngozi.

J. C. puso los ojos en blanco.

—¿Tú has visto alguna vez un conducto del aire por el que pueda pasar una persona? Es decir, ¿que sea lo bastante grande y que no se venga abajo por el peso de la persona que hay dentro?

—Claro —dijo ella—. He visto un montón así. En la tele.

—Ya, vale, pues la próxima vez que estemos analizando el escenario de un crimen, me pondré a gritar un millón de veces: «¡Amplía la imagen!».

—Tienes razón.

—Por suerte —dijo J. C., levantando de nuevo los prismáticos—, este sitio tampoco parece demasiado seguro. No veo cámaras exteriores, aunque, ojo, podrían estar ocultas sin ningún problema. Tampoco veo luces en las ventanas, así que, si están patrullando el interior a pie, lo hacen con poca frecuencia. Pero, claro, estas instalaciones modernas no necesitan patrullas, porque está todo programado para saltar a lo loco en el momento en que echas el aliento a la puerta que no debes.

»La mejor forma de entrar es aprovechando lo que dice siempre Audrey: buscar un error humano, en vez de intentar superar las máquinas. —Señaló y vi que había una ventana en la planta baja que estaba sujeta en alto con un libro, quizá para que entrara el aire.

»Iremos todos a la vez —siguió diciendo J. C.—. Si están vigilando la zona con cámaras, dispersarnos sería peor. Así por lo menos hay una posibilidad de que el guardia de seguridad no esté mirando cuando echemos a correr. ¿Preparados?

Asentimos todos.

J. C. señaló con el pulgar por encima del hombro hacia Jenny, que nos observaba desde más atrás. Quizá no tenía la suficiente confianza en sí misma para acercarse.

—¿Y ella?

—Haz como si no estuviera —respondí—. Ella... no aparecerá en sus pantallas. Tiene un... esto... un sistema de sigilo.

—No me refiero a la escritora —dijo J. C. con un gesto exasperado. Señaló otra vez—. Sino a ella.

Miré de nuevo. Barb estaba corriendo por la hierba. Llegó, casi sin aliento, y se agachó a mi lado.

—¡Muy bien! —dijo—. ¿Vamos a colarnos? Me gusta. ¿Qué quiere que

haga?

—Vuelve al coche.

—Pero...

—Vuelve al coche, llévatelo y ve a la fiesta de cumpleaños de tu tío. Era esta noche, ¿verdad? Cómete un trozo de tarta, Barb.

—Necesitará...

—Cogeré un taxi. Vete.

Puso cara de disgusto, pero asintió y se marchó. «Si hubiera revelado mi presencia a los guardias de seguridad de dentro...» Negué con la cabeza, me volví de nuevo hacia el equipo y me encontré con un coro de miradas de reproche.

—¿Qué pasa? —dije—. No necesitamos a personas reales.

—Hay cosas que ella puede hacer y nosotros no —replicó Ngozi.

—Yo no soy de los que rechazan a personas tan dinámicas —dijo J. C.

Ivy se limitó a apretarme el brazo.

—¿Y si el problema es ese, Steve? ¿Y si lo que pasa es que no puedes vivir solo con nosotros? ¿Y si volverte tan introvertido es lo que está provocando todo esto?

—¿Cómo? ¿Tanto os ofende que haya hecho marcharse a mi chófer?

De verdad estaban todos locos.

Además, tal vez no quería que nadie me viera mientras pasaba por... lo que fuese que me estaba ocurriendo. ¿Acaso no se podía sufrir una crisis nerviosa en privado?

—Vamos —dije, sin darles la oportunidad de discutir mientras corría hacia el edificio.

Los demás me siguieron, incluida Jenny. Llegué al lateral del edificio, jadeando, y me acerqué a la ventana abierta. Era de las que se deslizaban hacia arriba y hacia abajo, y a través del cristal vi lo que parecía un cuarto de

limpieza. Había cubos en el suelo y un tenue olor a lejía. Quizá la ventana estuviese abierta para airearlo.

Subí la ventana y entré. Logré hacerlo sin el menor ruido y sin derribar los cubos del suelo, pero al levantarme en la penumbra, me di un golpe en la cabeza contra un estante. Vi las estrellas y se me quedó la visión en blanco, pero me las ingení para no gritar de dolor.

Sostuve abierta la ventana para los demás, y J. C. levantó un pulgar cuando entró. Seguro que no me había visto golpearme la cabeza, pero aun así supuse que aquello se me daba mejor que en los viejos tiempos. Nuestras sesiones de entrenamiento habían dado sus frutos.

Ivy sí que tiró un cubo al suelo, pero, por suerte, el estruendo resultante solo sería audible para mí. De todos modos, Ivy me dedicó una mirada de disculpa después de hacerlo. J. C. ayudó a entrar a Ngozi, y Jenny llegó la última.

Volví a colocar el libro, dejé caer la ventana sobre él y fui hasta la puerta. Respiré hondo y la abrí unos centímetros. Si había alarmas en las puertas, abrirla habría revelado mi presencia.

La luz del otro lado era mucho más brillante de lo que esperaba. Parpadeé ante aquel brillo chillón y estéril. El pasillo parecía vacío, pero J. C. alzó el brazo y señaló una protuberancia en el techo, una semiesfera de cristal negro reflectante. Una cámara de seguridad.

Di un paso atrás en el cuarto de limpieza y cerré la puerta con un chasquido. Después de pensar un momento, llamé a Kalyani por teléfono.

—Ponme con Chin —le pedí en voz baja.

Un momento después, Chin se puso al teléfono.

—¿Sí, jefe?

—Estamos infiltrándonos en la sede de Walters y Ostman —dije—. Hemos traspasado el perímetro, pero en los pasillos hay cámaras de vigilancia.

Chin rio con suavidad.

—¿Te sorprende que una empresa que dirige cárceles tenga un nivel básico de seguridad?

—Últimamente está siendo muy imprudente —dijo J. C.—. Más de lo normal.

—Muy bien. Vale, echa un vistazo a tu móvil, jefe. ¿Ves una aplicación llamada SAPE? Es un amplificador de análisis de señal. Ponlo en marcha y configúralo para que transmita los datos a mi portátil.

—Hecho —dije, después de pulsar unos botones y ver que aparecían datos en la pantalla.

—Hum... —dijo Chin—. Hay una wifi visible para invitados... y señales internas ocultas que no transmiten sus identidades. Vale, bien. Están usando cámaras inalámbricas AJ141.

—¿Y eso es bueno?

—Más o menos —respondió Chin—. Esos pequeños nodos de cámara emiten señales dirigidas a un puesto central de vigilancia, ¿de acuerdo? Y quien esté allí en el turno de noche va pasando de cámara en cámara.

—¿Puedes hackearlo?

—No —dijo Chin—, ni de milagro. Tendríamos que conectarnos físicamente al trasto, cosa que, por si no os habéis dado cuenta, supondría entrar en su campo de visión. Pero, aun así, mira la señal que sale en tu teléfono. ¿Ves ese puntito intermitente?

—Sí. ¿Qué es?

—Un *ping* para solicitar datos, que hace que la cámara se reinicie en un momento y empiece a transmitir. Qué raro. Supongo que habrán configurado cámaras nuevas para integrarlas en su sistema de seguridad más antiguo. Eso significa que, aunque no podamos hackear el sistema...

—Sí que podemos saber cuándo está transmitiendo una cámara —dije,

sonriendo—. Buen trabajo, Chin.

—Ya, bueno, pero que no os pillen, ¿vale? Hoy ya hemos tenido bastantes malas noticias.

—Ya que sale el tema... —dijo Kalyani, cerca de Chin, con voz tímida—. ¿Señor Steve?

—¿Qué? —dije, con un escalofrío.

—Lua ha desaparecido.

—¿No habías dicho que estaban todos?

—Y eso creíamos, pero ha salido a coger algo de esa choza de supervivencia que tiene en la parte de atrás. ¡Y no ha vuelto! Hemos enviado a cuatro personas juntas a buscarlo, pero no aparece.

Me apoyé en la pared, sintiéndome enfermo. No. Otra vez no.

—Eh, Ahmed —dijo J. C. a Kalyani, inclinándose hacia el teléfono.

—Por favor, no me llames así.

—Vale, perdona. Era por hacer la gracia, ya sabes. —Respiró hondo—. Hay una llave escondida en una caja bajo la tercera baldosa del camino de atrás. Ve a cogerla.

—¿Para qué? —preguntó Kalyani.

—Es la que abre mi taquilla de armas, la del pasillo principal, donde guardo las escopetas de emergencia por si atacan la casa. Repártelas entre los demás y quedaos todos atrincherados ahí, ¿de acuerdo? Meteos en una habitación, atrancad la puerta... y tened cuidado. Si Lua se convierte en pesadilla, es posible que no le afecten cosas como las cerraduras o las barricadas. Pero las armas de fuego deberían seguir funcionando.

—Eh... —A Kalyani le tembló la voz—. Sí. Vale, eso haremos.

—Bien. Tened cuidado. —Me miró con una reserva muy poco propia de él y desenfundó su arma—. Supongo que tenías razón, flacucho. Esperar dos días para entrar aquí no era una opción.

—¿Puede explicarme cómo le hace sentir esto, exactamente? —preguntó Jenny, que estaba justo a mi lado.

Me sobresalté y, de pronto, sentí una furia irracional hacia ella. Allí estaba, escribiendo, como si no le importara lo más mínimo lo que nos sucediera a todos los demás.

—O cierras esa boca —le dije— o vamos a terminar a palos.

—Dicotomía falsa —replicó ella—. Existen más de dos opciones. También podríamos...

—Vete —le ordené, señalando la ventana.

—¿Qué? —dijo ella, bajando su cuaderno.

—Que te vayas. Ya. O te juro que J. C. va a dispararte. Sáltate las normas, lárgate, desaparece. Me da igual cómo lo hagas, ¡pero vete de aquí!

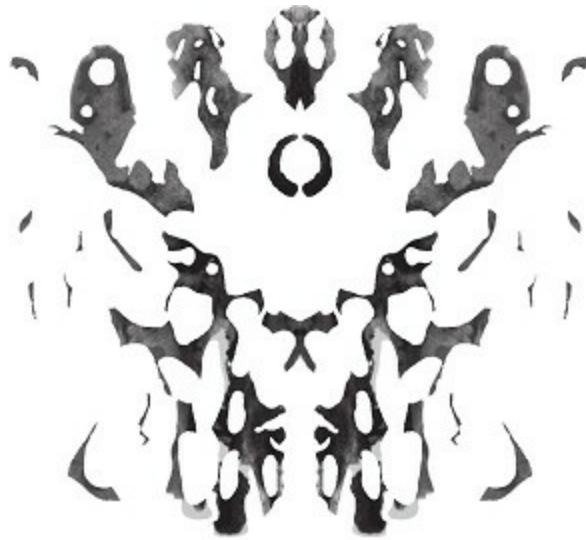
Se esfumó al instante.

Temblé por dentro y sentí náuseas. Los otros aspectos se quedaron en silencio.

—No pongáis esas caras de traición —gruñí—. No le he pedido que venga. Ni siquiera quería que existiera. No sé ni qué clase de especialidad se supone que representa.

Esperé a que la cámara de fuera completara un ciclo y medí el tiempo que teníamos entre emisiones. Minuto y medio. Tiempo más que de sobra.

J. C. encabezó la marcha por el pasillo.



Diez

Las cámaras estaban distribuidas a intervalos regulares por los pasillos, pero, con mi móvil, podía saber cuáles eran las señales más próximas. Me desplazé a buen ritmo, esperando bajo una cámara mientras estaba desactivada y moviéndome deprisa cuando la siguiente dejaba de transmitir. Fui probando los pomos de las puertas al pasar, esperando encontrar alguna que no estuviera cerrada con llave y me proporcionara acceso al sistema informático.

No hubo suerte, pero Ngozi vio algo a través del cristal de un despacho: un plano de las instalaciones en la pared del fondo. Le saqué una foto y luego doblamos una esquina y llegamos al rellano de una escalera donde nos pareció que estaríamos fuera de la vista de las dos cámaras más cercanas.

Allí descansé un poco mientras mis aspectos se congregaban en torno al teléfono para estudiar el mapa. Tenía el corazón acelerado y la camisa

empapada de sudor nervioso. Pero hasta el momento, no había sonado ninguna alarma.

«Lo cual no significa nada —me recordé a mí mismo—. Las alarmas serán silenciosas y solo avisarán al equipo de seguridad.» Aun así, aquel lugar daba una sensación siniestra por lo silencioso que estaba. Vacío pero deslumbrante, iluminado en puro blanco.

—Mira eso —dijo J. C., señalando un punto de la fotografía del plano, dividido en sus cuatro plantas. Había una etiqueta de texto que rezaba: «Pruebas con sujetos y celdas de retención»—. ¿Qué te apuestas a que la tienen ahí?

Asentí. Subimos por la escalera, evitando una cámara en el siguiente rellano, y terminamos en el piso de arriba, cerca de aquellas celdas de retención. Allí, por desgracia, encontramos a los primeros vigilantes humanos. Asomé la cabeza por una esquina y los encontré en el centro del pasillo. Estaban apoyados contra la pared, con pistolas aturdidoras en las caderas, charlando en voz baja sobre fútbol.

Retrocedí y miré por el pasillo que tenía detrás, pero, según el plano, en esa dirección solo se podía llegar a un lugar sin salida etiquetado como CENTRO DE IMAGEN.

Regresé a la cima de la escalera y me detuve en un lugar que no alcanzaban a ver las cámaras.

—¿Ideas? —susurré a mis aspectos.

—Podrías reducir a dos guardias —sugirió J. C.

Ni en sueños.

—Dudo que podamos superarlos a base de elocuencia —dijo Ivy—, dadas las circunstancias.

—Bueno —dijo Ngozi—, hay un conducto de ventilación por ese pasillo, a la izquierda.

—No nos vengas con eso otra vez —protestó J. C. Forzó la vista—. No cabríamos.

—No estaba pensando en meternos nosotros.

Esperé, inquieto, oculto en los escalones sin apenas atreverme a respirar, mientras resonaban maullidos de gatitos en el pasillo de arriba.

Los hombres tardaron solo unos minutos en abandonar sus puestos y acercarse. Confundidos, pasaron junto a mi escalera y siguieron pasillo abajo después de girar a la izquierda. Supuse que no habrían debido moverse de sus puestos asignados, pero era lo más natural del mundo. ¿Quién no mostraría interés al oír los sonidos de un gatito perdido?

Terminarían descubriendo que el sonido procedía del conducto de ventilación en el que habíamos escondido el teléfono de Sandra, fuera de vista detrás de un recodo, reproduciendo el vídeo del gatito maullando que Audrey había estado viendo antes. Había sido peligroso encender el móvil de Sandra, pero lo habíamos puesto en modo avión y luego habíamos establecido una conexión directa por Bluetooth entre mi teléfono y ese otro para cargar el vídeo del minino.

Oí a los dos hombres en el pasillo cercano, llamando al gatito en el conducto de ventilación. Pasé por detrás de ellos y doblé la esquina. Con el corazón atronando, corrí bajo un letrero que decía: ZONA SEGURA – CONTENCIÓN DE SUJETOS. Ya casi había llegado. Sandra. Oí... oí su voz por delante. Cantando. Esa antigua nana que siempre...

Todo se volvió blanco de repente.

El pasillo se derritió en la luz. Trastabillé, y J. C. gritó, alzó su pistola y dio media vuelta. Durante un instante, nos quedamos cegados.

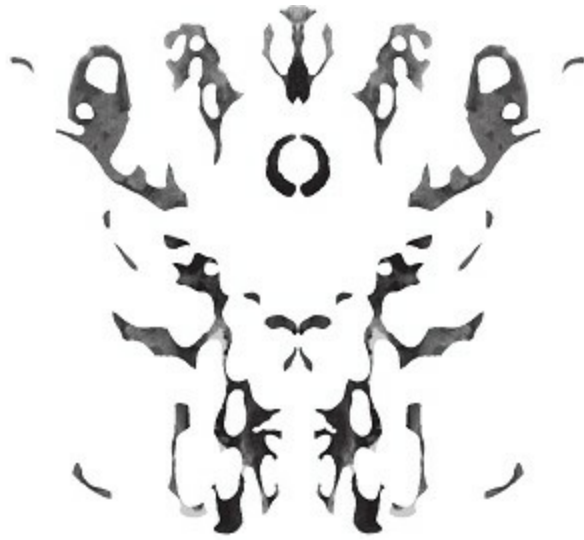
La luz remitió y me descubrí en un lugar completamente distinto. En lugar

del pasillo, estaba tendido en el suelo, en una sala que no había visto jamás. Era una cámara grande y abierta con paredes de hormigón, techo alto e iluminación industrial.

¿Qué había ocurrido? ¿Me habrían... teleportado de algún modo?

De pie, delante de mí, estaba Kyle Walters, el hombre de pelo ralo y algo regordete con chaqueta deportiva al que habíamos conocido en el recinto ferial. Parpadeé, con la vista alzada hacia él, y luego miré la pequeña congregación de personas de aspecto técnico que había a su espalda. ¿De dónde habían salido? ¿Qué estaba pasando?

—Bienvenido, señor Leeds —dijo él—, al futuro del encarcelamiento humano.



Once

Kyle me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Tenía un aire como de falsa camaradería, y la sonrisa de un hombre que sería tu mejor amigo durante el tiempo que hiciese falta para venderte un maravilloso vehículo de segunda mano.

El entorno se había transformado de un pasillo estéril a un almacén más viejo, no sucio pero sí usado. Suelos de hormigón cubiertos por trozos de alfombra en los lugares donde habían instalado los ordenadores. Ya no olía a productos de limpieza, sino a serrín y a la cena de alguien, calentada en el microondas. No era caótico, solo... ¿real?

«Real.» Aquel otro edificio había sido demasiado perfecto, quizá incluso demasiado genérico. Era la clase de oficina tecnológica en la que se veía a gente infiltrarse en las películas. Un mundo demasiado perfecto, artificial. ¿Chin no había dicho que ese hombre había comprado una empresa de videojuegos?

Pero ¿cómo había logrado hacerme sentir que estaba allí? No llevaba puesto equipamiento de ninguna clase.

—¿Qué me has hecho? —pregunté.

—¡Te he llevado al futuro, Steve! —Saltaba a la vista que Kyle no era la clase de persona que pedía permiso antes de empezar a tutear a alguien—. Lo has hecho bastante bien.

—No habíamos visto nunca el truco de los sonidos de gato —dijo una técnica con coleta desde detrás de él—. Muy innovador.

—Y también ha encontrado la vulnerabilidad de las cámaras —añadió otro—. Hasta el momento, eso solo lo habían hecho profesionales de la seguridad. Todos los demás intentan algún cliché como colocar una foto del pasillo delante de la cámara.

—Pero ¿cómo lo habéis hecho? —pregunté—. No llevo casco ni nada. ¿Cómo me habéis metido en ese mundo virtual?

—Preferimos llamarlo «holocubierto» —dijo un técnico.

—No es verdad —replicó Kyle casi al instante—. No les hagas caso. Preferimos un término registrado por nosotros que no acarree ningún bagaje legal ni vulneraciones de la propiedad intelectual.

Me dio una palmada en el hombro y, a continuación, me rodeó con el brazo. Cerca de nosotros, J. C. señaló a dos hombres que estaban apartados cerca de una pared. Uno era el otro tipo del puesto de perritos calientes, y ambos llevaban pistolas de nueve milímetros.

—Esto no me gusta nada —dijo Ivy—. Así que ¿todo lo que hemos hecho, la incursión, lo de esquivar las cámaras, no era real?

«Ni tú tampoco —pensé—. Ni la inmensa mayoría de mi vida.»

—¿Estáis convirtiendo la realidad virtual en... cárceles? —pregunté a Kyle.

—Es la respuesta natural a los actuales incentivos del mercado —respondió, llevándome con él mientras empezaba a caminar—. Permíteme

que te lo desempaquete. ¿Sabes cuánto cuesta mantener a un recluso en Estados Unidos durante un año?

—Mucho —dije—. Serán como unos veinte o treinta...

—¡Cuesta un promedio de treinta mil dólares! —me interrumpió Kyle—. Y puede ascender a sesenta mil en algunos estados. ¡Por año y por recluso! ¿Y qué obtenemos nosotros, los contribuyentes, de todo eso? ¿Por lo menos los presos están bien cuidados? ¡Qué va! La violencia entre criminales está descontrolada. Las condiciones de vida son terribles. Las cárceles están saturadas, escasas de personal y cortas de fondos. Resumiendo, estamos gastándonos un dineral en un producto muy cutre. ¿A ti eso te parece inteligente?

—La solución parece ser asegurarnos de que vaya menos gente a la cárcel.

—¡Un ideal maravilloso, Steve! Me alegro de que tengamos a personas como tú que indaguen a fondo en la moralidad de las situaciones. Pero, para el mundo real, también hacen falta personas como yo... y una pequeña aplicación práctica.

—Aún no me has dicho cómo me has introducido en una sin mi conocimiento.

Kyle me llevó a una ventana que daba a una pequeña habitación donde había un hombre tendido en un catre, dormido como un tronco. Ivy y Ngozi se acercaron. J. C. mantuvo la cabeza fría y se quedó atrás, mirando mal a los guardias de seguridad.

—Emisores en el techo —dijo Kyle al tiempo que señalaba hacia arriba—. Podemos activarlos sin que el sujeto sepa que está haciendo la transición a un mundo virtual. Ahí está la clave: si creen que es real, se abre todo tipo de posibilidades. Esto es el futuro, Steve. Esto cambia el paradigma. Esto desentierra la portería y se la lleva a otro juego distinto del todo.

Miré de nuevo por la ventana, me sentía enfermo.

—Ahora mismo —siguió diciendo Kyle—, ese hombre está preparando un elaborado plan para escapar de la cárcel en la que cree estar. Le hemos ofrecido unos objetivos meticulosamente calculados, unos ganchos asequibles de los que puede valerse para estar cada vez más cerca de la fuga. Está implicado, está emocionado. Cree que va a conseguirlo, y mientras tanto, estamos pagando una suma equivalente a menos de diez mil dólares al año por tenerlo aquí dentro.

—Objetivos calculados —repuse—, ¿como cuáles?

—Nuestro plan básico de prisión ofrecerá multitud de rutas de huida potenciales —intervino un técnico—. Estamos trabajando en una línea de misión con túneles, otra que implica hacerse amigo de los guardias y una tercera en la que se utilizan los carros de la colada. O, si el recluso lo prefiere, podrá convertirse en el mandamás de los presos, haciéndose con el control de las distintas facciones y llegando a mudarse a una suite dentro de la cárcel en la que vivirá como un rey.

—¿Qué pasa con la atrofia muscular? —preguntó Ivy—. ¿O con las escaras? Se me ocurre una docena de problemas para este proyecto.

Repetí en voz alta las objeciones y Kyle las recibió con una sonrisa.

—Eres un tipo listo, Steve —dijo—. Estamos trabajando en esos contratiempos. Tenemos emisores que permiten al cuerpo moverse mientras el cerebro cree que está en el mundo real. Si todo sale bien, podremos usar una combinación de interacciones pasivas y físicas para crear una solución de encarcelamiento sostenible, perpetua, ecológica y saludable.

—Un videojuego para presos.

—¡Eso y muchísimo más! En nuestras rutinas simuladas, los reclusos incrementan hasta en un factor diez su grado de satisfacción. Sí, las empresas de videojuegos fueron las pioneras de esta tecnología, pero hasta ahora nadie ha formulado la pregunta más importante.

—¿Que es...?

—¿Cómo podemos conseguir que el gobierno invierta una fortuna en esto?
—Kyle sonrió de oreja a oreja. Parecía hacerlo muy a menudo—. La reclusión es un asunto desagradable para el público. No quieren pensar en ello. No quieren interactuar con ello. Nadie quiere una cárcel en su patio trasero, pero todos quieren que alguien se ocupe de «esa gente». Bueno, pues nosotros podemos ocuparnos de ellos. —Dio unos golpecitos en la ventana con el dorso de la mano.

»De momento, solo podemos simular una instalación presidiaria sencilla, pero tenemos planes. ¿Y si un recluso pudiera escapar al mundo virtual pero sin saber que está en una simulación? Podríamos observarlo para comprobar si regresa a una vida de delincuencia. Si es así... en fin, que siga viviendo en su propio mundo de vicio, pero sin perjudicar a nadie. Pero si resulta que se ha rehabilitado, o quizá que fuese inocente desde el principio, podríamos liberarlo. Es un sistema perfecto.

—Es falso —susurré.

—¿Y dónde preferirías vivir? ¿En la prisión falsa donde crees que eres libre o en la prisión real donde cada día es un suplicio? A decir verdad, cuando este proyecto se ponga en marcha, la gente suplicará que le dejemos entrar.

—Pero algo va mal, ¿verdad? —dijo Ivy, estudiando a Kyle con los ojos entornados—. Pregúntale para qué te necesita.

—Si tan genial es esto, ¿por qué secuestrar a Sandra?

—¿Secuestrar? Steve, Sandy acudió a nosotros. Y nos sugirió que contactáramos contigo.

—Podríais haberme enviado una carta.

—Te enviamos siete.

Titubeé. ¿Siete?

—A lo mejor, deberíamos responder al correo de vez en cuando —comentó J. C.—. Por los viejos tiempos, ya sabes.

Kyle carraspeó.

—Hemos probado a usar intermediarios para llamar tu atención, hemos probado a llamar, y hasta enviamos a Gerry en persona a tu casa.

—No aceptaba clientes nuevos —dijo el técnico—. No pude pasar de la verja.

Era cierto que llevaba tiempo sin aceptar ningún caso. El personal de la casa tenía instrucciones de rechazar a los solicitantes.

Me pegué a la ventana y miré al prisionero. Estaba allí tumbado, con los párpados cerrados, dormido. Pero seguía despierto en otro lugar.

—¿Sandra está en una de estas salas?

—Así es. Pero no entremos aún en ese tema. Me has preguntado qué va mal en nuestro sistema. Y... bueno, sí que hay unos pocos fallos. Resulta que al cerebro humano se le da de perlas descubrir cuándo las cosas no están bien, y la capacidad de procesamiento necesaria para simular la realidad es inmensa. Hacemos un trabajo mediocre, y las imperfecciones se van acumulando. La gente normal puede durar como máximo unas horas dentro de la simulación, dependiendo de su química cerebral.

—El cerebro termina rechazando la realidad —dijo la técnica—, igual que el cuerpo podría rechazar un órgano trasplantado.

—Y el sistema entero se cae —concluyó Kyle—. Salen de la simulación, y luego no podemos hacer que vuelvan a aceptarlas hasta que pasan dos o tres días. —Hizo una pausa—. El récord de Sandy dentro de la simulación es, a fecha de hoy, de ochenta y siete días consecutivos.

J. C. dio un suave silbido.

—Ha vuelto a salir expulsada esta mañana —dijo un técnico— y se ha dado un paseo hasta el recinto ferial para contactar con usted. Quería hacerlo

en persona. Después de hablar con usted hace un rato, ha pedido volver a entrar. Su mente ha aceptado la simulación de inmediato. Siempre lo hace.

—De algún modo —dijo Kyle—, su cerebro puede compensar los huecos de nuestra programación. A Sandy podemos transmitirle meros conceptos, y ella crea el resto, añade los detalles. Necesitamos averiguar cómo lo hace, porque podría ser la clave. Si conseguimos que los cerebros de nuestros sujetos construyan su propia realidad, no tendremos que recrear las cosas exactamente: podremos darles un empujoncito en la dirección que nos interese y dejar que sus mentes hagan el trabajo duro.

—Usted es como ella —apuntó otro técnico—. Hemos activado la simulación en el momento en que ha entrado por la ventana, y su cerebro ha emborronado la realidad auténtica hasta fundirla con la falsa que creamos nosotros, aportando los detalles que tenemos mal o que están a una resolución demasiado baja. Su cerebro, si le soy sincero, es alucinante.

Me froté la cabeza, recordando que me había dado un golpe contra aquel estante al entrar por la ventana. Se me había puesto la visión en blanco. ¿Habría sido ese el momento?

Ngozi se había acercado al puesto informático más próximo y estaba echando un vistazo al equipo, aunque yo no estaba muy seguro de qué podríamos sacar en claro sin tener a Chin con nosotros. Qué narices, eso podría superarlo perfectamente incluso a él. ¿Proyectar de forma inalámbrica alucinaciones globales directas al cerebro? Era un nivel científico equiparable a la física teórica de Arnaud.

Miré a un lado, confiando en que Tobias me diese su punto de vista sobre la situación. Pero Tobias no estaba. Ya no.

—Total, que necesitan nuestro cerebro —resumió Ivy—. Tú puedes crear tu propia realidad, Steve, y quieren saber cómo lo haces.

—Pero ya tienen a Sandra —dije—. ¿Para qué me necesitan?

—Es imposible comprender una enfermedad a partir de un solo paciente —repuso Kyle—. O hacer una prueba de drogas con un solo sujeto. Eres un hallazgo casi único en el mundo, Steve. Tu mente vale millones. Lo único que queremos de ti es que pases un tiempo dentro de la simulación. Unos pocos años como máximo.

¿Unos pocos años?

—Ni hablar —zanjó—. Ya soy rico. ¿Qué podrías ofrecerme a cambio de que viva en tu caja?

—Sandra se ha liberado de sus aspectos —dijo Kyle.

Ivy me lanzó una mirada dura.

Kyle sonrió.

—Veo que te interesa. Sí, nos preguntó si podíamos detener a sus alucinaciones, construir una realidad en la que estuviera libre de ellas. —Vaciló, y percibí lo que me pareció una señal de incomodidad por su parte—. No... no funcionó como creíamos que lo haría.

—Cuando la metimos en la simulación —dijo un técnico—, ella añadió material al programa e hizo aparecer a sus aspectos. Y estos interactuaron con el mundo que habíamos creado. Sandra creó otra capa de realidad encima de nuestra realidad virtual y adaptó el código. Pero quería librarse de sus aspectos, y resulta que podíamos ayudar con eso.

Me estremecí. Por algo que distinguí en el tono de su voz.

—En todo caso, Sandy nos ha ayudado mucho —dijo Kyle—. Nos está mostrando la forma en que el cerebro modifica su propia realidad. No estamos muy seguros de por qué ni cómo interactúan nuestros programas con sus aspectos, pero eso es lo que hacen. Estamos registrando todo tipo de influencias mutuas entre nuestra tecnología y su cerebro. Pero una cosa es segura: podemos ayudarte a ser libre de ellos, tal y como lo es ella. Se acabaron los aspectos, se acabaron las pesadillas. Se acabaron las voces.

Ivy parecía horrorizada. En cambio, J. C. me miró a los ojos y asintió. Él nunca había querido ser un aspecto. Podía comprender que una parte de mí solo quisiera que las cosas fuesen... normales.

—Dejadme hablar con Sandra —exigí.

Kyle hizo una mueca.

—Verás, es que ahí está el problema. Ella es mi única baza en esta apuesta concreta. Comprenderás que no vaya a renunciar a ella sin recibir algo a cambio, ¿verdad? Mira, hagamos un trato rápido, de apretón de manos y punto. Dame unos cuantos días de datos y déjame demostrarte que puedo crear una realidad en la que no tienes aspectos. A cambio, yo te dejaré hablar con Sandra.

—Es una culebra, Steve —dijo Ivy—. No puedo creer que estés planteándotelo siquiera. ¿Por qué seguimos escuchando?

Cerré los ojos. Pero el caso es que era extrañamente tentador. La última vez que había intentado escapar, Joyce había aparecido para quejarse de que nunca la llevaba en las misiones, Armando me había llamado por teléfono diecisiete veces, y había encontrado a Ivans en el armario, bebiéndose una botella de vino del hotel. Y, para colmo, J. C. se había presentado allí «por si acaso».

Mi vida estaba tan saturada de gente falsa que no me quedaba espacio para nada ni nadie más. Pero esa expresión en los ojos de Ivy... Además de que aquella oferta solo me proporcionaría otra capa de falsedad. No me convertiría en una persona normal, porque nada de aquello sería verdadero.

—No hay trato —dije, volviéndome para marcharme.

Mis tres aspectos me siguieron mientras cruzaba a zancadas aquella estancia enorme y hueca en dirección a la puerta.

—Muy bien —dijo Kyle, y suspiró—. Gerry, prueba con él el programa de aislamiento.

Di media vuelta.

—No podéis...

—Steve, has irrumpido en mis oficinas. Estás cometiendo allanamiento. Tengo toda la justificación del mundo para retenerte un rato, mientras me aseguro de que no seas peligroso. Hasta que lleguen las autoridades. —Sonrió —. La próxima vez será mejor que no andes jodiendo con el tipo que literalmente es el dueño de la cárcel.

Me abalancé hacia él, pero la sala desapareció con un fogonazo blanco.

Tropecé con una piedra y caí al suelo. Estaba en una playa de arena, con suaves olas que bañaban la orilla a mi derecha y una selva a mi izquierda. Mis aspectos trastabillaron a mi alrededor, J. C. con su pistola en la mano, y Ngozi dando un respingo horrorizado al encontrarse de pronto en el exterior, en un lugar tan agreste.

En una isla desierta.



Doce

—¡El muy traidor! —gritó J. C.—. ¡El muy asqueroso! ¡Va a poder estudiarnos gratis!

Ivy me ayudó a levantarme, pero me costó mirarla a los ojos. Me senté en una roca junto al agua, me sentía agotado. Qué cansado estaba. Cansado de ser un sujeto de prueba. Cansado de imaginar un mundo donde todos vivían, todos tenían amigos, se enamoraban, visitaban a sus familiares, excepto yo.

Cansado de ser el gestor intermedio de mi propia existencia.

—¡Es que no puedo creerlo! —bramó J. C.—. ¡Es que no...! Oye, Ngozi, ¿estás bien?

Ella negó con la cabeza.

—No. Esto es horrible. ¿Dónde están mis guantes?

Buscó en sus bolsillos.

—Ya —dijo J. C.—, pero... bueno, aquí no hay gente, ¿verdad? Por tanto, no hay gérmenes.

—¡Excepto por el hecho de que en realidad no estamos en una playa! —exclamó ella—. Estamos en ese almacén rancio, al lado de una mesa con seis cajas viejas de comida china a domicilio. Acabaré tocando alguna sin querer.

—¿Y qué hacemos? —Ivy miró a J. C.

—A mí, que me registren —repuso él—. Yo solo sé disparar a gente y dar réplicas ingeniosas.

—¡Venga, por favor! —dijo Ivy—. Tus réplicas no son ingeniosas.

Me llevé las manos a la cabeza, mirando una ola que rompía, sintiendo que llegaba una jaqueca palpitante.

—Creo que Steve va a estar indispuesto un ratito —dijo Ivy—. Puede que tengamos que resolver esto nosotros solos. Ngozi, ¿ideas?

—Bueno, hay huellas en la arena por allí —dijo ella—. A lo mejor es una de esas «líneas de misión» de las que hablaban los técnicos.

Vi llegar la ola, depositar un poco de arena y desvanecerse. Todo aquello volvería a absorberlo el mar cuando cambiara la marea. Y luego regresaría. Un millar de pequeñas versiones de Sísifo que se repetirían hasta que la arena quedara en nada.

—Steve —dijo Ivy, acercándose—, vamos a seguir esas huellas. Volveremos en un momento. ¿Estarás bien?

No respondí.

—Tú quédate aquí, ¿vale?

Se marcharon. Una parte de mí reparó en que se comportaban de forma un poco rara. Casi nunca se separaban de mí, ¿y les había dado por irse a explorar?

«A lo mejor —pensé— es que están emocionados por poder interactuar de verdad con un mundo. Aquí todo es falso, así que quizá sea mejor para ellos.»

¿O tal vez... Kyle pretendía hacerles algo? ¿Para demostrar que podía

dejarme allí solo? ¿Cuánto tiempo planeaba tenerme retenido? ¿Cuánto tiempo podría hacerlo?

Una mano fuerte me agarró por el hombro. Salté, me volví y encontré a Lua de pie a mi espalda. ¡Lua! Había desaparecido de la mansión, convertido en pesadilla.

Chillé, bajé con torpeza de la roca, soltándome de Lua, y caí a la arena en movimiento de la orilla. Chapoteé al ponerme de pie, empapado y sosteniendo el teléfono como un arma, por algún motivo que jamás habría sido capaz de articular. Solo entonces me di cuenta de que algo no encajaba. Lua no parecía una pesadilla, no tenía los ojos muertos ni la cara hundida. Tenía el mismo aspecto de siempre.

—Perdona, jefe. No quería asustarte. —El enorme samoano se cruzó de brazos. Llevaba vaqueros y una camisa de franela arremangada. Observó el cielo, luego la selva y por último la roca en la que yo había estado sentado—. Una isla desierta, de todos los sitios en los que podías haber terminado.

—No... no es real.

—¿Y qué lo es? —repuso él con una risita. Nunca se reía en voz alta, pero tampoco lo había visto nunca enfadado. De hecho, me costaba imaginarlo como pesadilla, como aquello en lo que se había convertido Armando—. Por lo menos, le han añadido todos los tópicos. Esa bahía parece sacada de una condenada peli de Disney, incluido el... sí, ahí, el mástil de un barco naufragado. Tambores tribales de fondo. Huellas misteriosas. ¿Qué te apuestas a que, si nos ponemos a cavar, acabamos encontrando un cofre del tesoro en algún punto de esta playa? —Eché a andar hacia los árboles—. Venga, vamos a sacarte de aquí.

—¿Sacarme? —pregunté, correteando por la playa tras él—. ¿Cómo?

—Antes han insinuado que solo eran capaces de crear un espacio pequeño

—dijo él—. Un edificio como mucho. Así que supongo que, si te llevamos al agua, lejos de la isla en sí, la simulación se vendrá abajo.

Empezó a tirar de unas enredaderas que colgaban de un árbol.

—¿Lua? —dije—. ¿Cómo sabes lo que me han dicho antes? No estabas allí.

—Sé lo que tú sabes, jefe, y tú sabes lo que yo sé.

—Esto no funciona así.

—¿Por qué?

—Porque no —respondí—. Porque así es como conservo la cordura. Es la forma en que lo organizó Sandra.

Lua gruñó.

—Pues mira cómo le ha ido a ella.

Se arrodilló, retorció las enredaderas para reforzarlas y envolvió con ellas el extremo de un tronco caído.

—Lua, estás saltándote las normas. No te he traído para esta misión.

Siguió rodeando el tronco y luego lo sujetó a otro que sacó de entre el sotobosque.

—Jefe —dijo en voz baja—, tienes que ver lo que es real.

Di un paso atrás. Eso era lo que había dicho Armando. Eché mano a un palo para usarlo como arma y tiré de él, pero estaba atascado en los matorrales.

Lua se volvió un poco transparente, como si no estuviera del todo allí. Siguió hablando mientras trabajaba.

—Supongo que cada uno tiene su forma de hacer que lo afrontes. Armando siempre estuvo un poco pirado, así que su solución era de pirados.

Desvié la mirada en la dirección hacia la que habían partido los demás. No tenía nada de ganas de quedarme solo con una posible pesadilla.

—Olvídate de ellos —dijo Lua—. La simulación los está absorbiendo,

¿sabes? Hace que le sigan el juego. —Dio un tirón a su tronco y, de debajo de los matorrales, salió un catamarán completamente formado, hecho de troncos y enredadera—. No es el mejor que he construido en la vida, pero tampoco está mal, teniendo en cuenta el material con el que me ha tocado trabajar.

Me quedé boquiabierto. Aquello era una infracción muy muy grave de las normas.

—Aquí dentro, tú eres las normas, jefe.

Aún podía ver a través de él, y me dio la clara impresión de que dentro de su contorno, como si Lua fuese una ventana, alcanzaba a discernir un suelo de hormigón y varias mesas con ordenadores.

Y voces.

Está de pie y caminando. El cerebro ha dejado de reprimir su movimiento, aunque le estemos diciendo que lo haga. Eso es nuevo.

¿Cómo van las lecturas?

Son interesantes. Completamente distintas de las de Sandra, y completamente distintas de las que tenía cuando se ha colado aquí. Pero estos niveles indican que está añadiendo aspectos a la simulación. El programa debería poder interactuar con ellos, igual que lo hizo con los aspectos de Sandra.

—Podría vivir aquí —dije a Lua—. Podría permitirles que crearan mi realidad, y luego... crérmela sin más.

—¿No es lo que ya haces, de todos modos?

Sonrió, se volvió y saludó con la mano a los otros tres, que estaban regresando por la playa. Les señaló la barca con cara de orgullo.

—Lua —dije—, ¿qué significa todo? ¿Por qué me está pasando esto? ¿Cómo lo detengo?

—¿Crees que yo lo sé? Soy lo que tú me hiciste ser, el tío que puede sacarte de una isla. Al final, lo único que hacemos todos es intentar ayudar.

Se puso detrás del catamarán y empujó aplicando todo su peso para moverlo sobre la arena hacia el agua.

Ivy y J. C. llegaron y ayudaron a empujar, mientras Ngozi se quejaba de que el agua de mar estaba «llena de animales». Al llegar a la orilla, Ngozi subió a bordo, seguida de Ivy y J. C. Lua se quedó fuera para empujar la barca hasta que flotara por sí misma en el agua. Me señaló el último asiento del catamarán.

Introduje los pies en el agua cálida.

—Pueden meterme en algún otro mundo de realidad virtual si escapo de este.

—Qué va —repuso Lua—. Serás capaz de distinguirlo.

—Eso es de locos —dije—. ¡Pero si no puedo distinguir lo que es real ni en mi propio dormitorio!

—Pero, dime, ¿quién es más fuerte, jefe? ¿El tío que no va nunca al gimnasio o el que intentó, aunque sea sin éxito, superar su propia marca ayer mismo?

Me dio un empujoncito hacia el catamarán, con una mano que se veía incluso más transparente que antes.

Me senté y entonces caí en la cuenta de que solo había cuatro asientos.

—¿Tú no vienes?

—Ahora tengo que quedarme aquí —dijo Lua, y dio un buen empujón a la barca—. He incumplido demasiadas normas. Pero no te preocupes por mí. Tengo un empleo. —Guiñó un ojo—. Operador telefónico de una aseguradora. Es aburrido. Normal.

Nos empujó al agua y se despidió moviendo un brazo mientras los demás cogíamos las palas y empezábamos a remar. Lo miré mientras se desvanecía del todo y me preparé para la sensación de desgarró, para la pérdida de

conocimiento e información. Pero en esa ocasión fue más... como un difuminado sutil. Como quedarme dormido.

La simulación a duras penas aguantó seis metros más allá de la pequeña bahía. Un segundo estábamos remando y, al siguiente, estábamos los cuatro de vuelta en el almacén. Levanté la mano y me quité las lágrimas de los ojos.

—Ha salido fatal —protestó Gerry, el técnico, desde su asiento frente a los ordenadores—. No ha seguido ninguna de las líneas de misión. Lo ha roto todo y punto.

—Un montón de trabajo duro, directo por el retrete —se quejó la técnica.

—Son los aspectos —dijo Kyle—. Le permiten hacer trampas. Vamos a tener que retirarlos. Sin ellos, estará indefenso.

—No —dije—. Escucha, no...

—Tranquilo, Steve —me interrumpió Kyle—. No son personas de verdad. No se pierde nada. Escenario mafioso, Gerry.

La sala desapareció en un destello blanco y, cuando volví a ver, estábamos en un casino antiguo, al lado de una ruleta que rodaba.

Irrumpió un hombre por la puerta.

—¡El Gran Salamandra está aquí! —gritó—. ¡Más vale que...!

Una ráfaga de estruendosos disparos atravesó la puerta y el cuerpo del hombre. Cayó al suelo mientras otros hombres entraban en el casino y empezaban a disparar a todos los presentes a balazo limpio.



Trece

Ivy cayó la primera. Se agarró a mi brazo mientras miraba la herida de bala que tenía en el abdomen. Entonces empezó a resbalar hacia el suelo.

—No. ¡No, no, no! —chillé al tiempo que me arrodillaba a su lado.

Los disparos llenaron la sala. Ngozi se arrojó al suelo, buscando cobertura, pero una bala le dio en la frente y la derribó. J. C. volcó una mesa de una patada, cogió a Ivy y tiró de ella para ponerla a cubierto.

Me agaché detrás de ellos mientras las balas arrancaban astillas de la madera de las mesas cercanas. La gente gritaba, pero, por una vez, J. C. no devolvió el fuego. Apretó la mano contra la herida de Ivy.

—Eh. Eh, no nos dejes. ¿Ivy?

—Steve —susurró ella—. ¡Steve!

Me apiñé con ellos detrás de la mesa volcada.

—Tienes que prometerme que no abandonarás a los demás —me dijo—. Que no dejarás que terminemos así.

—Lo prometo —susurré.

Ivy sonrió, con los labios ensangrentados.

—Estás mintiendo.

Hizo un gesto con la cabeza a J. C. e intentó incorporarse. J. C. la ayudó, y entonces ella lo besó en los labios. Fue un último beso íntimo, en pleno tiroteo. Nuestra mesa no servía de mucho. Una bala atravesó la madera y alcanzó a J. C. en el hombro, pero él mantuvo el beso hasta que Ivy hubo muerto.

Con ademán reverente, J. C. volvió a bajar el cuerpo al suelo. Después me miró, sangrando por un brazo.

—Vas a tener que ocuparte de esto tú solo, flacucho.

—No puedo, J. C. No puedo.

—Claro que puedes. Has tenido un maestro de primera.

—No me...

—¿Por qué crees que llevo todo este tiempo entrenándote? Porque lo sabía.

—Se dio un golpecito en la cabeza—. Ve lo que es real. Puedes hacerlo.

—J. C....

Levantó el puño hacia mí.

—Te dará suerte.

Alcé yo también mi puño y lo choqué contra el suyo. J. C. sonrió, y luego sacó una pistola de su sobaquera y otra de una funda que llevaba oculta en el tobillo derecho. Se levantó.

Y recibió como cien balazos a la vez. Volvió a caer al suelo sin haber podido hacer ni un solo disparo.

—¡No! —chillé—. ¡No!

Dejé salir un aullido quebrado, crudo, un gemido de dolor y frustración. De ira. Me balanceé de un tobillo al otro mientras las balas demolían la estancia. Pero a mí no me hicieron daño. No eran reales.

No eran... reales.

Los tiradores se volvieron un poco transparentes. Las astillas que volaban de las mesas, las fichas de casino caídas, los cadáveres derribados, todo... se atenuó. El rugido del tiroteo menguó a zumbido. En su lugar, empecé a oír voces.

Tenemos que averiguar por qué sigue de pie y moviéndose.

A lo mejor, podríamos atarlo.

Los podía ver reunidos a mi alrededor, observándome. Sombras que me acechaban, todos ellos salvo un hombre que seguía sentado delante de los ordenadores. «Chin —pensé—, te necesito.»

Me levanté. A continuación, para mantener las apariencias, corrí agachado por el casino, como si intentara esquivar las balas. La carrera me dejó cerca del escritorio con ordenadores en el mundo real.

A mis ojos, el casino virtual se disipó un poco más y empecé a distinguir otros detalles de la realidad. Kyle sonreía, como divertido al ver lo indefenso que estaba yo. Los dos guardias estaban acercándose, tal vez preocupados por que me hiciera daño o rompiera algo con mis aspavientos.

La pantalla del ordenador.

—Sí —me dijo Chin al oído—. Será fácil. No tiene una mala interfaz de usuario, teniendo en cuenta que debe de ser una versión muy inicial.

—Los emisores están en el techo de este almacén —añadió Arnaud—. Por toda la sala.

—Pulsa ese botón de selección —dijo Chin— y cambia el objetivo de «sujeto único» a «sala entera». ¿Ves ese recuadro marcado abajo del todo, el que dice: «Modo de depuración»? Te recomiendo desactivarlo, ya que sin él no podrán utilizar las puertas traseras que hayan añadido para salir de la simulación. Buena suerte.

Salté hacia el ordenador, empujé a Gerry a un lado y pulsé en los lugares

que me había indicado Chin.

El guardia del puesto de perritos se lanzó hacia mí, pero fue demasiado lento para detenerme. Al momento siguiente, estábamos allí todos juntos. Kyle, los dos guardias, Gerry y los otros técnicos. Estábamos todos en aquel casino, rodeados de muertos. Los mafiosos habían dejado de disparar y estaban rebuscando entre los escombros.

—Diablos —dijo Gerry. Tanteó para localizar los controles del ordenador, pero habían desaparecido y solo pudo manosear el aire vacío—. ¡Diablos!

El guardia de los perritos calientes me cogió por el brazo.

—Esto no servirá de nada. Sigues en nuestra cárcel.

Flaqueé bajo su presa, mirando a J. C. muerto en el suelo. Musité algo entre dientes.

—¿Cómo? —preguntó el guardia, sacudiéndome el brazo—. ¿Qué has dicho?

—Esta no es vuestra cárcel —murmuré, más alto—. Es la mía.

Me erguí de sopetón y estampé mi coronilla en la nariz del guardia. Cuando él daba un grito de dolor, me volví, lo agarré por el brazo, le barrí los pies y lo empotré contra el suelo. Me levanté con su pistola en la mano, que sostuve con el brazo extendido para apuntar mientras le quitaba el seguro, como me había enseñado J. C.

«Gracias.»

Apreté el gatillo y disparé tres balas seguidas, que derribaron a tres mafiosos virtuales de los que estaban saqueando la sala. En realidad no me preocupaban, pero quería poner a los demás en modo de disparo. Y en efecto, el resto de los mafiosos alzaron sus armas y empezaron a disparar de nuevo.

Las demás personas reales (el otro guardia, Kyle y los cuatro técnicos) chillaron y se refugiaron detrás de mesas volcadas.

—¡No es de verdad! —gritó Kyle—. ¡Recordad, no es real!

No importaba. A mí me había pasado muchas veces. Lo que sonaba real, lo que parecía real, era real para ti, aunque lógicamente supieras que no era cierto. Incluso Kyle corrió hacia la puerta de un lavabo en el que ocultarse del tiroteo.

Crucé la sala con paso firme. A mi lado, una pila de fichas estalló al recibir un balazo. Los disparos me atravesaban sin tocarme. Me palpé el brazo en el lugar donde Armando me había hecho un corte y encontré solo piel lisa, intacta. ¿Cuándo había empezado a ignorar esa herida?

El guardia, una persona real, me apuntó con su pistola, así que no tuve más remedio que dispararle en el hombro. Chilló mientras yo iba hacia él y, despreocupado, apartaba su pistola de un puntapié. Lo retuve contra el suelo y saqué una segunda arma de la funda que llevaba sujeta al muslo.

«Gracias otra vez, J. C.»

Me levanté, disparé en dos direcciones a la vez y maté a dos mafiosos en un solo instante. Los técnicos chillaban en algún lugar cercano, pero la única persona que me importaba de verdad estaba escondida en los aseos. Llegué contra la pared y la atravesé. No la destruí: me limité a cruzarla de un empujón. Al hacerlo, el mundo virtual se volvió incluso más endeble a mis ojos.

En el servicio, Kyle se volvió hacia mí, pero me costó poco hacerle un barrido, pisarle la muñeca para obligarlo a soltar su arma y después alejarla de una patada. Me incliné sobre él con un movimiento fluido y le apreté dos pistolas contra ambas sienes.

—Dos armas, Kyle —susurré—. Una es real, la otra falsa. ¿Puedes distinguirlas? ¿Las sientes, frías contra tu piel?

Él me miró, sudando.

—Muerte en una mano —musité—, un juego en la otra. ¿Cuál debería disparar? ¿La izquierda o la derecha? ¿Quieres elegir tú?

Intentó balbucir unas palabras, pero no logró ni componer una frase. Se quedó allí tendido, temblando, hasta que yo me levanté. Entonces, casi sin pensarlo, le disparé en un costado.

Kyle chilló y se dobló por la cintura, la sangre fluía entre sus dedos.

—Te he mentado, Kyle —dije, arrojando la pistola a un lado—. Las dos armas son falsas. Las he conseguido dentro de la simulación. Pero no has notado la diferencia, ¿verdad que no?

Él siguió gimoteando de dolor.

—No te preocupes —añadí—. La herida no es real, así que no se pierde nada, ¿verdad?

Abandoné la simulación. Las otras seis personas yacían inconscientes en el suelo, atrapadas en el mundo virtual. De mis aspectos, J. C., Ivy y Ngozi, no había ni rastro. Pero sí que noté un zumbido de mi teléfono. Una llamada, de Kalyani.

No respondí. Al momento, llegó un mensaje de texto.

ADIÓS, SEÑOR STEVE.

De algún modo, sabía lo que estaba sucediendo. Algunos de ellos se habían vuelto en contra de los otros, convertidos en pesadillas. Al ordenarles que se congregaran todos en un mismo lugar, solo había facilitado la masacre. Guardé el teléfono y decidí que no quería saber quiénes de ellos habían escogido ese camino.

Solo sabía que, cuando regresara, no quedaría ninguno de ellos. Se había terminado.

Exhausto, recorrí la pared y miré por las ventanas. Cada una daba a una celda, para los pacientes de prueba.

Sandra estaba en la última, sentada en un taburete bajo, con los ojos cerrados. Comprobé el monitor de la pared, cambié algunos ajustes y abrí la puerta.

Entré en el mundo de Sandra.



Catorce

La alucinación final de Sandra había tomado la forma de un largo embarcadero en la noche que se adentraba en un mar plácido. A lo largo del muelle flotaban barquitos de papel, con velas en el centro, que cabeceaban y chocaban unos con otros.

No hacían gran cosa para iluminar el mar, pero sí marcaban un contraste. Fuego sobre el agua. Luces frágiles, a solo un paso de que el aire las apagara.

Recorrí el embarcadero mientras oía el sonido de las olas lamiendo los postes que lo sostenían; olía a sal y a algas. Sandra era una silueta sentada al final del muelle. No se giró cuando me acomodé a su lado.

Estaba mayor de lo que recordaba, por supuesto. Cuanto más envejecía yo, más me sorprendía ver los estragos de la edad en los rostros de las personas que antaño había conocido. Pero ella seguía siendo Sandra, seguía teniendo la misma cara alargada, los mismos ojos que siempre parecían soñar. Una hermosa sensación de control y serenidad.

—¿Lo reconoces? —preguntó.

—Es aquel sitio de la costa al que fuimos una vez —dije—, el de los músicos callejeros en la dársena. —Se entreoía música jazz en la distancia—. Te compraste un collar.

—Una cadenita. Y me la compraste tú.

Se llevó una mano al cuello, pero no la tenía puesta.

—Sandra...

—Se desmorona, ¿verdad? —Su mirada siguió perdida en el océano—. ¿Tú también estás perdiendo el control sobre ellos?

—Sí.

—Me equivocaba. Cuando te enseñé, hace tantos años. Creía que podíamos contenerlo, pero es imposible. Supongo... que no importa. Está todo en nuestra cabeza.

—¿Qué más da que esté todo en nuestra cabeza?

Por fin me miró, con el ceño fruncido.

—¿Qué más da? —insistí—. Sí, está todo en mi cabeza. Pero el dolor está «todo en mi cabeza» también. El amor está «todo en mi cabeza». ¡Todo lo importante en la vida son las cosas que no pueden medirse! ¡Las cosas que se inventa nuestro cerebro! Ser inventadas no las convierte en poco importantes.

—¿Y si controlan tu vida? ¿Y si la dominan? ¿Y si te apartan de cualquier cosa que pudiera ser real o duradera?

Abarqué con un gesto su mundo simulado.

—¿Esto es mejor?

—Aquí estoy en paz. Por primera vez en mi vida. —Vaciló y me miró a los ojos—. Por segunda vez.

—Me dijiste que debía tener un propósito, Sandra. ¿Esto es un propósito? ¿Quedarte aquí sentada, sola?

—No tengo elección —dijo ella, y me abrazó—. Oh, Rhone. Hoy he

intentado marcharme otra vez. He ido al recinto ferial para llamarte. Y han regresado, como susurros. A ti también te pasará. Acabarán robándote la cordura. A menos que hagas... algo... para contenerlos.

Las diminutas lucecitas que flotaban sobre papel temblaron en el océano y, durante un instante, percibí los oscuros bajíos de debajo... y unos ojos muertos que nos miraban desde el agua.

Sandra se aferró más a mí. La apreté más contra mi pecho mientras iba distinguiendo decenas y decenas de cadáveres en el agua, sepultados en las profundidades. Sus aspectos.

—Oh, Sandra —susurré.

—Es la paz. La única paz que hallaré jamás.

Cerré los ojos para protegerme de aquel horror. Qué gran pérdida... y el suplicio de sentir cómo te arrancan partes de tu interior. Sabía exactamente por lo que había pasado Sandra. Lo más probable era que yo fuese la única persona viva que pudiera empatizar del todo con lo que sentía.

—Los míos también han muerto —dije en voz baja.

—Entonces, puedes escapar.

—¿Y si no quiero? ¿Y si quiero recuperarlos?

—No funciona así. Cuando mueren, los pierdes para siempre. Aunque crees aspectos nuevos, los que tenías no podrán volver nunca.

Nos quedamos allí abrazados durante... no sé cuánto tiempo. Podrían haber sido horas. Al final, me aparté de ella y, mirándola a los ojos, supe que no tenía ninguna respuesta para mí. Por lo menos, no las respuestas que yo quería.

Había un vacío indescriptible tras sus ojos. Antes ya lo había oído en su voz, al teléfono. ¡Cuánto había perdido, cuántas pesadillas había visto! Y todo ello la había llevado al lugar donde estaba. A una terrible insensibilidad. Como a una versión de transformarse en pesadilla, pero en la vida real.

Durante un fugaz instante, vi a través de la ilusión, de la alucinación. Yo estaba en una sala pequeña, y Sandra —era ella, viva y real— estaba sentada en un taburete, a mi lado. Aunque nuestro entorno era imaginario, ella era real. Siempre había sido real. Lo supe mejor que cualquier otra cosa que hubiera aprendido.

—Quédate —me pidió Sandra.

—Hace todos esos años —dije con suavidad—, cuando me dejaste... no cesé de atormentarme, Sandra. Y, sin embargo, mis aspectos nunca fueron capaces de resolver este misterio, el más importante de todos. ¿Adónde habías ido? ¿Por qué te habías marchado?

—Rhone —respondió ella—, eso ya no importa. Quédate. Si tenemos que estar solos, estemos solos juntos.

—¿Sabes? —dije, sin hacer caso a su súplica—. Una parte de mí siempre sospechó que sabía por qué te habías ido. Me había vuelto demasiado dependiente. La razón era esa, ¿verdad? No podías seguir lidiando al mismo tiempo con tus aspectos y con mis problemas.

Me levanté para marcharme, pero dejé que su mano siguiera en la mía.

—Creo que ahora comprendo tu decisión —dije—. No por qué te marchaste, sino por qué tenías que marcharte. ¿Tiene sentido?

—La próxima vez, pasará más deprisa, Rhone —susurró—. Si vuelves ahí fuera, si te abres paso a zarpazos otra vez entre los susurros y las pesadillas, el siguiente grupo de aspectos se degradará rápido. Morirán en cuestión de meses. A mí me ocurrió.

Torcí el gesto y aparté la mirada, sin soltarle la mano.

—Las opciones son quedarte aquí en paz —añadió Sandra— o salir y sufrir.

«Dicotomía falsa.»

—¿Y no hay una tercera opción? ¿Un punto intermedio entre esas dos?

—No.

—Te equivocas.

Le solté la mano, di media vuelta y eché a andar.

—No me marché porque fueses demasiado dependiente —explicó ella—. ¿Rhone? ¿Stephen? No te veía demasiado necesitado ni nada por el estilo. Me fui porque empezaba a venirme abajo y temía que, si me quedaba, de alguna manera te infectaría.

Me volví de nuevo hacia ella, hacia una mujer sentada al final de una plancha de madera que se extendía en un océano infinito, con cadáveres flotando perezosos a la deriva bajo los dedos de sus pies.

Entonces regresé a su lado, me incliné y... ella me besó. Aquel antiguo y familiar roce de los labios, seguido por su mano apasionada en mi cuello, tirando de mi cara hacia la suya. Permití que regresara la emoción de la que me había protegido a mí mismo, que me inundaran el arrebató e incluso el dolor. Apreté mis labios contra los de ella, dejé que mi piel tocara la suya, que mi alma entrara en contacto, breve, con la de Sandra.

Todavía la amaba. Eso también era real.

Ella terminó el beso y apartó su cabeza un centímetro para mirarme a los ojos.

—Tú me enseñaste que debo tener un propósito en la vida —dije—. Probé a resolver casos, pero una parte de mí sabía todo el tiempo que no iba a ser suficiente. —Le cogí la mano—. Pero ahora, en este momento, tengo un propósito verdadero. Un objetivo.

—¿Cuál?

—Voy a encontrar una manera, Sandra. Y cuando lo haga, te prometo que volveré. Haré por ti lo que tú hiciste por mí. Te traeré respuestas.

Ella negó con la cabeza.

—Rhone...

Le apreté la mano y luego enderecé la espalda y la dejé para emprender el regreso por el largo muelle. Se me hacía rarísimo no tener a un grupo de aspectos a mi alrededor, pero sentí, después de tan poco tiempo, que las voces ya empezaban. La familiaridad de los tonos se desvanecía, convertida en siseos y terrores.

Aparté la realidad falsa y volví al almacén, notando cómo crecían en mí una frustración y un pánico incipientes. ¿Cómo podía creer que la ayudaría, si no podía ayudarme ni a mí mismo?

Cerré la puerta. Los susurros me sisearon. Por el momento, los pasé por alto y regresé a los cuerpos caídos de Kyle y sus empleados. Aseguré sus armas, descargándolas y escondiéndolas en un cajón del escritorio, antes de desconectar el dispositivo de las alucinaciones.

Kyle se incorporó al instante y se palpó el costado con cautela. Me miró furibundo.

—Vais a dejarme en paz —le dije—. No contactéis conmigo. No me vigiléis. —Anduve hacia la puerta—. Pero tengo intención de volver, para visitar a una amiga. Cuando lo haga, podréis estudiar mi cerebro, pero solo durante el tiempo que pase en la cámara con ella. Si intentáis atraparme otra vez, habrá consecuencias.

Kyle asintió.

—Me alegro de que hayas comprendido las ventajas que ofrece nuestro nuevo y revolucionario...

—Cállate de una vez.

Salí a la noche, con las manos en los bolsillos, sintiéndome hecho polvo. La mayor parte de mí había muerto esa noche. Y no tenía ni idea de qué hacer con los fragmentos que me quedaban.

Estaba solo. Solo de verdad.

Y descubrí que no me gustaba. Empecé a cruzar el sombrío aparcamiento,

pero me detuve al ver algo moverse cerca, oculto tras un arbusto. Parecía... una persona.

—¿Jenny? —dije, estupefacto.

La aspecto desapareció en el instante en que la vi.

Suspiré, pero me sorprendió un poco que todavía existiera un aspecto. Me quedé allí plantado hasta que, inesperadamente, mi limusina frenó a mi lado. Barb bajó su ventanilla y me miró.

—¿Hemos terminado aquí, señor?

—Te he dicho que te marcharas.

—El tío Wilson ya me avisó de que, de vez en cuando, podía ser usted... difícil. He pensado que tampoco iba a dejarlo aquí tirado, aunque estuviese siendo un incordio. —Levantó un termo—. ¿Limonada?

—Eh... —Me rodeé a mí mismo con los brazos—. Gracias.

Barb salió a abrirme la puerta, pero la parte trasera de la limusina me parecía inmensa y desierta sin los aspectos. Intimidante y fría.

—¿Puedo ir delante? —pregunté.

—¡Ah! —Abrió la puerta del copiloto—. Claro, supongo. Pero ¿qué pasa con todos los...?

—No te preocupes por ellos —dije, acomodándome en el asiento—. Llévame... a la esquina de la Cincuenta y Tres con Adams.

—¿Ahí no es donde...?

—Sí.

Cogí el vaso de limonada que me sirvió, y era cierto que sabía casi igual que la de Wilson. Barb sacó la limusina a la calle y condujo por una ciudad oscura. Eran las once muy pasadas, casi medianoche. Pero no tardamos mucho en llegar al viejo edificio donde había conocido a «Jenny», la periodista. En esa ocasión, lo vi tal y como era. Un antiguo edificio abandonado que quizá en otro tiempo albergara oficinas.

—Aparca justo ahí —dije, señalando el bordillo—. Un poquito más adelante.

Salí y volví a entrar en la parte trasera del coche cavernoso para recoger una bolsa del suelo. Regresé a la acera y saqué la cámara de su funda. «A ver, ¿qué hora sería?»

Me costó un poco afinarlo todo antes de acertar. Barb tuvo que adelantar un poco el coche y yo tuve que girar el dial temporal de la cámara hasta el punto exacto. Pero al final pude sacar una foto, que se reveló para mostrar un plano del interior de aquel mismo vehículo, aquel mismo día.

Salíamos Tobias, J. C., Ivy y yo. Estábamos riéndonos de alguna tontería que había dicho J. C., Ivy cogida a su brazo, Tobias sonriendo alegre. Noté lágrimas en las comisuras de los ojos.

Barb miró por encima de mi hombro.

—¿Qué ves? —le pregunté.

—A usted, sin nadie más.

—Todavía puedo imaginarlos, en las circunstancias adecuadas —dije, posando los dedos en la fotografía—. Están en alguna parte de mi cerebro. ¿Cómo llego hasta ellos?

—¿Me pregunta a mí? —dijo ella. Entonces se animó—. ¡Ah! Se me había olvidado. Tenga, esto es para usted. Me ha pedido que se lo dé cuando hayamos terminado esta noche.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre pequeño. Dentro había una invitación para la fiesta de cumpleaños/jubilación de Wilson. En la parte de abajo, leí: «Vale para cincuenta y dos personas». Y una carita sonriente.

—Me ha dicho que sin compromiso —añadió Barb—, pero quería que supiera usted que es bienvenido.

Me toqué las lágrimas de las mejillas y miré la hora.

—Doce menos cuarto. ¿Aún estará en marcha?

—Seguro que sí —dijo ella—. Ya conoce a Wilson y lo mucho que le gustan sus copas nocturnas. Estará sentado con la familia delante de la chimenea, contando batallitas. —Me miró—. Solo unas pocas son sobre usted.

«Ya conoce a Wilson.» ¿Lo conocía? Lo que pasaba era que siempre había estado ahí, con limonada.

—No puedo ir —dije—. Es que...

La objeción murió en mis labios. Barb debió de percibir que no lo decía en serio, porque se puso al volante y condujo hasta casa de Wilson. Él había pasado muchas noches en mi mansión, durmiendo allí, pero tenía su propio hogar. O, por lo menos, una habitación en casa de su hermano, donde se quedaba de vez en cuando. Si me hubieran preguntado, no habría sabido decir quién era el dueño del inmueble.

Barb metió la limusina en el camino de acceso, donde apenas cabía, y me llevó por el garaje al interior de aquella casa modesta. Entramos y, tal y como ella había dicho, oí risas. Vi la cálida luz de un hogar encendido, con gente sentada alrededor charlando, bebiendo sidra y limonada, que por lo visto también les gustaba bastante.

Me quedé en el umbral mientras Barb cogía tarta de la mesa de la cocina, dejaba su gorro de chófer en la encimera y se acercaba a la chimenea. Se agachó al lado de una silla y, al cabo de un momento, una figura familiar se desplegó y se separó del asiento.

Wilson parecía verdaderamente contento de verme. Casi corrió hacia mí.

—¿Señor? ¡Señor, por favor, pase, pase! ¿Se acuerda de Doris y Stanley? Y de la pequeña Bailey, que, en fin, ya no es tan pequeña, pero seguimos llamándola así. Y...

—Lo siento —dije, volviéndome para marcharme—. No debería haber venido a molestarte. Estás con tu familia.

—Señor —dijo Wilson, cogiéndome del brazo—. ¿Stephen? ¡Pero si usted es familia!

—Eh...

—¡Y no se preocupe por los demás! —exclamó, señalando en dirección hacia donde imaginaba que debían de estar mis aspectos—. ¡Tenemos asientos de sobra! Dígame a cuántos trae. Por favor, con lo bien que me ha tratado usted estos años. Será un placer tenerlos aquí.

—Esta noche no traigo a nadie —susurré, palpando el bolsillo de la chaqueta donde había guardado la foto—. Vengo solo.

—¿Solo? —preguntó Wilson—. Señor, ¿qué ha pasado?

—¿Podemos hablar de eso en otro momento? Creo... creo que me apetece comer un poco de tarta.

Wilson sonrió y al poco tiempo me tenía sentado junto al fuego con sus hermanos, sus sobrinas y su sobrino, escuchando cómo contaba su versión del caso del gato teleportador, que reconozco que era uno de los mejores. No comí mucha tarta, pero sí disfruté de la cordialidad, las risas y... bueno, de la realidad que tenía todo aquello.

«Todo lo importante en la vida son las cosas que no pueden medirse.»

Resultó que había mentido a Wilson sin querer, porque no estaba yo solo. Pillé a Jenny rondando por la cocina, al mismo tiempo mi aspecto más nuevo y mi último. Había vuelto a sacar su cuaderno y escribía con ahínco.



Epílogo

Esa noche no regresé a la mansión.

No podía ir allí y afrontar aquel vacío. O eso... o algo peor. La locura, las sombras cobrando vida para atormentarme. Quería unas pocas horas más para recuperarme.

Por suerte, la familia de Wilson tenía una habitación de invitados, que me dejaron usar esa noche. Me retiré allí cuando terminaron las historias y encendí el ordenador que había en el escritorio. Investigué un poco, leyendo por encima entradas de Wikipedia sobre materias básicas que había dominado en otros tiempos. Para ver si quedaba algo en mi cerebro.

Descubrí que los huecos eran erráticos. La mayor parte del conocimiento parecía haber desaparecido, pero de vez en cuando encontraba alguna cosa en internet y, antes de darme cuenta, mis dedos escribían una secuencia de palabras. Cuando paraba y las repasaba, no lograba hallar la información en mi cerebro, si bien era evidente que las había tecleado, por lo que, de algún modo, la tenía.

Era lo mismo que me había pasado de más joven, antes de Sandra, antes de los aspectos. Mi mente almacenaba todo ese conocimiento en algún lugar oculto, pero no sabía cómo utilizarlo.

Me hundí en el asiento, abrumado y agotado, frustrado y furioso.

—¿Tendrá razón Sandra? —pregunté al pequeño y vacío dormitorio—. Le he prometido encontrar una solución, pero ¿qué esperanzas tengo? Sandra sabe mucho más que yo sobre esto, y ella no pudo dar con ningún remedio.

No hubo respuesta.

Saqué la foto del bolsillo y la apoyé en el teclado del ordenador.

—¿De verdad se acabó? ¿Los he perdido para siempre? ¿Ivy, J. C., Tobias? ¿Se han esfumado del todo solo porque a mi cerebro no le apetece hacer el esfuerzo?

—No se han esfumado del todo —dijo Jenny.

Giré en la silla y la encontré de pie en la sombra, junto a la puerta. Sostuvo en alto su cuaderno.

—Los tengo aquí mismo.

—¿Cómo es que estás viva? —le pregunté.

—Me ordenaste que me marchara —respondió ella—. Me dijiste que desapareciera, que me saltara las normas. Así que eso hice. Tú me preservaste.

—No eres un aspecto de verdad —dije—. Yo no te invoqué.

—Pues claro que lo hiciste. La cuestión es por qué. —Avanzó hacia mí, tendiéndome el cuaderno en su mano extendida—. ¿Qué es lo que pretendías que hiciera? ¿En qué soy experta, Stephen Leeds?

Aparté la mirada del cuaderno.

—Acabaré repitiendo el ciclo y ya está. Es eso o la locura.

—Dicotomía falsa —susurró ella.

Fingir que solo había dos opciones, cuando quizá existiese una tercera. O

más. Miré el cuaderno, lleno de notas garabateadas. En la parte de arriba de la página había una palabra escrita: «Tobias».

No había estado tomando apuntes sobre mí, sino sobre los aspectos.

«Una tercera opción.» ¿Una manera de interiorizar los aspectos y, aun así, dejar que sigan viviendo? ¿Una manera de hallar la paz con las voces, de proporcionarles una salida que no sea chillarme, ignoradas?

—Soy experta en ellos —dijo Jenny en voz baja—. En ti. Soy la acumulación de experiencias de toda una década viviendo con ellos y con ese increíble y enloquecido cerebro que tienes. —Volvió a ofrecerme el cuaderno—. Deja que vivan de nuevo.

Lo cogí, reacio.

—No será lo mismo.

—Haz que sea lo mismo.

—No será real.

—Haz que sea real.

Desapareció. Dejando el cuaderno en mi mano, lleno de notas. De historias, de vidas. No tuve la sensación de una pérdida desgarradora. La información seguía ahí, en mi cabeza. El conocimiento de Jenny. Mi conocimiento.

Miré el brillante monitor del ordenador. «Esto no funcionará —pensé—. No puede funcionar.»

«¿O sí?»

Volví a sentarme con la mano apoyada en el cuaderno, pero no lo necesitaba. Solo necesitaba saber que estaba allí. De modo que empecé a teclear.

Me llamo Stephen Leeds y estoy completamente cuerdo. Mis alucinaciones, sin embargo, están todas bastante locas.

Escribí durante horas. Palabra tras palabra tras palabra. En algún momento, ya casi amaneciendo, entreví una sombra reflejada en la pantalla. Al volverme no encontré a nadie, pero cuando miré de nuevo la pantalla fue como si pudiera verlo a él detrás de mí. Casi, aunque no del todo, sentí una mano apoyada en mi hombro. No aparté la mirada del ordenador, pero alcé el brazo y toqué la mano con la mía. Era la mano de un hombre envejecido.

Bien hecho, Stephen, dijo en mi mente una voz familiar pero no real del todo. *¡Bien hecho! ¿Por qué no escribes sobre Ivy y J. C. yendo juntos a París? Ella siempre quiso visitar la ciudad. Algo saldrá mal, por supuesto. ¿Un robo de diamantes, tal vez? El Regente está allí, expuesto en el Louvre. Se dice que es el diamante más claro que existe en el mundo entero...*

Sonreí. Sandra de verdad se equivocaba. El truco no estaba en contenerlos. Estaba en dejarlos libres.

Seguí tecleando a toda prisa. Mis aventuras han terminado. Por fin, y por suerte.

Pero mis alucinaciones... bueno, ellas siempre están metiéndose en líos.



Agradecimientos

Como siempre, mi maravillosa esposa, Emily, se lleva un gran pulgar levantado por lidiar con la vida, a veces errática, de un escritor profesional. Querría dar las gracias a Moshe Feder, mi editor en Tor, por animarme a seguir con este proyecto desde sus primeros días. El imprescindible e inescrutable Peter Ahlstrom hizo su habitual gran trabajo como asistente editorial, y mi agente, Joshua Bilmes, es también merecedor de todo elogio.

Un agradecimiento muy especial a Subterranean Press por conceder a Stephen Leeds su primera edición impresa. Fue una maravilla trabajar con Bill Schafer, Yanni Kuznia, Morgan Schlicker y Gail Cross.

En Tor, me gustaría dar las gracias a Devi Pillai, Rachel Bass, Rafal Gibek, Patty Garcia, Lucille Rettino y Greg Collins. La revisora fue Terry McGarry y las correctoras fueron Kirsten Brink y Janine Barlow. La preciosa ilustración de cubierta es obra de Miranda Meeks.

Gracias a Isaac Stewart por el diseño de los encabezados de capítulos. Howard Tayler también me ayudó intercambiando ideas un día mientras comíamos, y se lleva un «choca esos cinco» de escritor.

TRES NOVELAS CORTAS Y COHESIONADAS QUE TIENEN A LA PSICOLOGÍA COMO SUPERPODER. POR EL GRAN AUTOR DE FANTASÍA DEL SIGLO XXI.



Brandon Sanderson recopila en este libro las novelas cortas protagonizadas por Stephen Leeds, una interesantísima mezcla de ciencia ficción y suspense que incluye dos historias inéditas en castellano hasta la fecha. Stephen Leeds es un genio perfectamente cuerdo con alucinaciones alocadas. Es capaz de aprender cualquier nueva habilidad en cuestión de horas, pero para ello su mente necesita crear personas imaginarias a las que él llama "aspectos". Allá adonde va, se le une un equipo de expertos imaginarios que él usa para resolver problemas. Pero, de pronto, su cerebro roza el colapso cuando los "aspectos" empiezan a cobrar vida. Una empresa lo contrata para recuperar una propiedad robada, y Stephen termina atravesando océanos y luchando contra terroristas. Lo que descubre puede alterar los cimientos de las tres religiones más importantes del mundo y, tal vez, darle una pista clave sobre la verdadera naturaleza de sus alucinaciones.

Legión: Las múltiples vidas de Stephen Leeds incluye Legión y, por primera vez en castellano, Legión: A flor de piel y el impactante final de la historia de Stephen Leeds, Las mentiras del contemplador

"Una lectura absolutamente maravillosa."

Fantasy Book Review

Brandon Sanderson creció en Lincoln, Nebraska. Vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young. Su primera novela publicada, *Elantris* (2006), fue recibida por el público y la crítica como una interesantísima renovación del género de la fantasía. En ella Sanderson sienta las bases del Cosmere, el fascinante universo que comparten la mayoría de sus obras y que ya acumula trece millones de lectores en todo el mundo. También ha publicado una brillante saga donde traza su imaginario alomántico: *Nacidos de la Bruma* (Mistborn), formada por *El Imperio final*, *El pozo de la ascensión*, *El héroe de las eras*, *Aleación de ley*, *Sombras de identidad* y *Brazales de duelo*.

Tras *El aliento de los dioses*, una obra de fantasía épica en un único volumen en la línea de *Elantris*, Sanderson inició con *El camino de los reyes* la primera parte de una magna y descomunal decalogía, *El Archivo de las Tormentas*, que continuó con *Palabras radiantes* y *Juramentada*.

Todos los títulos aquí citados han sido publicados por Nova. .

Título original: *Legion: The Many Lives of Stephen Leeds*

Edición en formato digital: noviembre de 2019

Legion: The Many Lives of Stephen Leeds © 2018, Dragonsteel Entertainment

Legion © 2012, Dragonsteel Entertainment, LLC.

Legion: Skin Deep © 2014, Dragonsteel Entertainment, LLC.

Lies of the Beholder © 2018, Dragonsteel Entertainment, LLC.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Rafael Marín Trechera, por la traducción de *Legion*

© 2014, 2018, Manuel Viciano Delibano, por la traducción de *Legion: Skin Deep* y *Lies of the Beholder*

Adaptación de la portada original de TOR BOOKS: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: Miranda Meeks

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1734-769-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Legion Las multiples vidas de Stephen Leeds

Introducción

Legión

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Legión: A flor de piel

Primera parte

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Segunda parte

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Tercera parte

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Epílogo

Las mentiras del contemplador

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Brandon Sanderson

Créditos